

GEMA PEREZ



SEXO EN
FANTASÍA



4 NOVELAS DE ROMANCE Y ERÓTICA FANTÁSTICA



SEXO EN FANTASÍA

4 Novelas de Romance y Erótica Fantástica



Por **Gema Perez**

© Gema Perez, 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Gema Perez.

Primera Edición.

Autora Best Seller en Fantasía Épica y Fantasía Oscura

Dedicado a;

Belén, por ser mi magia durante muchos años.

Guillem, por reforzar mi pasión por la escritura y la fantasía.

Mi regalo **GRATIS** por tu interés;

--> [Haz click aquí](#) <--

La Bestia Cazada

Romance Prohibido, Erótica y Acción con el Chico Malo Motero



~~2,99€~~

Gratis

--> www.extasiseditorial.com/amazon <--

*para suscribirte a mi boletín informativo
y conseguir libros el día de su lanzamiento
GRATIS*

Índice

Hechizada por el Elfo Oscuro — *Romance Paranormal y Fantasía Oscura*

Su Príncipe — *Romance, Erótica y Matrimonio de Conveniencia con el Príncipe Medieval*

La Princesa del Vikingo — *Romance, Sexo y Fantasía con el Salvaje*

Princesa Desvirgada — *Sumisa y Matrimonio de Conveniencia con el Rey Millonario*

Bonus — *Preview de “La Mujer Trofeo”*

Hechizada por el Elfo Oscuro

Romance Paranormal y Fantasía Oscura

ACTO 1

El viaje se había retrasado más de lo esperado, siempre habían detestado viajar en tren cuando las horas de la noche se acercaban. Generalmente lo hacían muy temprano en la mañana, pero ciertos contratiempos los habían obligado a viajar en horas de la tarde. Dos jóvenes de unos 24 años de edad se encuentran sentados uno frente a otro, separados por una mesa de madera mientras disfrutaban de una taza de té cuya composición está hecha de frutos rojos.

Ambos observan por la ventana en completo silencio, mientras el paisaje que se muestra frente a ellos les da la oportunidad de relajarse y disfrutar del paseo. El tren se dirigía hacia la ciudad de Nueva York, en donde tendrían un encuentro con algunos amigos del pasado, los cuales no habían visto en mucho tiempo. Los atractivos sujetos, llevan trajes muy elegantes y refinados, limpios perfectamente desde los pies hasta la cabeza. Parecen hermanos, ya que sus aspectos son muy similares.

Su cabello muy bien arreglado, barba perfectamente delineada, cejas muy prominentes y ojos grises. A todas partes a donde iban, siempre les hacían la misma consulta, confundiéndolos con hermanos, a pesar de que no existía ningún vínculo familiar entre ellos. Habían sido amigos desde muy pequeños, pero al parecer, esa amistad terminaría aquella tarde. La puerta de su camarote privado, es abierta por una de las camareras, quien llega con una orden de pan con mantequilla que ha solicitado uno de los apuestos sujetos.

El escote en su pecho, despierta la atención de uno de ellos, mientras el otro ignora completamente a la mujer.

— Eres muy amable. Gracias por el pan. — Dijo el seductor joven de traje negro, mientras rozaba los dedos de la chica, la cual había colocado su mano

sobre la mesa.

Esta mujer de cabellos rubios con rizos definidos, se puso muy nerviosa ante el gesto del caballero, quien la observó fijamente con sus ojos grises. La mirada penetrante amenazó con absorber el alma a la rubia, quien sonrió, pero no tuvo la posibilidad de decir una sola palabra.

La mirada del compañero del joven conquistador, se fijó en la mano de ambos, quienes hacían contacto. Perdió interés en la situación y volvió su mirada nuevamente hacia el paisaje. Siempre había tenido que lidiar con este tipo de comportamientos de su compañero, pues no podía resistirse ante la tentación de seducir a cualquier chica que se atravesaba en su camino.

— Debo seguir trabajando. — Dijo la chica al intentar retirarse del camarote.

La mano del joven se mantenía firme sobre la de ella, demostrando una clara intención de no dejarla ir. Apretó un poco y sonrió, mostrando unos dientes perfectamente blancos y más grandes de lo que normalmente está acostumbrada a ver la joven rubia. Ante esta característica, la chica se sintió muy atraída por el hombre, por lo que se le hizo agua la boca por alguna razón. Esto la obligó a tragar fuerte, mientras lamía sus labios resecaos.

— ¿Podrías indicarme dónde queda el sanitario? — Dijo el joven mientras se ponía de pie hablando muy cerca del rostro de la chica.

— Sí, por supuesto. Acompáñame. — Dijo la rubia.

Ambos abandonaron el salón, contando con la indiferencia total del compañero de viaje. La pareja caminó rápidamente por el pasillo hacia el final del vagón, en donde se encontraba el sanitario para caballeros.

— Es aquí... — Indicó la chica.

Bien podría haberle indicado que quedaba al final del pasillo, no era idiota y bien podía haber entendido las instrucciones. El hecho de que la joven rubia hubiese caminado junto a él hasta el lugar, le había demostrado la clara intención de que pasara algo entre ellos. Sin dudar, el joven sujetó a la chica por la cintura e ingresó junto a ella al sanitario.

El lugar estaba diseñado únicamente para permitir la entrada de una persona a la vez, por lo que ambos quedaban realmente ajustados en el pequeño lugar. Al saber que no tenían mucho tiempo, ambos actúan rápidamente para liberarse de sus vestiduras y disfrutar de un encuentro sexual salvaje y

cargado de adrenalina.

La chica baja la cremallera del pantalón del caballero, introduciendo su pequeña mano hasta las profundidades, en donde encontrará un endurecido miembro, el cual es liberado para posteriormente introducirlo en su boca. El espacio es reducido, y ambos deben arreglárselas para encontrar hacia donde moverse.

La rubia no necesita demasiada comodidad para poder desenvolverse de manera natural, ya que hace un trabajo espectacular con su lengua. El joven se sostiene con sus manos a ambos lados de las paredes, las cuales puede alcanzar sin ningún inconveniente. La chica mueve su lengua y su cabeza de forma magistral, mientras le proporciona una satisfacción incomparable.

— Esto era justo lo que necesitaba... — Murmuró el joven.

La chica escuchó las palabras del caballero, dirigiendo su mirada hacia los ojos grises que parecían haberla encantado minutos atrás. Después de llevar el miembro del joven a su máxima capacidad, se puso de pie para subir su vestido y colocarse de espaldas. Ya había quitado su panty, por lo que era mucho más sencillo para el joven de barba poblada poder penetrarla.

Sosteniendo su miembro en su mano, lo llevó directamente hacia el orificio vaginal de la rubia, el cual se encontraba completamente lubricado para recibir las penetraciones del caballero. El acto de la pareja, aunque intentaba ser discreto, generaba sonidos muy particulares que podían escucharse a las afueras del sanitario. Algunos de los pasajeros caminaban cerca del lugar y podían notar que algo irregular estaba ocurriendo allí.

Ante el escándalo que podía despertar esto en todo el tren, los pasajeros prefirieron guardar discreción y continuar como si nada hubiese pasado. Ni siquiera sabían sus nombres, no habían intercambiado información personal, pero ambos están entregándose uno al otro sin ningún límite para satisfacerse completamente. El joven tiene movimientos muy precisos y rápidos, sujetando a la chica por el cabello mientras su cadera se mueve a un ritmo completamente inhumano.

La provee de un placer indescriptible, haciéndola gemir de forma salvaje. Ambos cuerpos rebotan uno contra otro sin ningún tipo de consentimiento, ya que, la joven le ha dado acceso absoluto a las manos del caballero para que se paseen por la totalidad de este. El joven acaricia los pechos de la chica

mientras la penetra cada vez con más velocidad, listo para culminar una tarea que ha comenzado sin ninguna planificación.

El atractivo joven, muestra sus dientes para incrustarlos en el cuello de la chica, dejando una marca bastante notable de color rojo. La chica puede sentir el dolor después de la mordida, pero no se detiene para evitar molestar a su amante. Ambos se sacuden incansablemente, mientras su ritmo de respiración es irregular. El corazón de la rubia late sin control, mientras el sudor comienza a ser protagonista en la escena.

Una increíble temperatura se acumula en la pequeña habitación, dándoles una clara señal de que pronto deberán terminar con el encuentro. Para el joven no será un problema, ya que se encuentra muy cerca del orgasmo, mientras que la chica ya ha perdido la cuenta de las veces que la han hecho alcanzar el clímax durante aquel breve encuentro.

Apenas podía sostenerse con sus piernas mientras el joven continúa penetrándola y la sujeta por los senos. Ansiosa de que no se detuviera jamás, esperaba que aquel hombre culminará dentro de ella para continuar con sus labores de trabajo. El chico soltó un alarido que parecía muy similar al del aullido de un lobo, el cual se pudo escuchar hasta el camarote compañero, quien giró la cabeza hacia la puerta para corroborar que era su compañero el que había generado este sonido.

<<Siempre tienes que llamar la atención>>, Pensó el joven mientras sujetaba su tasa de té.

Tras una expulsión salvaje de sus fluidos dentro de la chica, el joven quedó completamente exhausto, sentándose sobre la tapa del excusado. La joven arregló su aspecto y abandonó el sanitario rápidamente, dejándolo completamente solo dentro del lugar. Intenta recuperar las fuerzas, pero ha invertido mucha energía en complacer a aquella mujer. Sube su cremallera y acomoda su traje, mientras se observa un pequeño espejo ubicado en la parte izquierda del sanitario. Lava sus manos en el grifo de agua de una llave para disponerse a volver a su camarote.

De pronto, un sonido muy extraño se produce a las afueras de la ventana del tren, correspondiente al sanitario. Esto llama rápidamente la atención del joven licántropo, el cual observa de cerca a través de la ventana. La ventana aún se encontraba cerrada, pero podría ver con claridad el paisaje frente a él. Tras ignorar el extraño sonido que se había generado segundos atrás, vuelve

hacia el lavabo para cerrar la llave del agua.

Extrae un pequeño pañuelo del bolsillo de su chaqueta y seca sus manos mientras observa fijamente el espejo. Vuelve a escuchar extraño sonido a las afueras de la ventana, aunque esta vez sí abrirá para cerciorarse de que no hay nada irregular a las afueras de esta. Esta ventana parecía no haber sido abierta en mucho tiempo, ya que esta le dio un poco de dificultad para poder rodar sobre su riel de forma ascendente y fluida.

Después de un gran esfuerzo, el joven logró abrir la ventana, acercando su cabeza hacia la parte exterior. Con un movimiento realmente rápido, el joven pareció ser succionado por una fuerza sobrenatural, extrayéndolo completamente del tren. Ya había pasado más tiempo del esperado, por lo que, algunos de los empleados el tren, incluyendo a la joven chica que recientemente había hecho el amor con el pasajero, comenzaron a tocar la puerta y solicitar que saliera, ya que había otros pasajeros esperando para usar el sanitario.

Ante los continuos llamados y la ausencia de una respuesta, se vieron obligados a abrir la puerta de manera abrupta, pero no encontraron absolutamente a nadie allí adentro, solo una ventana abierta y un pañuelo en el suelo. Su compañero de viaje, al notar todo el tiempo que había transcurrido, comienza a preocuparse, ya que sabía que el joven únicamente estaba en busca de la satisfacción de sus deseos. Después de escuchar el alarido, había tardado más de lo normal, por lo que comienza a inquietarse tras haber terminado de ingerir su taza de té.

Se halla un poco nervioso, ya que es de su conocimiento que aquella noche será de luna llena, y una vez que esta haga su aparición en los cielos de la ciudad de Nueva York, no deberá exponerse ante ella. El joven también resulta ser un licántropo, una de las criaturas que se ven afectadas ante los rayos de una impresionante luna llena, los cuales se transforman en criaturas aterradoras y salvajes que únicamente van en busca de una presa de la cual puedan alimentarse.

No suelen exponerse ante la luna, ya que detestan las transformaciones, es por esto que han decidido viajar durante el día, así evitar cualquier contratiempo vinculado a su transformación. El motivo de su visita a la ciudad es netamente recreacional, ya que, han recibido una invitación aparente de su vieja amiga Alice Jones. Les había parecido extraño que la

carta no estuviese firmada por ella, simplemente hacía referencia a un acontecimiento importante que estaba por ocurrir en la ciudad, por lo que debían asistir sin falta.

Mientras ve la hora en su reloj, el joven experimenta una fuerte sacudida, ya que el tren se detiene de forma drástica e inesperada. Tras ponerse de pie, camina directamente a la puerta de su camarote, asomándose a través de la ventana de esta, viendo a algunos empleados caminar de un lado a otro muy nerviosos. Se ve tentado a salir de allí, pero sabe muy bien que no aportará nada a la situación, siendo parte del grupo de curiosos que generalmente estorban ante el trabajo de los que realmente saben lo que deben hacer.

La pausa inesperada del tren se debe a una gran masa de metal que bloquea las vías, la cual ha sido vista desde la distancia por el maquinista, quien ha tomado las previsiones de disminuir la velocidad y detenerse a tiempo. Si hubiesen viajado de noche, no habrían tenido la posibilidad de visualizar dicho objeto, lo que habría generado una embestida violenta por parte del tren y un descarrilamiento del mismo, causando la muerte de cientos de personas.

Todos los empleados del tren, se dirigieron hacia el objeto para moverlo, pero sus esfuerzos fueron inútiles, apenas lograban hacerlo balancearse, pero no contaban con la fuerza suficiente como para poder quitar la obstrucción. En sus cabezas comenzaban a surgir las dudas de cómo había llegado dicho objeto hasta ese lugar, el cual parecía ser un coche convertido en una gran bola de metal, como si alguien la hubiese hecho con sus propias manos.

Tras los continuos intentos y el retraso que estaba sufriendo, el joven pasajero, quien aún se encuentra preocupado por no volver a encontrarse con su compañero, decide abrir la ventana para asomarse y verificar que es lo que ocurre. Después de notar que un objeto obstruye la vía, vuelve a cerrar la ventana y se sienta completamente desesperado en la silla de su camarote. Sabiendo que no puede permanecer allí hasta el anochecer, sufre un poco de ansiedad y desespero.

David Hoffenbach escucha un fuerte golpe en el techo del tren, el cual resulta bastante curioso para él. Era como si una gran masa se hubiese desplomado desde el cielo y hubiese caído justo sobre la zona del tren que ocupa el techo de su camarote. El corazón de David late rápidamente, ya que se desata una situación bastante anormal y no tiene la menor idea de cómo manejarlo. Sus instintos lo alertan acerca de un grave peligro que se acerca, pero no puede

percibir qué es.

Justo en ese instante, desearía poder controlar sus transformaciones a voluntad, ya que, ante la sensación de amenaza, su forma humana no lo ayudará en lo absoluto. Las ventanas del camarote comienzan a vibrar, generando un fuerte sonido que incrementa el estado de nervios de David. De forma repentina, las ventanas estallan, dirigiendo los fragmentos directamente hacia el rostro de David, quien cae herido al suelo, totalmente consumido por el miedo.

El sol ha comenzado a ocultarse, y David tiene una única posibilidad de afrontar la situación, y es transformándose. Sus manos comienzan a contorsionarse, perdiendo completamente la forma humana, mientras una gran cantidad de saliva es expulsada de su boca. Justo en ese momento, uñas tan afiladas como un sable cortan la garganta del joven, dejando que este caiga al suelo hasta desangrarse. Un hombre de aproximadamente 2 m de altura llevando un abrigo de cuero negro, limpia sus manos con un pañuelo antes de salir de allí. Da unos pasos hacia el cuerpo inerte de David, tomando un poco de sangre en una pequeña botella.

Tras tatarla muy bien y guardarla en su abrigo, el sujeto salta por la ventana y desaparece de la escena sin dejar un solo rastro. Por alguna razón desconocida, dos licántropos habían sido asesinados aquel día, y su asesino no estaba dispuesto a detenerse. Sus planes iban más allá de los niveles de maldad conocidos por la ciudad de Nueva York, la cual está llena de criaturas y seres sobrenaturales que afrontarán el periodo más violento de la era.

ACTO 2

Un leve rasgueo se escucha en la ventana de la habitación de Alice Jones, quien suele escuchar este tipo de sonidos cuando un mensaje muy importante ha llegado a su residencia. Entregado directamente por la lechuza sagrada, tras escuchar este peculiar sonido, la chica no puede tardar demasiado en abrir la ventana y recoger el sobre de papel que contiene un mensaje personalizado directamente para ella.

Debe hacerlo lo más pronto posible después de recibirlo, ya que solo unos minutos después de ser entregado, el sobre se desvanecerá, viajando en el viento para no ser leído a más. La chica sale completamente descalza de la cama, casi desnuda, llevando un pequeño crop top que cubre sus senos y un panty muy diminuto que deja ver unos glúteos y un abdomen perfectos.

Camina delicadamente hasta la ventana y la abre con mucho cuidado para evitar que la brisa haga caer el sobre hasta el jardín. Después de tomarlo entre sus manos, cierra rápidamente, ya que una brisa fría la hace erizarse. Se detiene unos segundos a mirar hacia la parte de afuera, percibiendo una energía malvada que crece rápidamente el exterior. Algo muy oscuro está esparciéndose por la ciudad de Nueva York, y, aunque no puede verla con sus ojos, sus sentidos son realmente agudos.

Toma el sobre entre sus manos y lo abre con cuidado para leer el mensaje que contiene el papel que se ha introducido en el sobre de color amarillento. En la parte posterior del sobre solamente está escrito el nombre de Alice, no lleva remitente o información adicional. Después de leer las breves palabras que se han escrito con pluma, la chica coloca el sobre a un lado de la ventana, el cual se deshace rápidamente luego de unos minutos.

Alice Jones ha sido convocada a una reunión que se llevará a cabo en unas cuantas horas, algo para lo que no estaba preparada y a la cual deberá asistir obligatoriamente. Quien ha enviado el sobre cuenta con un poder sobrenatural que sobrepasa cualquier límite conocido por el hombre, podría ser catalogado como el ser más importante del mundo oscuro y de la luz, ya que se ha convertido en el equilibrio entre los dos mundos.

Una dirección ha sido anexa a la parte inferior del papel, la cual ha debido ser memorizada por Alice Jones, quien deberá estar en el lugar a la hora precisa.

Un par de segundos más tarde, la ventana vuelve hacer rasgada, ya que, la lechuza ha vuelto con un mensaje adicional. En esta oportunidad, la carta no va dirigida a Alice, sino a su compañero, quien se encuentra aún en la cama dentro de la misma habitación.

— Boris, este mensaje es para ti. — Dijo Alice mientras acercaba la carta a su compañero.

El joven se encuentra completamente desnudo cubierto por una sábana blanca, la cual se encuentra húmeda en algunos puntos tras haber sido utilizada para limpiar de sus cuerpos el sudor, tras una dosis de sexo que se desarrolló minutos atrás. Afortunadamente, la lechuza sagrada había llegado a la habitación momentos después de que la chica hubiese colocado algo de ropa, por lo que no había interrumpido absolutamente nada que lamentar.

Boris se encuentra exhausto en la cama, por lo que, sostiene el papel con mucha pereza. Tras leer un mensaje similar al que ha recibido la chica, saben que ambos deben salir muy pronto de la habitación de Alice Jones y acudir directamente al punto de encuentro sin retrasos. Solo tienen tres horas para llegar al lugar, y aunque tienen tiempo suficiente para alistarse y llegar sin problemas, deciden invertir un poco más de tiempo en su diversión.

— Ven aquí. Tengo algo para mostrarte debajo de mi sábana. — Dijo Boris.

— No tenemos tiempo para esto... Debo asearme y alistarme para salir. — Dijo Alice.

— ¿Siempre tienes que ser tan rígida cuando se trata de este tipo de reuniones? Relájate, seguramente se trata de algún nuevo miembro en la ciudad. — Dijo Boris.

— Sabes que hay consecuencias graves para los que llegan con retraso. — Dice la chica, intentando soltarse de la mano de Boris.

Boris es un chico dominante y muy fuerte, por lo que, no tiene ningún problema en dominar a la chica y llevarla hacia la cama. Alice se desploma sobre él, cayendo sobre la delgada sábana que cubre la piel de Boris. El apasionado caballero decide besar a Alice intensamente en sus labios. Esta nota la necesidad de Boris por tener un poco más de placer a través de sus besos, los que sobrepasan la capacidad de resistencia de Alice. Fuertes mordidas en su labio inferior, hacen que la chica retroceda bruscamente, golpeando al caballero con la palma de su mano directamente en su pecho.

— Me has mordido muy fuerte, animal. Sabes que no me gusta que hagas eso. — Dijo la chica.

Boris no cambió su actitud, ya que conservó su personalidad dominante y giró junto a la chica para colocarla debajo de él. El movimiento generó que la sábana dejara al descubierto el cuerpo desnudo de Boris, que mostraba una piel perfecta y músculos muy marcados en casi todo su cuerpo.

Alice intenta luchar con el chico, aunque no hace demasiada fuerza para que este la libere. No podía engañarse a sí misma, ya que el juego siempre terminaba dejándola completamente satisfecha. Boris sujeta sus muñecas mientras olfatea su cabello y juega a pasearse por su cuello y llegar hasta sus pechos. Al llegar allí, lame los pezones de la chica hasta conseguir que estos se endurezcan como rocas. Libera las muñecas de la chica para dirigir sus manos hacia los pechos de Alice, apretándolos con mucha fuerza y lamiéndolos con mucho fervor.

Los lame, juega con ellos, los saborea y disfruta de los frutos de la chica. Después de haber quitado la camiseta diminuta de Alice, es libre para devorar la totalidad de la superficie de los senos de la chica, quien disfruta enormemente de este acto de lujuria gestado por Boris.

— No tenemos demasiado tiempo, así que lo que vayas hacer, hazlo rápido.
— Ordenó Alice.

— ¿Acaso crees que puedes decirme qué es lo que tengo que hacer? Me parece que estás siendo muy insolente... Mereces un castigo. — Dijo Boris.

Tomó las piernas de la chica, haciéndola girar sobre la cama para ponerla bocabajo, introduciendo su lengua entre las piernas de Alice para saborear los fluidos de su húmeda vagina. La diminuta prenda de ropa no había sido un obstáculo para que el caballero pudiese degustar la parte favorita del cuerpo de su compañera, que resultaba ser una de esas amigas que le daba acceso a su cuerpo a cambio de absolutamente nada.

Boris es un chico de 25 años que ha sido independiente desde que tiene 12 años, siendo muy seguro de sí mismo y con una capacidad de convencimiento que logra transformar el pensamiento hasta de las personas con más convicción.

— He sido una niña muy mala, tienes razón, merezco un castigo. — Dijo Alice mientras mordía sus labios al experimentar un placer incontenible.

Ante el comentario de la chica, Boris se vio obligado a proporcionarle una nalgada, haciéndola vibrar completamente.

— ¿Ha sido suficiente castigo para la niña mala? — Preguntó Boris.

— No estoy segura, creo que necesitaré un poco más. — Dijo Alice.

Boris le propinó un par de nalgadas más, pero adicionalmente comenzó a morder su espalda en múltiples oportunidades en forma ascendente, hasta llegar hasta el cuello de la chica. El caballero separó las piernas de Alice, acomodó su miembro, y la embistió de forma tan abrupta, que la chica no tuvo tiempo de asimilar el movimiento.

Boris se encontraba dentro de ella y la penetraba con tanta fuerza que apenas podía soltar gemidos del más puro placer conocido por una mujer. Alice se encuentra rodeada de una gran cantidad de pósters de bandas de rock, una enorme colección de velas aromáticas de múltiples formas y olores y una biblioteca repleta de libros de conjuros y hechizos. Ha crecido en una familia de brujas y ha estado constantemente preparándose para ritual de consolidación, a través del cual podrá convertirse oficialmente en una bruja blanca.

A pesar de que tiene los conocimientos necesarios en sus manos para poder aplicar la magia negra, nunca se ha sentido cómoda con hacer uso de estas energías tan inestables para ningún fin. Ha tenido la posibilidad de acostarse con los hombres más atractivos de toda la universidad, y aunque detesta los compromisos, nunca ha podido evitar sentirse inmersa en un compromiso en cada relación en la que se involucra.

Particularmente en este caso, Boris es el típico capitán del equipo de fútbol que suele tener una gran cantidad de mujeres detrás de sus músculos, pero este se encuentra completamente cegado por los encantos de Alice. Todos atribuyen esta fascinación por la chica a algún hechizo barato que pudo haber elaborado Alice, pero nada más alejado de la realidad.

Basta con ver a la chica directamente a los ojos para darse cuenta de que oculta muchas más cosas interesantes de las que se pueden ver a simple vista. A pesar de tener el cabello castaño claro forma natural, generalmente suelen llevarlo un rojizo que le hace ver mucho más atractiva. Piel blanca y su cabello largo hasta la cintura, generalmente la han convertido en la chica más cotizada de la clase.

Las pecas en su rostro siempre han sido tema de conversación para iniciar una interacción, aunque suele usar gafas tan grandes que le permitan tapar esta característica. Es inevitable para Alice pasar sin despertar los deseos más profundos en alumnos y profesores. No es una chica de curvas pronunciadas, ropa generalmente ajustada y realmente sexy. Le encanta utilizar ropa de cuero con alguna que otra prenda de ropa ligera que la haga sentir libre ligera.

Desde muy pequeña habitaba en el pueblo que Salem, donde vivió hasta los 11 años. Había sacado el mayor potencial de sus poderes durante sus primeros años de vida, demostrándole a su vieja abuela que realmente se proyectaba en convertirse en una potente bruja blanca. El mundo del bien y el mal se había dividido por una enorme brecha, pero era muchísimo más fácil caer en la tentación de lo prohibido y oculto que mantener la fuerza de voluntad y caminar por el sendero del bien y de la luz.

Alice constantemente recibía instrucciones por parte de su abuela de nunca sucumbir ante las tentaciones del mal, ya que estas le ofrecerían constantemente oportunidades y fácil acceso a las riquezas, pero que inevitablemente terminaría en un fracaso devastador. Haciendo caso a cada una de las palabras que le había proporcionado la anciana mujer, en la búsqueda de la conversión de la chica en una bruja auténtica y poderosa, Alice se encontraba en el camino correcto.

Nueva York está minado de criaturas híbridas que habían conseguido mezclarse con los humanos, inclusive medias brujas que hacían alarde de un poder inalcanzable, las cuales quedarían en ridículo al lado de los poderes puros de Alice Jones. Siempre se había encontrado rodeada de amigos, novios y compañeros de clase que solían tener alguna habilidad o don especial.

El de ella, estaba conformado por una gran cantidad de habilidades que, sumadas, hacían de ella una persona muy poderosa, oculta de forma discreta detrás de una imagen sencilla e inocente. Alice no había logrado extraer todo su potencial, por lo que continuaba estudiando constantemente hasta lograr alcanzar el nivel máximo conocido por una bruja blanca. Era posible que ya lo hubiese alcanzado, ya que, para su nivel de preparación y conocimiento, era más que suficiente que podría acariciar el poder más intenso que cualquier otra bruja hubiese podido dominar.

Pero Alice se distrae con facilidad, y siente una enorme debilidad por los

chicos y lo que pueden proporcionarle en medio de una sesión intensa de sexo desenfrenado. Adora estar entre los brazos de un hombre, alguien que le haga sentir suya, que posea su cuerpo y le haga experimentar esos orgasmos intensos que tanto adora sentir. Es débil, ya que los hombres son su adicción más fuerte.

Esto no quiere decir que se entregaba a cualquiera, pero cuando poseía a uno, solía desgastarlo hasta dejarlo completamente sin fuerzas y pasaba al siguiente. Este proceso siempre era difícil para Alice Jones, que no podía ir de cama en cama buscando a un hombre que le diera la satisfacción buscada.

Siempre había sentido que podía desligarse absolutamente de sus raíces hechiceras y convertirse en una chica normal, alejándose absolutamente todos los seres extraordinarios que solían rodearla normalmente. Esta necesidad de desconexión del mundo sobrenatural, la había llevado a intentar desertar de sus poderes en múltiples oportunidades. Pero, las habilidades de Alice eran mucho más fuertes de lo que ella podía creer, ya que estas fuerzas de la naturaleza se negaban a abandonar a la chica.

Las manos de Alice eran privilegiadas y podían dominar a los más grandes seres existentes en el planeta, pero esto requería una gran disciplina y mucha preparación, algo que había sido dejado de lado por parte de la chica. Sus libros están cubiertos de polvo, los había descuidado completamente durante los últimos meses, entregándose completamente a la pasión y el sexo con su nuevo compañero y juguete sexual.

Después de terminar una sesión completamente demente de sexo salvaje, en la cual hubo algunos arañazos en la espalda, mordidas en el cuello, y algunos moretones como producto de la fuerte succión de sus besos, ambos debían tomar un baño y salir directamente al punto de encuentro, donde los esperaba un vehículo que los trasladaría directamente al lugar de la reunión.

Boris es mitad lobo, uno de esos chicos híbridos que no poseen un poder total, pero que han adquirido a través de la genética, la habilidad debido a la fusión entre un puro y un humano. Lo que más le gustaba a Alice de Boris era el hecho de que este se deja dominar por su lado animal cuando mantenían relaciones sexuales, de resto era un hombre muy tierno y atento, un completo humano que se encargaba de llenarla de atenciones y detalles.

Ambos se habían trasladado a un par de calles desde la casa de Alice, en medio de la noche a través de calles oscuras y húmedas. La ciudad de Nueva

York ya no solía ser tan amistosa como antes, por lo que, debían moverse con cuidado para evitar encuentros con los malvivientes. Así como había híbridos y puros de alta categoría, también había algunos renegados sociales con los cuales nadie querría encontrarse.

Ambos llegan a la estación de tren acordada para el encuentro. Solo faltan un par de minutos para que se cumpla la hora acordada.

— Nunca llegan tarde. Me sorprenderá el día en que no lleguen a la hora indicada. — Dijo Boris.

La chica observa atenta ante la llegada del vehículo habitual. Se trata de una limusina muy lujosa con los vidrios completamente oscuros. No se puede ver a través de ellos mientras se es trasladado en este coche, ya que no está permitido ver la forma de llegar a la localización del punto de reunión.

Tal y como se esperaba, el coche llega puntualmente. Boris y Alice entran al vehículo y abandonan el lugar con mucha rapidez. El ruido de las ruedas rechinando retumba en las paredes de los edificios cercanos.

ACTO 3

— No termino de acostumbrarme a estos viajes extraños. Nunca me sentido seguro en ellos. — Dijo Boris.

— Ha de ser un hombre muy particular, siempre está rodeado de misterios y enigmas. — Respondió Alice.

— Siempre actúa como si hubiese un peligro amenazante constantemente. La paranoia debe estar enloqueciéndolo. — Dijo el chico.

— No suele hacer llamados tan urgentes, algo muy grave debe estar sucediendo. — Dijo la chica mientras revisaba su teléfono móvil.

El vehículo estaba completamente blindado, con vidrios de un espesor que no permitirían entrar ni las balas del más alto calibre. Nunca podía observarse quien conducía el coche, y se corrían rumores entre la comunidad, que nadie conducía la limusina, y que esta misma se conducía sola. Claro, todo esto era producto de los incontables comentarios que surgían en conversaciones de jóvenes, posteriormente a las reuniones que se llevan a cabo en una lujosa mansión, cuya ubicación siempre había sido un misterio para todos.

Después de unos 45 minutos de viaje, Alice y Boris arriban al sitio pautado. Al detenerse la limusina, los seguros de las puertas son desbloqueados, permitiéndole salir del vehículo. Ambos caminan directamente hacia la puerta de una gran mansión de piedra con tonalidades grises y negras. En la puerta, se encuentra el asistente del anfitrión, quien llevará a la pareja hasta un gran salón en el cual se reunirán todos los invitados.

La luz es tenue, y la casa está repleta de hermosas antigüedades que podrían llegar a costar una fortuna. Boris intenta tomar una taza de oro que forma parte de un juego de té.

— Le agradecería que no tocara absolutamente nada, señor Boris. — Dijo el asistente del dueño de la mansión.

— ¿Cómo pudo verlo? — Susurró Boris al oído de la chica.

— Puedo escuchar absolutamente todo, y veo todo lo que ocurre dentro de esta casa. No intente pasarse de listo. — Dijo el hombre de una edad avanzada.

Ante el tono intimidante, Boris se vio obligado a dejar la taza de oro en una de las mesas ubicadas en el camino hacia el salón de reuniones. Se abrió una gran puerta compuesta por dos láminas de madera, las cuales se separaron ante la fuerza ejercida por las manos del mayordomo. Todos ingresaron a una gran sala con una alfombra roja. Sillas antiguas elaboradas con la mejor madera del mundo, las cuales podrían tener cientos de años, se encontraban ubicadas formando un círculo alrededor de un gran trono de bronce.

Eran los primeros en llegar, había aproximadamente 20 sillas alrededor del trono, lo que indicaba que esta sesión era de gran importancia, debido a la cantidad de asistentes. Cuando un miembro de la comunidad oscura comete un error, suelen ser convocados rápidamente a una reunión de emergencia, en esta oportunidad están los seres más poderosos de la comunidad, los más fuertes, los más inteligentes y con habilidades y destrezas más desarrolladas.

Poco a poco comienzan a llegar uno a uno, ubicándose en su respectivo lugar habitual. Las capacidades mentales de Alice le permiten percibir cierta tensión en el ambiente que va mucho más allá de lo que los ojos del resto pueden llegar a ver. Se encuentra rodeada por híbridos, licántropos, vampiros, elfos y algunos hechiceros, todos a la expectativa ante la futura llegada de su líder, el gran elfo oscuro.

Cada uno de los presentes ha aprendido a llevar una vida normal mezclándose entre los humanos, muchos de ellos ni siquiera han sido identificados como seres sobrenaturales, por lo que llevan una doble vida que les permite dormir tranquilos sin el riesgo de ser atacados por los humanos radicales que solían satanizar a muchas de estas criaturas.

Aunque los tiempos habían avanzado, proporcionándoles una gran aceptación por parte de la sociedad y los entes gubernamentales, aún existían algunos miembros de la sociedad que no aceptaban la presencia de estos seres superiores mezclándose entre los seres humanos normales. Pensaban que esto pondría en riesgo la supremacía de la raza humana. Juzgaban de forma cruda y cruel la existencia de seres con poderes fantásticos, y evitaban a todo costo que estos se mezclaran con humanos normales, intentando erradicar la existencia de los híbridos.

Lo curioso era que, muchos de estos híbridos habían alcanzado un nivel de poder tan asombroso, que superaban los niveles de los mismos puros, era por esto que se les había permitido la entrada a la casa del elfo oscuro, cuyo

nombre era un misterio para todos los miembros. Después de aproximadamente 15 minutos de espera, luego de que todos los invitados hubiesen llegado al lugar, todos están atentos ante la aparición del elfo oscuro, un hombre misterioso y silencioso, quien solamente abre su boca para decir las palabras precisas que el resto del mundo necesita escuchar.

Jamás se le ha visto fuera de los dominios de la enorme mansión fortificada en la que habita, ya que gran parte de su poder desaparece al encontrarse alejado de un grupo de cristales mágicos que se encuentran vinculados con la impresionante energía que puede controlar el elfo oscuro. Lejos de los cristales, puede alcanzar niveles impresionantes, pero estando cerca de ellos es simplemente invencible. La puerta de madera se abre, ingresando el asistente del anfitrión para indicarles a todos que deben colocarse de pie.

— El gran elfo oscuro está por entrar, muestren respeto y admiración por nuestro líder. — Dijo el hombre mientras se inclinaba haciendo una reverencia.

Todos debían bajar la cabeza mientras el elfo oscuro caminaba hacia su trono de bronce, era un ritual que habitualmente se llevaba a cabo de la misma manera en todas las sesiones. Solo podían observarlo y hacer contacto visual con él cuando este se encontrará en su trono, de lo contrario serían castigados.

— Sean todos bienvenidos a mi casa, en esta oportunidad tendremos cosas muy importantes de las cuales hablaremos con mucha seriedad. — Dijo el elfo.

Todos dirigieron su mirada hacia él antes de tomar asiento. Había mucha tensión en el ambiente, y Alice Jones, al ver al elfo, sintió una gran presión en el pecho que le generó un mareo que casi hace que se desvanezca en el suelo.

— ¿Te sientes bien? Te ves muy pálida. — Dijo Boris, quien notó el cambio de actitud de la chica.

— Sí, estoy bien. No te preocupes. — Respondió Alice.

La joven chica podía identificar rápidamente el estado de ánimo de una persona, y lo que sintió al observar al elfo oscuro, fue una enorme energía negativa que lo estaba consumiendo por dentro. Algo muy grave estaba pasando, y podía sentir el miedo que irradiaba el gran elfo. Nunca había

sentido tal cantidad de energía proveniente de este hombre, ya que siempre les había transmitido seguridad y protección, pero en esta oportunidad, algo era diferente, era como si estuviese a punto de revelar una verdad que pondría a todos en alerta.

— La razón por la que los he invitado hoy a este lugar es para informarles que estamos en un grave peligro. — Dijo el elfo.

La voz del intimidante líder, retumbaba en las paredes del salón, ya que este tenía un timbre bastante fuerte, intenso y grueso, el cual hacía callar a cualquiera que intentara dirigirse a él sin su consentimiento. Su aspecto también era intimidante, ya que utilizaba el cabello negro peinado completamente hacia atrás fijado con una especie de gel. Era un peinado perfecto, sin defectos ni detalles.

Su piel blanca era la envidia de cualquier chica que estuviese presente en la sala, ya que no poseía ni cicatrices ni imperfecciones que mancillaran la tersa piel del elfo. Orejas puntiagudas y ojos dorados que solían cambiar de color para intentar mezclarse entre los seres inferiores, eran características que solo podían verse en este príncipe de la oscuridad. Era el encargado de mantener el orden en toda la comunidad, nadie podía mover un dedo sin que este sujeto lo supiera.

Conocía las intenciones de cada uno de los miembros, y si realmente estaban comprometidos con la causa de mantener a la comunidad sólida. Podía controlar y presentir la energía de cada uno de ellos, por lo que, este fue el primero en enterarse acerca de la muerte de los dos licántropos del tren. De forma inmediata convocó a la reunión, ya que la energía que percibió por parte de aquel ente que había asesinado a estos dos jóvenes, iba más allá de lo que él conocía.

Por alguna razón, Alice Jones siempre ha sido una de las chicas que generalmente ha capturado la atención del elfo oscuro. Puede haberse sentido seducido por su imagen, o quizás siente una gran atracción por el enorme poder que irradia Alice. En muchas oportunidades, se ha dirigido al grupo, pero su mirada por lo general siempre se encuentra fijada en Alice, quien suele ponerse nerviosa cada vez que ocurre esto.

— Estamos bajo una amenaza latente de algo desconocido que nunca había pisado la ciudad de Nueva York. Estamos frente a algo que supera todo nuestro poder. — Dijo el elfo.

Todos se alarman enormemente, sintiendo como el miedo se apoderaba de sus cuerpos de forma inmediata.

— Pude sentir lo que acaba de suceder. Todos permitieron que la energía de sus poderes disminuyera drásticamente, dando lugar al miedo para que ocupara todo su ser. Eso no puede ocurrir. — Dijo el príncipe.

A pesar de que mostraba una actitud tranquila y calma, Alice podía percibir la enorme preocupación y angustia que habitaba dentro del elfo oscuro. Este hombre pertenecía a una raza superior a cualquiera, siendo el único hijo del rey de los elfos oscuros, quienes habitaban en un plano completamente distinto. El príncipe de los elfos había sido designado para mantener el orden y control en la dimensión de los humanos, manteniéndolos protegido y blindado constantemente.

Sus poderes podrían hacer desaparecer a cualquiera simplemente con fijar sus ojos dorados sobre ellos, por lo que, generalmente se encontraba solo y no contaba con la compañía de absolutamente nadie. Su edad era desconocida, aunque su aspecto era el de un hombre de unos 28 años de edad. Se veía joven, fuerte y su poder lo hacía ver mucho más imponente ante todos. La continua mirada del príncipe de los elfos oscuros hacia Alice, hace que la chica se ponga muy nerviosa. Boris, quien se encuentra sentado justo al lado de ella puede notar el comportamiento de la chica.

Los celos comienzan a consumirlo, pero sabe que todo lo que ocurre en la sala puede ser percibido por el elfo, por lo que debe controlar sus sentimientos y mantenerse neutral. Hace un esfuerzo enorme para poder poner su mente en blanco y olvidarse de lo que está pasando con Alice, quien, a pesar de tener un poder increíble de autocontrol, se ha dejado llevar por sus emociones ante los estímulos que despierta el elfo.

— Debemos estar más unidos que nunca, ha ocurrido algo terrible y no podemos permitir que vuelva a pasar. — Comentó el líder.

De pronto, el ser supremo cerró sus ojos e intentó conectarse con la mente de cada uno de los que estaban allí, hablándoles a través del pensamiento y proyectando algunas imágenes que había percibido del suceso del tren. Cada uno de los asistentes, podía ver, mientras cerraban sus ojos como el sufrimiento y el dolor se apoderaban de los licántropos que habían sido atacados mientras iban de camino a la ciudad de Nueva York.

Una de las personas más afectadas había sido Alice Jones, quién había compartido personalmente en una gran cantidad de oportunidades con ambos chicos, por lo que, no pudo evitar dejar salir unas lágrimas al visualizar las imágenes. Todos habían sentido miedo, terror, pero solo una persona en la sala había experimentado un profundo dolor y tristeza.

El elfo se conectó a través de la mente de Alice y envió un mensaje de consolación, el cual únicamente podía ser escuchado por la chica. Era la primera vez que este ser supremo se dirigía a ella de forma individual, ya que siempre había sido parte de sesiones generales en las cuales todos escucharon el mismo mensaje.

— Debes ser fuerte, tu espíritu es poderoso e inquebrantable. Siento mucho lo de tus amigos. — Dijo el elfo a través de la mente.

El corazón de Alice se aceleró enormemente, ya que, era la primera vez que tenía contacto con este hombre. Siempre había soñado con el día en que pudiese tener una conversación con el elfo oscuro, ya que le transmitía una gran curiosidad el hecho de saber que escondía este ser detrás de esa imagen poderosa e impenetrable.

Mientras el hombre pronunciaba las palabras a través de la conexión mental existente entre ellos, Alice vibraba totalmente, ya que sentía como las palabras penetraban en su alma sin ningún límite. Sabía que el elfo oscuro tenía la habilidad de hablar a través de su pensamiento, ya que esto era de dominio público en la comunidad, lo que no sabía, era que podía dirigir dos pensamientos diferentes a más de una persona a la vez.

Esta habilidad le generó una enorme curiosidad, y sabía que había mucho que podía aprender de este ser superior. El hecho de que la hubiese tomado en cuenta de forma personal y le hubiese dedicado unas palabras de condolencia, la hacían desear entrar en contacto de una forma más personal con el elfo oscuro.

Esta reacción del poderoso ser, no había sido una casualidad o un hecho aislado, el caballero sobrenatural, tenía un interés que iba mucho más allá de lo normal. Siempre había sentido una atracción muy fuerte por Alice, pero las diferentes razas y la cantidad de conflictos que se desataría en el caso de que intentará vincularse con la chica, lo mantenían siempre a raya. Al parecer, aquel día había dejado de importarle lo que sus superiores pensarán. No tenía que rendirle cuentas a absolutamente nadie, ya que era el ser supremo de ese

pleno, pero había una enorme responsabilidad que debía asumir, y no era el momento para juegos.

Aun así, mantuvo una breve conversación con Alice, quien se atrevió a responder el mensaje a través de la comunicación mental. El elfo oscuro, desconocía que la chica manejaba esta técnica, por lo que se sorprendió enormemente al ver como Alice entraba en su mente.

— Gracias, eres muy amable. — Fueron las palabras de Alice.

El elfo oscuro, al escuchar la voz de la chica en su cabeza, no pudo contener su alegría al saber que podía tener un canal de comunicación con ella. Nunca antes nadie había entrado en la mente del elfo oscuro, ya que este había bloqueado todos los accesos, ni con los poderes mentales más potentes, habían logrado acceder al universo mental del príncipe de los elfos oscuros.

Este, al darse cuenta de que existía una gran vulnerabilidad ante Alice, decidió dar un paso adelante esa misma noche. No todo era protocolo y seriedad durante el desarrollo de las reuniones, ya que, una vez que se daban todas las instrucciones, todos eran invitados a disfrutar de una deliciosa cena acompañada de vino, la mejor selección de la ciudad.

Durante esta ceremonia, el elfo oscuro no estaba presente, simplemente los invitados estaban en la mesa y disfrutaban de todos los platillos que llegaban de la mano de los sirvientes del elfo oscuro. Durante el resto de la noche, Alice y el príncipe estuvieron conversando a través de sus pensamientos, algo que despertó la curiosidad de Boris, quien vio a la chica completamente desconectada durante toda la velada.

— ¿Estás bien? Te noto distraída. — Comentó Boris.

La chica interrumpió su conversación con el elfo oscuro, para darle una respuesta a Boris.

— Sí sí, estoy bien. No te preocupes. Creo que la muerte de los chicos me afectó más de lo que creí — Respondió la chica de forma desinteresada.

Ambos habían abarcado temas muy profundos interesantes del pensamiento, Alice contaba con el conocimiento que iba más allá de lo que podría llegar a pensar el elfo, quien en medio de una conversación que se había extendido por horas, finalmente le había revelado su nombre verdadero a Alice Jones.

ACTO 4

— ¿Dorian Tharsus? — Dijo Alice a través de la conexión mental que mantenía con el príncipe de los elfos oscuros.

— Es estrictamente necesario que me prometas que no revelarás mi nombre absolutamente nadie. — Dijo Dorian.

— Tu secreto estará perfectamente guardado conmigo, te prometo que nadie sabrá tu nombre por mí.

— Si he tenido la confianza en ti para revelarte esta información, es porque hay algo en tu mirada que me transmite algo muy intenso. — Dijo Dorian.

Para ese momento, el elfo oscuro se encontraba en su trono de bronce, mientras sostenía en su mano una copa de oro con vino tinto dentro de ella. Periódicamente, da un sorbo al contenido mientras conversaba mentalmente con la joven hechicera.

Estando solo a dos salas de distancia, separados por paredes hechas de piedra sólida, la pareja podía comunicarse efectivamente sin ningún inconveniente, lo que les daba la posibilidad de descubrir una gran cantidad de detalles de sus personalidades. Dorian se había doblegado de tal forma, que había revelado uno de los secretos mejor guardados, su nombre.

Esto no podía tomarse a la ligera, ya que, al saber el verdadero nombre de Dorian, sus enemigos podrían determinar su origen y sus puntos débiles. Esta muestra de confianza, generó una gran satisfacción en Alice, quien siente que debe retribuir la confianza y revelar algo que ni ella misma llegó a pensar que alguna vez le contaría alguien.

— Yo también tengo algo que confesarte. — Dijo Alice, haciendo una larga pausa que dejó en ascuas a Dorian.

— ¿Sabías que puedo entrar en tu pensamiento cuando lo desee sin que te des cuenta? Es posible que lo que sea que tengas que decirme ya lo sepa — Dijo Dorian.

En ese momento, la chica sostenía un vaso de agua en su mano, el cual dejó caer repentinamente. Sus mejillas se pusieron tan rojas como el color del vino que se servía en la mesa del gran festín. Boris, al notar la actitud de Alice, se dirigió rápidamente a ella.

— Te he notado muy extraña toda la noche. No me has tomado en cuenta para absolutamente nada. — Dijo el molesto licántropo.

— He estado un poco dispersa en las últimas horas, debió ser la noticia de la muerte de los chicos, aún no lo puedo superar. — Dijo Alice intentando zafarse del compromiso de tener que contarle a Boris todo lo que ocurría.

De nuevo estableció comunicación con Dorian, quien disfrutaba de toda la confusión que generaba en la chica, simplemente con un par de palabras.

— ¿Realmente conoces todo lo que hay en mi pensamiento? — Dijo la pelirroja.

— Solo lo importante, hay lugares del pensamiento a los que solo se puede acceder cuando realmente el corazón se abre. No creo que estés preparada para ello. — Dijo Dorian.

— ¿Podría entonces revelarte mi secreto y tendría algo de validez? — Dijo la chica.

— Por supuesto, te escucho...

— Siempre me he sentido atraída por tus ojos, siento que cuando me miras me desnudas con ellos. ¿Me equivoco? — Dijo Alice.

El elfo guardó silencio rotundo, no fue capaz de dirigirse a través del pensamiento de la chica con ninguna expresión, oración o frase. Así como él tenía la capacidad de percibir todo lo que había en su entorno, Alice también había conseguido captar toda la muestra de atención que le dedicaba Dorian Tharsus.

— Creo que eso debería respondértelo personalmente. Muchos hacen alarde de valentía a través de la distancia.

— Eso significa que volveremos a vernos. — Preguntó Alice con mucha expectativa.

— No cabe duda de que tú y yo volveremos a vernos a solas muy pronto. — Dijo Dorian, con una voz muy seductora.

De nuevo, las mejillas de la chica se sonrojaron, lo que fue notado inmediatamente por Boris, quien sabía que algo irregular estaba pasando.

La conversación entre Alice y Dorian se vio interrumpida por el joven licántropo, quien se acercó a la chica y les solicitó salir de allí.

— No me siento muy bien, quiero ir a casa. — Dijo Boris.

Alice, para no levantar sospechas, siguió la corriente del joven híbrido, quien la tomó de la mano y salió de la gran mansión acompañado de la chica. La misma limusina que los había trasladado hasta el lugar, los llevaría al mismo punto donde los había recogido. Ambos caminaron a casa desde el mismo lugar, experimentando un miedo aun mayor del que habían sentido la primera vez que caminaron por allí ese día.

Después de ser advertidos de que había un atacante dispuesto a arrebatarles la vida, no podían estar tranquilos ni un solo segundo. Caminaron tan rápido como fue posible, llegando a la residencia de Alice, la cual se encontraba más cerca del punto de llegada. Caminaban dirigiendo la mirada hacia todas las direcciones, con una sensación muy desagradable en la parte posterior de sus cuellos.

— Si lo deseas, puedes dormir esta noche aquí. Es muy tarde para que te vayas a casa. — Dijo Alice.

Boris no se encontraba de muy buen humor como para compartir la misma cama con Alice, pero ella tenía razón, ya que, no era seguro viajar durante la noche durante una hora, el tiempo promedio que tardaba en llegar a casa.

— Tienes razón, prefiero pasar la noche aquí. Me iré en la mañana. — Dijo Boris mostrando un descontento muy evidente en su rostro.

La chica tenía toda la intención de recompensar a su compañero, quien siempre le proveía un sexo formidable, y más aún si se encontraba molesto. Solía a dejar que todas sus emociones, fueran buenas o malas influyeran directamente en su ímpetu en tener un encuentro sexual maravilloso. Después de ir a la cama, ambos compartieron sus impresiones acerca de lo que había ocurrido aquella noche.

Discutieron acerca del profundo miedo que les inspiraba ser atacados por este ser desconocido que fue mencionado por Dorian. Cuando llegaron al tema, no pudieron evitar comenzar una conversación acerca del elfo oscuro.

— Ha comenzado a molestarme tu actitud cuando aparece el príncipe. Te pones muy nerviosa y se está haciendo evidente entre los otros. Comentan al respecto. — Dijo Boris.

— No sé de qué estás hablando, de verdad no quiero discutir. ¿Por qué mejor no jugamos un rato antes de dormir? — Dijo la hermosa pelirroja.

Su estrategia para intentar evadir el tema era lo mejor que podía hacer, ya que quedaría en evidencia rápidamente si este joven descubría que la chica sentía algo muy fuerte por Dorian Tharsus. Alice se acercó a los labios de Boris, proporcionándole un tierno beso que se convirtió rápidamente en suaves mordidas y finalmente en algunas lamidas salvajes.

El miembro de Boris se endureció rápidamente, siendo acariciado por las suaves manos de Alice, quien apretó fuertemente los testículos del chico y demostró su control sobre el cuerpo del joven híbrido mitad lobo y mitad humano. Este comenzó a besar a la chica de una forma más intensa abalanzándose sobre ella y controlando su cuerpo al sujetar sus muñecas. Comenzó a descender rápidamente para quitarle la parte inferior del pijama a Alice, el cual arrebató sin piedad.

Al dejar desnuda la vagina de la chica, este introdujo su lengua tan adentro como pudo dentro de ella, ante lo cual, Alice dejó salir un alarido muy fuerte, demostrando el enorme placer que le proporcionaba su compañero. Pero la chica se encontraba muy agotada, estaba realmente cansada después de todo lo que había tenido que invertir aquella noche de su energía para poder comunicarse con Dorian. A pesar de que tenía toda la intención de mantenerse atenta a la actividad que desarrollaba con su compañero, su cerebro estaba completamente exhausto.

A pesar de que había sido ella misma la que había iniciado la actividad, calentando a Boris, muy pronto la chica se quedaría completamente dormida. Había perdido el conocimiento, y aunque Boris intenta despertarla sacudiéndola suavemente, y proporcionándole algunas suaves palmadas en el rostro, Alice no reaccionó.

Pensó que la chica lo estaba haciendo como parte de un juego, por lo que, Boris continúa estimulando a Alice para sacar lo mejor de ella. Esto no dio ningún resultado, ya que la chica estaba prácticamente muerta. Al darse cuenta de esto, el chico se puso de pie, tomó sus ropas y se fue directamente su coche, no podía soportar a que el nivel de humillación al que lo había sometido Alice aquella noche.

El nivel de tolerancia de Boris era muy bajo, y su capacidad de autocontrol era casi nula. Prefirió salir de allí antes de que terminara despertando violentamente a Alice para iniciar una discusión. El miedo que todos experimentaban en la ciudad de Nueva York, especialmente los seres de la

oscuridad, no era completamente irracional, había razones por las cuales temer por sus vidas, y Boris sabía que no podía quedarse solo.

Dorian había girado instrucciones precisas que comenzaran a movilizarse en grupos, ya que el ataque que se había generado en el tren, se repetiría en condiciones similares. No debían estar solos, ya que estando acompañados podría representar una amenaza mayor para quien sea que estaba interesado en hacerles daño. Boris se había dejado llevar por su ira, olvidando por completo la situación crítica en la cual se encontraban los miembros de la comunidad oscura.

Llevando únicamente sus pantalones y sus zapatos, el chico dejó caer su camiseta en el asiento del acompañante, encendiendo su Camaro de color negro para salir de ahí rápidamente. Condujo a la carretera con mucha velocidad, con el corazón acelerado y su respiración muy intensa. No podía creer que la chica hubiese hecho algo como eso, un hombre con un ego como el de Boris no podía dejar pasar una ofensa tan grave.

Quedarse dormida mientras le practicaba sexo oral, era algo que jamás podría salir de la mente de Boris, casi imposible perdonar. Mientras se dirige por la carretera directo a su casa, el chico siente un fuerte golpe en la parte trasera de su vehículo. El Camaro negro del 76, es todo lo que había soñado Boris durante sus días de adolescente. Poder tener la oportunidad de conducir uno era la mejor experiencia del mundo para este joven chico.

Escuchar el fuerte golpe en la parte trasera del vehículo, lo obligaría rápidamente a detenerse a un lado de la carretera para poder cerciorarse de que todo se encontraba bien. Había perdido la noción de la situación en la que se encontraba, por lo que, detener su coche en la carretera a medianoche no era la mejor decisión. Sin apagarlo, salió del Camaro y caminó hacia la parte trasera, dándose cuenta de que una de las luces traseras había sido rota.

— Maldición. ¿Qué pudo haber sido esto? — Murmuró Boris.

Ante el desconcierto que le había generado el hecho, el chico volvió a la parte delantera de su coche para revisar que todas las luces adicionales se encontraban bien. La piel se le puso de gallina cuando se encontró justo frente al vehículo, ya que vio alguien sentado en el asiento del conductor, aunque no podía definir las facciones de su rostro.

— ¡Hey, sal de mi coche! — Gritó Boris.

El vehículo se puso en marcha abruptamente, atropellando a Boris, quien apenas pudo mantener el equilibrio y caer de pie tras la embestida. No podía transformarse, pero tenía muy desarrollada sus habilidades salvajes y había logrado conseguir caer de forma tal que no había sufrido ningún daño. El coche se detuvo a unos cuantos metros de distancia de Boris, acelerando de forma furiosa mientras el chico esperaba atento ante cuál sería la reacción del misterioso atacante.

— ¡Te recomiendo que salgas de mi coche y te alejes lo más rápido posible!
— Gritó Boris.

Pensaba que era un simple loco del camino que se había atravesado en muy mal momento. Había descartado la posibilidad de que este fuese el mismo atacante que había asesinado a los dos chicos que había comentado el gran elfo oscuro.

El coche se puso en marcha yendo en retroceso directamente hacia Boris, quien, de un salto pasó sobre el coche, cayendo sobre la tapa del motor. Después de darse media vuelta e intentar ver el rostro del hombre que conducía su coche, lo que se encontraron sus ojos lo desconcertaron de tal modo que le hicieron perder el equilibrio. Parecía que el rostro del hombre era un hoyo negro, solo dos puntos rojos se visualizaban como sus ojos, algo que nunca había sido visto por Boris en toda su vida.

Tras caer al pavimento de forma abrupta, el chico aún intenta procesar la información de la imagen que ha captado. Intenta sacar su teléfono móvil y llamar a Alice, quien para ese momento se encuentra profundamente dormida. El motor del Camaro ruge ferozmente mientras la carretera se encuentra completamente sola, no hay nadie cercano que pueda ver lo que está ocurriendo, así que, Boris solo tiene una oportunidad de salir corriendo e intentar salvar su vida.

Dejando caer su móvil, el chico corre tan fuerte como puede haciendo uso de sus habilidades animales. El Camaro se pone en marcha y va directo en su contra, el corazón de Boris late fuertemente y no puede manejar la situación. Intenta salirse del camino ingresar al bosque, pero el coche no se detiene en su persecución. Después de sortear algunos árboles para intentar hacer algo de tiempo y obstáculos entre él y el coche, de pronto, el vehículo llega un punto en el cual no podía avanzar más, abriéndose la puerta lentamente mientras Boris observaba escondido detrás de unos arbustos.

Un hombre de unos 2 metros de estatura salió del coche, caminando directamente hacia él, como si no hubiese ningún obstáculo que impidiera la vista de aquel hombre. Boris no tuvo más opción que mostrarse, ya que sentía que, al enfrentar el caballero, podría intimidarlo.

— ¿Qué demonios es lo que quieres? — Preguntó Boris.

El joven solo podía escuchar una fuerte respiración por parte del ser paranormal. Parecía como si la caja torácica o estuviese completamente cubierta de óxido y humedad, generando un ronquido tan espantoso que la piel de Boris se erizaba en cada oportunidad que escuchaba las aspiraciones del sujeto.

— Exterminio... — Dijo la criatura con una voz grave y ronca.

De pronto, los ojos de Boris se pusieron completamente blancos, como subiese perdido el control de su cuerpo. Después de quedar inmóvil, el hombre se acercó directamente a él, colocando las manos sobre su rostro, secando su cuerpo en un segundo. Era como si hubiese robado su esencia y su espíritu, dejando el cuerpo sin vida en medio del bosque para que los animales nocturnos se dieran un festín con la carne de Boris.

En medio de su sueño, Dorian logra entrar en el pensamiento de Alice, quien se encuentra completamente a merced del elfo.

— ¿Alice? Escúchame con atención — Preguntó Dorian.

La chica se veía en un lugar completamente desolado, en medio de un sueño confuso y completamente distorsionado.

— ¿Dorian? ¿Eres tú? — Preguntó la chica.

De pronto, el cuerpo del elfo se materializó frente a ella, mostrando su forma física para hablar con la chica.

— La energía de Boris ha desaparecido, algo muy grave le ha ocurrido.

Al no poder controlar sus acciones durante el sueño, Alice comienza a llorar descontroladamente, experimentando un desespero incontrolable.

— ¿Boris? ¿Qué le ocurrió? — Pregunta la desesperada chica.

— Lo han asesinado, y no tardaran hasta asesinarnos a todos... Debo protegerte. — Comentó el hermoso elfo.

La chica despierta repentinamente del sueño, sudada y agitada. Intenta

comunicarse con su compañero, pero el número de Boris parece estar desconectado.

ACTO 5

En medio de una ceremonia solemne a través de la cual se le daba despedida al cuerpo de Boris, todos sus amigos y familiares se habían dado cita en aquel lugar para llorar los restos de un joven que, a pesar de todo, era muy querido en la comunidad. Boris, había cometido el grave error de conducir solo por la carretera, aún y cuando se le había advertido que no debía hacerlo. Las consecuencias de sus actos habían sido nefastas, llevándolo a una muerte horrible que absolutamente nadie en aquel lugar podía explicarse.

Alice, era una de las más afectadas durante el funeral, ya que había sido la última persona en ver a Boris y no había podido evitar que el chico se marchara de su casa. Se sentía responsable del destino que había obtenido Boris, a quien ya no volvería a ver jamás. No existía una conexión sentimental con él, ya que, nunca le dio las suficientes razones como para intentar enamorarse del joven hombre lobo.

A pesar de los continuos intentos de Boris por conquistar el corazón de la chica, este se encontraba sellado y parecía estar reservado especialmente para alguien en específico. El corazón de Alice era únicamente para Dorian Tharsus, quien había comenzado a cavar muy profundo dentro del. Esto no le restaba intensidad la forma en que la afectaba la muerte de Boris a la chica, quien no podía contener su llanto y sostenía un pequeño pañuelo en su mano, el cual constantemente limpiaba las lágrimas de sus ojos y los fluidos que emanaban de su nariz.

Todos sienten un terror increíble en la comunidad, ya que, las advertencias de Dorian no han sido en vano, el sujeto que está realizando estos ataques, podría estar entre ellos, o inclusive observándolos en ese mismo momento. No existe una constante para los ataques, ya que el primero de ellos se había desarrollado durante el día, y el que había generado la muerte de Boris se había efectuado en la noche.

No había forma de vincular los asesinatos con absolutamente nadie, era como si el atacante apareciera de la nada y se desvaneciera sin dejar ningún rastro. Solo hay dos personas en Nueva York que pueden dar con el responsable de las muertes, Dorian Tharsus y Alice Jones. Las capacidades mentales de estos dos personajes superan cualquier barrera, pudiendo presentir las malas energías que los rodea en intentar crear canales directos con esta.

Alice necesita tutoría, ya que sus habilidades se han debilitado gracias a la distracción que había representado Boris en su vida. Hasta cierto punto, la muerte del chico había sido positiva, ya que esto le daría tiempo a la chica para prepararse y enfocarse en aumentar drásticamente sus poderes antes de que ella misma fuese la víctima del atacante. Inicialmente se había pensado que había sido un ataque aislado, pero el segundo ataque, que dejó devastada a la comunidad tras la muerte de Boris, confirmó que las víctimas pertenecían a la comunidad oscura.

Híbridos, vampiros, elfos, hechiceros y brujas se encontraban en riesgo de ser atacados en cualquier momento, por lo que, Dorian, comunicándose a través de sus mentes, vuelve a exhortarlos a permanecer unidos en todo momento. Isaac, un chico híbrido mitad vampiro y mitad humano, se acerca a Alice, colocando su mano sobre su hombro para consolarla. El estado de nervios de la chica, hace que esta salte con desconfianza.

Isaac puede notar la actitud de la chica, y puede comprenderla hasta cierto punto, pero la desconfianza no puede surgir dentro del círculo, ya que esto destruiría inminentemente la composición del mismo.

— Sé que no te sientes bien. Deberías ir a descansar. — Dijo Isaac.

— Estoy bien. Solo estoy un poco nerviosa. — Respondió Alice.

Conversan en voz baja para no llamar la atención, pero mientras lo hacían, fue imposible que algunos de sus compañeros no notaron el acercamiento entre ellos. Ciertos comentarios se generaron entre algunos de los presentes, quienes aseguraban, que la chica ya está buscando un sustituto para Boris al conversar con Isaac. Muchos hablaban sobre el apetito sexual de Alice, se decía que me llevaba muchos hombres a la cama, y aunque el número era bastante generoso, los rumores eran mucho más grandes de lo que realmente era.

Las dudas, la intriga y las mentiras comienzan a surgir aquel día en medio de un funeral que debió unir al círculo de la comunidad oscura. Alice había sido el punto generador de discordia entre muchos de los presentes, y sin saberlo había hecho un grave daño a la comunidad. Tras llegar a casa, después de un día agotador y doloroso, la chica se deja caer en su cama mientras observa fijamente el techo. De pronto, escucha la voz de Dorian en su cabeza, quien no la ha abandonado durante todo el día.

— Sé que no estás bien, te haré caer en un profundo sueño que regenerará tus energías. — Dijo Dorian.

— Gracias por apoyarme. Hoy noté ciertas energías negativas a mi alrededor. Las cosas podrían salirse de control muy pronto. — Respondió Alice.

— Por ahora, preocúpate por recuperarte. Estás muy débil y agotada, recuerda que tu mente es tu principal arma y necesitas estar alerta en todo momento. — Dijo Dorian.

De pronto, Alice cayó en un profundo sueño, el cual la llevó a un abismo que no parecía tener final, caía continuamente, pero no parecía estar asustada, sus ojos se encontraban cerrados y sabía que iba en el descenso hacia el vacío, pero esto no le preocupaba.

No tenía control sobre los actos que se desarrollaron, por lo que, no tiene más opción que relajarse y dejar que los acontecimientos fluyan dentro de su mente de forma natural. Dorian había desarrollado un enorme deseo por la chica, y si no podía poseerla físicamente. Podría representar un encuentro entre ellos a través de la imaginación de la chica. Esta, nunca podría saber si esto había sido generado por él hoy ha sido su misma mente la que había provocado tales imágenes.

Había una fuerte atracción entre ellos, y eso no podía dudarse, lo difícil era mantener el control y no dejar que sus hormonas la llevaran a cometer un grave error con un ser supremo. Alice cae en una cama cubierta con una sábana de color dorado, con almohadas tan suaves y tersas que le proporciona un descanso incomparable. Sus manos acarician la textura de la cama mientras sus pies desnudos hacen lo mismo, generando una fricción en esta.

Disfruta de la comodidad que le proporciona aquel lugar, el cual parece estar muy iluminado por un foco de luz que desconoce de dónde viene. De pronto, la silueta de alguien aparece frente a ella, es difusa, no logra definir quién es, pero lleva una gran bata blanca cubriendo su cuerpo. Alice intenta enfocar su vista, y cuando logra detallar de quién se trata, su corazón se acelera rápidamente.

— Tranquilízate, todo esto no está pasando realmente. — Dijo Dorian, quien se encontraba de pie frente a la joven bruja.

La chica se puso un poco tensa, pero solo unos segundos después logró recuperar su estado de relajación.

— ¿Por qué viniste? — Preguntó Alice.

— No tengo por qué engañarte. Estoy aquí porque puedo leer el deseo en tu mirada. Y aunque he intentado controlarlo, yo también experimento un deseo con una intensidad similar. — Respondió el elfo.

La chica se quedó sin palabras ante los comentarios del ser mágico, aunque no sintió miedo. Acto seguido, Dorian dejó caer la bata que cubría su cuerpo, mostrando su cuerpo completamente desnudo frente a ella. Alice, sin pudor, paseó su mirada por todo el cuerpo perfecto del hombre, el cual se encontraba delineado minuciosamente en cada uno de sus músculos.

Era delgado, pero tenía un cuerpo atlético, sin ninguna imperfección en la piel, y emanaba un olor intenso a masculinidad, el cual despertaba las sensaciones más profundas de la sexualidad de Alice.

— ¡Ven aquí, dame tu mano! — Dijo el elfo.

Alice se vio tentada a rechazarlo, pero la posibilidad de estar con este caballero, aunque fuese en sus sueños, era muy difícil de rechazar.

Alice sujetó la mano de Dorian, quien la llevó muy cerca de su cuerpo, inhalando el aroma de la chica minuciosamente. Se acercó su cuello sin hacer contacto, simplemente bordeaba su piel mientras guardaba los registros del aroma natural de Alice. La chica observada como el hombre de piel blanca y cabello negro recorría camino hacia su vientre disfrutando de su aroma, mientras sostenía su mano de forma firme pero sutil. El caballero se tomó su tiempo, para después colocar sus manos sobre los hombros de la chica y comenzar a masajearlos.

— Sé que te sientes un poco tensa. Debes relajarte. — Dijo Dorian.

Alice no sabía si realmente estaba viviendo aquello, ya que, la forma en que sentía como las manos de aquel elfo la tocaban, era muy real. La mirada penetrante de los ojos dorados de Dorian, parecía atravesar el alma de la chica mientras se encontraban fijos hacia los de ella. Los labios de Alice se humedecen mientras observa los de Dorian.

— Bésame. — Dijo el hombre.

Esta orden fue inminente, permitiéndole a la chica hacer contacto sin dudar con los labios delgados de aquel ser sobrenatural. Sintió un enorme calor dentro de su pecho mientras besaba a el príncipe de los elfos, era como si

hubiese penetrado en ella a través de los fluidos que emanaban de su boca. En ese punto, era imposible retroceder, ya que Dorian se había aferrado al cuerpo de la chica, sujetándola con sus brazos, mientras sus manos se posaban firmemente sobre su espalda.

Posteriormente, Dorian coloca su mano sobre el cabello de la chica, acariciándolo mientras su lengua juega traviesamente con la de ella en el interior de su boca. El miembro del príncipe elfo, se encuentra completamente erecto, endurecido y chocando justo contra el vientre de Alice, quien siente cierta vergüenza ante esto.

— ¿Podría tocarte? — Preguntó Alice buscando algo de protagonismo en el encuentro.

— Muero porque lo hagas. — Respondió Dorian mostrando una leve sonrisa en su rostro.

Cabe destacar que, era la primera vez que Alice podía ver el rostro de este hombre sonriente. Por lo general sus facciones eran serias, inmutables, por lo que se sintió muy atraída por él al ver su sonrisa. Sigue en un mar de dudas al no tener la menor idea si lo que está viviendo es producto de su imaginación o alguien lo está generando, pero al sujetar el erecto pene de Dorian entre sus manos, la duda crece enormemente ante la posibilidad de que sea real.

Después de masturbar al ser superior durante unos minutos, este levanta el pequeño vestido que lleva Alice y lo hace salir de su cuerpo por encima de su cabeza. Deja desnuda completamente a la pelirroja, la cual luce unas hermosas pecas en sus hombros y pecho. Sus pezones rosados se encuentran endurecidos, completamente erectos ante los niveles de excitación a los que la ha llevado Dorian.

El elfo acuesta a la chica sobre la cama, colocándola con mucho cuidado mientras su cabeza se apoya sobre las suaves almohadas doradas. Besa los muslos de la chica y se pasea con su larga lengua a través de la superficie de su piel para llegar a su vientre. Bordea su ombligo y se desplaza hacia los pezones, lamiéndolos y humedeciéndolos. Subió un poco más hacia el cuello y ahí se detiene para dar unas leves mordidas.

Alice está a punto de estallar, ya que el hombre muestra firmeza, masculinidad y una delicadeza incorporada. Al encontrarse nuevamente con sus labios, el estímulo llegará acompañado por una penetración inesperada

por parte del caballero, quien le ofrece un placer incomparable a su amante. Nunca había hecho el amor con un elfo, mucho menos un ser superior del rango de príncipe.

La chica sintió un calor enorme en lo más profundo de su vagina, algo que multiplicaba por 100 cualquier experiencia que hubiese vivido antes en el pasado. El caballero apretaba sus muslos mientras se insertaba en ella, mientras la chica incrustaba sus uñas en la espalda del elfo. Este movimiento había sido hecho con toda la intención, ya que, de ser una proyección o una fantasía, no podría dejar cicatrices en la espalda de Dorian.

Esto generó un dolor considerable en aquel hombre, quien reflejó el estímulo en un incremento de la pasión hacerle el amor a la joven bruja.

— ¿Te ha gustado? — Susurró Alice.

— Me encantas. Esto es mejor de lo que podría haber imaginado. — Respondió Dorian.

La mujer disfrutaba al máximo de un placer sobrenatural que ningún otro ser le podría haber proporcionado jamás. Disfruta de las caricias de las manos de Dorian sobre su rostro, las cuales se desplazan hacia su pecho y los aprieta con mucha intensidad. El hombre hace alarde de una larga lengua, la cual penetra en la boca de la chica periódicamente y se desplaza por todo su cuello, lamiendo su pecho para disfrutar de su dulce sabor.

Lleva al orgasmo a Alice con mucha rapidez, sin detenerse, siendo totalmente constante y sin bajar la intensidad del momento. Cada penetración es un paso más cercano al momento cumbre que la chica siempre había estado esperando. Algo incomparable estaba a punto de ser descubierto por la joven pelirroja, quien se aferra a la cintura del elfo mientras este se mueve con una velocidad sobrehumana.

Se miran fijamente a los ojos mientras Alice queda completamente encantada por los hechizos de los ojos dorados del hombre de cabello negro. Nunca se imaginó que estaría en esta situación junto a él, y aunque era producto de su imaginación, al menos hasta ese momento, nunca pensó que sería algo tan intenso. Alice tiembla ante el placer que experimenta ante la llegada al orgasmo, mientras Dorian no se detiene en sus movimientos.

Sujeta las muñecas de la chica mientras esta se retuerce ante un placer sobrenatural que la quema por dentro. Es el orgasmo más salvaje que jamás

haya sentido, empapando de fluidos por completo las sábanas doradas sobre las que se encuentra.

De pronto, Alice despierta repentinamente en su cama, completamente exhausta y cubierta de sudor. Es imposible para ella poder determinar si lo que ha pasado ha sido real o ha sido toda una fantasía. Revisa sus ropas y aún lleva puesta la ropa con la que ha llegado del funeral de Boris. Se encuentra completamente confundida, y su cabello está empapado en sudor.

Toca su zona genital y está también se encuentra húmeda. Experimenta una relajación muy similar a la que se puede sentir después del sexo, un sexo formidable e intenso que quizás jamás se repetirá la misma forma más de una vez.

ACTO 6

Alice se había encargado de intentar asegurarse de que todo lo que había experimentado aquella noche en medio de la fantasía que se cruzó por su mente había sido producto de la casualidad y no había sido inducida por Dorian. A través de sus canales mentales, Alice había logrado comunicarse con el elfo oscuro, logrando que este confesara todo de una forma muy simple.

— Lo que has vivido no ha sido real, pero créeme, es la proyección exacta de lo que me gustaría vivir contigo. — Dijo el ser mágico.

— No es correcto que te introduzcas en mis sueños y actúes de una forma tan baja. No puedo permitir que vuelva a ocurrir. — Dijo Alice.

— Aunque gran parte de lo que ocurrió fue generado por mí, mucho de lo que pasó también tenía la participación de tu mente. — Recalcó el hombre.

Alice había pensado, hasta recibir la declaración de Dorian, que todo había sido parte de un montaje imaginario que había realizado el elfo, esto la había tranquilizado enormemente, ya que le quitaba una gran responsabilidad encima. Descubrir que su voluntad también estaba involucrada en un acto tan apasionado como el que se había desarrollado en su sueño, volvió a ponerla en una situación incómoda.

— ¿Intentas decirme que lo que ocurrió fue bajo mi consentimiento? Por favor, estaba dormida, ¿cómo podría haber accedido a algo como eso? — Dijo Alice.

— Tienes una mente muy poderosa, lamentablemente no conoces su alcance. Eso podría ser peligroso, recuerda que estamos en una situación crítica. No creo que este sea el momento para gastar energía en una discusión tan absurda como esta. — Dijo Dorian.

La pareja cortó la comunicación telepática, lo que se extendió por algunos días posteriores. Alice había quedado muy decepcionada de la forma en que Dorian había actuado, aunque no podía negar que había disfrutado del encuentro imaginario. Cada noche, la chica se iba a dormir con las imágenes frescas de lo que había vivido aquella noche.

Intentaba reproducir un encuentro similar en sus sueños, pero nada de esto

ocurrió en los días subsiguientes. Parecía como si el mismo Dorian estuviese bloqueando los sentimientos y pensamientos eróticos existentes en Alice, quien lo había juzgado de una manera muy dura por haberse comportado de ese modo.

La misma chica había propiciado que aquello ocurriera, ya que desarrollaron temas de conversación que se paseaban sutilmente por la sexualidad de ambos. Después de haberse comportado de una forma tan sugerente, no había sido justo para Dorian recibiera todo el peso de la culpa ante su interés por ella.

Había clasificado de hipócrita la actitud de Alice, pero, aun así, no estaba dispuesto a descartarla de su objetivo. Aunque aquel encuentro había sido sobrenatural, no había sido 100% real, había conseguido transportar a ambos seres a una dimensión en la cual, podían sentir y tocar como si se encontraran físicamente allí, disfrutando totalmente de sus cuerpos.

Todo había sido como una ilusión que se ubicaba en la mitad entre el plano real e imaginario. Dorian se encuentra completamente convencido de que el cuerpo de Alice le pertenece, le pertenece de una forma mucho más fuerte de lo que él mismo cree. Detesta verse controlado por los designios del destino, pero la chica ha cumplido con todas las características necesarias para ser parte de un círculo muy reducido en el cual entran los seres más importantes para Dorian. Deja de importarle su trono, su poder y sus obligaciones como el príncipe de los elfos oscuros, para ese momento, su principal interés es Alice Jones.

La larga ausencia durante los días se hizo cada vez más pesada para Dorian, quien, haciendo uso de toda su voluntad, intentaba no monitorear los pensamientos de Alice. Esta, por su parte, extrañaba enormemente las conversaciones nocturnas con el elfo, quien solía instruirle y prepararla a través de consejos muy valiosos acerca del camino que debía tomar para convertirse en una bruja poderosa.

Esto también se había visto afectado por la ausencia de Boris, quien, a pesar de todo, era un buen amigo para la chica. Su muerte no había sido procesada del todo, por lo que, Alice solía llorar a escondidas durante algunos minutos mientras recordaba al vigoroso caballero. Era gentil y muy gracioso, por lo que, su compañía le hacía una falta increíble. Después de la muerte de Boris, en la comunidad quedó un vacío muy grande, el cual no podría ser sustituido

jamás en el futuro.

Después de unos días tranquilos, todos los miembros de la comunidad comenzaron a creer que la amenaza había pasado, ya que ninguno de los miembros había sufrido ningún percance. Habían hecho caso a la instrucción de Dorian, ya que debían permanecer juntos en todo momento, así evitarían dar tiempo al enemigo de que atacar.

Dos amigas de Alice, las cuales también eran hechiceras de un rango menor, se encuentran en su casa encerradas con llave, las ventanas se encuentran aseguradas y han tomado las provisiones necesarias ante un posible ataque. Durante el día asisten a la universidad, pero en las noches se hacen turnos para mantenerse despiertas durante toda la madrugada.

No están dispuestas a ser presa fácil para quien ha asesinado a los tres licántropos en los días pasados. Se dice que se trata de un grupo de humanos ortodoxos, pero la forma en que han muerto va más allá de lo que podría hacer un humano. La prolongada calma había generado un descuido de las defensas en cada uno de los miembros de la comunidad oscura. Alice Jones se encuentra en casa bajo unas condiciones similares a las de la chica, completamente encerrada y alimentando su campo de fuerza, el cual le permite mantenerse aislada de la percepción de otros seres sobrenaturales.

Esto le daba cierta ventaja Alice, ya que su energía no podría ser identificada por absolutamente nadie que se encontrara cerca de ella. Muchos seres vagan por el mundo en busca de energías poderosas, y Alice sabía que sus niveles superaban los del común, por lo cual se protegía con este campo de fuerza que alimentaba cada día con mayor fuerza.

Ambas chicas habían sucumbido ante el cansancio aquella noche, por lo que ambas se habían quedado dormidas, una sobre las piernas de la otra. El sueño era profundo y completamente imperturbable, por lo que, era difícil que cualquiera de las dos se diera cuenta de algo de lo que ocurría alrededor de ellas. Esto le proporciona una ventaja al ser sobrenatural que se estaba dedicando a asesinar a jóvenes con poderes como los de ellas.

Entre todos los seres que podían pertenecer a la comunidad oscura, las brujas y hechiceros siempre habían sido las que mayor problema podían generar. Este sujeto sobrenatural, cuya imagen o procedencia era desconocida, utilizaba gran parte de la energía de la magia, combinando la magia blanca y la magia negra para llevar a cabo sus actos deplorables en los cuales había

quitado la vida de seres muy poderosos.

Había comenzado con los Licántropos, los cuales hacían uso de su fuerza bruta para poder defenderse, sus habilidades físicas iban más allá de lo conocido, pero podrían ser controlados rápidamente por este ser oscuro. Ya solo quedarían tres licántropos dentro de la comunidad oscura, los cuales dejarían de ser un problema muy pronto, pero era el momento de ir por las hechiceras, un gremio reducido entre las cuales se encontraba Alice Jones.

Debido a que siempre se encontraba preparada y lista ante cualquier ataque o situación, la chica había pasado desapercibida de la percepción del ser oscuro, quien podría buscar y ubicar a sus víctimas debido al rango de energía que emanaban. Esto explicaba claramente por qué había logrado ubicar tan rápido a los licántropos del tren. Ambos chicos se encontraban muy nerviosos, llenos de expectativas ante la idea de llegar a una nueva ciudad que los estaba esperando con un destino incierto.

La gran cantidad de nerviosismo les hacía emanar una gran energía, dándoles la posibilidad de ser ubicados con facilidad. Otra razón que había colocado a los chicos en una posición tan vulnerable era el sexo, ya que uno de los momentos en los cuales estos seres mágicos llegaban a su punto más alto a nivel energético era cuando mantenían relaciones sexuales.

Lamentablemente, también era el momento en el cual se encontraban más vulnerables, ya que toda su atención y enfoque se encontraba en una sola cosa, el placer y la lujuria. Ambos jóvenes asesinados en el tren habían sido las víctimas más sencillas que pudieron haberle tocado a este ser sobrenatural.

Por otra parte, Boris había sido percibido rápidamente por la criatura debido a la gran cantidad de energía que emanaba a través de la ira y la decepción que experimentaba en el momento que viajaba en su coche. La criatura se había arreglado para poder arruinar el viaje del joven, haciéndolo detenerse a mitad del camino. Sabiendo la conexión tan fuerte que existía entre él y su coche, utilizaría este elemento para poder dominarlo y conseguir asesinarlo.

La entrada sigilosa a la casa de una de las hechiceras, no dejan lugar a las oportunidades de que estas despierten antes de ser brutalmente asesinadas por un ser que no posee alma ni la más mínima condescendencia. Su único objetivo es eliminar las posibles amenazas que puedan surgir en su contra cuando llegue la hora de dominar el territorio. Sabe perfectamente que el elfo

oscuro utilizará a los miembros de la comunidad como escudos antes de que él pueda acercarse directamente y atacarlo.

Es un ser sumamente poderoso, por lo que, sería imposible intentar ir en su contra antes de debilitarlo. No conoce cuáles son sus puntos débiles, así que, su estrategia es ir debilitando sus defensas a través de la muerte de los miembros de la comunidad oscura. Mientras mayor sea la tensión, el terror irá incrementándose progresivamente, manteniéndose con una ventaja considerable sobre Dorian Tharsus, quien, hasta el momento se mantiene completamente alerta ante la percepción de las energías negativas en la ciudad.

La violencia se ha incrementado en las calles tras la llegada de este ser oscuro, por lo que, es muy difícil para Dorian poder localizar exactamente donde es el punto importante donde se atacará próximamente. Este ser malévolo, ha propagado su maldad por la ciudad, haciendo crecer una ola de violencia y negatividad que bloquea las señales del pensamiento de Dorian.

Esto le permite conseguir cierta ventaja al momento de atacar, ya que, Dorian puede conectarse con cada uno de los miembros de la comunidad oscura, pero no tendrá tiempo de reaccionar antes del momento del ataque.

Acercándose lentamente al cuerpo de una de ellas, coloca su mano cubierta con un guante negro de cuero sobre el cuello de la joven. Ejerce presión con una fuerza brutal sobre la tráquea de la chica, la cual bloquea instantáneamente. Esta despierta inminentemente, intentando defenderse, pero ante la muerte que se posa frente a ella, no puede controlar el miedo y el terror, sucumbiendo ante el objetivo del hombre. La primera chica muere sin dar demasiada pelea, ya que estaba imposibilitada para defenderse desde el primer segundo.

Dorian puede captar una fuerte señal que llega hasta su pensamiento, visualizando la muerte de la chica por asfixia. El movimiento despierta a la segunda hechicera, quien, de un salto, logra alejarse rápidamente del sujeto. El atacante trata de moverse con rapidez hacia ella, pero la chica logra utilizar sus poderes para bloquear por unos segundos los movimientos del oscuro ser.

Llevando una túnica que cubre parte de su cuerpo y su rostro, la criatura vestida completamente negro persigue a la chica unos segundos después de poder neutralizar el hechizo que ha sido lanzado sobre él. La joven logra conectar su mente con la de Dorian Tharsus, quien le habla para intentar

calmarla y proporcionarle las herramientas para defenderse.

— Eres más poderosa que él, solo debes controlar tus nervios, te hará su presa fácil si huele el miedo en ti. — Dijo Dorian.

— ¿Qué debo hacer? — Respondió la chica, gritando desesperadamente.

— Necesitas autocontrol, es lo único que podrá salvarte en este momento. — Respondió el elfo.

Esto era muchísimo más fácil de decir que hacer, ya que los nervios de la chica ante la muerte de su mejor amiga, no la dejan pensar con claridad. No quería recibir una muerte violenta como la de la hechicera que había quedado tendida en el mueble en la parte abajo de la casa. La chica se introdujo en una de las habitaciones en la parte superior y cerró la puerta, aunque sabía que este movimiento era completamente inútil frente a un ser que, de un golpe podría derribar la puerta.

Había visto como había triturado el cuello de su amiga, por lo que, una simple puerta no sería un problema para él. De pronto, de una forma repentina y violenta la puerta se abrió sin esfuerzo, mostrando a la enorme criatura vestida de negro, quien estaba preparada para asesinar a la segunda hechicera. Nuevamente intentó hacer uso de sus poderes, creando un campo de fuerza alrededor de ella, el cual no le permitiría el acceso al ser sobrenatural.

Quizás esto daría tiempo de que alguien llegara en su ayuda, pero para su desgracia, la joven hechicera se encontraba muy lejos como para ser rescatada por alguien. Dorian no tuvo más remedio que dirigirse a la mente de Alice, quien contaba con el poder suficiente como para poder conectarse con la mente de la chica y ayudarle.

— Una de tus hermanas se encuentra en peligro. Está a punto de ser asesinada a solo unas calles de tu casa. Debes hacer algo por ella. — Dijo Dorian.

La chica interrumpió su meditación, desbloqueando el campo de fuerza que la protegía. Esto llamó la atención de aquel ser oscuro que estaba a punto de eliminar a la hechicera, ya que la tenía contra el suelo presionada con su pie. Al notar que había una fuerza más grande, una energía con una potencia increíble que se encontraba a muy poca distancia allí, el ser sobrenatural perdió interés en la joven hechicera que estaba a punto de asesinar.

Se dirigió hacia la ventana miró hacia la ciudad, buscando rápidamente la ubicación del lugar de donde provenía aquella energía tan potente. Era la misma Alice quien producía esta proyección de energía, ya que poseía un don excepcional, el cual estaba haciendo utilizado como carnada por Dorian, quien necesitaba desviar la atención de aquel ser oscuro, aunque fuese por unos minutos hacia Alice. Estaba comprometiendo la vida de aquella chica a la que le había revelado su fuerte atracción, pero era esto o más muertes inocentes.

ACTO 7

Sin saber absolutamente nada, Alice abandona su casa corriendo desesperada en busca de la casa de las jóvenes hechiceras. Después de recibir el mensaje de Dorian, todo fue silencio acompañado de un zumbido que se generaba en lo más profundo de su oído. Sentía un miedo terrible, ya que, no sabía contra qué se enfrentaría en algunos minutos. Estaría cara a cara frente a algo que la había estado amenazando constantemente desde la distancia.

Sediento de poder, el ser oscuro, se dirige rápidamente al encuentro de Alice, captando como la energía se acerca cada vez más hacia él. Iba directamente hacia la boca del lobo, por decirlo de alguna forma, pero su espíritu guerrero y convicción, no la dejaban retroceder. Si tenía la posibilidad de salvar una vida, Alice lo haría sin ningún inconveniente. Gracias a sus habilidades de percepción, también puede sentir la fuerte energía oscura que se estaba muy cerca de ella.

Parecía incrementar su poder gradualmente en función a su acercamiento. Lo que sea que estaba a punto de encarar, sabía perfectamente que ella manejaba un gran poder, por lo que se estaba preparando para embestirla con toda su potencia. Cuando solo se encontraba a una calle de su destino, la chica fue interceptada por un ser que se veía enorme ante sus ojos. Al ver como el rostro del sujeto se escondía detrás de las sombras generadas por la túnica que cubría su cabeza, se detiene y lo observa fijamente.

— ¿Qué es lo que has hecho con las chicas? ¿Qué es lo que quieres? — Preguntó Alice.

— Poder... Y tú me lo proporcionarás. — Dijo el enorme sujeto.

Alice experimentó un fuerte dolor de cabeza, el cual la aturdió de tal modo, que cayó al suelo quejándose ante la aguda molestia. Este era el momento de debilidad que estaría esperando el ser oscuro, quien se acercaría a ella lentamente. Para ese momento, Dorian había enviado a uno de sus seres más poderosos para proteger a Alice, solo necesitaría un poco de tiempo para que este llegara allí, ya que su velocidad era impresionante.

— ¡Alice, resiste! Tienes que soportar algunos minutos más. — Dijo Dorian dentro del pensamiento de la chica.

— Así que estás en contacto con el elfo... — Dijo el ser oscuro.

De alguna forma, este curioso ser malévolo había logrado interceptar los pensamientos de Dorian, escuchando la voz del príncipe de los elfos como le hablaba directamente en la mente Alice, quien trató de reincorporarse rápidamente y ponerse de pie. La criatura alada de unos 6 metros de largo, poseía una contextura muy robusta, con una piel peluda de color negro y un rostro atigrado con ojos de color amarillo.

Parecía una especie de puma evolucionado que tenía el poder de colocarse en dos patas y luchar como un humano. Solo se encontraba a unos pocos segundos de llegar, pero Alice no podía aguantar más el ataque que estaba a punto de generarse. El ser oscuro toma a la chica del cuello y la lanza contra una pared de piedra ubicada cerca de ella. Ante el fuerte ataque, la chica se halla indefensa, ya que ha golpeado su cabeza contra la pared y ha perdido la noción del tiempo, sin poder controlar su poder.

Parece que el ser malévolo disfruta del proceso y se toma su tiempo para llenar de miedo a la chica en su máxima capacidad. Este fue su peor error, ya que, muy cerca de él se encontraba la bestia que vendría en ayuda de Alice.

— Te daré la oportunidad de que veas mi rostro antes de morir. — Dijo la criatura oscura.

Alice observó fijamente como este caballero quitaba la cubierta de su cabeza, mostrando su rostro pálido, ojos como dos hogueras encendidas en su máxima capacidad y una gran cantidad de cicatrices en su cabeza. No tenía un solo cabello, mientras que, su nariz estaba desfigurada completamente, como si algo o alguien hubiese intentado devorarlo el rostro en el pasado.

Sus dientes eran afilados, y respiraba con algo de dificultad, como si emanara muerte en cada oportunidad. Alice intenta congelarlo, pero el ser extraño, de una raza desconocida para la chica, se ríe ante los intentos de combatirlo.

— Tienes un inmenso poder, pero eres una niña muy ingenua si crees que puedes combatirme con ese nivel de inseguridad.

Acto seguido, el deforme sujeto hizo levitar a la chica, elevándola violentamente unos 15 metros. Su plan era hacerla golpear el suelo con tanta fuerza que todos los huesos de Alice se rompieran instantáneamente. Por suerte, la bestia alada que había sido enviada por Dorian logró sujetar a la chica mientras encontraba en el aire y fue trasladada lejos de ahí tan rápido como pudo.

Un fuerte alarido se escuchó en el cielo, ya que el ser oscuro no tenía la posibilidad de desplazarse por los cielos, y le habían arrebatado la posibilidad de robarle el poder a uno de los seres más superiores a nivel energético que existía en la ciudad de Nueva York. Completamente asustada, y desconociendo lo que está ocurriendo, Alice se aferra al lomo de la gran bestia, quien la lleva directamente hacia la mansión de Dorian.

La bestia aterrizó suavemente sobre el jardín trasero de la mansión de Dorian. El pasto verde se encuentra húmedo ante una noche en la cual habían caído algunas gotas de lluvia. La chica camina directamente hacia la casa tras las instrucciones de Dorian, quien se ha comunicado con ella a través de la telepatía. Subiendo directamente a la cámara principal de las reuniones de la comunidad oscura, la chica ingresa llorando a la sala, tras un encuentro que casi le arrebatara la vida. Dorian se encuentra sentado en su trono de bronce, poniéndose de pie justo en el momento en que visualiza a Alice.

— ¿Me utilizaste como carnada? — Preguntó la preocupada chica.

— No, solo necesitaba que tú misma descubrieras el nivel de vulnerabilidad en el que puedes estar si no estás lista para enfrentar a ese ser maligno.

— Estuvo a punto de matarme. Si no hubiese llegado tu mascota, posiblemente me habría matado unos segundos después. — Reclamó Alice.

— No es mi responsabilidad salvarte, mi deber es lograr que tú puedas alcanzar un nivel de poder suficiente para que acabes con él sin problemas.

Alice se dejó caer al suelo sin demasiadas esperanzas para levantarse. Lloraba continuamente sin poder encontrar ese poder interno del que tanto hablaba Dorian.

— ¿Quién es? ¿De dónde ha salido esa criatura? — Pregunta Alice.

Dorian se dio media vuelta y caminó nuevamente hacia su trono para sentarse allí y meditar un poco. Su campo energético era imperceptible, y había creado un campo alrededor de su mansión para poder proteger a Alice y a cualquiera que estuviese dentro del. Ante la imposibilidad de protegerlos a todos, Dorian se siente frustrado, ya que, conoce perfectamente quién es el responsable de las muertes que se están llevando a cabo.

Había dudado mucho durante los últimos días, pero había tenido que utilizar a Alice para poder visualizar a través de sus ojos quién era este hombre que había estado atacando a los seres de la comunidad. Había logrado ver el

rostro de este una vez que se había descubierto frente a Alice, el error del ser oscuro había permitido que Dorian descubriera de quien se tratara.

— Lamento decir que ese hombre que estuvo a punto de asesinarte es mi hermano. — Dijo Dorian mientras observaba con consternación hacia el suelo.

— No puedes estar hablando en serio... Se supone que eres el único heredero del trono de los elfos. — Respondió la chica completamente sorprendida.

— Es una larga historia, podría contártela sin ningún problema, pero creo que en este momento tenemos problemas más graves por los cuales preocuparnos.

— Me gustaría escuchar tu historia, aunque tienes razón, eso no resolvería absolutamente nada y hay más personas en peligro. — Dijo Alice.

— Uno de mis sirvientes te acompañará a ponerte cómoda. Te quedarás aquí durante los próximos días, no permitiré que nada malo te pase, y te ayudaré a incrementar tu poder de forma exponencial. — Dijo Dorian.

Justo en ese momento, uno de los empleados del poderoso elfo entró al lugar, esperando que Alice estuviese dispuesta a acompañarlo, para llegar a una habitación muy lujosa y cómoda donde la chica reposaría en las próximas horas. Dorian había evitado hablar sobre el tema de su hermano, un ser que había sido gestado por su madre, quien le había sido infiel a su padre con un guardián del infierno.

Estos seres podían acumular una gran cantidad de maldad en su interior, y al haberse fusionado con un elfo puro, había gestado un ser completamente sobrenatural en controlable. El padre de Dorian, no permitiría que un hijo bastardo acabar con la reputación del reino de los elfos, por lo que, había desterrado al niño abandonándolo a su suerte, siendo rescatado por los guardianes del infierno, quienes aumentaron su poder al máximo utilizando su potencial élfico hasta el límite.

Dorian era incapaz de combatir a este ser, ya que acabaría con él sin esfuerzo. Todos los movimientos y técnicas que dominaba Dorian Tharsus, eran manejadas a la perfección por este ser, cuyo nombre era prohibido pronunciar entre los elfos. Los guardianes del infierno tenían una debilidad, y únicamente podían ser combatidos y derrotados por poderosas brujas, quienes manejaban la magia negra a la perfección.

Podían controlar la voluntad de los seres del bajo mundo y demonios, pero

debían tener su mente enfocada en ello. Alice era la herramienta perfecta que necesitaba Dorian para poder combatir contra su hermano bastardo, el cual continuaría dejando un camino de sangre y muerte a su paso hasta poder eliminar a Dorian y materializar su venganza.

Vagaba por el mundo alimentándose de la energía y la vitalidad de seres poderosos y sobrenaturales, los cuales no tenían ninguna oportunidad de combate en su contra. Dorian sabía perfectamente que llegaría el día en que tuviese que enfrentarse cara a cara contra este ser malévolo, pero, aunque aceptaría sin problemas su destino, tenía que asegurarse de que Alice estuviese preparada para eliminarlo cuando tuviese la oportunidad.

Después de algunas horas de descanso, la chica había sido estimulada mentalmente por Dorian, quien había generado una desconexión absoluta del mundo real. Alice había logrado conseguir una estabilidad energética fundamental para poder continuar con su proceso de crecimiento. Había llegado la hora de la cena, y Dorian esperaba en la mesa del comedor acompañado de una cena espectacular preparada por sus mejores cocineros. Era la oportunidad que tenía de lucirse ante la chica, quien hace acto de presencia llevando un hermoso vestido que había sido proporcionado por el príncipe.

El elfo queda completamente sin palabras al ver a la hermosa pelirroja entrar a la sala del comedor, llevando un vestido dorado, que resalta sus curvas de forma increíble. Alice puede notar como el hombre detalla minuciosamente el escote del vestido, dirigiendo su mirada hacia la zona de la cadera, fijando su mirada justo en la zona de su vientre. Dorian lame sus labios, tras una gran salivación que generó el ver a la hermosa mujer.

— No encuentro palabras para explicarte lo espectacular que te ves. — Dijo Dorian.

— Es un hermoso vestido. Le quedaría perfecto a cualquier mujer.

— No es cualquier vestido, está elaborado con finos hilos de oro proveniente de la tierra de los elfos. Nunca antes le había sido proporcionado a una mujer antes, así que cuentas con el privilegio de llevar una prenda invaluable.

— Es un gran honor poder contar con esa fortuna, pero muero de hambre.

Alice se sienta a la mesa y comparte el resto de la velada junto a Dorian. Ninguno de los dos mencionó una sola palabra durante el resto de la comida.

Simplemente intercambian miradas y sonrisas inocentes, las cuales eran mucho más sugerente que las palabras más sucias que se pudiesen haber dicho. Dorian disfrutaba enormemente al ver como la chica llevaba la copa de vino hacia sus labios y bebía el delicioso fluido.

Cada vez que Alice lamía su labio superior, Dorian experimentaba un enorme deseo de saltar sobre la chica y hacerle el amor justo sobre la mesa. Tenía que intentar enfocarse, ya que la situación no se prestaba para juegos, Alice estaba allí para incrementar sus poderes y multiplicar las posibilidades de vencer a el hermano de Dorian, no podían perder tiempo, pero la tentación se encontraba a flor de piel y amenazaba con hacerlo sucumbir ante el enorme deseo que se tenían.

Después de comer, Dorian y Alice caminaron por todo el lugar, Dorian se había decidido a presentarle su casa a la bella pelirroja. Caminaban juntos mientras Dorian instruía a la chica sobre cómo debía alcanzar su máximo poder mental. Aunque él era muy poderoso y poseía conocimientos que Alice jamás imaginaría que existían, era vulnerable ante los ataques del hermano, por lo que, debía transmitir todos sus conocimientos en el menor tiempo posible a Alice, quien podía manipular a los seres oscuros, a pesar de que aún no lo sabía.

Durante el resto de la noche, se llevaron a cabo algunas conversaciones a través de las cuales Alice sacaba el mayor provecho y aprendía todo lo que podía. Dorian instruía a la chica y la llevaba poco a poco hacia ese punto de superioridad que tanto deseaba. Más de cinco horas continuas fueron necesarias para que Alice estuviese un poco más cerca de lo que Dorian consideraba el punto máximo de poder. Después de tanta energía invertida, la chica se encontraba exhausta, por lo que desea ir a dormir lo antes posible.

— Necesito ir a la cama, no puedo más con mi cuerpo. — Dijo Alice.

— Mi sirviente te acompañará a tu habitación. Espero que puedas descansar.

— Dijo Dorian, mientras acariciaba el rostro de la chica.

Alice experimentó una fuerte sensación en su vientre, como si hubiese llegado al orgasmo más intenso de su vida en tan solo un segundo, únicamente fue necesario el contacto con la piel de la mano de Dorian, por lo que no podía imaginar cómo sería mantener una sesión de sexo con este hermoso elfo.

— Mañana será un largo día. Debe descansar. — Dijo Dorian antes de darse media vuelta y retirarse a sus aposentos.

Alice fue acompañada a su habitación, donde se quitó el vestido, colocándolo en una caja de oro que le había sido proporcionada. Quedando completamente desnuda, la chica entró a la cama y cubrió su cuerpo con las sábanas suaves de seda azul. Intentó dormir, pero la incomodidad y los pensamientos no le dejaban descansar.

Existía una enorme fijación con Dorian, y, por primera vez se encontraba a una distancia muy pequeña de él. Sentía una enorme tentación de abrir la puerta y caminar directamente a la habitación del elfo, pero no se permitía a sí misma violar las reglas.

En su mente, la voz de Dorian parecía enviar mensajes ocultos y sugerentes, pero sabía diferenciar cuando era ella misma que generaba estas palabras y cuando era Dorian que se introducía en su pensamiento.

ACTO 8

Intentando cubrir su cuerpo desnudo, Alice envuelve la sábana alrededor de su torso, caminando con mucha delicadeza a través un largo pasillo que comunicaba la habitación de la chica con la habitación de descanso de Dorian Tharsus. El elfo se encuentra dormido, en medio de un trance de sanación que lo mantiene en constante alerta mientras su cuerpo se regenera del desgaste del día.

No percibe la energía de Alice, a quien ha descuidado debido a que se encuentra dentro de su propia casa. Dorian se encuentra reposando con las manos colocadas sobre su pecho sobre una gran cama cuya estructura está elaborada en oro puro. Las sábanas están hechas de la seda más pura, de un color blanco resplandeciente que ilumina toda la habitación.

Dorian se encuentra sumido en un profundo sueño que lo mantiene alejado de la realidad, mientras Alice se acerca cada vez más a la puerta. Su corazón late fuertemente ante los nervios de ser descubierta por alguno de los sirvientes de Dorian. Lentamente, intentando hacer el menor ruido, la chica abre la puerta de la habitación de Dorian, visualizando la imagen del caballero.

La chica cierra la puerta con mucho cuidado, caminando directamente a la cama de Dorian. Al estar tan cerca de él, los nervios están en su máximo nivel, su corazón late y comienza a transpirar debido al gran nerviosismo. Por un segundo, se detiene a razonar si realmente lo que está a punto de hacer es correcto, divagando ante la posibilidad de regresar nuevamente a su cama y dejar todo de ese tamaño.

Pero, al ver el rostro lleno de paz de Dorian, recuerda aquel sueño apasionado que había compartido con el elfo, por lo que, siente una fuerte necesidad de besar sus labios. Dorian ha notado la presencia de Alice, quien se introduce en la cama del poderoso elfo, perturbando su profundo descanso.

— ¡Alice! ¿Cómo has llegado hasta aquí? — Preguntó Dorian después de sorprenderse enormemente al verla.

— Nos encontramos en un grave peligro, y no quisiera perder la vida antes de que podamos experimentar esto que tanto nos consume.

Dorian observa el cuerpo de la chica, y lleva su mano a la parte superior de la sábana, la cual cubre los pechos de la joven bruja. Haciendo un rápido

movimiento, la desnuda inmediatamente, visualizando los pechos y el abdomen de esta con un enorme deseo. Dorian estaba dispuesto a satisfacer a la chica por primera vez en forma carnal, a pesar de que ya se había introducido en sus sueños.

Alice acaricia el rostro de Dorian antes de besarlo, acercándose cada vez más. El elfo introduce su lengua dentro de la boca de la chica, jugando con la lengua de ella y succionándola fuertemente. Era como si quisiera arrancarle el alma a través un beso, por lo que, la chica comienza a excitarse cada vez más y con más intensidad. Dorian sujeta a la chica por la cadera, con mucha firmeza mientras su boca y su lengua hacen el resto del trabajo.

Experimenta un calor muy fuerte en su zona genital, así que comienza a masturbarse ella misma mientras es besada por el elfo. Posteriormente, dirigía sus manos hacia la espalda del poderoso ser, acariciando las cicatrices que han dejado sus propias uñas durante el sueño.

— ¿Qué es esto? ¿Cómo es posible? — Preguntó la confundida Alice, quien pensó que siempre había sido una invención de su imaginación.

— Hay cosas que nunca lograrías entender. Lo que pasó esa vez, fue tan real como lo que está a punto de ocurrir ahora, nuestras mentes son muy poderosas y han podido brindarnos ese privilegio. — Dijo Dorian.

Alice sintió un gran escalofrío, ya que era la segunda vez entonces que estaría con este poderoso elfo. Este, haciendo uso de su fuerza, llevó a la chica hacia la cama, posándose sobre ella para comenzar a devorar su cuerpo milímetro a milímetro. Cada beso dejaba una marca que quería hacer entender a Alice que le pertenecía. No solo su mente había sido poseída por el hombre, su cuerpo también había sido penetrado y disfrutado en aquella oportunidad, pero esta vez sería mucho más intenso, ya que no habría limitantes ni reglas al momento de entregarse.

Debido a que los seres mágicos estaban en una vulnerabilidad muy grande mientras mantenía relaciones sexuales, ambos bajaron la guardia y quedaron vulnerables ante la percepción del hermanastro de Dorian, quien fijaría su atención en aquella gran cantidad de energía que emanaba de algún punto en la ciudad de Nueva York.

Como si pudiese olfatear dicha energía, el malvado ser sobrenatural comenzó a buscar rápidamente de donde provenía, moviéndose por la ciudad de una

forma frenética para dar con el paradero de estos dos seres que podrían alimentarlo espectacularmente. Mientras Dorian disfruta del cuerpo de Alice y esta corresponde ante los diferentes estímulos que le proporciona el elfo, ambos se encuentran vulnerables ante un ataque inminente por parte de un ser que está dispuesto a asesinar los ambos para consumir su energía.

Había pasado algo de tiempo desde que se había alimentado por última vez, se encontraba en busca de algunos de los miembros de la comunidad oscura para asesinarlos y conseguir algo energía, pero sus niveles eran muy bajos como para compensar su necesidad. Llegando con algo de debilidad hasta la residencia de Dorian Tharsus, el poderoso ser sobrenatural se dispone a ingresar de forma abrupta para asesinarlos sin que lo esperen.

Sabe perfectamente que se encuentran vulnerables, de lo contrario ya hubiesen respondido con ataques. Las capacidades de percepción de Dorian se encuentran desprevenidas, pero, aun así, puede sentir algo muy malvado a una distancia muy corta. Esto obliga a la pareja a detenerse.

— ¿Has sentido eso? — Preguntó Dorian.

— Sí, lo estás haciendo de forma espectacular. — Respondió Alice.

— No me refiero a eso, concéntrate y dime lo que sientes. — Replicó el elfo.

— Tienes razón hay una maldad muy fuerte ser que nosotros. — Dijo la chica mientras se cubría el pecho.

La puerta estalló casi simultáneamente en el momento en que Alice terminó su intervención. El despiadado ser se encontraba justo frente a ellos dirigiéndose violentamente hacia Dorian, quien escasamente pudo esquivar el golpe de su hermano bastardo.

— ¡Al fin te encuentro, cobarde! No eres capaz de verme directamente a los ojos y asesinarme tú mismo. — Dijo la criatura oscura.

Dorian dirigió su mirada hacia Alice, intentando comunicarse a través de esta, ya que sabía que cualquier pensamiento que pudiera transmitir a la chica para intentar organizarse, sería interceptado por el malévolos ser que se encuentra de pie justo frente a ellos.

Luego de recibir la fuerte mirada de los ojos dorados de Dorian, la chica sabe que debe incrementar su poder rápidamente, cubre su torso antes de salir de la cama, y alejarse de la pareja para no ser percibida mientras ambos luchan.

— Sabía que tarde o temprano nos encontraríamos... Estaba esperando el momento justo. — Respondió Dorian.

— Siempre es un buen momento para morir, no tendrás oportunidad de absolutamente nada. — Dijo el malévolo ser, quien levantaba su mano apuntando la directamente hacia Dorian.

Un gran campo de energía se formó alrededor de la mano de este sujeto, enviando un gran rayo directo al pecho de Dorian. Esto lo impulso fuertemente hacia atrás, golpeando una de las ventanas de la habitación. Los cristales al suelo y encima de Dorian, quien estaba completamente aturdido.

Intentó bloquear el ataque de aquel hombre, pero su nivel de fuerza era bastante desproporcionado. Con la única persona que podía contar en ese momento era con Alice, quien podía introducirse en la mente del hermano de Dorian y atacar su punto débil, neutralizando cada uno de los nervios de su cuerpo.

Si la chica lograba inmovilizar a este ser oscuro, haciendo uso de todo su poder, Dorian podría atacarlo y neutralizarlo para siempre. Era el momento de hacerle pagar las muertes de los jóvenes inocentes que habían perdido la vida sin ni siquiera saber por qué.

Alice sabía perfectamente que tenía que concentrarse de la mejor forma posible y alcanzar sus niveles de poder más intensos. No podía darle en la oportunidad a este ser oscuro y malvado de que ganará la batalla en contra de ella y Dorian, ya que, después de esto sería imposible detenerlo. El guardián del infierno, el cual había resultado ser un híbrido entre esta especie malvada y un elfo mágico. Se abalanza sobre Dorian, quien escasamente puede contenerlo durante unos segundos para poder esquivar su ataque.

Alice se coloca de rodillas en el suelo, colocando sus manos juntas. Una gran energía comienza gestarse alrededor de ella, la cual crece rápidamente mientras Dorian puede percibir que finalmente, Alice ha sobrepasado sus propios límites. Esto logra captar la atención de la criatura, quien voltea rápidamente hacia la ubicación de la chica, la cual irradia una energía que podría alimentarlo de forma indefinida.

Voltea su mirada nuevamente hacia Dorian y envía un ataque tan fuerte, que el elfo no puede repelerlo. La fuerte herida en su hombro, le impide volverse a colocar de pie. Alice puede escuchar y conectarse con la mente de Dorian,

quien experimenta un dolor increíble. La chica evita desconcentrarse y aumenta su poder hasta el máximo límite conocido. El guardián del infierno se acerca a la chica lentamente, mientras de su boca parece salir litros de saliva, lo que demuestra su enorme apetito por obtener los poderes de la joven bruja.

Pero, justo antes de que este ser malvado pueda colocarle una mano encima Alice, una gran descarga impulsa al malvado sujeto lejos de ella. Dorian levanta la mirada y ve como la chica no ha tenido que mover un solo músculo para poder repeler el ataque de aquel ser. El miedo se apodera de este hombre, el cual muestra su rostro al intentar ponerse de pie, después de un golpe muy fuerte.

Haciendo un movimiento similar, este híbrido cargado de maldad intenta acumular energía para enviar una descarga nuevamente hacia Alice. Un potente rayo de color azul, atraviesa la habitación para llegar hasta la bruja, quien solamente tiene que colocar su mano frente a ella para desviar el ataque que va a dar hacia el techo. Esto genera que la estructura comienza ceder, una gran cantidad de escombros caen sobre la chica, cubriéndola completamente.

Dorian aún puede sentir la energía de Alice, pero el híbrido entre ser del infierno y elfo se acerca a los escombros confiando en encontrar a la chica para finalmente matarla con sus propias manos. Justo cuando estuvo a punto de tocar los escombros, una gran explosión envió todos los trozos de concreto y piedra hacia todos los lugares de la habitación, lo que sorprendió enormemente al ser oscuro.

Alice había conseguido a llevar sus ojos a un color dorado, similar al de los elfos, ya que había conseguido servir de canal a las energías de Dorian, las cuales, sumadas con las de ella se convertirían en un arma invencible que derrotarían a este caballero de la oscuridad. Haciendo uso de su mente y pronunciando algunos hechizos, Alice logró inmovilizar al elfo híbrido, el cual comenzó a contorsionarse ante la voluntad de Alice, quien quebró sus huesos uno a uno hasta dejarlo completamente imposibilitado.

Alaridos de dolor se escuchaban en toda la mansión de Dorian, quien veía como la chica finalmente había vencido a uno de los seres más poderosos que jamás hubiese visto. Alice se encargó de eliminar la amenaza, pero la historia no había terminado allí, ya que tenía que ocuparse de la salud de Dorian, quien había sido herido de muerte, y estaba a punto de abandonar el plano

terrenal.

— Lo has logrado... Finalmente alcanzaste tu máximo poder. — Dijo Dorian mientras susurraba sus últimas palabras.

Alice intentó emplear conjuros de curación, pero estos no eran efectivos con los elfos, por lo que llora desconsoladamente.

— ¡No puedo perderte! ¡No quiero que mueras, Dorian! — Decía la chica mientras lloraba.

— Solo abandonaré este cuerpo, sabes que los seres mágicos siempre estamos cerca de las personas que amamos. — Dijo Dorian antes de cerrar sus ojos.

Solo un segundo después de esto, un enorme portal se abrió en la parte superior de la habitación, desde donde entró el padre de Dorian, el elfo Gravel.

Estos seres mágicos tenían la posibilidad de poner su vida en lugar de la de otro elfo, y sabiendo que, él era un responsable directo de lo que había ocurrido, no dudó en colocar su mano sobre el pecho de Dorian para proporcionar la vitalidad necesaria para que volviera a respirar. Una vez que Dorian abrió sus ojos nuevamente, su padre se desvaneció, muriendo instantáneamente.

El hecho de haber tratado de esa manera al hijo bastardo de su esposa, era lo que había hecho que se convirtiera en aquel ser malvado, por lo que, dando su vida había pagado el precio de haberse comportado de una forma tan radical e inescrupulosa con un niño que no tenía la culpa de haber sido procreado en medio de una infidelidad.

Dorian abre sus ojos y puede ver la triste escena donde aparece su padre muerto a un lado y la mujer que ama al otro, llorando de felicidad por verlo de nuevo con vida. Sabe que la amenaza ha terminado, pero se encuentra muy debilitado. Durante los próximos días, Dorian deberá dedicarse a cultivar su fuerza una vez más, ya que los elfos, una vez que morían, perdían toda su carga de poder, teniendo que cultivarla una vez más desde cero.

Sería la propia Alice quien le serviría como tutor en ese difícil camino de recuperar nuevamente sus fuerzas. Los elfos, siendo inmortales, podían eternamente conservando el aspecto que mejor les pareciera, pero Alice, siendo una bruja híbrida, tendría una vida mortal, así que, había decidido

compartir el resto de esta junto a Dorian, quien la había convertido en la bruja más poderosa que hubiese pisado la tierra jamás.

No podían regresar a la vida a los que habían caído en una guerra sangrienta y desproporcionada, pero la unión entre Alice y Dorian les había devuelto las esperanzas a los miembros de la comunidad oscura de poder volver a dormir tranquilos, sin preocuparse por ser asesinados a media noche por las fuerzas demoníacas.

Su Príncipe

Romance, Erótica y Matrimonio de Conveniencia con el Príncipe Medieval

ACTO 1

Recoger flores siempre había sido su actividad favorita durante el día. Preferiblemente escogía las horas de la mañana, cuando el sol era más cálido y gentil con su blanca piel.

Elizabeth se encontraba allí, inclinada cortando algunos lirios a las afueras del castillo de su padre, únicamente rodeada por la naturaleza y el sonido del canto de las aves que desde un gran roble observaban a la chica seleccionar algunas de las flores más hermosas para llevarlas hasta su habitación.

Solía colocarlas en un recipiente de metal con un poco de agua, las cuales eran desechadas al final del día, y esto se repetía día tras día desde hacía algunos años. Esto era algo que realmente apasionaba a Liz, como solía llamarla su padre, lo que generaba un equilibrio absoluto en su vida.

Elizabeth es la única hija del rey Eleazar, por lo que ha tenido que aprender a luchar con mucha maestría y desarrollar habilidades que no son precisamente las de una dama.

No tiene gran tamaño, pero posee un espíritu mucho más fuerte que el de cualquiera en el reino. Su cabello rizado se encuentra recogido en una clineja que cae sobre su hombro de manera natural, luciendo discreta ante unos ojos que la observan fijamente desde una distancia considerable.

Una mujer tan hermosa como Elizabeth, no podía ser ignorada por ningún hombre del reino de Menithel, pero nadie se atrevía a ponerle un dedo encima a la chica ante el riesgo de ser decapitado por el rey Eleazar.

Las provocaciones e insinuaciones siempre estaban a la orden del día, pero

Elizabeth nunca daba pie a los comentarios vacíos e insulsos de hombres que solamente querían llevarla a la cama.

Su personalidad aguerrida y firme, siempre la había llevado por un camino correcto, que, aunque siempre estaba amparado por la vigilancia de su padre, bien podía haber alcanzado los mismos resultados si hubiese caminado sola hasta este punto de la vida. Mientras Elizabeth toma una flor en su mano, puede escuchar el relinchar de uno de sus caballos.

Esto la obliga a dirigir su mirada hacia la zona del establo, como si hubiese algo intentando advertirle de que las cosas no están bien. Efectivamente, muy cercano al establo se haya un hombre oculto, alguien de la confianza de Elizabeth, pero que siempre ha tenido deseos ocultos por ella. La mañana de aquel día, parecía que su capacidad de contener todo lo que experimentaba hacia la chica, se había desvanecido.

Belgor es el hombre de confianza de Eleazar, quien ha peleado con él en las batallas más duras en toda su historia. Salvó su vida en múltiples ocasiones, convirtiéndose en uno de los hombres más poderosos del reino después de Eleazar. Siempre había aspirado a convertirse en el rey absoluto de aquellos territorios, pero la única manera de que esto pudiera ocurrir, era contrayendo nupcias con Elizabeth, la única hija de Eleazar.

Sus constantes intentos por persuadir a Eleazar de que su hija no estaría en mejores manos que las de él, generalmente eran ignoradas por el caballero. El tiempo transcurrió, y la salud de Eleazar se deterioraba rápidamente, mientras que, Elizabeth dejaba pasar el tiempo sin establecer una conexión con ningún hombre importante para continuar con el reinado de la dinastía.

Como consejero, Belgor siempre mantenía fresca la idea de que, si no se solucionaba pronto esta problemática dentro de la familia, el reino podría entrar en riesgo de ser conquistado por sus adversos ante un vacío de poder.

Eleazar dudaba periódicamente acerca de la idea de ver a Elizabeth casada con un hombre como él. A pesar de ser de su confianza, y ser un hombre fuerte y decidido, había cierta oscuridad en su mirada que no le daba la confianza para entregar a su máspreciado tesoro a este caballero.

Belgor, al no verse amparado por Eleazar, había comenzado a desesperarse en los últimos meses, ya que, los sueños en los que poseía el cuerpo de Elizabeth, se hacían cada vez más recurrentes. Despertaba en medio de la

noche, sudado y completamente agitado, tras soñar con que la chica le hacía el amor de una manera salvaje.

Comenzaba a perder la razón, y no fue sino hasta aquel día en que Belgor perdería el control absoluto de sus actos, incurriendo en un grave error que le costaría la vida. Un segundo relinchar de uno de los caballos, llama a la atención de Elizabeth, quien se pone de pie e interrumpe su jornada de recolección de flores. Observa fijamente hacia la zona de los establos y se decide a caminar hacia allá.

Con sus manos, levanta su vestido para que este no arruine las flores que aún continúan sembradas en la fértil tierra. Camina con delicadeza, avisando con mucho cuidado, pero a un paso lento y constante. La chica observa a su alrededor, como si presintiera que algo no está bien. Puede notarse un silencio extraño en el ambiente, pesado, incómodo y casi asfixiante.

Dio un último vistazo antes de entrar al establo, notando que no hay nadie en el lugar. Se abre la puerta de madera, generando un enorme ruido debido a las bisagras oxidadas que la sostiene. Asoma su cabeza con mucha cautela y observa que el lugar se encuentra completamente despejado. Todas las puertas están cerradas, por lo que, descarta que alguno de los animales se hubiese escapado.

Elizabeth es una mujer valiente, y no puede dejarse abrumar por un evento tan absurdo como este, por lo que entra y camina por el lugar revisa que todos los establos estén cerrados. No es si no hasta llegar hasta el último de ellos, que es sorprendida por un rostro familiar, pero en el que nunca había confiado jamás.

— No deberías estar aquí a estas horas. — Dijo una voz muy gruesa, intentando ser agradable.

Elizabeth saltó de la sorpresa y buscó fallidamente su espada en la cintura, la cual no llevaba, debido a que no era la intención durante aquella mañana.

— Belgor, ¿eres tú? Me has dado un susto de muerte. — Dijo Elizabeth al bajar la guardia.

— Es bueno que siempre estés preparada, nunca se sabe cuando acecha el peligro. — Dijo el misterioso hombre mientras llevaba sus manos ocultas en la parte trasera.

Elizabeth, al darse cuenta de que el caballero no representaba un mayor

riesgo, le dio la espalda y siguió revisando cada una de las jaulas y establos en los que se mantenían seguros los animales. Esto fue un grave error por parte de la chica, ya que, a pesar de que no confiaba en él, aun así le daba cierta maniobrabilidad a este caballero. Belgor simplemente mostró sus manos y caminó hacia la chica sin contemplación.

Llevaba una cuerda y un trozo de tela con el cual amordazaría a Elizabeth para silenciarla. Con la cuerda amarraría sus manos para inmovilizarla, y así poder materializar esta fantasía que lo había estado persiguiendo durante tanto tiempo.

En un movimiento rápido, Belgor colocó la mordaza en la boca de la chica, pero había subestimado las habilidades de Elizabeth, quien rápidamente se liberó del caballero. Era una luchadora por naturaleza, por su sangre corría un espíritu aguerrido y salvaje que no estaba dispuesto a sucumbir ante los deseos o caprichos de un hombre malintencionado como Belgor.

— ¿Acaso te has vuelto loco? ¿Qué piensas hacer con esa cuerda? — Dijo Elizabeth.

— Ya no puedo controlar más esto. Solo entrégate a mí y hagamos que este reino sea el más poderoso conocido por el hombre. — Dijo Belgor.

— ¿Esto es un juego? Tiene que serlo, no creo que seas tan estúpido como para cometer un error como este. — Dijo Elizabeth.

Bastaba con una sola palabra de la chica a su padre como para que este tomara una drástica decisión y asesinar a su propia mano derecha por haber traicionado su confianza. Belgor había entrado en un camino sin retorno, en el cual debía seguir adelante y afrontar las consecuencias nefastas de sus actos.

— Sabes que te amo profundamente, Elizabeth. A pesar de nunca habérselo dicho a nadie, sabes lo que siento por ti. — Dijo el hombre mientras se acercaba a la chica.

Elizabeth retrocedió un par de pasos y buscó con sus ojos alguna herramienta que pudiera servirle para defenderse. No hubo nada que apareciera frente a su vista que pudiese ser lo suficientemente útil como para enfrentar a un hombre fuerte y ágil como Belgor.

— Sé perfectamente lo que haces... Buscas algo con que defenderte. Te pido por favor que te entregues a mí sin luchar. Créeme, lo vas a disfrutar. — Dijo

el hombre mientras extendía su mano para tocar a Elizabeth.

La chica se resistió ante el intento del caballero, quien estaba decidido a hacer lo posible por poseer a la chica aquel día. Elizabeth no tuvo otra idea que fingir debilidad y consentimiento ante los deseos de aquel hombre, por lo que cerró sus ojos y respiró profundamente. Belgor se acercó a ella y acarició su rostro, mientras Elizabeth debía soportar que unas manos tan desagradables la tocaran.

Las manos del caballero pasaron de su rostro hacia su cuello, ubicándose sobre los pechos de la chica, mientras esta sentía una indignación enorme dentro de sí. En una lucha cuerpo a cuerpo contra Belgor quedaría eliminada inminentemente, por lo que, su única opción es llevar al caballero a un estado de vulnerabilidad suficiente como para que Elizabeth pudiese idear un plan de ataque.

Belgor acariciaba su pantalón en la zona genital, mientras su rostro se transformaba en un animal sin ningún tipo de contemplaciones. Sus labios se mojaban exageradamente ante la constante salivación que le provocaba la chica. Solo pensaba en devorarla de pies a cabeza.

— Detente. Aún estás a tiempo de recapacitar. — Dijo Elizabeth.

— ¿Es eso es una amenaza? — Dijo Belgor.

— Sabes que mi padre jamás aprobará esta unión. No seas absurdo. — Dijo Elizabeth.

— Tu padre es un anciano que tendrá que hacer lo que yo diga cuando yo lo diga. — Dijo Belgor. mientras llevaba su mano hacia la zona genital de la chica.

Esta fue la gota que rebasó el vaso, ya que Elizabeth, en un movimiento rápido, tomó la mano del caballero y dobló uno de sus dedos con tal fuerza que lo sacó de su lugar. Belgor no esperaba tal movimiento, por lo que gritó fuertemente ante el dolor.

Su reflejo inmediato fue proporcionarle una bofetada a Elizabeth, quien cayó al suelo de forma inmediata. Belgor hacía alarde de una fuerza brutal, por lo que, era completamente absurdo enfrentarse a él. Simplemente no podía soportar que la tocara o acariciara sus partes íntimas sin que esta pudiese reaccionar.

— Esto pudo ser muy agradable para ti. Pero ahora lo haremos a mi modo. — Dijo el hombre mientras comenzaba a desvestirse y mostraba su miembro a la chica.

Elizabeth sentía cierta satisfacción al ver como el hombre cada vez se encontraba más vulnerable ante un ataque, ya que, al encontrarse completamente desnudo, la chica podría tener mejores oportunidades de darle una lección a Belgor.

El desagradable hombre sacudía su miembro salvajemente mientras se acercaba a la chica, quien, por suerte había caído cerca de una barra de hierro utilizada para asegurar algunas de las puertas. Elizabeth observa como el hombre camina hacia ella, mientras esta finge preocupación. Elizabeth sabía perfectamente que nada ocurriría en aquel lugar, ya que, primero perdería la vida antes de entregarle su cuerpo a un hombre como él.

— Hoy descubrirás lo que es un hombre de verdad. — Dijo Belgor mientras se inclinaba para acercarse a la chica.

Ni siquiera vio venir el movimiento, cuando un fuerte golpe embistió la parte lateral derecha de Belgor. La confusión lo hizo tambalearse de un lado a otro y caer al suelo de forma inminente. Elizabeth se colocó de pie y abandonó el lugar. No sin antes patear el costado del hombre que se encontraba en el suelo. Belgor hizo un intento de levantarse, pero se encontraba realmente aturdido como para poder mantener el equilibrio.

Se dejó caer nuevamente al suelo, mientras pensaba que su vida había entrado en un abismo oscuro. Si Eleazar se enteraba de lo que había ocurrido en aquel lugar, no dudaría un segundo en ejecutarlo. Elizabeth corrió directamente hacia la habitación de su padre, quien se encontraba acostado en su cama descansando.

Su estado de salud no había sido el mejor durante los últimos días, de hecho, en una semana había perdido más peso que en los últimos meses. Su piel era pálida y las ojeras bajo sus ojos revelaban un enorme agotamiento en aquel hombre de más de 60 años. Ya no tenía la fuerza para ponerse de pie más que por un par de horas, por lo que pasaba la mayor parte del día acostado. Esto no le impedía continuar tomando decisiones importantes que mantenían al reino de Menithel estable.

Elizabeth entró a la habitación y se encargó de narrarle todo lo que había

ocurrido a su padre. La indignación consumió al rey, quien solicitó que Belgor fuese encontrado cuanto antes y fuese llevado a su habitación lo antes posible. La chica permaneció en su habitación mientras el proceso de búsqueda iniciaba.

Belgor había conseguido ponerse de pie, había tomado uno de los caballos y había intentado huir de aquel lugar. Solo había avanzado pocos kilómetros, cuando los caballeros de Eleazar partieron en su búsqueda. A pesar de adentrarse en el bosque, no tardarían demasiado en encontrarlo. Sus ruegos y lamentos no fueron suficientes para impedir que el hombre fuese llevado ante Eleazar.

— Solo un ser bajo y despreciable es capaz de hacer lo que tú has hecho. Esto lo pagarás con tu vida. — Dijo Eleazar.

— Te ruego que me perdones la vida. Lo que hecho ha sido detestable, lo sé. Solo te pido que me perdones, Eleazar. — Dijo Belgor mientras se encontraba de rodillas frente al rey.

— El daño que le has hecho a mi hija será castigado. Créeme, nunca antes habías experimentado un dolor como el que estás a punto de conocer. — Dijo Eleazar, mostrando un odio enorme a través de su mirada.

Los hombres de Eleazar tomaron en brazos a Belgor, quien gritaba continuamente que le fuese perdonada la vida. El hombre arrastrado hacia las afueras del Castillo, sería parte de una ceremonia a través de la cual, se enviaría un mensaje a todos los habitantes del reino estuviesen interesados en hacer algo similar a lo que había intentado Belgor.

Bajo la luz del sol, Belgor era desnudado ante la vista de una gran multitud. Elizabeth no tuvo corazón para presenciar un acto tan desalmado como el que había organizado su padre, pero sabía que estas serían las consecuencias al revelar lo que Belgor había hecho. Al encontrarse completamente sin ropa, el hombre no tenía oportunidad en contra de los perros salvajes que serían liberados unos segundos después.

Los feroces animales corrieron descontroladamente hacia el cuerpo de Belgor, como si no hubiesen visto alimento en meses. Los gritos de dolor se escucharon en todo el reino, mientras los feroces animales se alimentaban de la carne de el desafortunado traidor, quien vio la luz del día por última vez aquella tarde.

ACTO 2

Después de tan terrorífico episodio que había afrontado el reino de Menithel, todos habían permanecido en calma y sin meterse en problemas en aquel lugar. Las leyes estaban hechas para cumplirse y Eleazar estaba allí para demostrar que no había forma de romper con ellas. Durante el periodo de poder de Eleazar, todo había sido armonía, largas batallas y guerras habían sido liberadas para poder regresar el orden al reino.

Pero no era inmortal, una grave enfermedad se gestaba en su interior y no había forma de hacerla retroceder. Muchos tratamientos se habían llevado a cabo para hacer que la enfermedad cediera, pero para aquel entonces no tenía la menor idea de qué más podían hacer para regresarle la salud al rey.

A pesar de sus métodos poco ortodoxos y muy extremos, Eleazar era un rey amado, todos lo respetaban y lo adoraban por su enorme nobleza y caridad con los pobres. Pocos hombres como Eleazar quedaban caminando sobre la tierra, por lo que, sería muy duro para el reino tener que afrontar la ausencia de un caballero como este. Una de las personas más preocupadas, y con toda la razón, era Elizabeth, quién era la conocedora de los detalles acerca de la enfermedad de su padre.

Sabía que muy pronto tendría que despedirse de su progenitor, quien había sido su apoyo durante sus 25 años. La chica no había movido un solo pie sin que su padre le indicara cómo hacerlo, por lo que, todos sus conocimientos se los debía a Eleazar.

Los continuos intentos por el viejo rey para lograr que su hija estableciera una relación sólida con algún príncipe de otros reinos, habían sido fallidos, ya que, Elizabeth contaba con un espíritu indomable que no se doblegaría simplemente por los intereses de su padre.

Nunca se le había exigido o solicitado nada, Eleazar era un padre comprensivo y amoroso, pero comenzaba a preocuparse por el futuro del reino, el cual debía reposar en las manos de Elizabeth. Las costumbres no permitían que un rey dejara como encargada del reino a su hija, y en la ausencia de un varón, Eleazar debía trazar una estrategia que le permitiera garantizar la seguridad de todos los aldeanos y habitantes del reino.

Durante largos y oscuros años, Eleazar libró una batalla en contra del reino

vecino de Fortelis hasta que la paz finalmente reinó, tanto en Menithel como en el reino gobernado por el rey Federico. Ambos habían liberado a sus respectivos ejércitos para combatir por el liderazgo del territorio.

Después de haber presenciado incontables muertes de inocentes y soldados, ambos habían establecido una tregua para vivir en armonía sin ninguna violación de los parámetros establecidos en su mutuo acuerdo.

Eleazar desconfiaba de todos y todas, esto era lo que le había permitido mantenerse como el rey absoluto de uno de los dominios más extensos conocidos. Sabía que Federico no era un hombre de confianza, y que, a pesar de que habían logrado un buen acuerdo, su muerte podría desatar su codicia, liderando un nuevo ataque en contra de su rey.

Aunque confiaba plenamente en su hija, sabía perfectamente que el reino caería inevitablemente ante el creciente poder que experimentaba el reino de Fortelis. No había otra forma de actuar, debía establecer lazos fuertes con Federico e intentar unir ambos reinos, ya que, esto garantizaría la seguridad e integridad de cada uno de los habitantes de ambos reinos. Eleazar no quería morir antes de ver asegurada la vida y el futuro de Elizabeth, por lo que, gestó una idea que parecía ser la mejor para él, pero que no resultaría muy agradable para la aguerrida chica.

El pensamiento de Eleazar se mantiene congestionado con múltiples ideas acerca de cómo realizará el planteamiento a su hija. Tiene claro absolutamente todo lo que está a punto de suceder, pero sabe que no es fácil manejar a una chica como Elizabeth. Después de hacer un gran esfuerzo, Eleazar había salido de la cama aquel día, solicitando que fuese preparado su caballo, ya que estaría dispuesto a cabalgar un rato durante horas de la tarde acompañado de su hija.

La noticia llenó de mucha felicidad a Elizabeth, quien adoraba los paseos a caballo con su padre. Habían pasado algunos meses desde que había hecho su último recorrido, ya que se le había prohibido terminantemente las cabalgatas al viejo rey debido a su estado de salud. Elizabeth se encontraba un poco insegura ante la iniciativa de su padre, ya que prefería tenerlo un poco más de tiempo con vida, aunque fuese postrado en una cama.

Los ojos de Eleazar irradiaban mucha tristeza, ya que, amaba a su hija y al reino más que a nada en el mundo. Solo de pensar que no volvería a ver los atardeceres que podían presenciarse en el reino, sentía una profunda tristeza.

El sol pintaba de colores los cielos, generando hermosas tonalidades de azul y naranja que lo inspiraban cada tarde escribir hermosos poemas.

A pesar de todos los pronósticos, Eleazar finalmente pudo subir a su caballo, siendo acompañado por su hija, quien cabalgaba su hermoso corcel blanco llamado Darko.

La parte favorita de poder salir a cabalgar junto a su padre siempre había sido escuchar las emocionantes historias que solía contar el rey. Estas estaban llenas de peleas, aventuras y emoción, las cuales eran recuerdos de los tiempos de guerra del joven Eleazar. Elizabeth había crecido queriendo emular a su padre en todos los aspectos, ya que la madre de la chica había muerto años atrás.

Ambos caballos se desplazan por un camino cercano a un lago, uno de los lugares favoritos de Elizabeth, quien se siente sumamente contenta de estar acompañada en ese lugar por el hombre que más ama en el planeta.

Se había hecho a la idea de que aquellos paseos a caballo no se volverían a generar, debido a la situación delicada que atravesaba Eleazar. Era un sueño hecho realidad poder desplazarse por aquellos hermosos senderos en compañía de un hombre sabio y ocurrente, quien tenía preparada una sorpresa no tan agradable para la chica.

— Soy un hombre viejo, y estoy muriendo, Elizabeth. — Dijo Eleazar antes de comenzar a toser.

— Creo que antes morirán todos los árboles del reino. Eres un hombre muy fuerte, padre. — Dijo la chica.

Elizabeth intentaba darle ánimos al hombre, pero estaba completamente consciente de que su padre no iba a ser eterno. El hombre se había deteriorado muchísimo en el último año y cada vez su estado de salud era mucho más delicado.

— No me queda demasiado tiempo en esta tierra, por lo que debemos hablar del futuro de Menithel. Tenemos que asegurarnos de que todo siga en paz como ha sido hasta ahora. — Dijo Eleazar.

Elizabeth escucha atenta las palabras de su padre, ya que este suele cambiar el tono de su pronunciación cuando se adentra en temas serios. Al ver el rostro de preocupación de Eleazar, la chica sabe perfectamente que este tiene deparadas algunas palabras que no serán muy agradables para ella.

A lo largo de los años había comenzado a acostumbrarse a recibir ciertas noticias provenientes de su padre en medio de paseos a caballo. Aquella tarde no sería diferente, pero sería una de las noticias más determinantes en el futuro de Elizabeth.

— Te escucho, padre. — Dijo Elizabeth que comenzaba a sentir un poco de ansiedad ante la dilación de su padre para comenzar a explicar qué era lo que debía hacer para sacar adelante el reino.

— Confío plenamente en ti, Liz. Pero sabes que mi corazón nunca me ha mentido. — Dijo Eleazar.

— Yo también confío en ti, por lo que, haré lo que desees si está en mis manos ayudarte. — Dijo Elizabeth

— Sé que no será una decisión fácil, pero tarde o temprano me lo agradecerás. Necesito que te cases con Sir Fredrick.

Elizabeth detuvo abruptamente su caballo, dejando que su padre se adelantara un par de metros. La chica observaba fijamente al viejo hombre mientras esperaba una reacción espontánea de risa.

Lo que sus oídos escuchaban simplemente no podía ser cierto. No podía creer que su padre estuviese dispuesto a entregar a su hija a un hombre al que no había visto en muchos años.

— ¿Fredrick, hijo de Federico de Fortelis? No puedes estar hablando en serio, padre. — Dijo Elizabeth.

— Sabía perfectamente que no sería fácil para ti procesar esta información. Pero créeme, es la mejor decisión. — Dijo Eleazar.

Elizabeth sentía un profundo respeto por su padre, por lo que, no estaba dispuesta a discutir una sola palabra con él, pero no estaba de acuerdo en lo absoluto con los procedimientos que éste estaba llevando a cabo. Le daba crédito a la enfermedad que estaba sufriendo el viejo hombre como para que tomara una decisión tan absurda.

— Sabes perfectamente que nunca he cuestionado nada de lo que me dices. He tratado de seguir cada enseñanza al pie de la letra. Pero, padre, en este caso particular creo que no podré complacerte. — Dijo Elizabeth.

— No se trata de mí, sabes perfectamente que no ganaría nada al verte contraer matrimonio con Sir Fredrick. Mi planteamiento está dirigido hacia el

futuro de este reino, por el cual luché con las uñas para poder regresarle la paz.

Elizabeth bajó la mirada y observó las crines blancas de su caballo Darko. Pensó en la posibilidad de acceder a las demandas de su padre, pero su espíritu libre la impulsó a tomar una decisión que la llevaría a sujetar las riendas fuertemente entre sus manos y apretar el costado de su caballo.

Esta comenzó a correr en dirección contraria al camino que recorría junto a su padre. Elizabeth abandonó al viejo rey sin decir una sola palabra, adentrándose en el bosque, el cual conocía como la palma de su mano.

Ni en sus mejores años, Eleazar habría tenido oportunidad alguna de alcanzar a Elizabeth, ya que esta era una de las jinetes más rápidas del reino. Se había encargado de entrenarla de forma tal, que parecía ser una flecha cortando el viento cuando se subía a su corcel blanco. La chica desaparece entre el follaje mientras el decepcionado hombre no tiene más remedio que volver al castillo para tomar medidas drásticas al respecto.

Aunque era un hombre comprensivo, la ausencia de tiempo en su salud y en su vida, le habían transformado la personalidad, haciendo de él un sujeto frío y calculador. Constantemente se repetía que lo que hacía, lo hacía por Elizabeth, sin pensar en el daño que le estaba generando a la bella chica de rizos castaños que ahora se veía en una encrucijada muy compleja.

Elizabeth conocía parcialmente de lo que era capaz su padre, pero nunca habría considerado la posibilidad de verse involucrada en una situación como esa. Tener que vincularse con un hombre que desconocía prácticamente en su totalidad, no era algo que tenía contemplado como una posibilidad.

Su libertad era uno de los tesoros más preciados con los que contaba Elizabeth, quien estaba dispuesta a renunciar a todos los privilegios con que contaba en el castillo de su padre, simplemente por mantenerse libre como una liebre. No estaba dispuesta a detenerse, por lo que, cada vez adentraba más en el bosque, en el cual la luz del día parecía hacerse cada vez más tenue en función a su ingreso en él.

Durante el primer día logró recolectar algunos frutos en el camino, pero sabía que no podía vivir de esto para siempre. Realmente no contaba con una convicción acerca de su huida, ya que el corazón le pedía a gritos que regresara y se disculpara con su padre. Lo último que quería era generar un

disgusto tal a Eleazar que le quitara la vida, así que, el remordimiento y la culpa la consumen.

Periódicamente se detenía para darle descanso a su corcel, pero no pasa mucho tiempo para volver a subir a este y continuar cabalgando para alejarse lo más posible del Castillo de Eleazar. Había perdido la noción del tiempo y el espacio, por lo que, no tardó mucho en perder la orientación.

Su corcel estaba cansado y Elizabeth no había consumido una sola gota de agua en más de 24 horas, por lo que, después de dos días de desaparición, la chica se había deshidratado tremendamente.

Veía con dificultad, y sus brazos ya no tenían fuerzas ni para sujetar las riendas, estaba a punto de un colapso. Mientras se desplaza por un camino cubierto de hojas secas, la chica se desvaneció, cayendo al suelo de forma abrupta mientras su corcel blanco se aleja de ella algunos metros.

Elizabeth no tenía ninguna oportunidad de sobrevivir ante esa situación, ya que se encontraba muy lejos y en medio de la nada como para ser encontrada por alguien.

La siguiente vez que los ojos de Elizabeth volvieron a abrirse, se encontraba dentro de una pequeña cabaña improvisada con trozos de madera, donde una pequeña llama se encontraba encendida a su lado. Se había hecho de noche, y la chica simplemente había perdido el conocimiento. Al no saber en dónde se encuentra, Elizabeth finge estar dormida hasta asegurarse de que no está sola.

Sabe perfectamente que no ha llegado sola a ese lugar, alguien debió trasladarla hasta allí. La audaz guerrera, sabe que tiene que esperar a que pueda evaluar a su adversario antes de iniciar una confrontación. Constantemente piensa en peleas y enfrentamientos, pero rara vez llega a situaciones tan extremas, ya que, su inteligencia suele sacarla de problemas con una eficacia mucho mayor.

Se escuchan pasos a las afueras de la cabaña, por lo que, Elizabeth permanece con los ojos cerrados e inmóvil, esperando a que esta persona haga su aparición dentro de la cabaña. El fuego se encuentra encendido en la parte de adentro, es evidente que es para mantenerla caliente, por lo que, considera que quien sea que la haya encontrado, se preocupa por ella.

De pronto, la puerta de la cabaña se abre, ingresando joven apuesto, con una barba que ha crecido parcialmente. Su cabello peinado de lado lo hace lucir

inocente inofensivo.

Elizabeth se mueve lentamente y le da señales al sujeto de que está volviendo a despertar. El joven sirve un poco de agua en un tarro de madera y se lo acerca, preocupándose enormemente por el bienestar de la chica.

— Finalmente despiertas. — Dijo el joven.

— ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? — Preguntó Elizabeth dirigiéndose a su compañero de cabaña.

— Te encontré en el camino al lado de tu caballo. Tenía que hacer algo por ti y te traje a mi cabaña. Has estado dormida por unas cinco horas. — Dijo el chico.

— ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? — Preguntó Elizabeth.

— Puedes llamarme Roble... Como el árbol. — Dijo el joven.

Esto le extrañó enormemente Elizabeth, quien sabía que el chico buscaba proteger su identidad por alguna u otra razón. Este lugar estaba muy alejado de su reino, por lo que, no tenía idea de que hacía este sitio en un lugar tan inhóspito.

Elizabeth estaba muy débil como para comenzar una ronda de preguntas, por lo que decidió cerrar sus ojos y dejar las preguntas para después. Se sentía protegida por el joven, quien le transmitió mucha confianza a través de su mirada. No volvería a ver los ojos del joven Roble en mucho tiempo, ya que algo inesperado se avecinaba desde el sur.

ACTO 3

Gritos de hombres, relinchar de caballos y el crujir de hojas secas en medio de la noche, despertaron a Elizabeth y a su curioso acompañante, quienes se encontraban durmiendo dentro de la cabaña.

La fogata había sido extinguida, pero el olor a humo aún permanecía fresco en el ambiente. El misterioso joven, simplemente alcanzó a tomar algunas cosas antes de salir rápidamente del lugar, abandonando a su suerte a Elizabeth.

La chica aún se encontraba algo confundida, ya que, no sabía si lo que está viviendo era un sueño, una pesadilla o era la realidad. Los hombres llegaron tan cerca como pudieron de la cabaña y hacían destrozos por todo el lugar, alertando a Elizabeth, quien se armó con una rama de madera que encontró en el suelo. La puerta se abrió repentinamente, permitiendo la entrada de uno de los hombres más importantes de los caballeros de Eleazar.

— Lamento haber llegado de esta forma, princesa. Tengo órdenes de su padre de llevarla a casa.

— No iré a ninguna parte contigo. Mi destino es vivir alejada de ese castillo.

— Dijo Elizabeth mientras asumía una posición de pelea.

— No puedo luchar con una princesa. Es necesario volver a casa cuanto antes. — Dijo el caballero y dio un par de pasos hacia Elizabeth.

No dudó ni un segundo en atacar al hombre, golpeándolo fuertemente en el rostro con el trozo de madera. Esto enardeció enormemente al hombre, quien sabía que no podía hacerle daño a Elizabeth, de lo contrario, tendría que asumir las responsabilidades y posiblemente su vida estaría comprometida.

— Eso no era necesario. Me temo que tendremos que irnos por la fuerza. — Dijo el hombre al acercarse súbitamente a Elizabeth.

Aunque nunca perdió su actitud guerrera, luchando hasta el final por mantenerse libre, la chica no pudo contrarrestar el ataque del hombre, quien la inmovilizó rápidamente. Ató sus manos y la cargó en sus hombros para llevarla hasta su caballo.

No era la forma más apropiada de tratar a una princesa, pero Elizabeth no era cualquier chica y no estaba dispuesta a hacerle el trabajo fácil a este hombre,

el cual iba acompañado de un gran número de guerreros de armadura que tampoco dudarían en inmovilizar a Elizabeth.

La oscuridad de la noche se había convertido en la cómplice de estos hombres, quienes habían recibido órdenes específicas de regresar Elizabeth a casa sin ningún rasguño.

Habían utilizado perros para seguir el rastro de la chica, quien hasta el momento no había revelado que se encontraba acompañada por un agradable sujeto que la había ayudado en medio del bosque. Mientras el líder de los caballeros subía a Elizabeth a su caballo, el resto de los hombres se ocupaban de destruir completamente el lugar, no podían dejar nada en pie.

Sabían perfectamente que aquel lugar no había sido elaborado por Elizabeth, por lo que se había ordenado una búsqueda rápida alrededor del lugar para cerciorarse de que no hubiese nadie más observando. El joven misterioso, había corrido tan fuerte como pudo, alejándose rápidamente del lugar y perdiendo el rastro de los hombres que posiblemente lo hubiesen atrapado y asesinado por intentar hacerle daño a Elizabeth.

Dejando caer un par de antorchas en el lugar, este comenzó a arder en llamas rápidamente, las cuales consumieron absolutamente todo lo que había allí. Todo el esfuerzo que Roble había invertido en levantar aquel lugar, había sido en vano, pero al menos conservaba su integridad, y libertad, algo que era bastantepreciado por aquellos días. No podía permitirse terminar en uno de los calabozos del rey Eleazar, ya que existían grandes rumores de que, quien entraba allí no volvería a ver la luz jamás.

Los hombres alistan nuevamente sus caballos y comienzan a cabalgar en el medio de la noche de regreso al castillo de Eleazar, sin detenerse cabalgan durante horas para regresar con el trofeo que representa Elizabeth. Eleazar se encuentra muy preocupado en su cama a la espera de noticias, no ha podido cerrar un solo ojo en toda la noche mientras espera el regreso de sus hombres acompañados de su hija.

El egoísta rey ha dejado de ver con claridad y solamente ve a la chica como una medida para salvar el futuro de su reino, pasando por encima de sus deseos y sueños, comportándose como un hombre desalmado. La chica ha llorado durante todo el camino, sin saber la suerte de su compañero, este que la había salvado cuando estuvo a punto de morir deshidratada en medio del camino.

Al no saber qué ha ocurrido con él, su llanto desesperación se hace cada vez más intenso al recordar la mirada dulce de este joven. La había ayudado de manera desinteresada sin saber quién era, aunque por las vestiduras de Elizabeth, podría haber sospechado que se trataba de alguien importante.

Era completamente injusto, que esta chica hubiese llevado la suerte de desastre consigo, si no hubiese aparecido en su vida, el misterioso chico aún estaría en su refugio completamente tranquilo en el bosque. Piensa una y otra vez en formas de escapar, pero ya en ese punto es completamente inútil intentarlo, ya que, Eleazar ha tomado su decisión y no está dispuesto a darle reverso.

Llegan al castillo de Menithel al amanecer, cuando el sol comienza a dar sus primeros rayos para iluminar los verdes campos pertenecientes a los dominios de Eleazar. Al entrar al castillo, la chica se siente devastada por el futuro que le espera. Es desatada y llevada ante su padre, quien se muestra muy satisfecho por los resultados obtenidos por los hombres que ha enviado por ella.

Elizabeth entra a la habitación acompañada del líder de los caballeros, quien se asegura de que la chica no pretenda escapar antes de llegar ante su padre.

— Puedes retirarte, a partir de ahora yo me encargaré. — Dijo Eleazar mientras le pedía al hombre un momento de privacidad con su hija.

El caballero salió de la habitación del rey, dejando a la chica de pie justo frente a la cama de su padre. Elizabeth no era capaz de levantar la mirada y encontrarse con los ojos del anciano hombre, ya que sentía vergüenza de sus actos, pero más allá de esto, sentía decepción de la forma en que estaba actuando su padre.

— Lamento mucho haber tenido que hacer esto, Liz. Aún estás a tiempo de rectificar tu actitud y hacer las cosas mucho más fáciles. — Dijo Eleazar con una voz muy débil.

— Creo que no podré complacerte esta vez, padre. No es justo que tenga que sacrificarme para complacer tus deseos. — Respondió la chica.

— No me obligues a encerrarte en la torre, Elizabeth. Prométeme que no volverás a escapar, el futuro del reino reposa en tus manos.

— Escaparé las veces que sea necesario para huir de ese destino que quieres imponerme. No deseo contraer matrimonio con Sir Fredrick de Fortelis, a

quien ni siquiera puedo recordar. — Dijo Elizabeth poniéndose de rodillas.

La chica había implorado a su padre que recapacitara, pero la decisión de este ya estaba tomada. No había forma de que el hombre modificase sus objetivos, ya que, hasta el momento había hecho uso de todas sus fuerzas poder salvar la integridad del reino.

— La decisión está tomada, Elizabeth. Puedes colaborar conmigo, o lo haré sin tu consentimiento. — Dijo Eleazar mientras giraba su rostro en la dirección opuesta.

Elizabeth se sintió atrapada, la traición de su padre no podía ser soportada, ya que no había lugar en el mundo a donde pudiese huir donde no fuese encontrada por los hombres de Eleazar. Su último movimiento fue intentar huir por la ventana, corriendo con una destreza magistral, mientras su padre, haciendo uso de las pocas fuerzas que tenía, ordenó que fuese atrapada una vez más.

Elizabeth corría con mucha velocidad por los tejados del castillo, se deslizaba por las paredes y daba saltos que parecían imposibles a la vista de los caballeros.

Su agilidad era impresionante, pero no sería suficiente ante los caballos que la siguieron y la atraparon nuevamente. Justo en el momento en que las manos de un hombre rodearon su antebrazo para sujetarla, Elizabeth notó que en su cuello colgaba un amuleto desconocido para ella.

Con la única persona que tuvo contacto durante toda su travesía, había sido con aquel agradable joven. Posiblemente, este le habría proporcionado este amuleto mientras se encontraba dormida, algo que atesoraría enormemente y que la acompañaría cada día a partir de ese momento.

La forma del amuleto resultaba bastante familiar para ella, pero no lograba conectar con nada que conociera. De forma drástica y rápida, la chica es trasladada a una torre ubicada en la parte posterior del castillo de Menithel.

Este lugar estaba destinado para encerrar a los criminales más peligrosos del reino, pero para aquel entonces todos habían sido ejecutados ya. Era una zona completamente desolada y deshabitada, en donde Eleazar pretendía encerrar a su hija hasta el día de la boda.

La única manera en que Elizabeth podía mantenerse en pie y conservando la fortaleza de su espíritu era a través del amuleto que colgaba en su pecho.

Había perdido la confianza en su padre y no había nada en cientos de metros a la redonda que pudiese devolverle la libertad.

Su prisión de piedra, hierro y humedad, fue su lugar de habitación durante los siguientes meses, mientras Eleazar asignaba encargados para los preparativos de la boda de Elizabeth y Sir Fredrick.

Después de haberse reunido con Federico, Eleazar había llegado a un acuerdo en el cual se establecería una alianza entre los dos reinos. Esto era algo que ya se había hablado en el pasado, pero no fue sino hasta el declive de la salud de Eleazar que este pudo acceder a la propuesta.

Detestaba enormemente tener que ceder ante la idea de proporcionar a su hija como una especie de trofeo ante un joven cuyas costumbres eran desconocidas para Eleazar.

Se hablaba mucho Sir Fredrick, y a pesar de que la mayoría de las descripciones que viajaban a través del reino de Menithel acerca de este joven príncipe eran positivas, no había un ser en el mundo considerado por Eleazar que valiera lo suficiente como para tener a su hija.

La muerte de Eleazar estaba cerca, y después de haberse comportado de esa forma con su hija, era lo único que deseaba. Se había vuelto débil, cobarde y temeroso, por lo que, ya no quería seguir habitando esta tierra.

Frecuentemente, Elizabeth recibía la visita de algunas personas, quienes la observaban a través de los barrotes de hierro, llevando hermosos vestidos y su peinado perfecto.

No había sido descuidada, recibía las mejores comidas y las bebidas más exquisitas que pudiesen ser preparadas en el reino. Eleazar se encargó de mantenerla siempre cómoda, pero nunca podría recuperar nuevamente el respeto de su propia hija.

Cuando se sentía triste o a punto de derrumbarse, Elizabeth frotaba entre sus manos el pequeño amuleto metálico que le había sido proporcionado de forma misteriosa durante aquel escape.

No sabía su significado, pero ella misma le había asignado uno que se adaptaba a la situación. Este amuleto simplemente representaba la libertad, la posibilidad de escapar, vivir sin reglas o imposiciones durante el resto de su vida, tal y como lo hacía aquel joven.

Todos los lujos entre los que había vivido siempre, de nada habían servido si debía terminar sus días a la espera de que un grupo de hombres decidiera por su futuro. Los preparativos de la boda estaban casi listos, ya se había seleccionado un vestido para Elizabeth y la fecha había sido establecida. Ya no había forma de escapar de un evento que ya estaba completamente planificado en su totalidad.

Eleazar había dispuesto a un grupo muy grande de personas que debían ocuparse de cada detalle para que fuese una ceremonia espectacular e inolvidable para cada uno de los presentes. Debía dejar su nombre en alto, ya que sería la última vez que participaría en un evento de esa magnitud. Para ese momento, Sir Fredrick ya estaba al tanto de los planes que su padre había dispuesto para él.

Había sido criado pensando siempre en el futuro del reino de Fortelis, por lo que, siempre imaginó que su destino estaría escrito por el puño y letra de su padre. Era un espíritu libre y fuerte, pero siempre disciplinado siguiendo las instrucciones que Federico le giraba.

Tal y como lo era Elizabeth, era muy bueno con las espadas y el arco, aunque nunca había tenido que salir a pelear por su pueblo debido a los largos periodos de paz que se habían logrado en aquel lugar.

Ambos reinos vecinos siempre habían tenido confrontación en años pasados, pero finalmente Eleazar y Federico habían tomado la mejor decisión para sus respectivos pueblos. La tranquilidad se respiraba en los dominios de ambos reinos, pero no podían permanecer tranquilos ante la amenaza proveniente de un tercer reino ubicado al norte, el cual era dirigido por el rey Damián de Ananel, quien tenía planes constantes de dominio absoluto.

Sus métodos siempre habían estado caracterizados por el exterminio, por lo que, dos reinos autónomos e independientes eran un objetivo fácil de controlar para él. Federico y Eleazar habían llegado a la conclusión de que debían unir fuerzas si deseaban mantener protegida a su gente de los oscuros deseos de Damián de conquista. Un ataque masivo de los hombres del reino de Ananel, gobernado por Damián, acabaría sin ningún problema con cada uno de los reinos si actúan por separado.

Y sin esperarlo, finalmente el día de la boda había llegado. Los hombres más importantes habían hecho acto de presencia para ver cómo la hija de Eleazar contraía nupcias con el hijo primogénito de Federico de Fortelis. Elizabeth y

Sir Fredrick determinarían el futuro de ambos reinos, aunque la chica ni siquiera podía recordar el rostro de este príncipe.

Solo era unos pequeños niños la última vez que habían compartido en el mismo lugar, por lo que Elizabeth no tiene la menor idea de quién es este sujeto que se convertirá en su esposo.

Sir Fredrick se encuentra en el castillo de su padre, alistándose y recibiendo los últimos retoques en su traje y armadura para contraer matrimonio con una chica que ha sido descrita como una princesa hermosa y gentil. Han sido mucho los comentarios que ha recibido acerca de Elizabeth, pero sabe perfectamente que no hay mejor forma de comprobar dichas cualidades y defectos más que conociéndola personalmente.

La boda se realizaría en los dominios de Eleazar, por lo que, desde muy temprano había partido una caravana movilizándose desde los reinos de Fortelis hacia su vecino. Serían varios kilómetros de camino, por lo que, la boda se realizaría en horas de la tarde.

Elizabeth ya había sido preparada para el evento, y aunque no dejaba de llorar continuamente, era inevitable no sentir algo de curiosidad al querer saber cómo sería el aspecto del hombre con el que tendría que compartir su vida, aunque fuese de forma impuesta.

ACTO 4

El mensaje se había corrido por todo el pueblo, convocando a todos los habitantes de ambos reinos para que se congregaran a presenciar la boda entre Elizabeth y el hijo primogénito de Federico. Todos se encontraban emocionados y llenos de ilusión ante la esperada boda.

Solo había alguien en todo el reino que no sentía nada parecido a la alegría durante aquella tarde, ya que se encontraba encerrada en la torre principal, esperando a que fuese el momento de bajar al jardín y contraer nupcias con el príncipe Sir Fredrick.

Una de las consejeras de Elizabeth, había hecho lo posible por tranquilizar a la chica, quien había llorado profundamente durante su última noche de soltería. Había perdido algunos kilos de peso y su rostro reflejaba una tristeza tremenda, algo poco común en los rostros de las novias.

— Tu futuro está escrito en tus manos. No permitas que te roben la felicidad, ocúpate de escribirla tu misma. — Decía la mujer con sobrepeso que se encargaba de arreglar el peinado de Elizabeth.

— Mi padre me ha condenado a una vida de infelicidad. No sé qué haré a partir de este momento, me siento tan desdichada. — Dijo Elizabeth mientras llevaba las manos a su rostro.

La gruesa mujer le proporcionó un abrazo a la chica, un abrazo que solía ser brindado por las madres a sus hijas antes de contraer nupcias. Aquel contacto físico fue sumamente reconfortante para Elizabeth quien pareció conseguir algo de fuerzas en aquella interacción.

— Vamos, creo que es hora de que hagamos acto de presencia en el jardín, todos están esperando tu aparición. — Dijo la mujer.

Elizabeth se puso de pie y sostuvo su vestido con sus manos, levantándolo para evitar arrastrarlo en la parte frontal. Llevaba un traje espectacular que había sido cosido a mano por las mejores costureras del reino, su color blanco podía iluminar completamente el jardín al reflejar los rayos del sol. Si no fuese por el hecho de que estaba a punto de contraer nupcias con un completo desconocido para ella, quizás sería el día más feliz en la vida de Elizabeth.

La chica se había encerrado en un pensamiento totalmente negativo, pero no

dejaba lugar a las posibilidades de encontrarse con un hombre espectacular como describían a Sir Fredrick.

La chica desciende de la torre, acompañada por un grupo de mujeres que se encargan de mantener su vestido a salvo. Su calzado está hecho con piedras preciosas, las mismas que adornan la corona que se encuentra sobre la cabeza de la princesa.

Un maquillaje espectacular hace resaltar los ojos azules de Elizabeth, quien se dibuja una sonrisa en el rostro para intentar ocultar todo el dolor que está experimentando en ese instante. Al salir de nuevo al jardín, la chica toma una bocanada de aire para disfrutar del aire fresco.

Había observado, a través de la ventana, todo el reino durante cada día que permaneció encerrada. Elizabeth extrañaba acariciar el pasto y cortar las flores, por lo que, mientras avanzaba hacia el lugar donde se le estaba esperando, periódicamente se inclinaba para tocar el pasto con sus manos.

— Quisiera acariciar mis lirios antes de ir a la ceremonia. — Indicó Elizabeth.

La mujer que la acompaña, desconfía enormemente de las palabras de Elizabeth, ya que sabe que es una chica hábil y puede escapar en cualquier momento.

— Tu padre ha confiado enormemente en mí, si me traicionas, no habrá nadie que interceda por ti. — Dijo la mujer.

He pasado muchos días encerrada en esa torre, solo quiero acariciar mis flores durante unos segundos. Dijo Elizabeth con un rostro que mostraba mucha ternura e imploraba a la mujer.

No tuvo corazón para negarse ante las demandas de Elizabeth, ya que era una chica dulce, y a pesar de ser bastante impredecible, sería absurdo intentar correr con un vestido de tales dimensiones, se desplomaría al suelo después intentar correr unos cuantos metros.

La chica es acompañada por la gran mujer y dos guardias hacia el jardín de lirios, el lugar favorito de Elizabeth en todo el reino de Menithel. La chica caminó hasta el lugar y acarició con sus dedos la superficie de los suaves lirios blancos que hacían una especie de alfombra en el jardín.

Se acercó a ellos y disfrutó de su olor natural cuya suavidad penetró hasta lo

más profundo de su ser, mientras asociaba dicho olor con la más pura libertad que habría conocido alguna vez.

Solo se encontraba a metros de distancia del lugar de la ceremonia, por lo que no había demasiado por lo que preocuparse. De pronto, su momento de paz y tranquilidad se vio interrumpido por fanfarrias que anunciaban la llegada del príncipe Sir Fredrick.

— Ha llegado la hora, cariño. Debemos irnos. — Dijo la enorme mujer mientras colocaba su mano en el hombro de Elizabeth.

La chica, llena de expectativas, dirigió su mirada al grupo de caballeros que ingresaban al reino. Buscaba desesperadamente con su mirada el rostro del afamado Sir Fredrick, el cual había sido descrito en múltiples oportunidades, y hasta había construido su rostro en su imaginación.

No tenía la menor idea de como lucía realmente, ya que ni siquiera una pintura le fue proporcionada antes del día de la boda. Todos temían que la chica se dejase influir por el aspecto del príncipe y buscara alguna manera de justificar su poca atracción por él.

Caballeros con armaduras impecables, se trasladaban directamente a la zona destinada a la ceremonia, mientras Eleazar giraba la orden de que Elizabeth fuese buscada y llevada justo al altar para encontrarse frente a frente por primera vez con quien se convertiría en su esposo.

La chica fue trasladada rápidamente al lugar deseado por su padre, sin tener tiempo de visualizar al hombre que tantas veces se había imaginado en los últimos días.

Su rostro se encontraba cubierto por un velo blanco que sería levantado únicamente por el príncipe. La imposibilidad de ver con claridad a los caballeros que se acercaban al jardín, comenzaba a desesperarla enormemente.

Elizabeth se encontraba completamente sola en ese punto, solamente era ella, las flores en sus manos y una gran cantidad de expectativas que aprisionaban su pecho para hacerla sentir como si una gran roca estuviese sobre ella.

En el reino de Fortelis, los caballeros solían contraer nupcias vistiendo una armadura de color dorado que llevaba únicamente el príncipe Fredrick, quien bajó de su caballo blanco al ser ayudado por algunos sirvientes.

Caminando lentamente, pero a paso firme, el misterioso hombre se desplaza ante la vista asombrada de todos los presentes. Llevar una armadura de oro significaba contar con uno de los más altos rangos militares y de poder en el reino de Fortelis. Federico había atribuido su hijo toda la responsabilidad del reino siempre y cuando contrajera nupcias ese día.

Sir Fredrick, seducido por el poder, sabía perfectamente que, al contraer matrimonio con la hija de Eleazar, su poder se potenciaría enormemente y podría ejecutar instrucciones sin tener que consultar absolutamente nadie más. Tenía el conocimiento de que había un peligro latente en el norte, así que, tenía que tomar medidas antes de que fuese demasiado tarde.

La decisión de Eleazar había llegado en un momento justo he indicado, ya que, no había tiempo que perder para comenzar a movilizar una defensa contra el reino de Damián, quien hacía crecer su maldad cada día que pasaba.

Finalmente, Elizabeth y Fredrick se encontraron frente a frente por primera vez, ambos con sus rostros cubiertos, intentando ocultar su identidad hasta el último momento. El caballero de armadura dorada removi6 su casco, mostrando un rostro que parecía ser bastante familiar para Elizabeth, quien no podía definir la totalidad de sus facciones, debido al velo blanco que llevaba cubriendo su rostro.

El hombre tom6 la mano de la chica y la bes6, como un gesto de cortesía justo antes de que iniciar a las ceremonia. Elizabeth tenía prohibido remover el velo de su rostro hasta después de culminar la ceremonia, por lo que, su curiosidad comenzaba a consumirla rápidamente.

El sacerdote comenzó a pronunciar las palabras que convertirían a Elizabeth en la esposa de Sir Fredrick. Por alguna razón, no se sentía triste, la presencia de aquel caballero de armadura dorada le proporcionaba cierta seguridad una sensación de agrado completamente inesperada para Elizabeth. El hombre guard6 silencio y se mantuvo justo al lado de la chica mientras sostenía su casco de oro en su brazo. La ceremonia se extendió por más de una hora, ante la mirada at6nita de todos los presentes.

Se había hablado mucho de las buenas intenciones que tendría Sir Fredrick para su reinado, pero nada era seguro en medio de una situación tan crítica como la que proyectaba el rey Damián desde su reino en el norte. El despiadado rey se había enterado de la estrategia que estaban llevando a cabo Eleazar y Fredrick, por lo que, enardecido, había comenzado a dar proceso a

su despliegue bélico para atacar a dichos reinos.

Este proceso tomaría un poco de tiempo para su ensamblaje, pero lo importante para Damián era estar preparado para atacar con todo el peso de su puño a estos dos reinos.

De alguna u otra forma lo veía como una traición hacia su imagen, ya que, al hacer una alianza de dos reinos importantes, sentía que estaba siendo amenazada la integridad de Ananel. Damián había dado inicio a su golpe más devastador en contra del reino que pronto se convertiría en la responsabilidad de Elizabeth y Fredrick.

Luego de tanta espera, finalmente, el momento cumbre había llegado. Fredrick develaba el rostro de Elizabeth justo frente a todos, quienes estaban atentos ante la reacción de ambos al encontrarse por primera vez. Elizabeth sentía que su corazón latía a toda velocidad, al encontrarse por primera vez con el hombre que se había convertido en su esposo apenas unos minutos atrás.

Al encontrarse con la mirada de este hombre, Elizabeth sintió algo de confusión, ya que no sabía realmente si había visto a este caballero en el pasado. Por su parte, Fredrick podría recordarla perfectamente, ya que había sido esta la chica que había encontrado en medio del camino sin ningún tipo de conciencia.

Aquel joven que le había prestado ayuda a una completa desconocida había sido el propio Sir Fredrick, quien solía escapar del reino periódicamente para ir de cacería y generalmente sobrepasaba los dominios del reino de Fortelis.

Había elaborado una cabaña improvisada dentro de los territorios de Eleazar, quien de haberse enterado de que esto había ocurrido, habría iniciado una guerra en contra del reino de Federico, ya que existían normas rígidas en contra de la violación del territorio.

Aquel joven que se hacía llamar “Roble”, era el mismo que ahora se encontraba justo enfrente de la sonriente Elizabeth, quien de alguna u otra forma siente algún agrado por el joven que le salvó la vida.

Era el momento cumbre, en el cual Fredrick debía besar a la chica. En aquella oportunidad, decidió dejarlo para otra ocasión, pero nunca se esperó la llegada de aquellos caballeros en medio de la noche que estuvieron a punto de descubrirlo.

Tenía sus sospechas, pero no se imaginaba que aquella chica era la hija de Eleazar, con quien había jugado en múltiples ocasiones cuando eran apenas unos niños, y ahora se había convertido en una mujer espectacular que volvería loco a cualquier hombre.

Después de besarla y sentir la suavidad de sus labios por primera vez, dio inicio una celebración en la cual todos fueron partícipes. Todo era alegría y celebración en el reino de Menithel, ya que, aquel día se gestaría una unión que prometía un futuro completamente distinto a ambos reinos.

La pareja de esposos fue abandonada completamente para que estos conversaran y se conocieran, quienes subieron a sus caballos y se dispusieron a dar un paseo por los senderos del reino.

Había mucho que conversar y aclarar, ya que ambos estaban llenos de preguntas en relación a la naturaleza de aquel encuentro en el bosque que los había dejado llenos de dudas e interrogantes.

— Tengo que decir que estás muy hermosa el día de hoy...— Dijo Fredrick.

— Tú también luces muy bien, nada que ver como la última vez que te vi. — Dijo Elizabeth mientras sonreía.

— Entonces, ¿me recuerdas? — Preguntó Fredrick notablemente asombrado.

— Por supuesto que te recuerdo, no podría olvidar al hombre que salvó mi vida. — Dijo la chica.

Ambos llegaron al borde del lago, deteniendo ambos caballos y disfrutando del paisaje. Fredrick abandonó su corcel y se dirigió hacia el de Elizabeth para ayudarle a descender de este. Ambos se sentaron sobre el pasto y continuaron su conversación.

— Pensé que habías muerto aquella noche. No quedó nada de tu cabaña. — Dijo Elizabeth enormemente preocupada.

— Estuvieron a punto de atraparme, por suerte, pude escapar. Si me hubiesen encontrado habría estallado una guerra entre nuestros padres. — Dijo el joven.

— Fue una verdadera fortuna que me encontraras aquel día, habría muerto. Bueno, aunque tengo que confesar que ese ha sido mi mayor deseo durante los últimos días.

— ¿Morir? ¿Qué podría ser tan malo para que desearas la muerte con tanto fervor? — Preguntó Fredrick.

— Cuando eres un espíritu libre, la imposición es punzante como el veneno. Realmente no quería que esto ocurriera. — Dijo la chica

— Entiendo que no quisieras casarte con un extraño, pero ahora que estás aquí sentada a mi lado, ¿piensas igual? — Preguntó Fredrick.

Era muy pronto para emitir un juicio, ya que apenas estaban conversando por primera vez. Elizabeth conocía el espíritu noble y aguerrido de Fredrick, pero no conocía su lado oscuro, ese que todos suelen tener oculto.

— Ha sido una casualidad muy bonita que ambos hayamos terminado involucrados en esto. He pensado mucho en ti durante los últimos días. — Dijo Elizabeth.

— Yo tampoco pude borrarte de mi mente desde que te vi en aquel bosque, el destino parece haber estado de nuestra parte.

El caballero sostuvo la mano de la chica y nuevamente la llevó hacia sus labios y la besó. Elizabeth sintió un gran impulso de acercarse al caballero y unirse nuevamente en sus labios. Ambos parecían estar destinados el uno para el otro, ya que, la vida los había unido en dos situaciones completamente diferentes y parecía estar decidida a unirlos para siempre.

Mientras todos celebraban en el reino, la pareja se mantuvo aislada de toda la algarabía y celebración que se llevaba a cabo en los jardines del reino de Menithel. El viejo rey había conseguido su objetivo, y poco le importaba si la chica estaba disfrutando de la compañía de su nuevo esposo, pronto había que trazar estrategias para poder estar preparados en caso de una embestida por parte del ejército de Damián.

Durante las próximas 24 horas, Elizabeth tendrá la posibilidad de descubrir experiencias que nunca antes había vivido, se convertirá en la mujer de Sir Fredrick, aunque solo unas horas atrás ni siquiera se imaginaba que podría involucrarse sentimentalmente con el hombre a quien le habían impuesto como nuevo esposo. Fredrick era un amante de la naturaleza y fanático de la cacería, solía invertir grandes cantidades de tiempo en esta actividad.

Su cabello negro peinado de lado era completamente perfecto y simétrico. Elizabeth se perdió completamente en los ojos verdes del caballero, mientras parecía experimentar una enorme relajación al escuchar el tono de voz fuerte

y firme al hablar de Fredrick.

Su cuerpo era un misterio para la chica, ya que este se encontraba oculto debajo de una armadura pesada elaborada en oro puro, pero seguramente, ante la actividad física de este sujeto, seguramente tenía un cuerpo atlético y muy bien formado.

ACTO 5

Conforme caía la noche, parecía que la belleza de Elizabeth se incrementaba gradualmente, ya que las luces que reflejaba la luna, resaltaban cada uno de sus facciones, haciendo que Fredrick sucumbiera rápidamente ante los encantos de la chica. Era un talento natural para Elizabeth poder cautivar a los hombres, a pesar de que no lo hacía a propósito.

En este caso particular, era la primera vez que la joven Elizabeth sentía algo de interés por un caballero, y lo más extraño era que no sabía cómo actuar delante de este. El príncipe, al ver la actitud de la chica, como se iba transformando en un ser indefenso y temeroso a medida que se desarrollaban las horas, intentaba hacerla sentir mucho más confiada.

Según las costumbres y tradiciones, Elizabeth sabía perfectamente que aquella noche debía entregarle su cuerpo a quien se había convertido en su esposo, pero, ante la expectativa y cierto nerviosismo que había surgido en el interior de la chica, actuaba con torpeza y mucha inocencia.

El objetivo de Fredrick no era asustar y presionar a Elizabeth, mucho menos después de conocer de quién se trataba. Desde el primer segundo en que la vio, había sentido algo completamente distinto en su pecho, como si una flecha muy afilada hubiese atravesado directamente su corazón y lo hubiese encantado para siempre, dejándolo bajo los hechizos de la belleza de Elizabeth. Después que había culminado toda la celebración, la pareja había vuelto al castillo de Menithel, una habitación esperaba por ellos para que pasaran su primera noche como esposos.

El lugar estaba completamente repleto de pétalos de rosas, cuyo aroma impregnaba el ambiente. Ambos debían tomarse un tiempo para prepararse antes del encuentro, por lo que, Elizabeth tomó un baño caliente para relajarse. Sentía que su corazón latía tan rápido como el de un ciervo que intenta escapar del ataque de unos lobos.

Necesitaba la orientación de alguna amiga, de una madre, alguien que le diera algunos recursos para poder manejar la situación de una manera mucho más efectiva durante aquella noche, pero en esta ocasión, Elizabeth se encontraba completamente sola y dependiendo de su criterio. Después de un par de horas de ausencia, Fredrick tocó la puerta de la habitación de Elizabeth, quien

llevaba puesto un liviano vestido, el cual solía utilizar para dormir.

Había un pequeño escote en la parte frontal del mismo, algo que era sugerente y que solo podía ser mostrado ante aquel hombre que estaba a punto de poseer a la mujer. La puerta se abrió, mostrando a una hermosa chica de cabello rizado, los cuales se encontraban libres, adornando el rostro de Elizabeth, quien no podía levantar la mirada por la vergüenza.

Fredrick se quedó sin aliento al visualizar la imagen que se encontraba frente a él, tuvo el tiempo suficiente como para poder detallar las curvas de la chica, pero lo que más curiosidad le causó, fue la belleza de sus pies desnudos. Siempre se había fijado detalladamente en la belleza de los pies femeninos, ya que estos reflejaban una gran parte de lo que era una mujer. Los pies delicados de Elizabeth no parecían ser los de una guerrera, ya que se encontraba muy bien cuidados y parecían hechos de cristal.

Fredrick, completamente satisfecho de lo que veían sus ojos, se acercó a la chica y apartó un poco del cabello que cubría su rostro para levantarlo y dirigirlo hacia él. Colocando su mano en el mentón de Elizabeth, cambió el ángulo de inclinación de la cabeza de la chica y la puso justo en el lugar preciso para poder besar sus labios.

Ninguno de los dos personajes estaba listo para decir una sola palabra, solamente se encontraban allí, de pie uno frente a otro haciendo una especie de presentación previa al acto que estaba por desarrollarse minutos después.

Elizabeth retrocedió un par de pasos, sosteniendo las manos de Fredrick, quien ingresó a la habitación cerrando la puerta a sus espaldas y colocando el seguro de la misma. Están completamente solos y no serían molestados para que pudiesen consumir el matrimonio. Caminaron hacia la cama, sentándose ambos en el borde de la misma, mientras Fredrick continuaba acariciando el rostro inmaculado de Elizabeth.

Todo el tiempo de encierro que había tenido que soportar Elizabeth, finalmente parecía haber cobrado sentido para ella, ya que, se encontraba frente a un hombre espectacular que la trataba tal y como se lo merecía.

La forma en que Fredrick roza la piel de la chica, le provee una enorme confianza y una satisfacción que va mucho más allá de lo que antes pudiese haber conocido. Elizabeth tiene un conocimiento enorme acerca de la naturaleza y el combate, pero nunca había experimentado tales caricias tan

tiernas y suaves.

Constantes escalofríos y reacciones involuntarias se despiertan en su cuerpo mientras las manos de Fredrick la tocan, haciéndola temblar sin control en cada ocasión. Finalmente, Fredrick rompió el silencio que se generaba en la habitación para dedicarle unas palabras a Elizabeth que tenían el objetivo de calmarla.

— Solo estoy aquí para hacer lo que tú desees hacer. Muero por poseerte, pero nada de eso ocurrirá si no estás preparada. — Dijo Fredrick con una sonrisa en sus labios.

La chica siempre había estado acostumbrada a recibir presión de otros, su vida siempre había estado condicionada a los deseos de su padre, por lo que, encontrarse ante un hombre que le daba libertad de decisión y libre albedrío, era completamente extraño para ella.

— Soy tuya, me convertiste en tu esposa para acceder a tus deseos. Eres tú quien debe decidir qué hacer con mi cuerpo. — Dijo la chica.

Las palabras de Elizabeth simplemente habían sido la reproducción de frases que se habían escuchado constantemente alrededor de ella por parte de las mujeres que conversaban acerca de su vida íntima con sus esposos. No tenía la menor idea de qué decir o qué hacer, pero siempre había escuchado que la sumisión era el mejor camino para el placer de un hombre.

— No se trata de eso, se trata de que ambos disfrutemos de esto. Desde aquel día en el bosque, he soñado con este momento, tenerte así cerca de mí y poder disfrutar de tu aroma. — Dijo Fredrick con una voz muy dulce.

Nuevamente una sensación estremeció el cuerpo de Elizabeth, quien comenzaba a sentir un enorme impulso y una excitación que comenzaban a transformar su personalidad.

— Tienes toda mi autorización para hacer lo que quieras. También te deseo. — Dijo la chica entre dientes.

Fredrick comenzó a besar el cuello de la chica, intentando relajarla mientras sus manos acariciaban los antebrazos de Elizabeth. Experimentar como los labios de aquel hombre se paseaban por la superficie de la piel de su cuello, generaba una sensación que explotaba en el vientre de Elizabeth. Una humedad desconocida para ella, se generaba en su entrepierna, la cual llegaba acompañada de un calentamiento sobrenatural, el cual generó algo de temor.

— ¿Qué es esto que siento? — Preguntó la chica.

— ¿A qué te refieres? — Respondió Fredrick.

— Siento que un fuego se enciende en interior, algo tan intenso como las hogueras más ardientes que jamás hayas visto. Siento algo de miedo. — Dijo la chica.

Fredrick, se puso de pie justo frente a Elizabeth y se quitó la camisa blanca que llevaba puesta aquella noche. Dejó su pecho al descubierto, dejando caer la prenda de vestir al suelo. La chica pudo detallar una enorme cicatriz que se mostraba en el costado, la cual había sido una de los recuerdos que había quedado del combate con un enorme oso durante sus días de caza.

Elizabeth no pudo evitar fijar su mirada en la enorme cicatriz, la cual debió generarle un enorme dolor y posiblemente pudo haber comprometido su vida. Fredrick, al ver la reacción de la chica ante su cicatriz, sonrió, ya que era la primera mujer que podía observar con detalle dicha marca.

— Fue un gran oso... Me atacó durante la noche, mientras dormía. — Dijo Fredrick.

Elizabeth sonrió, y alargó su mano para acariciar la cicatriz. Fue la excusa perfecta para que finalmente se atreviera a tocar la piel de Fredrick, quien entendió que la chica estaba finalmente cediendo ante las limitaciones que existían en su mente. La mano de la chica tocó el costado de Fredrick y comenzó a deslizarse lentamente hacia su zona genital. Parecía que una fuerza sobrenatural guiara su mano hacia esta zona, ya que sentía una enorme vergüenza de comportarse así.

Fredrick no intervino en el acto de Elizabeth, quien parecía actuar finalmente como una mujer, la niña había quedado atrás. Cuando finalmente la mano de Elizabeth se encontró con una pieza de carne dura, su mirada se dirigió directamente a los ojos de Fredrick, quien la observó con confianza y asintió con la cabeza de que podía continuar. Las mejillas de la chica se ruborizaron enormemente, como si dos manzanas hubiesen aparecido de pronto en cada lado de sus labios.

Fredrick liberó su pantalón, dejándolo caer al suelo, mostrándose completamente desnudo. Su cuerpo fue admirado por la chica desde los pies hasta la cabeza. Al desnudarse el primero, estaba dando un paso adelante para mostrarle a la chica que podía hacerlo con naturalidad, era el turno de

Elizabeth.

Los pechos de la chica eran muy firmes, y tenía un tamaño que resultaba un poco más grande que la media de las mujeres del reino. Siempre solía ocultarlo con algunas vendas, presionándolos para que estos no llamaran la atención de los hombres.

Aun así, los atributos de la chica no podían ser ocultados en su totalidad, ya que la belleza de su rostro, su cabello y sus curvas, siempre la hacían resaltar en cualquier lugar.

Elizabeth se colocó de pie y se acercó al cuerpo de Fredrick, mientras llevaba su mano hacia el pene del hombre, quien la guió tomándola por su muñeca. Al sentir este miembro erecto, caliente y húmedo, la chica sintió una sensación muy agradable en su entrepierna.

— Creo que es mi turno de desvestirme, ¿cierto? — Dijo la chica con cierto temor.

— Si me lo permites, lo haré yo. — Dijo Fredrick.

Elizabeth asintió con la cabeza y aprobó la solicitud de su esposo, quien tomó a la chica de la cintura y paseó sus manos por la espalda de Elizabeth. Cuando llegó a sus hombros, dejó caer las tiras que sostenían su vestido, apartándolas hacia los laterales. La prenda de vestir cayó al suelo, mostrando la totalidad del cuerpo desnudo de Elizabeth, el cual dejaría sin palabras hasta el hombre más experimentado del mundo.

Desde sus cabellos hasta la punta de su dedo pulgar del pie, la chica era pura muestra de perfección, nunca había sido tocada por un hombre en el pasado, y se encontraba completamente inmaculada, lista para entregarse a Fredrick, quien respiró profundamente antes de acercarse a la hermosa mujer. Elizabeth temblaba, no podía evitar sentir un miedo increíble ante la cercanía de un acto que desconocía totalmente.

Siempre había escuchado acerca del sexo, pero nada que le hubiese narrado, podría darle la idea absoluta de lo que estaba a punto de experimentar. Fredrick llevó a la mujer directamente hacia la cama, permitiendo que su cabeza se recostara sobre las suaves almohadas rellenas con plumas de ganso que se encontraba en la superficie de esta. El hombre se posó sobre ella y separó las piernas de Elizabeth lentamente, mostrando el hermoso fruto que había sido prohibido para todo el reino.

Fredrick se sintió afortunado de poder ser el primer nombre que accedería a esta zona de la chica, quien había protegido su virginidad como toda una guerrera. Aunque moría de la vergüenza, los ojos de Elizabeth se encontraban constantemente fijos en la mirada de Fredrick, quien constantemente mostraba una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Fredrick descendió lentamente, proporcionando suaves besos sobre los pechos de la chica, para posteriormente lamer la superficie de su vientre y llegar hasta la zona vaginal de la chica.

Ante el desconocimiento de la naturaleza de estos actos, Elizabeth tiembla al ver como el rostro de Fredrick se acerca cada vez más a su vagina. El caballero comienza a lamer la superficie de la misma mientras los ojos de Elizabeth se abren enormemente como los de una lechuza. Siente una enorme mezcla entre vergüenza y satisfacción, ya que lo que está realizando Fredrick parecía ser completamente prohibido e incorrecto.

No es capaz de interrumpir lo que hace el caballero, quien acaricia sus muslos mientras su lengua estimula completamente la superficie de su zona genital. La lengua de Fredrick realiza círculos alrededor de su clítoris, disfrutando del sabor de los fluidos que emanan de Elizabeth.

Mientras la chica, disfruta del acto, acaricia sus pechos con sus manos, conociendo su cuerpo y una gran cantidad de sensaciones que jamás había experimentado jamás.

Separa sus piernas en su totalidad, dándole la libertad absoluta a Fredrick para que actúe sin limitaciones. El caballero comienza a frotar con su dedo pulgar la superficie del clítoris de Elizabeth, mientras acompaña con algunas lamidas periódicas, que hacen estallar el interior de la chica. Elizabeth desconoce cuál será el próximo paso, pero confía enormemente en las habilidades de Fredrick, quien hace alarde de su maestría con su lengua.

Tras algunos minutos de satisfacción oral, el caballero está dispuesto a proveerle a Elizabeth el mejor sexo que pueda conocer en su primera noche como esposos. Va directamente hacia los labios de la chica, haciendo contacto con ellos de una manera mucho más salvaje que el inicio. Lo succiona con mucha fuerza, dejando a Elizabeth completamente sin aliento, quien ha visto como el hombre comienza a cambiar su forma de tratarla.

La sutileza y suavidad que había mostrado el principio, ha sido dejada a un

lado, ya que, para hacerla sentir mujer, debe tratarla con firmeza y seguridad. Elizabeth intenta copiar las actitudes que muestra Fredrick, e intenta mostrarse segura, pero es algo mucho más difícil para ella que manejar una espada. Se reprime para no generar sonidos que hagan eco en todo el castillo, pero siente una enorme necesidad de dejar salir toda la energía que se acumula dentro de su pecho.

Su cuerpo comienza a retorcerse mientras Fredrick muerde su cuello con una intensidad bastante notable. Las manos el caballero vuelven a separar sus muslos y se coloca sobre ella, listo para embestirla por primera vez. El miembro del sujeto se encuentra completamente duro y mojado, listo para introducirse en ella de manera suave pero firme. La penetración da inicio, introduciendo un par de centímetros, para después detenerse a observar reacción de Elizabeth.

La chica se encuentra completamente sorprendida ante el placer que experimenta, aunque no puede ocultar que siente algo de dolor. El caballero comienza a ser leves movimientos, extrayendo introduciendo una y otra vez la pequeña porción de su miembro, preparando a la chica para una penetración profunda que llegará en poco tiempo.

Elizabeth considera que es momento de dejar entrar la totalidad del pene de Fredrick, por lo que lo toma por sus glúteos y lo empuja hacia su cuerpo para que entre completamente el trozo de carne de su esposo.

Fredrick se sorprende ante la valentía de la chica, quien no puede evitar soltar un alarido que parece ser el de una loba herida en medio de la noche. Tras la embestida, Elizabeth se transforma, convirtiéndose en una especie de animal sexual que solamente tiene hambre de placer. Fredrick se mueve sobre ella de forma rítmica, mientras el cuerpo de la chica aumenta su temperatura con la fricción de las pieles.

Muerden sus labios, lamen sus cuellos, rasgan sus espaldas de forma salvaje, entregándose completamente a sus instintos primitivos para tener una sesión de sexo que jamás habría imaginado que llegaría a tales niveles de erotismo. Elizabeth recordaba todas las historias que había escuchado acerca del sexo, pero todas se habían quedado cortas ante el nivel de satisfacción que había alcanzado ella.

Observaba el placer en el rostro de Fredrick y sabía que lo que estaba haciendo ella también complacía a su compañero, por lo que se sentía cada

vez más segura de cada movimiento que realizaba. En más de una ocasión quisieron detenerse, pero no tenían el valor para hacerlo, continuaron disfrutando de aquel acto durante horas, dejando que la noche fuese su cómplice y medio de un acto cargado de fluidos y orgasmos.

ACTO 6

Una celebración completamente diferente a la que se había llevado a cabo en el reino de Menithel, se llevaba a cabo en el reino de Ananel. Damián estaba completamente seguro de que sus tropas devastarían el reino de Menithel y Fortelis sin mucho esfuerzo.

Caballeros con armaduras negras, hechas de la aleación de metal más resistente conocida por el hombre, se desplazaban a paso lento desde el reino de Damián, con lanzas gigantescas que solo podían ser llevadas por guerreros cuya fuerza superaba la de un hombre normal.

Sus rostros completamente cubiertos ocultaban sus verdaderas identidades, una vez que estos hombres accedían a trabajar para Damián, perdían completamente la autonomía en sus vidas, vendiéndoles sus almas al rey a cambio de un pago impresionante en monedas de oro. Damián había organizado una celebración digna de un rey con valores completamente distorsionados como los de él.

Había hecho llamar a las mujeres más exuberantes del reino hasta una gran sala donde podían encontrarse una diversidad de vinos y una enorme cama que tenía capacidad para más de 15 personas. El enorme mueble, se encontraba completamente abarrotado de mujeres desnudas y algunos de sus hombres de confianza, los cuales habían sido invitados a una gran orgía que se desempeñaría en honor al inicio de la guerra.

Las cantidades de vino eran ilimitadas, cualquiera de los que gozaba del privilegio de haber sido invitado a la gran celebración, podría ingerir la cantidad de licor que desease sin ningún límite.

Damián celebraba completamente feliz y orgulloso de sus tropas, las cuales le asegurarían una victoria absoluta y le devolverían el poder total sobre los reinos vecinos. Había crecido con la idea plantada por su padre, quien aseguraba que los reinos le habían sido arrebatados en el pasado, generando un sentimiento de venganza y rencor en contra de los Reyes Eleazar y Federico.

Lo cierto era, que estos reinos nunca habían pertenecido al padre de Damián, quien se había forjado en medio de mentiras y engaños por parte de su padre. Ya era demasiado tarde como para intentar convencer al rey de que dieran

marcha atrás.

Sus ansias de poder y la sed de ver la sangre correr, lo habían llevado a crear uno de los ejércitos más poderosos conocidos. Mucho se había comentado acerca de la existencia de este ejército, pero nunca había sido visto por nadie que no habitara dentro del reino de Ananel.

Mientras las primeras tropas daban los primeros pasos fuera del reino de Damián, en ese preciso instante Fredrick y Elizabeth se encontraban juntos, abrazados aún metidos en la cama, después de haber disfrutado de una noche espectacular que le dio inicio a una relación que estaba predestinada desde las estrellas. Habían sido unidos por una razón del destino, y aparentemente, debían estar listos para poder enfrentar una embestida brutal que venía hacia ellos desde el norte.

Damián disfrutaba de mujeres hermosas que se rendían a sus pies, lamía el vino de sus cuerpos mientras éstas permitían que el rey hiciera lo que deseara con sus pieles. Damián es un hombre de 40 años, cuyo cabello negro largo cae sobre sus hombros de manera suave y natural. Su traje negro de cuero, siempre lo ha caracterizado, ya que no suele usar otras vestiduras cuando se encuentra en público.

Son pocos los hombres que han podido ver el verdadero rostro de Damián, quien cubre la mitad de este con una máscara de hierro que cubre una cicatriz generada en una batalla. Es un hombre violento y despiadado, alguien que cualquiera podría temer solo con tenerlo enfrente.

A través de los años, se han creado una gran cantidad de historias y mitos en torno a Damián, y aunque muchos de ellos eran ciertos, era un simple mortal que había adquirido poder con el tiempo.

Su ego y prepotencia lo hacían sentirse como una especie de Dios que había sido bendecido por el universo. A pesar de que ya no podía mostrar su bello rostro en público, aún permanecía teniendo un ego que lo convertía en un hombre seguro de sí mismo y un completo patán. Su violencia, soberbia y desinterés, puede ser percibido por las mujeres que han estado con él, las cuales eran tratadas como objetos durante el acto sexual.

Completamente desnudo, sin su traje de cuero negro y su máscara, el hombre de cabello largo sujeta a dos mujeres por el cabello mientras éstas que comparten el miembro del despiadado rey.

Ambas chicas lamen su genital con absoluta devoción. Mientras una de ellas lame sus testículos, la otra introduce la totalidad del miembro hasta su garganta. Es un hombre afortunado, el cual disfruta de los placeres y los excesos sin ningún tabú.

Las mujeres parecen encontrarse en medio de un trance en el que no pueden mantener el control de sus actos. Damián genera una especie de hechizo en torno a todas las personas que se acercan a él, contaminándolos con su comportamiento tóxico e incorrecto.

Mientras disfruta del sexo oral que le proporcionan ambas mujeres, una tercera se une al grupo, lamiendo los labios de Damián mientras este introduce dos de sus dedos hasta la más profundo de la vagina de la tercera chica.

La mujer abre sus ojos y ve fijamente los oscuros mirada de Damián, quien mira fijamente y lo más profundo del alma de la chica. Sus dedos se mueven contrayéndose en el interior de la joven, la cual se retuerce de placer ante las dimensiones de los dedos del rey.

Damián succiona la lengua de la chica, como si quisiera tragársela, mientras esta gime de manera demente al recibir todo el placer proporcionado por la mano de Damián.

El hombre se encuentra acostado en su cama mientras dos mujeres le proporcionan un placer inigualable en su zona genital. Disfruta de los fluidos de la tercera chica, la cual se sube a su rostro y comienza mover su cadera de manera frenética sobre el rostro del rey, quien coloca sus manos sobre los glúteos de esta para controlar los alocados movimientos. La mujer busca desesperadamente su orgasmo, en medio de un acto compartido con un grupo de personas que no tienen control de sí mismas.

Una vez que la chica comienza a retorcerse al haber alcanzado el orgasmo, Damián la desecha a un lado y se dispone a complacer a las otras dos que se encuentran lamiendo su miembro. Una de ellas se sube sobre el rey y comienza a cabalgarlo con mucha intensidad. Se turnan para poder disfrutar del cuerpo del fuerte Guerrero, quien no ha alcanzado el primer orgasmo durante aquella noche.

Complacer a Damián era casi imposible, ya que era un hombre de gustos muy exquisitos y con un criterio claro de lo que le gustaba. No cualquier mujer

podía complacerlo en su totalidad, por lo que, en muchas oportunidades, esto se convertía en una enorme frustración para el rey. Quería vivir experiencia sexual formidable, una mujer que lo pudiera complacer en su totalidad brindándole múltiples orgasmos durante una noche.

Podía tener a cualquier mujer del reino de Ananel, solo bastaba con una orden para que esta se encontrara completamente desnuda en su habitación, y a pesar de que lo hacía con mucha frecuencia, siempre terminaba con la misma sensación de vacío. El sexo simplemente era una forma de diversión, pero no lograba alcanzar el placer total con ninguna mujer. Siempre terminaba complaciéndose él mismo luego de dejar exhaustas a sus acompañantes.

Aquella noche no había sido diferente, ya que después de proporcionarle múltiples orgasmos a sus invitadas, salía a las afueras del balcón de su habitación, contemplando como sus ejércitos avanzaban en dirección hacia el reino de Menithel. Esta sensación de poder y dominación, era precisamente lo que le compensaba aquel vacío de placer que experimentaba.

Sentía que nada en el mundo podía ser más placentero y satisfactorio que el poder absoluto, por lo que siente una sensación muy similar al orgasmo al ver como los guerreros más poderosos que hayan pisado la tierra, avanzan para proporcionarle nuevos territorios.

Ha sido un movimiento que ha planeado durante mucho tiempo, el cual finalmente ha visto la luz, en medio de una amenaza que únicamente existe en su imaginación. Cree fervientemente que en caso de no eliminar a estos reinos y dominarlos, estos confabularán en su contra en el futuro.

Solo le tomaría un par de días al ejército de Damián, llegar a los dominios de Eleazar, ya que este sería el primer reino en ser atacado. Una vez que debilitara las defensas de Menithel, lograría avanzar hacia el reino de Fortelis y devastar todo a su paso.

Damián mostraba su seguridad en su ataque al no asistir en primera línea, ya que esperaría a que su ejército avanzara lo suficiente para el dirigirse hasta Menithel a ver como su plan daba resultados.

Esto significaba que llegaría un poco después de que la catástrofe hubiese arribado a Menithel. Mientras Fredrick y Elizabeth cabalgan por el reino durante la mañana de un día soleado, encuentran la paz y la tranquilidad que

tanto habían soñado en el pasado. El cantar de las aves y el calor que les proporciona el sol, es muy acogedor, lo que los hace sentir completamente plenos de compartir una vida juntos.

Compiten con sus caballos para determinar quién de los dos es mejor jinete, sonrían, se besan y comparten todas las caricias posibles en medio de su paseo. Pero no fue sino hasta llegar hasta la cúspide de una colina, que se encontrarían una desagradable sorpresa que se avecinaba hacia ellos. Los guerreros de Damián viajaban durante la noche, los cuales no podían ser vistos con claridad por los vigilantes que habían sido puestos estratégicamente en el reino.

Aquellos que permanecían ocultos, listos para dar alertas acerca de un ataque, habían sido asesinados y ni siquiera darse cuenta. Arqueros letales acompañaban al grupo de guerreros de la muerte, los cuales habían neutralizado sin ningún problema a que ellos querían sonar las campanas de alarma que darían oportunidad de prepararse para el ataque. La embestida sorpresiva era el arma secreta de Damián, quien, al dejar sin tiempo de reacción a su enemigo, podría vencerlo sin ningún problema.

Menithel contaba con un ejército que doblaba en número al de Damián, por lo que no podía arriesgarse a sufrir más bajas de las esperadas. Sus guerreros eran mortíferos y muy fuertes, pero si lo superaban en número, podría sufrir cierta desventaja. Elizabeth y Fredrick se encontraron frente a un mar de guerreros negros que se avecinaban lentamente hacia sus dominios, por lo que, cabalgaron a toda velocidad devuelta al castillo para anunciar lo que estaba ocurriendo.

El corazón de la chica latía fuertemente, ya que el avistamiento había resultado muy aterrador. Nunca había estado presente en una guerra, y los hombres que se avecinaban, no venían con buenas intenciones.

— ¿Qué se supone que haremos? Dijo Elizabeth mientras cabalgaba justo al lado de Fredrick.

El joven príncipe intentaba organizar sus ideas y crear un plan que pudiese repeler el ataque que estaban a punto de sufrir. No estaba listo aún para una batalla, ya que esto era completamente inesperado y traicionero.

— Tendremos que movilizar a todos nuestros hombres, esto no será una batalla sencilla. Ese malnacido de Damián ha jugado sucio. — Dijo Fredrick.

Ambos corceles blancos llegaron al castillo, mientras Fredrick gritaba desesperadamente que tomaran provisiones ante un ataque inminente.

— Vayan a sus casas y protéjense. Todos prepárense, tenemos visitas. — Dijo Fredrick.

Todos los hombres corrían de manera desordenada en busca de sus espadas, arcos, lanzas y escudos, intentando acatar las órdenes del nuevo rey, quien apenas se estrenaba en el trono y ya tenía que presenciar como muchos de sus aldeanos morirían a manos de estos guerreros asesinos. Fredrick haría lo posible por contrarrestar el ataque, pero no estaba seguro contra qué se enfrentaba.

Se decía que Damián manejaba la magia negra y que enviaba hechizos en sus guerreros, los cuales nunca habían estado frente a frente contra Fredrick. Su única solución es enfrentarlo, deberá hacer a un lado el miedo y combatir el fuego con fuego.

Pero hay un miedo mucho más intenso en el corazón de Fredrick que supera el miedo a la muerte. Se encuentra enormemente preocupado por el bienestar de Elizabeth, quien será difícil de contener en medio de una batalla que amenaza con destruir el reino en el cual creció.

La chica se encuentra completamente dispuesta a combatir brazo a brazo en compañía de Fredrick, quien no está del todo de acuerdo de que esto se desarrolle de esta forma. Eleazar escucha los rumores del ataque, y su estado de nervios lo coloca en una posición muy delicada, ya que quisiera tener la fortaleza de liderar sus ejércitos tal como lo hizo en el pasado y poder luchar en contra de las amenazas.

El viejo rey solamente puede quedarse en su cama y observar como su reino es amenazado por el brazo fuerte de un traidor, el cual no tendrá contemplación alguna para quitarle la vida a los habitantes de Menithel. Todos los hombres del antiguo rey, rinden lealtad a Fredrick, quien ahora estará al frente y comandará la defensiva.

No tienen oportunidad contra la embestida directa, pero si resisten durante el tiempo necesario, podrán agotar a los guerreros que vienen caminando desde el norte y utilizar este cansancio a su favor. Aún cuentan con algo de tiempo, por lo que no se puede desaprovechar ni un solo segundo en medio de la premura.

ACTO 7

Los oscuros batallones se hallaban de pie a menos de 500 metros de distancia de la muralla que delimitaba el castillo de Menithel. Los hombres se encontraban inmóviles esperando las órdenes de su capitán, quien se aseguraba de que todo estuviese listo antes de iniciar el ataque.

Todos habían corrido a resguardarse ante el golpe violento que estaban a punto de recibir. El reino no estaba acostumbrado a recibir ataques de esa forma, ya que Menithel se había caracterizado siempre por ser muy bueno en la ofensiva.

Nunca se había visto involucrado en una situación tan comprometedora como a la que los había llevado Damián. Fredrick corría de un lado a otro sobre su caballo, intentando alistar a las tropas para que pudieran batallar de manera efectiva. Los gritos del príncipe, que recién se ha convertido en el rey, se escuchaban en todo el lugar, girando órdenes e intentando proteger a su pueblo.

El corazón de Fredrick era enorme, y se entregaba absolutamente a todo lo que hacía, por lo que, no estaba dispuesto a permitir que una sola gota de sangre se derramara en vano mientras él fuese rey. Se había puesto al frente de las filas para liderar la batalla, actuando como todo un valiente y sin una pizca de duda en su corazón.

Los arqueros ubicados en la parte posterior de las filas de caballeros de armaduras negras, levantaron sus arcos y lo colocaron en un ángulo aproximado de 45°, esperando la orden del capitán para dejar salir sus flechas, cuyas puntas ya habían sido encendidas con una llama que haría arder a Menithel hasta dejarlo reducido a cenizas.

— Hoy no habrá oportunidad para errores. Debemos dejar hasta la última gota de sangre para conquistar. — Dijo el intimidante soldado de armadura negra, el cual cabalgaba un corcel de color negro, cuya contextura parecía ser de un animal mitológico.

Todos levantaron sus lanzas y espadas en señal de aprobación a las palabras del capitán, quien levantó su espada e indicó la orden de que las flechas fuesen liberadas.

Una gran cantidad de puntos amarillos se elevaron en el cielo, los cuales

fueron vistos desde la distancia por Fredrick y sus hombres. Estos levantaron sus escudos y se protegieron ante el ataque, pero esto no impidió que algunas de las flechas alcanzaran a sus objetivos de manera letal.

Fredrick veía con ojos de terror como algunos de sus hombres habían caído inminentemente al ser perforados por flechas ardientes que se habían incrustado en sus pechos. Era la hora del contraataque, por lo que había dispuesto una gran cantidad de ballestas que fueron activadas en respuesta al ataque de los caballeros. Enormes flechas elaboradas en madera con puntas de hierro de dimensiones de más de 3 m de longitud, fueron lanzadas en contra del grupo de hombres.

Los objetos embistieron contra el suelo muy cerca del batallón, inclusive, algunas habían hecho que las filas se rompieran, pero no habían conseguido herir a ninguno de los hombres de Damián. Ante este ataque, el líder de los guerreros de armadura negra, dio la orden para que se atacara directamente al castillo, ante la cual, todos los hombres corrieron hacia la muralla de piedra.

Los arqueros del reino de Menithel intentaban contrarrestar el ataque, pero sus flechas parecían ser inútiles en contra de las armaduras que cubrían la totalidad del cuerpo de aquellos hombres aguerridos.

Las flechas chocaban contra la superficie de la armadura de aquellos hombres intimidantes, partiéndose al hacer contacto con estas. Fredrick sentía algo de desconfianza al saber que los guerreros de Menithel debían enfrentar a sus adversarios cuerpo a cuerpo, lo que no les daría oportunidad de poder ganar.

La mayoría de los guerreros de este reino, eran ágiles y rápidos, pero no tenían la contextura de sus adversarios, por lo que, de un solo golpe podrían derribar a tres de estos. Los hombres llegaron a la muralla y comenzaron a golpearla con un enorme artefacto que estaba elaborado en hierro macizo. Este se movía de forma pendular y golpeaba ferozmente contra la superficie de piedra, haciendo estremecer toda la estructura del lugar.

Mientras esto ocurría, Fredrick intentaba atacar con todo su peso desde la distancia, utilizando ollas de aceite hirviendo, flechas con fuego, y enormes bolas de hierro que eran disparadas directamente contra el artefacto, el cual parecía ser indestructible. Fue en ese punto, cuando Fredrick pudo ver que no podía contener el ataque del gigante. Damián había enviado a toda su fuerza violenta para conquistar, y no había marcha atrás.

No habían tenido el tiempo suficiente para prepararse, por lo que, estaban afrontando las duras consecuencias de haber sido sorprendidos en el descuido. Elizabeth nunca se separó del lado de Fredrick, la chica, quien era muy inteligente, sabía perfectamente que lo que estaba observando podría traducirse en el final del reino de Menithel, no podía actuar como una cobarde y huir, ya que estaba dispuesta a combatir al lado de su esposo hasta que llegara el momento de la muerte.

Aunque estaba completamente convencida de lo que estaba dispuesta hacer, Fredrick no tenía el mismo destino para la chica, ya que no resistiría ver morir a Elizabeth frente a sus ojos, por lo que decidió tomar una medida drástica.

Mientras los hombres gritan, mujeres lloran, y el desespero se apodera del lugar, Fredrick toma a Elizabeth en brazos y se dirige en su caballo hacia la torre en la que una vez fue encerrada la chica. Este lugar era uno de los más fortificados, por lo que, sería el último lugar a donde llegarían los guerreros de Damián.

Es decir, si había una posibilidad de que el reino de Menithel sobreviviera, descansaría en los hombros de Elizabeth, quién sería la última en ser encontrada. La chica gritaba continuamente para ser liberada, pero Fredrick ignoraba los golpes que recibía por parte de Elizabeth.

— ¿Qué se supone que haces? No hagas esto. Quiero luchar. — Gritaba Elizabeth mientras era llevada a la torre.

No era adversaria para Fredrick, por lo que el caballero lo tuvo mayor problema en introducir a la chica en la torre y encerrarla en la parte más alta de la misma.

— Por favor, no me dejes aquí. Quiero estar a tu lado. — Dijo Elizabeth con una gran cantidad de lágrimas en su rostro.

— No permitiré que te hagan daño. Te juro que haré lo posible por salvar nuestros reinos. — Dijo Fredrick mientras acercaba la chica para proporcionarle un beso a través de los barrotes de hierro.

Este sería el último beso que recibiría de su esposo aquel día, ya que, Fredrick salió rápidamente de la torre dirigiéndose hacia el centro de la ciudadela, a la cual ya debía haber ingresado los guerreros de armadura negra. Dentro de la Torre, Elizabeth tenía todo lo necesario para sobrevivir

algunos días, así que, Fredrick se dedicó a luchar fervientemente contra cada uno de los guerreros y adversarios que se interpusieron entre su camino hacia la libertad.

A pesar de que eran de gran tamaño y muy fuertes, Fredrick se las arregló para poder derribar a más de 100 caballeros haciendo uso de su escudo y su espada. A pesar de que sabía que no tenían oportunidad alguna contra un ataque de esa magnitud, nunca se rindió.

El espíritu indomable de Fredrick, únicamente tenía en su mente salvar el reino para poder ser feliz con Elizabeth, era la única motivación que lo movía a seguir luchando y levantar su espada una y otra vez para asesinar a los enemigos. Fueron duros días de batalla, pero el reino de Menithel ya había sido devastado casi en su totalidad. Aunque muchos soldados resistían, Estos ya se habían hecho a la idea de que la muerte llegaría por ellos muy pronto.

Fue entonces cuando Damián, el rey de Ananel llegaría al reino de Menithel para ver el resultado de sus planes. Había pedido que no se asesinaran a los reyes, ya que él mismo se encargaría de hacerlo con su propia mano.

Damián es guiado por uno de sus hombres directamente hacia la habitación de Eleazar, quien había sido custodiado por cientos de hombres que fueron asesinados uno a uno por los guerreros de armaduras negras. Finalmente, el viejo había quedado a merced de los hombres de Damián, quien entraría a la habitación con una enorme sonrisa cínica que enardeció al viejo rey.

— Eres una serpiente traicionera, Damián. Los dioses te harán pagar por esto.
— Dijo Eleazar con una voz muy débil.

— Creo que no lo has entendido, el único Dios que conocerás seré yo. —
Dijo Damián mientras desenvainaba su espada.

— Es la única forma en que puedas vencer, haciendo trampas y asesinando a un pobre viejo débil como yo. Te veré en el infierno. — Dijo Eleazar antes de sufrir un ataque de espasmos que le generaron una tos continua y seca.

— Podría asesinarte lentamente y hacerte sufrir. Pero creo que de eso ya se encargado la vida. Te haré un favor, Eleazar. — Comentó Damián, moviendo su espada rápidamente.

El sable de acero puro, atravesó el corazón del anciano rey, muriendo instantáneamente a manos de Damián, quien estaba dispuesto a eliminar cualquier vestigio de la realeza que había sido conocida por el reino de

Menithel y posteriormente por el reino de Fortelis. Después de asesinar al padre de Elizabeth, el malévolo rey de cabello largo, abandona la habitación en busca de Fredrick y Elizabeth.

— Quiero al príncipe aquí justo ahora. — Ordenó Damián.

— Lo hemos buscado por todas partes, pero no lo encontramos. — Dijo uno de los soldados.

Las palabras enardecieron de tal forma a Damián, que este no dudó en atravesar con su espada el abdomen del caballero. Otros soldados presentes en el lugar observaron el movimiento de aquel hombre, lo que les indicó que debía hacer lo posible por encontrar a Fredrick, de lo contrario correría con un destino similar al del hombre que yace muerto en el suelo sobre un gran pozo de sangre.

Damián estaba medianamente satisfecho por los resultados que habían conseguido sus tropas, pero sabía perfectamente que, si quería que algo se hiciera bien, debía hacerlo el mismo con sus propias manos. Se dedicó a buscar en cada rincón del reino a Fredrick, que no aparecía por ningún lugar.

En ocasiones, llegó a pensar que Fredrick habría sido asesinado por alguno de sus hombres, robándole la posibilidad de quitarle la vida él mismo. En medio de su búsqueda, encontraba algunas personas inocentes que intentaban ocultarse de los mortíferos soldados, ocupándose él mismo de quitarles la vida con su espada.

En su ardua búsqueda, acompañado de un séquito de al menos 10 soldados, Damián finalmente llegaría a la torre. Después de subir incontables escalones elaborados en piedra, finalmente llegó a la celda en la cual se encontraba encerrada Elizabeth. La chica, que no había parado de llorar en su día de encierro, escuchó algunos pasos dentro de la torre, por lo que imaginó que se trataba de Fredrick que había llegado a liberarla.

— Fredrick, ¿eres tú? — Preguntó la chica al aferrarse a los barrotes llena de esperanza.

Al encontrarse con el rostro cubierto con una máscara de hierro, la chica retrocedió tanto como pudo para alejarse de los barrotes.

— Tú debes ser Elizabeth. Es un placer conocerte... — Dijo Damián.

El caballero no pudo evitar sentir una gran atracción por la chica. De hecho,

era la primera vez que se sentía tan atraído por una mujer en mucho tiempo. La belleza de Elizabeth tenía un magnetismo mágico, que parecía haber hechizado a Damián desde el primer segundo en que la vio. Por su parte, Elizabeth sabe perfectamente que aquel hombre no ha llegado allí sin antes haber dejado un camino de devastación detrás.

— ¿Eres Damián? La escoria que ha traído la destrucción a mi pueblo. — Dijo Elizabeth con mucho odio.

Damián no pudo evitar sonreír al notar cierta ira que le resultaba graciosa, viniendo de un ser tan hermoso como Elizabeth.

— Abran la celda. — Dijo Damián.

— Está cerrada, es imposible abrirla. — Dijo uno de sus soldados.

Damián extrajo su espada y atravesó la espalda de aquel soldado, quitándolo del medio.

Elizabeth imaginó que su destino sería similar, ya que este mostraba un enorme interés en ella. No tenía oportunidad, por lo que simplemente cayó de rodillas mientras observaba como aquel hombre se desangraba justo frente a ella.

La espada de Damián parecía haber sido forjada por los mismos demonios, ya que esta había sido imposible de romperse desde que le fue otorgada por su padre. Había atravesado las superficies más sólidas y había roto los elementos más resistentes conocidos hasta el momento.

Tomando un respiro de aire, se concentró en la cerradura de la celda, sobre la cual descargó toda su fuerza atacando con su espada, haciéndola trizas en un segundo. La puerta de la celda se abrió y Damián caminó hacia Elizabeth.

— Eres una chica muy hermosa. Todos hablaban sobre tu belleza. Pero se han quedado cortos. — Dijo Damián mientras se acercaba cada vez más a Elizabeth.

Elizabeth era incapaz de observar al rostro de Damián por más de un segundo. Su máscara le inspiraba un miedo que jamás había experimentado en su vida. El traje negro de cuero, el cabello largo y aquella máscara, hacían a aquel hombre muy intimidante, parecía ser la representación misma de algún demonio salido del infierno.

— Podría asesinarte ahora mismo. Pero sería una pérdida lamentable. — Dijo

Damián.

— ¿Qué has hecho con mi padre y Fredrick? — Preguntó la chica.

— Oh, sí. Cierto, que Fredrick es tu esposo. Debe ser un hombre muy afortunado al tener una mujer como tú. Lástima que ha muerto. — Comentó el hombre.

Elizabeth tuvo que hacer un esfuerzo enorme para contenerse y no soltar un llanto desesperado al escuchar estas palabras. No cabía duda en que este hombre era completamente capaz de hacer eso y más.

— Tu padre también te ha enviado saludos. Finalmente lo liberé de su desgracia. — Dijo Damián antes de comenzar a reír.

Elizabeth experimenta un enorme dolor en su pecho, había perdido a los dos hombres más importantes de su vida, y frente ella tenía al responsable de ello. Utilizando una pequeña esquila de hierro que había guardado debajo de su cama, intentó abalanzarse sobre el sujeto y cortar su cuello, pero este la detuvo a solo centímetros de que Elizabeth alcanzara su objetivo.

— Tienes un espíritu aguerrido y fuerte. Eso me gusta. — Dijo también.

La chica cayó al suelo nuevamente, despidiéndose completamente de sus esperanzas de salir con vida de aquella celda.

— Prepárenla, volverá conmigo. — Dijo Damián mientras se daba media vuelta para salir de aquel lugar.

Los hombres se acercaron a Elizabeth, quien luchó con todas sus fuerzas para intentar liberarse. Fue atada y llevada a uno de los caballos de Damián. La chica sería trasladada al reino de Damián, quien tenía planes específicos para ella. Aparentemente, Damián se había dejado llevar por los impulsos que había despertado la hermosa mujer de cabellos rizados.

ACTO 8

Muchos habían sido los que habían puesto sus ojos sobre Elizabeth, pero pocos eran los que realmente habían tenido la oportunidad de estar cerca de ella y cruzar palabras con la hermosa princesa. Fredrick había sido el hombre más afortunado de la tierra al haber contraído nupcias con la chica y que esta correspondiera a su amor. En muy poco tiempo se había gestado un sentimiento entre la chica y el príncipe que iba mucho más allá de lo humano.

Había una conexión sobrenatural entre ellos que los convertía en una pareja fuerte e inseparable. A pesar de que las palabras de Damián se habían referido a la muerte de Fredrick, el corazón de Elizabeth se negaba a creer que esto fuese posible. Un hombre como Fredrick sería imposible de derribar por cualquiera de los guerreros malévolos que había llevado Damián hasta el reino de Menithel.

Al no haber visto el cuerpo de su esposo sin vida, la chica conserva una mínima esperanza y es lo único que la mantiene con ganas de seguir viviendo. Después de algunos días de viaje a caballo, finalmente, Elizabeth ha llegado al reino de Damián. El misterioso rey ha ordenado que se prepare una habitación exclusivamente para ella, donde habitará a partir de ahora durante el resto de su vida.

Está completamente decidido a proporcionarle a Elizabeth una vida completamente diferente a la que ha conocido hasta el momento. A pesar de que en Menithel contaba con todos los lujos y comodidades posibles, Damián está convencido de que puede llenarla de excesos y lujos para poder comprar su amor. Ante la profunda necesidad de contar con una compañera que lo haga sentir feliz y satisfecho, tanto emocionalmente como sexual, también ha fijado su atención en Elizabeth para que cubra con este lugar en su vida.

Sabe perfectamente que no podrá contra la voluntad de Elizabeth para acceder a sus deseos, por lo que, decide hacer uso de sus prácticas oscuras para poder convencer a la princesa.

Elizabeth no ha abandonado la habitación que ha sido dispuesta para ella durante al menos cinco días, el lugar estaba abarrotado de alimentos, bebidas y todas las comodidades que una princesa como ella requiere. Tiene todo lo que podría desear, excepto la libertad. Se encuentra encerrada en este lugar,

quizás con mejores condiciones de las que tenía en la torre, pero era un encierro al final.

La última vez que los ojos de Elizabeth vieron el rostro cubierto de Damián, pudo ver en sus ojos un sentimiento completamente diferente al de la primera vez que lo vio. Damián ha sufrido una transformación leve en su personalidad, ya que se ha suavizado debido a las sensaciones que despierta la hermosa Elizabeth dentro de él. Siempre había estado consciente de que el amor podía transformar a las personas, pero en su caso, los niveles de maldad en su interior luchaban fuertemente para mantenerlo dentro de sus convicciones de dominación total del mundo.

Había estado encerrado más de 12 horas en una habitación ubicada en las profundidades de su castillo, practicando la magia negra para elaborar un hechizo que pudiese doblegar el espíritu de Elizabeth para que se enamorara de él. En parte, había surgido cierto efecto, ya que había logrado que Elizabeth cayera en un profundo sueño del cual, despertaría profundamente enamorada de Damián.

El impaciente rey espera a que la chica abra sus ojos en un par de días, tiempo suficiente para que el curso de los acontecimientos pueda variar drásticamente. El relinchar de un caballo se escucha en el bosque, el cual alerta a uno de los sobrevivientes del reino de Menithel que se oculta entre los árboles.

Fredrick ha conseguido sobrevivir, y ha sido el relinchar de Darko, el caballo de Elizabeth el que ha despertado su atención. Al ver el hermoso corcel blanco, el joven rey se acerca a este para verificar que se encuentre bien.

— Darko, eres un buen chico. Me alegra tanto verte. — Dijo Fredrick dirigiéndose al hermoso animal.

El corcel blanco se mostraba inquieto, como si quisiera pronunciar algunas palabras para explicarle a Fredrick lo que ha ocurrido. Este sostiene sus riendas, pero el caballo relincha y sacude a Fredrick violentamente.

— ¿Qué es lo que te ocurre? Parece que quieres mostrarme algo. — Dijo Fredrick.

El corcel continúa en sus movimientos de retroceso intentando mover a Fredrick hacia una dirección desconocida para él. Desconocía el paradero de Elizabeth, pero si tenía completamente claro que el reino de Menithel había

sido arrasado por los violentos hombres que habían atacado. Sin muchas opciones para escoger, Fredrick se sube al hermoso caballo y deja que este lo guíe hacia algún lugar que es de interés del animal.

Darko parecía ser guiado por una fuerza sobrenatural que le proporcionaba una inteligencia superior a la de otros animales. El caballo sabía perfectamente adonde habían llevado a Elizabeth, ya que había seguido su rastro y posteriormente había decidido regresar por ayuda. Las casualidades del destino habían unido a Darko con Fredrick, quien había sobrevivido e intentará utilizar el factor sorpresa en contra de los hombres de Damián.

La cantidad de bajas y muertes que se habían generado en el reino de Menithel lo habían desmotivado, pero Elizabeth seguía en su mente, a pesar de que llegó a pensar que la chica había muerto tras el ataque. No podía simplemente entrar en el reino y caminar hacia la torre en busca de Elizabeth, ya que moriría en el intento. Darko se desplazaba a una velocidad impresionante, trasladando a Fredrick hacia el norte, justo a la dirección hacia el reino de Damián.

Moviéndose sin descanso, el caballo llegó días después a los límites del territorio del malévolo reino, en donde Fredrick asumió que se encontraba Elizabeth, debido a la precisión con la que se había desplazado en animal. Utilizando su olfato y toda la agudeza de sus sentidos, el animal se había movido de forma inteligente hasta llevar a Fredrick lo más cerca que podía de la ubicación de Elizabeth.

La chica se encontraba en una habitación en lo alto del Castillo de Damián, por lo que Fredrick debía trepar por las paredes de piedra hasta llegar a lo alto del monumental edificio. No sería una tarea fácil, ya que le tomaría horas poder llegar hasta arriba y debía deshacerse de absolutamente todo lo que llevaba consigo. Solo podría valerse de sus manos en caso tal de necesitar defenderse.

Se guiaba por su corazón, ya que desconocía totalmente si el esfuerzo que estaba imprimiendo valía para algo. En caso de no encontrar Elizabeth, tal como su presentimiento se lo indicaba, al menos podría generar un daño profundo en el corazón del reino de Damián, regresándole de alguna u otra forma el pago de lo que había hecho en el reino de Menithel.

El hechizo de Damián, había dejado a la chica en un estado completamente vegetal, se encontraba en un trance en el cual simplemente podía responder

ante las órdenes de Damián. La única forma de romper el hechizo era a través de la muerte de quien había generado tal estado.

Es decir, Damián tendría que morir para que Elizabeth volviera a la normalidad. Haciendo uso de este estado de vulnerabilidad, Damián iniciaba su ritual para aprovecharse de la hermosa princesa, a la cual deseaba poseer en cuerpo y alma.

El hombre había mandado a prepararla con un hermoso vestido de seda semitransparente que dejaba ver su cuerpo desnudo a través del tejido. Acariciaba su rostro, el cual se encontraba completamente pálido mientras sus ojos abiertos se encontraban perdidos en el horizonte. Damián toca el cuerpo de la chica con mucha delicadeza, respirando el aroma de su cabello y acercándose a sus labios tanto como para robarle el aliento.

Los dedos del nefasto rey tocan los pezones de la chica, mientras se deslizan posteriormente hacia el vientre de ella. Presiona levemente el lugar, imaginando que en el futuro podría ser el lugar de gestación de su propio hijo. Los planes de Damián son grotescos, ya que desea embarazar a la chica para poder tener un heredero que continúe con la dinastía de su malévolo reinado.

Damián se comporta como un hombre egoísta, haciendo alarde de toda la maldad que habita en su interior. Sigue tocando el cuerpo de la chica, llegando hasta sus muslos, los cuales aprieta fuertemente para disfrutar de la firmeza de estos. Introduce sus manos dentro del vestido de la chica, y comienza a levantarlo mientras las superficies de sus dedos se deslizan por la parte posterior de sus muslos para llegar hasta los glúteos de Elizabeth.

La chica no se inmuta, no tiene expresiones faciales, y no ha respondido ante los estímulos que genera Damián. Parece como si estuviese muerta en vida, pero este estado es suficiente para que también pueda cumplir con sus fantasías y conseguir el placer máximo con la princesa.

Se acerca al cuello de la chica y lo lame con mucho deseo, disfrutando el sabor de la chica, la cual observa fijamente con la mirada perdida. En ese momento, justo antes de que Damián bese los labios de la chica, los vidrios de la ventana principal de la habitación estallan violentamente.

Fredrick ingresa a la habitación, interrumpiendo un acto que estaba a punto de violar la pureza del cuerpo de Elizabeth. Una mujer que solo había

pertenecido a Fredrick, no merecía ser tocada por un ser tan despreciable como Damián, por lo que Fredrick no dudó ni un segundo en abalanzarse en contra del rey para derribarlo sin inconvenientes.

— ¿Cómo te atreves a ponerle las manos encima a mi esposa? Te arrancaré el corazón. — Dijo Fredrick.

Damián empuja a Fredrick y se lo quita de encima sin demasiado esfuerzo, a pesar de ser un hombre de 40 años, posee una vitalidad que podría superar a Fredrick sin ningún inconveniente.

— Has sido muy ingenuo al venir aquí solo. — Dijo Damián, mientras limpiaba su traje negro.

El hombre de cabello largo y máscara, se siente muy seguro de sí mismo ante una confrontación cuerpo a cuerpo contra Fredrick, por lo que se encuentra relajado y confiado.

— ¿Qué le has hecho a Elizabeth? ¿Por qué su mirada está perdida? — Dijo Fredrick.

— La has perdido para siempre. Se encuentra bajo un hechizo que solo yo podría deshacer. Acéptalo, estás derrotado. — Dijo Damián.

Fredrick se abalanzó sobre el hombre, pero esta vez Damián estaría preparado para el ataque. Levantando su pierna, encajó el tacón de su bota en el pecho de Fredrick, enviándolo directamente contra la pared de piedra, golpeando su espalda y dejándolo sin sentido por un par de segundos. La fuerza de Damián era sobrehumana, era como si fuese conducido por algunos demonios que vivían dentro de él.

Fredrick no podría combatir contra él mientras la seguridad de Damián estuviese en niveles tan altos. Este temido rey, contaba con un punto débil, el miedo, el cual hacía disminuir su poder de forma gradual. Fredrick había conseguido obtener esta información de uno de los guerreros de Damián antes de morir. Le ofreció una muerte digna a cambio de información, por lo que, había jugado una carta que Damián no esperaba.

Ante la completa seguridad de que ganaría esta guerra, Damián había enviado la totalidad de sus tropas en dirección a Menithel, de donde partiría hacia el reino de Fredrick para proporcionar la misma devastación.

Fredrick, al saber que no tendría oportunidad de defensa en contra de los

enormes ejércitos que embestirían contra el reino de Fredrick, decidió jugar una carta inesperada en contra de Damián. Su reino se encontraría completamente desprotegido, ya que todas sus defensas habían sido enviadas al combate.

Mientras los guerreros del despiadado rey se encontraban listos para destruir el reino de Fredrick, todos los ejércitos de este se habían trasladado hacia el norte, por orden de Fredrick. Esto significaba que el joven rey no llegaría solo, se encontraba respaldado por un enorme ejército de jinetes que llegarían en su ayuda en las próximas horas. La labor de Fredrick era resistir lo suficiente como para mantener a Damián ocupado hasta la llegada de la caballería.

La pelea se había extendido lo suficiente como para lograr esto, pero ya el cuerpo de Fredrick no resistía más. Damián lo golpeaba continuamente sin descanso, poniendo a prueba la resistencia del joven rey.

— Es una verdadera lástima que una mujer como Elizabeth se haya casado con una debilidad de hombre como tú. Ahora ella podrá conocer lo que es un verdadero hombre. — Dijo Damián.

Y las palabras del rey fueron interrumpidas por el sonido grave de un cuerno, el cual fue sonado por el líder de la caballería que se encontraba justo en frente del reino de Damián.

— ¿Qué ha sido eso? — Preguntó el hombre de la máscara.

— Es el final de lo que tú iniciaste. — Respondió Fredrick, mientras intentaba ponerse de pie.

El hombre del traje negro corrió hacia la ventana y vio como cientos de hombres a caballo se encontraban listos para ingresar al reino. En ese momento, el miedo se apoderó de Damián, quien, por primera vez en mucho tiempo, sintió una debilidad increíble.

Esta era la oportunidad para que Fredrick atacar, ya que, con miedo en su corazón, todo el poder de los hechizos perdía su fuerza. Fredrick camina hacia el hombre, confiando en que los mitos acerca de su fuerza sean ciertos. Se coloca justo frente a Damián y golpea su rostro tan fuerte como puede.

Damián no se había movido, confiando en que el hombre no le generaría ningún daño. Para su sorpresa, el impacto del puño de Fredrick lo envió al suelo súbitamente. El terror volvió adueñarse del corazón de Damián, quien

vio como sus fuerzas se desvanecía rápidamente, intentó huir, pero la rapidez de Fredrick le permitió llegar hasta la puerta y bloquearla. Era el turno de Fredrick de tomar el control, quien golpeó constantemente a Damián mientras la caballería dominaba el reino.

Una vez que tuvo a Damián bajo su control, quitó su máscara y la dejó caer por la ventana. Este símbolo representaba la liberación del pueblo, y eliminaba la amenaza que había surgido en contra del reino de Fortelis, a pesar de que no podía borrar el daño que se había desatado en Menithel. Fredrick atravesaba el pecho de Damián con su espada, eliminando para siempre a uno de los reyes más malévolos que jamás pisó la tierra.

Tras la caída de Damián, el ejército mortífero de guardianes con armaduras negras ya no tenía ninguna razón por la cual pelear. Al correrse la noticia de la muerte de Damián, estos guerreros dejaron caer sus lanzas, espadas y escudos para ponerse a la orden y servicio del reinado de Fredrick y Elizabeth. La vida de estos asesinos les fue perdonada, ya que todos habían actuado por acción de un hechizo que había puesto Damián sobre ellos.

Había utilizado cientos de demonios para proteger a su ejército, convirtiéndolo en uno de los más mortíferos que jamás hubiese visto un ser humano. Durante aquella tarde, la bandera del reino de Menithel, se alzó sobre el castillo de Damián, lo que indicaba que iniciaba un nuevo periodo de libertad y felicidad en aquel lugar.

Elizabeth salía de su trance justo un segundo después de la muerte de Damián, encontrándose por primera vez en mucho tiempo con los ojos de su amado esposo. La mujer corrió a los brazos de Fredrick, aferrándose fuertemente a él y entregándole todo su afecto por medio de un beso.

— Qué maravilla volver a verte. — Dijo Elizabeth, mientras lloraba continuamente.

— Es hora de volver a casa. — Dijo Fredrick mientras correspondía al beso.

Tras años de tranquilidad y un enorme esfuerzo para poder reconstruir el daño generado en Menithel, la pareja pudo conseguir tener una hermosa bebé a quien en nombrarían Esperanza, símbolo que representaba los valores de aquel reino, y un elemento que jamás debía desaparecer de la vida de una persona.

Después de las noches más oscuras sin estrellas, siempre había un radiante

sol que iluminaría el verde pasto del reino.

La Princesa del Vikingo

Romance, Sexo y Fantasía con el Salvaje

ACTO 1

Prólogo

Las antorchas de alarma eran encendidas velozmente para anunciar a los reinos vecinos la inminente invasión de barcos vikingos. A lo lejos podrían verse las velas de color negro que traían consigo una cantidad de destrucción y muerte que nunca se había presenciado en el reino de Einar. Era una comarca tranquila y pacífica, donde nunca habían tenido que enfrentar una guerra o combate.

Emund de Einar había establecido pactos pacifistas a lo largo de todo el continente, convirtiéndose en un vocero de la paz a lo largo de las extensas tierras. Tenía una familia pequeña, comprendida por Olga y su pequeña hija Alina, a quien había criado bajo el seno de una comunidad tranquila y dedicada plenamente al trabajo duro de las tierras.

Nunca había abandonado los límites que sus dominios les proporcionaban, ya que, sentía un enorme respeto por el mar y sentían que no debían profanar la tranquilidad del océano.

Se tenía la creencia de que, aquellos que osaban ir más allá de donde existía la tierra seca, podían despertar a los espíritus malignos que habitaban en el horizonte. Aquella tarde, el reino de Einar presenciaría por primera vez los ojos llenos de maldad de los vikingos liderados por el rey Calum.

Estos despiadados caballeros, estaban absolutamente dedicados a devastar las tierras donde llegaban. No tenían contemplación con mujeres o niños, llevando destrucción y desolación a cualquier parte del mundo a donde lo dirigieran las aguas.

El rey Calum Haakon, se había dedicado durante sus 30 años de edad a

buscar el lugar perfecto para asentar a su pueblo, ya que, estas tribus salvajes que viajaban en las embarcaciones, solo estaban conformadas por guerreros exploradores que robaban aquello que necesitaban para volver a su asentamiento habitual.

El verano estaba por terminar, y las tierras habían dejado de ser fértiles, obligando al rey Calum a tomar la determinación de movilizarse muy pronto de aquellas tierras que habían sido consumidas por su tribu.

Días de exploración y búsqueda los habían llevado hasta aquel reino desconocido que se ubicaba en la costa del continente. Nunca antes habían pisado tierra en aquel lugar, por lo que, tenían la esperanza de encontrar un lugar fértil a donde movilizar a su pueblo.

Detrás de aquella imagen ruda e intimidante de cabello rubio largo y barba descuidada, había un hombre de buen corazón que únicamente pensaba en el bienestar de aquellos que habían quedado bajo su responsabilidad tras la muerte de su padre.

Calum Haakon había sido el heredero del mandato de su padre, quien había sido un rey vikingo conocido por sus habilidades en batalla y por mantener a su pueblo oculto y secreto durante largos años. Muchos hablaban sobre los vikingos, pero pocos podían contar historias reales acerca de ellos, ya que, estos se aseguraban de no dejar sobrevivientes que pudieran dar descripciones acerca de ellos.

Se desplazaban por el mundo como bestias hambrientas que buscaban complacer su propia satisfacción mientras se encontraban bajo el mando de un hombre que proyectaba una imagen déspota y desalmada, pero que no podía renunciar a sus verdaderas creencias. Calum había accedido a tomar la responsabilidad del reino tras una promesa efectuada en el lecho de muerte de su padre.

No tenía forma de renunciar a esta obligación y compromiso, por lo que, decidió dejar atrás sus verdaderos objetivos y proporcionarle toda la prioridad posible al cuidado del pueblo y mantener la calma en el asentamiento. Su búsqueda lo estaba llevando a un punto de desesperación, ya que, si no encontraba un lugar seguro a donde trasladar a su pueblo, comenzarían a enfermar y no tardarían mucho tiempo en morir en la intemperie y en condiciones deplorables.

— ¡Desciendan los botes! Todos deberán acompañarme. No sabemos cómo reaccionarán... — Dijo Calum mientras levantaba su espada para ordenarle a su tripulación el desembarco.

Pequeños botes descendían por los laterales de aquellas cuatro enormes embarcaciones con forma de dragones, las cuales servirían para trasladar a los guerreros hasta la costa. A lo lejos se podían ver los pequeños puntos de luz generados por las antorchas, las cuales eran una clara señal de peligro. Aunque eran pacifistas y dedicados casi en su totalidad actividades de agricultura y ganadería, el reino de Einar no era del todo inofensivo.

Emund, rey de Einar, había desarrollado una milicia muy potente y aguerrida, la cual se encargaría de mantener la integridad de su reino en caso tal de alguna sublevación de algún reino cercano. Tenía la fortuna de estar al mando de uno de los lugares más fértiles y productivos conocidos por el hombre. Todos vivían en un lugar próspero que, había sido producto del duro trabajo de todos y cada uno de sus habitantes.

Einar no está contaminada con egos, Emund había creado una comunidad unida y desarrollada que únicamente se enfocaba en el trabajo duro para mantener la estabilidad dentro del reino. Aquella situación en la que se encontraban frente a una amenaza desconocida, había desestabilizado absolutamente a todos. Se había ensayado una y otra vez la posibilidad de algún ataque, pero nunca antes algo había sido tan tangible como la imagen de aquel día.

Mientras veía como las pequeñas embarcaciones se acercaban a la costa, Emund ordenó que los arqueros dispararan cientos de flechas hacia el mar. No podían permitir que estos atacantes tocaran guerra, ya que, no conocían sus intenciones, y la forma en que habían llegado tan arbitrariamente, no mostraba signos de estar interesados en alguna negociación o tregua. Calum, liderando la pequeña flota de barcos que se dirigían hacia la costa, pudo ver cómo cientos de flechas se elevaron hacia los cielos mientras se dirigían directamente hacia ellos.

— ¡Cúbranse! — Gritó Calum.

Todos los hombres levantaron sus escudos elaborados con madera sólida y hierro, creando una coraza protectora que no permitiría el ingreso de ninguna de las flechas. Durante este primer ataque, no hubo ningún herido baja en las filas de Calum, pero había despertado toda la ira del rey vikingo. Calum se

aseguró de que todos estaban a salvo, dirigiendo su mirada hacia el horizonte para visualizar un reino que muy pronto estaría en llamas.

Era la primera vez que recibía una respuesta tan inmediata por parte de algún reino al que estaban a punto de invadir, por lo que, Calum pudo deducir que había algo muy importante allí que proteger.

Mientras algunos de los tripulantes de la embarcación remaban, otros preparaban sus espadas y escudos para desembarcar. Los pequeños botes estaban muy cerca de la orilla, por lo que, todos abandonaron los pequeños vehículos marítimos de madera y saltaron al agua.

Esta escena llenó de tensión y escalofríos a Emund, quien se quedó estupefacto al ver aquella decena de hombres armados corriendo directamente hacia sus dominios. Emund no estaba dispuesto a dejar que la tarea fuese sencilla para estos salvajes, por lo que, preparó una emboscada que estaba destinada a neutralizar la amenaza.

Mientras los hombres corrían haciendo un esfuerzo por desarrollar la mayor velocidad sobre la arena, no se habían percatado de la trampa que había sido puesta para ellos.

Más de 50 hombres corren mientras generan sonidos aguerridos y salvajes, buscando intimidar a sus víctimas. De pronto, todos los guerreros vikingos cayeron a un gran hoyo camuflado en la arena, quedando atrapados de forma instantánea mientras grandes cantidades de arena comenzaba a caer sobre ellos. El plan había funcionado, por lo que, Emund respiró profundamente al saber que había logrado neutralizar a los atacantes.

Acto seguido, serían enviados un grupo de hombres llevando calderas con aceite hirviendo, el cual quemaría la piel de aquellos hombres mientras se encontraban atrapados en aquella pequeña prisión que se convertiría muy pronto en su tumba.

Pero aquel obstáculo inocente no era una amenaza para Calum y su ejército de vikingos, por lo que, luchaban con la arena para poder salir de aquel lugar. Eran más fuertes y aguerridos de lo que podía imaginar Emund, por lo que, necesitaría mucho más que esto para poder detenerlos.

El rey de Einar vio con ojos de terror como aquellos sujetos abandonaban la trampa con mucha facilidad, mientras aún los hombres corrían hacia este lugar para hacer uso del aceite hirviendo. Una vez que los asesinos estuvieron

fuera de aquella prisión de arena se prepararon para embestir con todo su poder. Habían sufrido su segundo contraataque antes de llegar, por lo que, Calum había perdido absolutamente toda la paciencia.

— No dejen a nadie vivo... — Ordenó Calum mientras se sacudía la arena de su cuerpo.

Esta orden fue suficiente para que todos corrieran directamente hacia la muralla de Einar con sus espadas listas para degollar y perforar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Decenas de hombres salieron a defender sus dominios, pero fueron cayendo sin mucho esfuerzo mientras los hombres liberados por Calum Haakon avanzaban sin problemas.

Era toda una carnicería, y la sangre emanaba en cantidades increíbles mientras Emund veía desde el balcón de su castillo, como todo aquello por lo que había luchado, comenzaba a desmoronarse poco a poco. Era un hombre viejo, y no estaba preparado para pelear, por lo que, lo único que puede hacer es intentar proteger a las únicas tres personas de su reino por quienes se preocupa verdaderamente.

Al ver como aquellos salvajes avanzaban de forma tan rápida, ordenó que su hija Alina, su esposa Olga y la hechicera del lugar, Serena, fuesen llevadas al bosque, donde se había construido una pequeña fortaleza camuflada donde podrían estar a salvo mientras llegaba la ayuda.

Después de haber encendido las antorchas, solo era cuestión de tiempo para que alguno de los reinos vecinos respondiera. Esto era lo que había pensado Emund, pero nada podía estar más alejado de la realidad, pues nadie estaba dispuesto a responder ante el llamado de auxilio.

Los había dejado completamente solos, desamparados ante una amenaza desconocida que prometía borrar para siempre del mapa el reino de Einar. Emund no podía caer en la desesperación, ya que, todos eran víctimas del pánico y muchos de sus guerreros habían dejado caer sus espadas al suelo para volver con sus familias e intentar protegerse en sus casas. No había lugares donde esconderse o protegerse, ya que Calum había dado la orden de destruir y quemar todo a su paso.

Se había encargado de explorar el lugar mientras sus hombres devastaban absolutamente todo el reino. Pudo dar con increíbles depósitos de comida y abarrotes lo que demostró claras señales de que aquel lugar era muy similar a

lo que estaba buscando. No tenía idea de cómo habían dado con este reino tan fértil y útil, por lo que, se sentía satisfecho de que posiblemente su búsqueda finalmente había terminado.

Descubrió su interés en permanecer en aquel lugar, pero tras detenerse a ver toda la destrucción que había dejado a su paso, por primera vez se lamentó de sus decisiones. Al ver la poca experiencia que mostraban los hombres de aquel reino, Calum descubrió que su maldad tenía que detenerse justo en ese instante, pues la matanza se había salido de control.

Sus guerreros mataban sin piedad a todos aquellos que se acercaban, sin importar la edad, género o intenciones. Muchos clamaban piedad de rodillas mientras las espadas de los vikingos traspasaban sus pechos para quitarles la vida de manera instantánea.

Calum decidió detener la locura, pero ya era demasiado tarde. Muchas vidas habían sido cegadas debido a su impulso de venganza, por lo que, un sentimiento de culpa muy desagradable lo invadió, hasta hacer que prácticamente colapsara.

Era la primera vez que Calum Haakon experimentaba una sensación similar, ya que, al ser un reino tan hermoso y fértil, no era justo que él hubiese llegado allí a mancharlo con sangre y devastación. No era esto lo que quería para su pueblo, pero lamentablemente ese era el precio que había que pagar por brindarle paz y prosperidad a la tribu.

Siendo escoltadas por hombres de confianza de Emund, su hija, su esposa y la hechicera del reino, fueron trasladadas directamente a un lugar donde no debían ser encontradas jamás. Esto le daría el tiempo suficiente para vivir algunos meses y conseguir escapar en cuanto tuviesen la oportunidad o llegara el apoyo de reinos vecinos.

— Tienes que venir con nosotros, Emund. — Dijo Olga mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

— No he podido proteger mi propio reino. Debo enfrentar esta situación hasta sus últimas consecuencias. — Dijo Emund mientras sujetaba las manos de su esposa.

Tanto el rey como su hija, tenían un espíritu muy valiente y aguerrido, por lo que, Alina intenta mantenerse sólida ante aquella situación. Siempre ha visto como su padre ha resuelto todos y cada uno de los inconvenientes por cuales

ha pasado el reino, por lo que, esta situación no tiene por qué diferente y espera a que todo termine bien. Alina abandona el castillo tras darle un fuerte abrazo a su padre, siendo guiada por algunos de los guerreros más hábiles de Einar.

Descienden por una serie de túneles secretos que lo llevan directamente hacia la fortaleza secreta ubicada a cientos de metros del Castillo, la cual se encuentra perfectamente camuflada en el bosque.

Equipada con todas las comodidades que la princesa y la reina podrían necesitar, Emund ha tomado la determinación de que la hechicera las acompañe, ya que, esta curandera funge como la única fuente de equilibrio y vida en el reino.

Alina intenta proporcionarle fuerzas a su madre, quien no puede considerar la idea de que está a punto de perder a su esposo. Parece todo parte de una horrible pesadilla, pero la realidad superaba cualquier hecho imaginario que pudiesen intentar reproducir.

Por fortuna, no habían sido testigos presenciales de toda la muerte que había en el reino, por lo que, Alina no tenía ni idea de quién había generado todo ese daño ni cómo había conseguido su victoria. Emund esperaba en su habitación la llegada de los atacantes, mientras una parte de él se sentía tranquila al saber que su esposa e hija estaban a salvo lejos de estos dementes asesinos.

Emund sirve un poco de vino en una copa de hierro, disfrutando lo que será su posible última degustación de su elixir favorito. Puede escuchar como los hombres ya han ingresado al castillo, pero no siente miedo.

Su único temor es no poder proteger a su esposa e hija, pero ya lo ha conseguido. A un lado se encuentra su espada, con la misma que juró defender en múltiples oportunidades al reino de Einar, pero nunca se dio la oportunidad mientras estuvo joven.

Calum lidera el ingreso al castillo de Einar, encontrando, después de una larga búsqueda, a un rey en unas condiciones muy vulnerables, aunque este no está dispuesto a implorar piedad. La puerta se abre abruptamente, y los ojos de Emund se encuentran con los del vikingo despiadado.

— Así que esto es lo que hacen los vikingos... Has traído muerte y desgracia a mi pueblo. — Dijo Emund.

— ¿Quién eres? — Preguntó Calum.

— Soy Emund, rey de Einar. Te maldigo a ti y a todos tus asquerosos vikingos por mancillar la virginidad de estas tierras con la sangre de inocentes. — Comentó el rey mientras se pone de pie.

Calum caminó hacia él, mientras en su mano empuñaba su afilada espada, dispuesto a decapitar al rey para reclamar su trono. Emund cayó al suelo mientras su corona era tomada por las manos de Calum. Un nuevo rey se coronaba en Einar, aunque el precio había sido muy alto.

ACTO 2

Asfixia en la jaula

Aquella experiencia la había impactado drásticamente, y aunque siempre había vivido enjaulada en límites bastante reducidos, Alina de Einar había conseguido desarrollar un espíritu guerrero y muy dinámico. Intentaba aprender todo lo que podía en los diferentes ámbitos posibles en el reino.

Consiguió desarrollar excelentes habilidades con el arco y la flecha, pintaba con acuarelas en sus tiempos libres y había sido parte de las voces más dulces que entonaban los cantos tradicionales de su tierra.

Con apenas 18 años, Alina se preparaba para heredar el reino de su padre sin ningún inconveniente. A pesar de que su cuerpo era delgado y frágil, en sus ojos se podía leer la fortaleza e inteligencia que irradiaba la chica. No conocía nada acerca del mundo, pero sentía una curiosidad tremenda por saber que había más allá de los límites de sus tierras.

Sentía un dolor profundo por la posibilidad de haber perdido a su padre a manos de aquellos atacantes, pero más allá de eso, experimentaba una curiosidad tremenda por saber cuáles eran los conocimientos que traían estos nuevos guerreros que llegaban a las tierras de Einar.

Era la oportunidad que siempre había estado esperando para poder descubrir las historias que nuevos personajes traerían a su vida, aunque esto hubiese costado litros de sangre.

Sus ojos no habían presenciado todo el desastre que se había generado tras la llegada de aquellos guerreros, ya que, había sido aislada de manera casi instantánea. Sabía que el reino de su padre estaba en peligro, pero no tenía idea cual era la magnitud del alcance que podía tener la violencia de estos hombres.

Alina se encontraba dentro de aquella pequeña fortaleza que había sido diseñada especialmente para ella y su madre, acompañada de la hechicera Selena, quien servía como la curandera y manejaba un amplio conocimiento medicinal con plantas y sustancias naturales.

Calum Haakon se había colocado la corona del rey, lo que era un símbolo claro de cuales eran sus intenciones en aquel lugar. Por lo general, después de

matar y acabar con los habitantes de los lugares que invadían, abandonaban las tierras antes de recibir un contraataque.

En aquella oportunidad, Calum Haakon había decidido quedarse en las tierras de Einar, tomando la determinación de defender aquellos dominios en contra de cualquier amenaza que pudiera surgir en el futuro. Era justo el lugar preciso que necesitaba para su pueblo, aunque no se sentía orgulloso del todo por haber asesinado a tantos inocentes.

Alina de Einar era una chica discreta pero muy ardiente. Su mirada podría derretir un témpano de hielo si era necesario. Su cuerpo era delgado y su estatura era pequeña, alcanzando apenas 1.60 m de estatura. Sus cabellos ondulados llegaban hasta su espalda, disfrutando de una larga melena color castaño claro que cuidaba con mucho esmero. Su rostro parecía tallado por los mismos dioses nórdicos, su nariz perfilada y mentón fino hacían lucir a la chica como una especie de ser mágico al que solo le faltaban alas para ser un hada.

Tenía labios carnosos, pequeños pero muy provocativos, los cuales no habían sido besados por primera vez por ningún hombre. Alina apenas había alcanzado la mayoría de edad, y aún su padre no estaba preparado para comprometer a la chica con absolutamente nadie. Algunas conversaciones del rey con la madre de Alina habían establecido que la chica no saldría de casa hasta que llegara el momento adecuado.

Su principal miedo era quedarse completamente sola el resto de su vida, y no encontrar a un verdadero amor que le diera la oportunidad de vivir un romance intenso y mágico.

Escuchaba algunas historias de las jovencitas del reino, quienes aseguraban haber tenido experiencias muy particulares con guerreros del ejército de su padre. Sentía una enorme curiosidad por conocer los secretos de su sexualidad y disfrutar de un hombre lleno de masculinidad que utilizará su cuerpo para su propio placer.

Había crecido en una sociedad machista, donde la mujer estaba diseñada única y exclusivamente para el trabajo hogareño y la satisfacción sexual. Muchas de sus compañeras de juego durante su niñez, ya se habían convertido en mujeres con cuerpos espectaculares que habían pasado por la cama de algún hombre, mientras Alina aún permanecía siendo inocente y casta.

Ante la horrenda amenaza que se había mostrado en aquel reino, Alina temía morir sin haber conocido los placeres de entregarse a un caballero. Sabía que su cuerpo merecía ser devorado por algún hombre, pero no había dado con el sujeto ideal que pudiese ganarse tal trofeo. Ante la situación que atraviesa el reino de Einar, es posible que muera virgen, y esto la aterroriza enormemente.

Mientras se encuentra en la fortaleza, solo tiene una sola prioridad, calmar a su madre ante la enorme desesperación que experimenta. Está completamente segura de que su padre ha muerto, por lo que, es su absoluta obligación intentar mantener la calma de su madre, ya que, no quiere perderla a ella también.

— ¡Hemos hecho todo esto en vano! Tu padre ha dado su vida por nosotros...

— Decía la mujer, completamente devastada.

— No es justo para el que actúes como una cobarde. Tenemos que resistir hasta el final. — Respondió Alina.

— Es fácil para ti decirlo... No sabes lo que es perder a tu compañero de toda una vida.

— No se trata de quien le duele más la pérdida de mi padre. Tenemos que recuperar el reino de cualquier forma. — Dijo Alina.

— ¿Y qué planeas hacer? ¿Casarte con alguno de esos asesinos y convertirme en su princesa? — Dijo la mujer a manera de burla.

— No me incumbe esta discusión, pero creo que deberían terminarla ya. — Interrumpió Serena.

El lugar quedó completamente en silencio, mientras todas pensaban entorno a aquella situación tan difícil. Emund se había encargado de acondicionar el lugar para que sobrevivieran durante un tiempo limitado, por lo que, no podrían estar allí encerradas para siempre.

Luego del paso de unos días, Calum se había asentado en aquel lugar, tomando como prisioneros a los pocos sobrevivientes que habían quedado después de la masacre. No podía comenzar un pueblo desde cero, por lo que, sería una buena oportunidad utilizar aquellos habitantes para que trabajaran la tierra y la mantuvieran fértil y produciendo para él.

No podía salir de aquellos dominios, por lo que, designó a su sirviente de

confianza llamado Gislin, para que se encargara de notificarle a su pueblo que habían encontrado nuevas tierras en las cuales podrían comenzar una nueva vida. Gislin partió a cargo de dos embarcaciones hacia las tierras originarias de aquella tribu vikinga, llamadas Hersborf, mientras Calum se encargaba de realizar los arreglos necesarios para establecerse como el nuevo rey de Einar.

Era muy diferente dedicarse al cuidado de una tribu comparado con el hecho de tener que preocuparse por todo el dominio de tierras de extensiones desconocidas para él. Quería hacer su trabajo de la mejor manera posible, pero para esto necesitaba orientación, y su orgullo no le permitía hacer preguntas o consultar absolutamente nadie. Calum Haakon solía comportarse como sabio y conecedor de absolutamente todo sobre la tierra, por lo que, llevar a cabo sus funciones de rey, partirían de su propio criterio.

Esto dio como resultado un drástico cambio en las reglas, ya que, la realeza había desaparecido para siempre y todo había quedado a cargo de bárbaros desalmados que solo buscaban su bienestar personal.

Mientras esto ocurría, las mujeres habían comenzado a desesperarse dentro de la fortaleza, ya había pasado el tiempo suficiente como para que llegara la ayuda. Los reinos vecinos habían ignorado completamente el pedido de auxilio que había hecho Einar, lo que había dejado completamente devastadas a Alina y su madre.

Serena, la hechicera lo sabía todo desde el primer momento. Tenía habilidades clarividentes y podía determinar parcialmente el futuro, pero pocas veces intervenía. Siempre se mantuvo tranquila haciéndole honor a su nombre. El reinado de Emund había terminado, y podía visualizar como una nueva cadena de acontecimientos estaba a punto de desarrollarse en el reino de Einar.

Habían pasado muchos años de estabilidad y tranquilidad, por lo que, era necesario que se llevara a cabo un cambio drástico en la manera en que se hacían las cosas en aquel lugar.

Sus habitantes eran felices y plenos, pero necesitaban conocer la crudeza del hombre para poder forjarse como un verdadero pueblo. Alina había comenzado a desesperarse en el encierro, por lo que, solo era cuestión de horas para que la chica no pudiese controlar más su espíritu y decidiera abandonar aquella fortaleza escondida.

Una noche, mientras su madre y la hechicera dormían, Alina había decidido escapar de aquel lugar. Si sus vecinos habían ignorado su llamado a la distancia, sería la propia Alina quien viajaría durante días y noches para poder pedir ayuda para rescatar a su reino.

Posiblemente la ignoraría, pero al menos no se quedaría de brazos cruzados esperando a que aquella fortaleza se convirtiera en su propia tumba. Haciendo el menor ruido posible, Alina abandonó la fortaleza saliendo por la puerta principal.

No fue percibida ni por su madre ni por la hechicera, ya que, estas habían logrado conseguir un sueño muy profundo. Alina avanzaba en la oscuridad de la noche, pero esto no representaba ningún problema para ella, pues conocía perfectamente aquel lugar. Era como si tuviese un mapa mental estructurado en su cabeza, por lo que, no necesitaba la claridad de la luz del día para poder desplazarse con rapidez.

La noche estaba fría y húmeda, y los pies de Alina habían comenzado a agotarse después de haber recorrido una distancia bastante considerable. Las ramas de los árboles golpeaban su rostro mientras generaban leves heridas en su piel.

El crujido de las hojas delataba rápidamente la posición de la chica, quien no miraba hacia atrás en su desplazamiento. Tenía la firme creencia de que tarde o temprano se encontraría tan lejos como pudiera del reino de Einar, por lo que, no se detuvo en ningún momento.

Era imposible que el agotamiento no se apoderara de ella eventualmente, por lo que, el aliento comenzó a faltarle. No había tenido oportunidad de llorar a su padre, pero fue en ese momento de debilidad cuando se dio cuenta de la gravedad del caos en el que se encontraba. Se encontraba vulnerable en la intemperie, expuesta a cualquier ataque animal nocturno o de algún desconocido que surgiera en medio de la noche.

Alina no pudo contenerse más y se desplomó en sus rodillas y manos, mientras dejaba salir todo su llanto de una manera salvaje. Parecían los quejidos de algún animal moribundo, se retorció mientras dejaba salir toda esa tristeza y dolor que generaba el haber perdido a su padre y todo lo que conocía y heredaría en algunos años. La chica tomó una rama e intentó levantarse nuevamente.

Buscando calmar su respiración, moderaba el ritmo de sus aspiraciones, retomando el control de sus movimientos nuevamente. Su oído se agudizó, intentando determinar si se encontraba en algún peligro o había algún animal cerca, pues había escuchado algunos crujidos de hojas a una distancia no muy lejana. No podía moverse, pues un solo paso delataría su posición, y si eran lobos, estos no dudarían ni un segundo en devorarla y convertirla en su cena.

No tenía más alternativa que esperar a que la amenaza aparente desapareciera de forma absoluta, así podría seguir avanzando para alejarse de forma total de aquel lugar que se ha convertido en su propia prisión. Cuando Alina pensó que toda la amenaza había desaparecido, emprendió nuevamente el camino hacia el norte, pero no tuvo oportunidad de avanzar demasiado, pues fue derribada abruptamente por un golpe en su espalda.

El cuerpo de Alina cayó de forma brutal al suelo, golpeando las raíces de un tronco con su mejilla izquierda. Estaba muy aturdida y confundida, por lo que, intentar ponerse de pie era completamente absurdo. Necesitaba determinar quién la había atacado de esa forma, pero el fuerte dolor de cabeza que se generó, no le permitía coordinar sus movimientos.

— ¿Quién eres? — Dijo una voz masculina que erizó el cuerpo de Alina de Einar.

Un hombre a caballo cuyo rostro se encontraba cubierto con una máscara de hierro, pedía explicaciones acerca de su procedencia, pero esta no daba respuesta. Alina estaba segura de que moriría en ese preciso instante, ante el hombre enorme, quien, sobre su caballo negro, lucía mucho más intimidante.

— Volveré a preguntarte una vez más... ¿Quién eres? Si no respondes, cortaré tu cabeza en este instante. — Dijo el caballero

El asaltante nocturno desenvainó su espada, apuntándola directamente hacia Alina, quien ya se había reincorporado nuevamente. La chica no tuvo más remedio que enfrentar sus miedos e intentar persuadir al hombre para que no la asesinara.

— Tengo algunos días perdida en el bosque. No soy sino la hija de un pobre granjero. Por favor, perdóname la vida. — Dijo Alina.

En ese instante, los rayos de luz generados por el reflejo de la luna, incidieron directamente sobre el rostro de la chica, permitiendo al caballero visualizar la belleza de la misma. Aunque poco le habría importado asesinar a una mujer

en medio del bosque para alimentar a los lobos y a sus perros, la belleza de esta lo impactó instantáneamente.

La duda del guerrero fue una ventaja para Alina, ya que, al ver que el hombre se había arrepentido de su decisión de asesinarla, esta podría seguir haciendo uso de sus atributos para poder ganarse el perdón de su vida.

— Pareces ser un hombre gentil. No tienes que escudarte en tu espada y tu caballo delante de mí, no soy una amenaza para ti. — Dijo Alina.

— Cualquier sorpresa puede surgir en la oscuridad de la noche. — Respondió Calum.

El hombre guardó nuevamente su espada. Para luego quitarse su casco lentamente y descubrir su rostro. Alina visualizó la cabellera rubia de este sujeto, cuyo rostro se encontraba parcialmente cubierto por una barba espesa y larga. Transmitía una oscuridad y tristeza tremendas, que nunca había percibido en un ser humano. Pero más allá de esto, aquel hombre irradiaba una masculinidad incomparable con otro ser, por lo que, se sintió intimidada por el caballero.

— Mi nombre es Calum. ¿Qué te trajo hasta este lugar?

— Huía de mi padre... Soy Alina... — Respondió la joven con algo de temor.

— Yo generalmente salgo en las noches para intentar despejar mi mente. Ha sido una fortuna que fuese yo quien te encontrara y no mis perros. — Dijo el caballero mientras abandonaba su caballo.

La chica pudo identificar rápidamente a uno de los caballos de su reino, los cuales utilizaban monturas refinadas elaboradas por uno de los mejores talabarteros del lugar.

— Es muy hermoso tu caballo. — Dijo la chica.

— Es el caballo que se merece un rey. — Dijo el hombre mientras parecía hacerse mucho más grande y alto.

En ese preciso instante Alina se dio cuenta de que estaba justo frente al hombre que le había arrebatado el trono a su padre. Este hombre que posiblemente habría asesinado a Emund, se encontraba parado justo frente a

ella, dándole la posibilidad de asesinarlo y vengar a su padre en ese instante.

Era el momento de utilizar la inteligencia, ya que, su pequeño cuerpo no sería ninguna amenaza contra este fornido caballero. Debía controlar sus impulsos e intentar ganarse la confianza de quien ahora era el rey de Einar, su antiguo hogar.

ACTO 3

Débil de corazón

Ingresar de nuevo el castillo de su padre después de que hubiesen transcurrido tantos días, fue una sensación muy desagradable para Alina de Einar, pues había visto la gran cantidad de cambios que se habían suscitado en aquel lugar, siendo transformado en un ambiente salvaje y completamente diferente a lo que estaba acostumbrada.

Los vikingos eran hombres que estaban acostumbrados a lo rudimentario, por lo que, habían tirado a la basura todos los objetos refinados elaborados a mano por grandes artistas de la aldea.

— Bienvenida a mi castillo, puedes ir a donde quieras... — Dijo Calum mientras colocaba su espada a un lado de su trono.

Alina sintió una gran tristeza, ya que solo pensaba en la posibilidad de tomar la espada y atravesar el pecho de aquel hombre salvaje que había asesinado a su padre.

— Puedo ofrecerte lo que quieras. Si quieres vino lo traeré para ti. — Dijo Calum intentando agasajar a la joven chica.

Era más que evidente que ya había puesto su atención sobre la joven, la cual se mostraba tímida e insegura. Calum había quedado cautivado con la mirada de Alina, quien parecía no confiar en él. Quería cambiar esta percepción por parte de la joven, a quien apenas había conocido y ya había capturado su absoluta atención.

— No tengas miedo, no voy a hacerte daño. — Dijo Calum mientras intentaba acercarse a la chica y ganar su confianza.

Alina se alejó un par de pasos, no podía permitir que las mismas manos que habían asesinado a su padre la tocaran.

— No estoy acostumbrada a que algún hombre se me acerque. Te ruego me disculpes. — Dijo Alina, intentando argumentar las razones de su comportamiento.

— Es completamente lógico. Eres una chica muy hermosa y debes tener una gran cantidad de pretendientes. — Dijo Calum.

Alina se sonrojó, ya que, estaba recibiendo el cortejo del nuevo rey de las tierras que solían ser de su padre y que, podía tener a cualquier mujer que deseara. Su mente había entrado en una confusión tremenda, ya que, no podía comprender como un hombre tan atractivo e interesante, podría ser a la vez tan malvado y desalmado.

Fue difícil controlar su actitud en el momento en que su mirada se encontró con la espada de su padre ubicada en el fondo de aquella sala. No pudo evitar caminar hacia aquel lugar y tomarla entre sus manos.

— ¿Te gustan las espadas? — Preguntó Calum al ver el interés que había mostrado Alina en aquel objeto de alta gama en construcción.

— Nunca he utilizado una. ¿Me enseñarías? — Preguntó Alina.

— Estaría encantado de compartir mis conocimientos contigo. Eso quiere decir que aún no te irás... — Comentó Calum.

— Realmente no tengo adonde ir. Tengo días sin ver a mis padres. No puedo volver a casa. — Dijo Alina mientras fingía aflicción.

Calum, al sentir empatía por la tragedia de la chica, insistió en ayudarla y prestarle apoyo, proporcionándole acceso a una hermosa habitación acondicionada especialmente para ella. Alina no revelaría quién era realmente, ya que esto podría traducirse en una toma de represalias en contra de ella. Calum había quitado de su camino el rey de Einar, y de forma arbitraria se había hecho con el trono de aquel hermoso lugar.

Saber que aquel rey tenía esposa e hija, lo obligaría a eliminarlas también para suprimir cualquier amenaza de sublevación por parte de los aldeanos que aún permanecían con vida y que ahora trabajaban para él. Tenía que crear la imagen de que el reino anterior había desaparecido para siempre, así que, se encargó de instaurar un nuevo reinado que estaba basado en el autoritarismo y la agresividad de los vikingos.

A pesar de que parecían ser desordenados y sucios, eran una comunidad muy sistemática, los cuales se organizaban en grandes grupos para poder subsistir y mantenerse en movimiento para crear una estabilidad en la comunidad.

Los días comenzaron a avanzar, mientras Alina, preocupada por su madre y la hechicera, pensaba en ellas cada día que intentaba mantener la atención alejada de aquel lugar. Habían pasado más de dos semanas desde la última vez que había visto a su madre, quien no había abandonado la fortaleza

secreta ni una sola vez. La hechicera utilizaba sus poderes de clarividencia para poder determinar si Alina se encontraba bien. La información que esta le proporcionaba a Olga, la mantenía tranquila.

Serena sabía que el espíritu aguerrido de Alina tarde o temprano generaría resultados inesperados que podrían devolverle las esperanzas de recuperar las tierras. Era evidente que no se trataba de un problema de poder y fuerza, sino de inteligencia y estrategia, ya que los vikingos eran hombres preparados para el combate, y cualquiera que intentara arrebatárles su nueva adquisición, pagaría las consecuencias de la furia de estos navegantes del Norte.

Habían demostrado que podían llevar destrucción y caos a cualquier lugar que llegaban. Alina había compartido mucho tiempo junto a Calum, ya que, este había dedicado toda su atención a su nuevo huésped. El despiadado vikingo, había sentido como su corazón empezaba a abrirse lentamente para dejar entrar a la pícara chica.

La inocencia de Alina y sus ocurrencias, le habían dado un nuevo concepto de la vida a Calum, quien disfrutaba enormemente del tiempo junto a ella. Con la excusa de mostrarle sus habilidades como peleador, invertía mucho tiempo durante las mañanas para entrenar. Alina se hacía cada vez más diestra con el uso del espada, mientras Calum escuchaba las historias que Alina solía escribir en sus tiempos de ocio.

El guerrero estaba acostumbrado a vivir en un ámbito salvaje y lleno de odio y sangre, por lo que, la imaginación y creatividad de la joven, lo hacían desconectarse de esos pensamientos que lo atormentaban. Alina había llevado algo completamente diferente a su vida, ya que, a través del arte, la música canto, su vida estaba comenzando a llenarse de cosas dulces y alegres.

El reino de Einar tenía una magia muy particular, la cual convertía a las personas en seres felices y plenos, lo que había desaparecido absolutamente después de la llegada de la invasión vikinga. Alina actuaba como esa pequeña flor en el desierto que daba la esperanza de que tarde o temprano todo volvería a florecer como antes.

Aunque una gran nube gris opacaba el futuro de aquella comunidad, Alina había logrado infiltrarse para conseguir la posibilidad de dominar nuevamente lo que una vez fue de su padre. Por cada día que pasaba, Alina conocía más de este caballero, quien no parecía ser el sujeto que realmente quería proyectar. El espíritu de Calum no estaba hecho de maldad como todos

creían, ya que, había una gran bondad y una necesidad de cambiar de vida que lo que estaba ahogando.

Durante las noches, las pesadillas vinculadas a las batallas y las muertes que estaban bajo su responsabilidad, no le permitían conciliar el sueño de manera efectiva. Su conciencia lo atormentaba, llevándolo a un estado de estrés y temor, que lo hacían sentir muy indefenso ante él mismo.

Calum Haakon era diestro con la espada y el escudo, podría asesinar a cientos de hombres en una sola batalla, pero no podía controlar los pensamientos que lo atormentaban, por lo que, sentía una gran desesperación que lo obligaba a salir por las noches a cabalgar para despejar su mente.

Era precisamente esta la forma en que había encontrado a Alina, a quien había visto como una especie de amuleto que se le había cruzado en el destino para poder cambiar el curso de los acontecimientos. Si seguía el mismo rumbo, tarde o temprano lo llevarían a una muerte segura. Cada mañana su razón para salir de la cama era volver a encontrarse con la mirada de Alina, pues esta le inyectaba dosis de vida a su existencia.

No recordaba cuando fue la última vez que había reído tanto, pero desde la llegada de Alina de Einar a su vida, había comenzado a disfrutar otro aspecto del mundo que había dado por perdido. Las largas sesiones de entrenamiento, llevaban a Calum a sentirse muy atraído por Alina, quien mostraba una seguridad y determinación en cada uno de sus movimientos. Sabía que era una chica aguerrida cuyo espíritu podría estar destinado convertirse en una verdadera vikinga.

No era una joven cualquiera hija de campesinos, pues su inteligencia era evidente. Aprendía rápido cada una de las lecciones que le proporcionaba a Calum, lo que hizo que la joven se ganara la absoluta atención de aquel hombre, quien no tenía mayor prioridad en la vida que pasar el tiempo junto a Alina. La espada que había pertenecido a su padre, ahora era empuñada con mucha seguridad por la joven, quien hacía uso de ella con mucha maestría después de largos días de entrenamiento que habían generado ampollas en sus manos.

Sabía que su camino hacia la venganza sería muy largo, pero debía ser constante en cada uno de los pasos que daba para poder devolverle el honor a su familia. El esquema de comportamiento de los Einar no podía dar pie al miedo o la inseguridad que su propia madre había demostrado. Alina era la

responsable de mantener el reino en pie, y si esto implicaba involucrarse con el rey vikingo, tendría que hacerlo, aunque un intenso odio corría por cada una de sus venas.

Pero el juego de Alina era realmente peligroso, ya que, viéndose en compañía de un hombre tan atractivo durante tanto tiempo, había comenzado a perder el enfoque de hacia donde era que realmente se dirigía. Todas sus ideas acerca de venganza y asesinar a Calum, con las cuales había llegado al reino, habían comenzado a desvanecerse. Así como Calum disfrutaba de la compañía de la chica, esta había aprendido a agradecer enormemente todo el tiempo que le ha dedicado el rey vikingo.

Era un hombre dulce y cuidadoso con ella, por lo que, comenzó a dudar de que realmente hubiese sido este el hombre que le quitara la vida a su padre. Evitaba realizar preguntas vinculadas a la forma en que habían invadido aquel lugar, ya que, esto podría despertar alguna reacción desfavorable que la pusiera en evidencia. No se había dicho una sola palabra acerca de Emund, por lo que, Alina siente dudas acerca de donde habrá sepultado los restos de su padre.

Un hombre como él merecía ser sepultado de forma decente, y conociendo las costumbres de estos vikingos, posiblemente lo habrían lanzado en alguna fosa común. Era el momento de empezar su investigación para determinar el paradero de su padre, pero esta tarea no sería sencilla por dos simples razones. Una de ellas se veía afectada por la gran carga emotiva que representaba descubrir que su padre realmente había sido asesinado. La otra, era darse cuenta de que aquel hombre que había comenzado a ver con otros ojos, sí era un asesino.

Calum había sufrido un drástico cambio en su aspecto y comportamiento desde la llegada de Alina de Einar a su vida. Esta chica se había encargado de proporcionarle una compañía que nunca había tenido en el pasado. Sus intenciones de establecerse en aquel reino fértil, estaban acompañadas por la idea de formar una familia y crear una dinastía sólida y poderosa. Esto no podría ser posible si no encontraba la mujer adecuada que lo complementara como hombre.

Muchas mujeres estarían interesadas en compartir su poder, pero Calum no estaba interesado en darle la oportunidad alguna oportunista que solo pensara en convertirse en la reina. Estaba cegado por la idea de que tarde o temprano

llegaría una mujer pura y digna de su amor, y al parecer, el destino la había acercado a él de forma inesperada. Sus intenciones eran claras, aunque no tenía muy bien definido cual sería el procedimiento a seguir.

Un sentimiento muy fuerte y desconocido comienza crecer en el pecho de Calum Haakon hacia Alina, quien desconoce absolutamente la existencia de esta sensación que mueve a Calum hacia la toma de decisiones que la vinculan con el reino y su futuro. Durante una de aquellas tantas noches de insomnio en las que Calum había decidido ir a cabalgar, Alina se había ofrecido para acompañarlo. Ambos se desplazaron a caballo por los senderos del reino mientras las luces de la luna y las estrellas son sus únicas compañeras.

— Parece mentira que ya hayan transcurrido tantos días desde que llegaste. Me alegro de que no te hayas ido aún. — Dijo Calum

— Es un lugar hermoso. Es difícil querer abandonar estas tierras. — Dijo Alina.

— Por alguna razón, comencé a apreciar la verdadera belleza de este lugar desde que llegaste aquí. — Respondió el vikingo.

Alina no supo que responder, por lo que, guardó silencio mientras su mirada se fijó en sus manos, las cuales sostenían las riendas de su caballo.

— Me gustaría que te quedarás a mi lado. — Dijo Calum.

— ¿Quedarme a tu lado? ¿De qué hablas? Has contado conmigo desde que llegué.

— Necesito una compañera. Un rey no puede gobernar solo... — Dijo Calum.

Alina sintió un miedo increíble al enfrentar aquella situación. Si se negaba, podría desatar la ira de aquel hombre, pero tampoco podía aceptar de forma tan sencilla, ya que, no estaba segura de dar un paso tan determinante en su vida.

— No sé cómo es la vida vikinga. Pero pienso que es muy pronto para hablar de eso. También me siento bien a tu lado, pero no creo que estemos listos para dar ese paso aún. — Respondió Alina.

Esto le generó una sensación muy satisfactoria al rey, ya que, al menos no se había negado rotundamente a su ofrecimiento. Tenía la oportunidad de seguir

ganándose la atención de la chica sin riesgo a perderla, por lo que, era la primera victoria de una serie de batallas que llevaban a Calum Haakon hacia el hecho de convertir a Alina de Einar en su esposa.

El paseo se extendió por horas, hasta que ambos habían presenciado uno de los amaneceres más hermosos que jamás se hubiese llevado a cabo en Einar. La luz de los primeros rayos de sol que se reflejaron en los ojos de Alina, hizo que se intensificara la atracción que sentía el rey vikingo por la joven. No pudo controlar la insistencia de su mirada, la cual se quedó perdida en los ojos de la bella princesa, cuya verdadera identidad es desconocida para Calum.

— Eres perfecta. Afortunado el hombre que se gane tu corazón de forma genuina. — Dijo Calum.

Alina sonrió, mostrando una timidez que la llevó a experimentar un temblor involuntario en sus piernas y manos. Calum notó el cambio en su actitud y se acercó a ella por primera vez con intenciones completamente definidas por la atracción que sentía hacía ella.

Sus manos sujetaron el rostro de la chica, quien se quedó perdida en la mirada del vikingo. Sus ojos azules la cautivaron de una manera sobrenatural, dejándola sin una gota de voluntad para resistirse ante el intento del vikingo. Calum no perdió la oportunidad de acceder a la magia del momento y besó los labios de Alina, quien no pudo contener las lágrimas que emanaron de sus ojos al haberse doblegado ante el hombre que asesinó a su progenitor.

Era inútil negar los sentimientos que albergaba por Calum, quien había ingresado al lugar más privado de Alina, su alma.

ACTO 4

La integración

Los días siguientes al primer beso que se llevó a cabo entre Alina y Calum, fueron bastante particulares, Alina no se acostumbraba a la idea de que en su corazón crecían sentimientos muy fuertes por Calum.

Su visión acerca de aquel guerrero había cambiado drásticamente, pues ya no lo veía como un asesino, sino como un mentor y protector. Calum se había ocupado de brindarle todas las comodidades y privilegios, compartiendo con ella todos sus conocimientos y dándole la posibilidad de ganarse un lugar como la reina de aquel territorio.

Muchas veces había soñado con la idea de casarse con algún príncipe que llegara hasta sus tierras para reclamar su mano. Nunca se imaginó que sería un vikingo quien comenzaría a ganarse su corazón con cada uno de sus actos y atenciones.

La bruja Serena, quien aún se encontraba encerrada en la fortaleza junto a la madre de Alina, había visualizado un futuro bastante incierto para la chica, ya que, vio como esta contraía matrimonio con el bárbaro, pero más allá de allí no podía ver que deparaba el futuro.

Cuando la bruja compartió sus conocimientos con Olga, la mujer no pudo soportar que su hija se convertiría en la esposa de un asesino, por lo que, decidió salir de aquel lugar e intentar rescatar a su hija. Serena sabía que Alina era una mujer inteligente, y que cada uno de los movimientos que estaba llevando a cabo, estaban enfocados a devolverle el control a su familia sobre aquel reino.

— Debes confiar en ella. Alina ya no es una niña tonta e inocente. Tiene la sangre de Emund y si no me equivoco, las cosas podrían cambiar drásticamente para nosotros. — Dijo Serena.

— ¿Pretendes que me quede aquí para siempre atrapada junto a ti? Tenemos que lograr recuperar nuestro reino.

— Es la hora de que Alina descubra de lo que es capaz. Confía en ella y esperemos... Es todo lo que podemos hacer. — Dijo Serena.

La chica había logrado conseguir que el bárbaro se enamorara de ella. Su

principal objetivo era vengar la muerte de su padre, pero la relación que había crecido entre Calum y la princesa, había comenzado a transformarse en algo mucho más intenso.

La joven de 18 años, contaba con su propia habitación, lo que le permitía tener su propia independencia y privacidad en aquel castillo. Calum respetaba su espacio y le proporcionaba un ambiente tranquilo y acogedor, brindándole toda la tranquilidad posible para que no deseara irse jamás.

Muchos de los momentos de soledad de los que disfrutaba Alina de Einar eran utilizados para intentar organizar sus ideas acerca de cual sería su próximo paso a seguir. Todos sus proyectos se estaban viendo nublados por los sentimientos que comenzaban a crecer y ocupar la totalidad de su pecho. Cuando duraba largos periodos sin hablar con Calum, lo extrañaba enormemente, se había acostumbrado a su compañía y a las largas conversaciones que se desarrollaban en la madrugada.

Era un hombre misterioso y con una gran cantidad de historias que compartir, las cuales lo habían forjado como un hombre rudo y aguerrido, pero que, albergaba un corazón bondadoso y dispuesto a transformarse. Los días se habían convertido en una tortura para Alina, quien tenía que soportar como otras mujeres se le insinuaban a Calum, aunque este no daba demasiada importancia a estos intentos de ganarse la atención de otras mujeres.

La única mujer que valía la pena para él era Alina, la hija de algún campesino, pero, aunque la tenía muy cerca de él durante la mayoría del día, aún la sentía muy lejana. Era casi imposible que una relación entre este caballero y Alina tuviese éxito, pues sería forjada sobre odio y mentiras. Alina no había revelado sus verdaderas intenciones y su identidad, haciéndose pasar por una simple hija de campesino que tarde o temprano lograría arrebatarse el trono a Calum.

Era paciente y calculadora, pero su corazón buscaba traicionarla en cualquier momento. Calum le ha brindado absoluta confianza y la ha convertido en su principal prioridad, por lo que, aunque el recuerdo de su padre la impulsa a actuar de manera desalmada, Alina siempre se ha dejado llevar por sus sentimientos. La resistencia y la negación tarde o temprano dejarían de surtir efecto en la mente de la princesa, ya que, esta no estaba hecha de piedra y las demandas de su cuerpo comenzarían dominarla.

Esto se puso de manifiesto una mañana mientras caminaba por el reino,

intentó alejarse tanto como pudo para visitar un lago hermoso rodeado de flores donde siempre solía tomar baños cuando niña.

Para su sorpresa, el lugar no estaba solo, a medida que se acercaba al lago, pudo visualizar las huellas de las pisadas de un caballo que había transitado por el lugar. Caminó detrás de las huellas, siguiéndolas hasta su paradero, encontrándose con el caballo de Calum Haakon, el cual se encontraba atado a un gran árbol.

Alina acarició la trompa del animal, el cual parecía mostrarse muy contento al ver a la chica. Las suaves manos de Alina se deslizaron por la piel del corcel azabache, para después caminar hasta la orilla del lago y ocultarse detrás de unos arbustos.

Calum se encontraba dentro del agua, mientras sus ropas habían sido abandonadas a un lado del lago. Estaba completamente desnudo y nadaba de un lado al otro mientras su fornido cuerpo se mostraba hasta un poco más debajo de su ombligo.

Aunque intentaba dirigir su mirada hacia otro lugar, Alina no podía resistirse ante la tentación de disfrutar de semejante espectáculo. Sentía una excitación tremenda al ver a este hombre tan atractivo disfrutando de su soledad, mientras sus manos frotaban su pecho para lavarlos del sudor.

De pronto, sensación de ardor comenzó a desatarse en su vientre, como si hubiese activado algún elemento que le impulsaba a comportarse como un ser primitivo. El largo cabello rubio de Calum Haakon se sacudía de un lado al otro mientras intentaba quitarse el exceso de agua del mismo.

Lava sus antebrazos y axilas, mientras lleva sus manos al agua para asearse continuamente. Era una especie de ritual muy privado del que estaba siendo testigo la hermosa joven princesa, la cual casi ni pestañeaba para no perderse un solo segundo del espectáculo que le proporcionaba Calum.

Alina conocía perfectamente el lago, por lo que, buscó una ubicación mucho más segura desde donde su vista sería mucho más completa. Al ubicarse sobre unas rocas, la chica comenzó a disfrutar mucho más intensamente de su sesión de voyeurismo.

Dejó que su mano acariciara la parte interna de su muslo, mientras su dedo índice poco a poco se acercaba más hacia la zona genital. Sintió una temperatura increíble, algo que jamás había conocido. No pudo evitar sentir

algo de miedo, ya que, si era descubierta, no podría aguantar la vergüenza. Dejó que sus sensaciones la manejaran, llevando su mano completamente hacia la zona de su vagina y comenzó a frotarla lentamente.

Calum había caminado unos pasos hacia la orilla, por lo que, ahora sus genitales habían quedado al descubierto. Era un hombre muy bien dotado, con un miembro grueso y viril que se exponía destilando agua, mientras la humedad también llegaba a las manos de Alina de Einar.

La chica ya había introducido su dedo medio en su vagina, penetrándose a sí misma lentamente una y otra vez mientras comenzaba gemir suavemente. Calum era un hombre de instinto, y sabía perfectamente que no estaba solo, por lo que, no pudo evitar notar que había algo extraño en el ambiente.

Decidió salir del agua y tomar sus ropas para estar preparado en caso de un ataque, ante lo que, Alina pudo disfrutar de todo el cuerpo desnudo del caballero. De pronto, un gran sonido de algún objeto cayendo el agua llamó la atención de Calum. El hombre tomó su espada rápidamente, preparándose para el combate.

Se encontraba completamente desnudo mientras su mano empuñaba una gran espada poderosa con la que había asesinado a cientos de hombres. Solo unos segundos después, pudo ver como en el agua se mostraba la hermosa mujer que debía estar en el castillo y que, había estado espiándolo minutos atrás.

Alina, al ver como aquel hombre había decidido marcharse, no estuvo dispuesta a dar por terminado aquel encuentro. Se quitó las vestiduras rápidamente y saltó al agua completamente desnuda.

— ¿Piensas irte tan pronto? — Dijo Alina, quien se encontraba aún dentro del agua.

Calum sintió algo de vergüenza al ser observado completamente desnudo por la joven, pero al notar sus intenciones, no se cubrió. Dejó caer su espada al suelo y entró nuevamente al agua, nadando con mucha velocidad hasta la ubicación de Alina.

— ¡Qué gusto encontrarte aquí! ¿A qué se debe esta sorpresa? — Dijo Calum.

— No tenía la menor idea de que solías venir este lugar... Era mi favorito de niña. — Dijo Alina.

Las palabras de Alina se vieron interrumpidas por las manos de un hombre hambriento de sexo que ya había esperado mucho por la chica. Había respetado su espacio y parámetros, pero siendo Alina quien había tomado la determinación de entrar completamente desnuda al agua mientras intentaba seducir a Calum, este ya tenía el camino libre para poder actuar como deseara.

Alina se sorprendió enormemente al sentir las grandes manos del caballero sujetando sus muslos para pegarla hacia su cuerpo. Pudo sentir como un objeto sólido, chocaba contra su vientre. Se trataba del pene de Calum, el cual se encontraba erecto y excitado. El caballero besó a la chica y acarició su cabello mientras una de sus manos sujetaba a la joven para mantenerla firmemente pegada a su cuerpo.

Alina no sabía cómo reaccionar, sentía algo de miedo, pero quería terminar con aquellos miedos que la atormentaban. Su cuerpo les pedía a gritos que se entregara a Calum, pero su mente luchaba con los prejuicios que tenía acerca de este hombre.

Mientras el apasionado guerrero jugaba con su lengua dentro de la boca de la chica, esta no hallaba donde colocar sus manos, por lo que, se dejó llevar por sus instintos y comenzó acariciar el fornido pecho de Calum Haakon.

Mientras una de las manos del hombre se encuentra en la espalda de la chica, utiliza su otra mano para masturbarse mientras intenta excitarla frotando el glande de su pene contra el cuerpo de la joven.

Alina desconoce cualquier costumbre de estos sujetos, por lo que, intenta estimularlo realizando suaves movimientos frotándose contra el órgano sexual del vikingo. Calum está acostumbrado a tener lo que sea de forma brutal, por lo que, el juego previo no es algo con lo que está familiarizado.

Siempre que ha estado con una mujer, solía hacerlo de manera brutal, acostándola en la cama y penetrándola sin esperar a que esta se sintiera cómoda. Con Alina era diferente, ya que, podía respirar su fragilidad y sentir cuan inocente era, por lo que, se toma su tiempo para disfrutar de aquel manjar.

Tenía acceso a cualquier cosa que deseara del reino, pero definitivamente, Alina de Einar era el postre que con el que siempre había deseado deleitarse. Sus manos recorrían la totalidad del cuerpo de la chica, mientras esta había

pasado del pecho del hombre a su abdomen, para finalmente ubicarse en la zona genital del caballero.

El masajeaba con mucha delicadeza, pero la intensidad comenzaba a incrementarse gradualmente. Mientras una mano satisfacía a Calum, la chica introducía dos de sus dedos en su vagina, haciendo espacio para recibir muy pronto el enorme órgano dentro de ella.

Sabía que las embestidas serían brutales y que el cuerpo de aquel vikingo la haría gritar de placer, por lo que, intenta tomar las medidas necesarias para estar lista cuando llegue el momento.

Calum toma a la chica de la cintura y se dirige fuera del agua, llevándola hasta la orilla para acostarla sobre un grupo de rocas que se prestaban perfectamente para el acto. Se paseó con su lengua desde los labios de la joven hasta su vientre, estacionándose en este lugar con movimientos circulares para luego finalmente llegar a su clítoris.

Lamía con la parte ancha de su lengua la totalidad de la zona, ya que Alina tenía un cuerpo pequeño y delicado. La joven se excitaba enormemente con cada a lamida del caballero, gimiendo con mucha intensidad al sentir como la lengua el caballero la penetraba una y otra vez.

Las manos de Calum se ubicaban los tobillos de la joven princesa, separando sus piernas en la máxima capacidad para hacer espacio. La lengua del vikingo se introducía levemente en el ano de la chica y posteriormente viajaba hasta el clítoris. Este movimiento se realizaba una y otra vez, proporcionándole una explosión de sensaciones a Alina, quien mantenía sus manos sobre el cabello del vikingo.

Cuando ya no pudo soportar más, la chica tomó al hombre de la barba, llevándolo hasta su rostro para saborear los propios fluidos que aún quedaban en la boca del sensual bárbaro.

Alina sujetó el miembro del caballero y lo puso justo enfrente de su vagina. Sintiendo algo de miedo antes de que el hombre la penetrara. Calum fue cuidadoso, dejando que solo entrara un par de centímetros para ir haciéndose espacio levemente con cada penetración. Cuando ya lo tuvo todo dentro de ella, Alina creía que estaba soñando.

No podía creer que tal cantidad de placer fuese posible en un ser humano, por lo que, disfruta cada segundo del encuentro. Se sacude brutalmente, mientras

su cuerpo comienza a transpirar exageradamente. Los rayos de sol caen sobre ellos, bronceando sus cuerpos mientras la espalda de Calum parece freírse con la intensidad de los rayos solares. La penetra una y otra vez de forma brutal, demostrándole a la chica cuales son sus habilidades en el sexo, una bienvenida muy agradable para la chica.

Había dejado de ser una niña inocente y se había convertido en mujer en tan solo unos minutos, descubriendo completamente que su alma había pasado a pertenecerle a Calum Haakon. Alina no sabía en qué momento acabaría todo, solo se dejaba llevar y disfrutaba del placer que le proporcionaba su compañero. Calum se adueña del cuerpo de la joven y la hace sentir que le pertenece absolutamente, por lo que, la chica no tiene posibilidad de reacción.

Es una experiencia que va más allá de lo físico, entregándose absolutamente sin voluntad a los deseos del hombre que toma sus pechos y lame sus pezones con fervor hasta hacerlos endurecer. Siente algo de dolor ante las mordidas suaves que Calum le propina en su cuello, pero lo disfruta y le permite hacer de todo con su cuerpo.

Alina había experimentado múltiples espasmos en su cuerpo y un placer descomunal que jamás había conocido en el pasado. No estaba segura de si él había alcanzado el orgasmo, pero se sentía plena y satisfecha, cuando finalmente presenció el punto final de su amante, quien extrajo su miembro de su vagina y expulsó todos sus fluidos sobre el vientre de Alina. Sentía curiosidad al ver todo el semen extendiéndose en su cuerpo. Calum había convertido en mujer a la princesa de Einar.

ACTO 5

¡Traidor!

La debilidad demostrada por Calum, traería como consecuencia la molestia de muchos que lo conocían enteramente, habiendo sido testigos de su drástica transformación debido a su enamoramiento. Los vikingos se caracterizaban por ser guerreros sólidos y despiadados, pero Calum, después de la llegada de Alina se ha convertido un hombre completamente diferente y dispuesto a doblegarse ante los deseos de la chica.

Gislin, el principal sirviente de Calum, no estaba contento con esta nueva actitud, por lo que, comenzó a correr el rumor de que el reino tarde o temprano caería en las manos de Alina.

Había intentado sembrar el temor entre los hombres de Calum como una especie de cáncer que comenzaría a extenderse rápidamente en la comunidad. Todos los que confiaban inicialmente en el rey Calum, comenzaron a dudar de pronto acerca de si era un hombre digno para poderlos guiar.

Pasaba la mayoría del tiempo acompañado de Alina y había descuidado las tareas que eran designadas para el rey, entregándose absolutamente a su relación con la chica.

Obviaba las necesidades y carencias que tenía la comunidad que estaba bajo su mando. Gislin había traicionado al rey, sembrando el temor en los miembros de la comunidad vikinga, quienes no sabían si realmente este era el rey que ellos necesitaban.

Calum había dedicado toda su vida y su sangre al cuidado de este pueblo después de la muerte de su padre, por lo que, finalmente había encontrado una razón para dedicarse, a sí mismo, algo que no veía del todo incorrecto, ya que todo rey necesitaba una reina que lo acompañara durante los momentos difíciles.

Desde ninguna óptica, Calum veía incorrecto el hecho de dedicarle algo de atención a la mujer que quería tener a su lado el resto de su vida, pero mientras pasaban los días, todo comenzaba a hacerse más turbio y complicado. Se generaba controversia en cada una de las decisiones que intentaba tomar Calum para las mejoras del pueblo.

Todo llegaría a la cúspide de la tensión cuando Calum reunió a todos los habitantes de la comunidad vikinga y algunos de los sobrevivientes del antiguo reino de Einar para anunciar su decisión de formalizar su relación con Alina de Einar.

Habían pasado algunos días de conversaciones con la chica, donde intentaban mantenerse fríos ante la decisión de contraer nupcias. Alina no estaba segura de lo que estaba a punto de hacer, pero los sentimientos que se habían despertado hacia Calum, la impulsaron a tomar esta decisión.

No había descartado del todo la idea de seguir adelante con su plan de venganza, pero disfrutar de la compañía de este hombre y adquirir todo el poder que este podía proveerle de forma legal, no era una mala idea.

Alina estaba entrando en un juego donde podía ser víctima de sus propios sentimientos, ya que, este hombre la había convertido en mujer, la estaba comenzando a enamorar y adicionalmente, estaba dispuesto a proveerle toda su vida para que ella hiciera con esta lo que deseara.

Se había ganado la confianza de Calum Haakon en su totalidad, por lo que, su plan de infiltrarse en el reino dominado por los vikingos estaba dando resultados. Su preocupación por Olga no había desaparecido, cada día pensaba en la idea de que su madre y la hechicera se encontraban encerradas en aquella fortaleza, pero no podía hacer nada por ellas hasta que tuviese el poder de establecer órdenes y parámetros en el reino de Einar. El rostro de la chica se había hecho público y muchos de los pobladores que habían vivido como prisioneros, habían sido liberados aquel día para visualizar la escena.

Calum mostraba públicamente a quien se convertiría en su esposa, impresionando a todos aquellos que podían reconocer el rostro de la chica. Alina había cambiado levemente su aspecto e intentaba cubrir su rostro con su cabello para no ser reconocida.

Esta sería la etapa más crucial del proceso de conversión de Alina, de una simple hija de campesinos a la reina de reinar. Pero, la impresión de la chica no tendría límites al ver a la distancia la aparición de un hombre que le resultaba muy familiar, aunque su aspecto era muy desmejorado.

Estaba completamente sucio, y su rostro estaba cubierto de carbón y grasa de animal. Parecía que no había visto la luz en varios días, ya que, cubría sus ojos con su mano debido a la gran intensidad de los rayos solares. Por alguna

razón, el sujeto llamó la atención de Alina de Einar, quien perdió completamente la noción del tiempo y de lo que estaba ocurriendo de aquel lugar para intentar reconocer a aquel hombre.

Quizás el destino le estaba jugando alguna broma, o estaba alucinando debido a la presión del momento, pero aquel sujeto se le pareció enormemente al antiguo rey Emund. Este estaba acompañado por dos hombres enormes que actuaban como guardias, quienes lo habían extraído de alguna de las celdas el lugar. Alina no sabía a ciencia cierta quien era el hombre, y tampoco sabía quiénes eran los que habían sobrevivido luego de la batalla, pero a partir de ese día, comenzaría a conocer realmente cuál era el alcance y daño que había generado Calum.

— Los he reunido a todos este día para informarles la decisión más importante de mi vida. — Dijo Calum.

Todos estaban llenos de expectativa, aunque ya conocían los rumores de que Calum contraería nupcias con una simple campesina que los dominaría a su antojo. Este rumor había sido corrido por el propio Gislin, quien era fiel creyente de las ideas de que la sangre vikinga era pura y no podía mezclarse con otras razas. Si Calum y Alina tenían descendencia, este pequeño heredaría el trono en algunos años y llevaría al pueblo a la desgracia al tener una sangre impura, por lo que, Gislin impulsa a toda la comunidad a rechazar dicha relación.

Había infundido el miedo y el odio hacia Calum, quién era su mejor amigo y el gran rey que todos habían deseado tener siempre. Después de la llegada de Alina, todo había comenzado cambiar, y la riquezas y prosperidad que Calum había prometido a su pueblo, habían quedado descuidadas totalmente mientras el rey se dedicaba a cultivar una relación fuerte y sincera junto a Alina.

Calum esperaba una reacción positiva por parte de los presentes, pero a cambio, tuvo una completa apatía de todos y cada uno de los que lo observaron. No parecían verse muy contentos ante el anuncio que estaba a punto de dar su rey. A los lejos se escucharon algunos gritos y exclamaciones que no serían permitidas por Calum, quien comenzó a molestarse al ver el rechazo que sentían los pobladores hacia Alina.

— ¡Campesina! ¡Traidor! — Exclamaban algunos pobladores.

Las calderas habían comenzado a hervir y todos los pobladores comenzaban a alimentar ese odio que había sembrado Gislin, quien no se encontraba presente en aquella reunión. Se había alejado tanto como pudo del castillo de Einar, en la búsqueda de un nuevo territorio donde asentarse. Sabía perfectamente que explotaría un conflicto que llevaría a la división del pueblo, y este debía fungir como nuevo rey, destronando para siempre a Calum Haakon.

Subestimada completamente el poder y alcance de este rey vikingo, quien no permitiría que su pueblo se alzara en su contra de manera injustificada. Los miedos infundados no tenían ningún tipo de soporte, pues nadie podía confirmar la pureza de la sangre de los vikingos. Todo se trataba de espíritu y entrega a su pueblo, tal y como lo había demostrado Calum en todo momento.

— He luchado siempre para mantenernos unidos y seguros. Por primera vez tomaré una decisión que solo involucra mi estabilidad. Me casaré con Alina, y ella se convertirá en su nueva reina. — Dijo Calum mientras abrazaba a la chica.

Pronto, se generaron comentarios, quejas y críticas, pero una voz se alzó para pronunciar el nombre de la joven de 18 años.

— ¿Alina? ¡Estás viva! — Dijo una voz llena de pesadumbre y agotamiento.

Se trataba del propio Emund de Einar, quien no había sido asesinado por Calum aquella tarde durante el ataque. El hombre había sido tomado prisionero y había sido tratado como un aldeano más. Pasaba la mayor parte del día encerrado, y solo era liberado un par de horas durante las noches, estando encadenado a pesadas rocas que no le permitirían huir. Calum no había tenido corazón para asesinar al viejo rey, y había pedido a todo el pueblo y algunos de los sobrevivientes del antiguo reino que desconocieran para siempre a este sujeto.

— ¿Conoces a ese hombre? — Dijo Calum de forma muy discreta al oído de Alina.

Chica sintió un terror increíble, ya que, todo su plan de convertirse en la liberadora de su pueblo estaba a punto de venirse abajo si su padre la ponía en evidencia. Aunque sentía unas ganas increíbles de correr hacia su progenitor y darle un gran abrazo, tenía que fingir no conocerlo.

Había llorado durante muchas noches la muerte de su padre, había maldecido incontables veces a Calum por haberlo asesinado, pero ahora estaba allí, vivo y caminando, demostrándole con pruebas físicas que Calum no era el hombre que ella creía.

Todos pensaban que era un asesino sin alma, pero esta acción había limpiado completamente el nombre del vikingo a los ojos de la chica. Los sentimientos que experimentó eran una mezcla muy particular de alegría y miedo, ya que, finalmente podría contraer matrimonio con el hombre al que amaba, sin ningún tipo de remordimiento o dolor. Pero ahora la situación había cambiado de ángulo, ya que, la duda había entrado en la mente del vikingo, quien al ver como el antiguo rey la ha reconocido, se preocupó enormemente.

— Debe ser algún viejo demente deteriorado por los años. — Dijo Alina.

— Te ha llamado por tu nombre y con mucha seguridad. — Dijo Calum.

La duda consume a Calum.

— Muchos conocen mi nombre, Calum. No des importancia a eso y sigamos adelante con esto, la gente no parece estar muy feliz. — Dijo Alina.

Las palabras de la chica fueron precisas y surtieron efecto de manera instantánea, pues Calum continuó dirigiéndose a su pueblo mientras intentaba persuadirlos de que era la mejor decisión tanto para él como para el reino de Einar.

El viejo y desgastado caballero se abrió paso entre los presentes, intentando llegar hasta la ubicación de Alina y Calum, pero la algarabía y desorden se habían intensificado, impidiéndole llegar hasta el lugar. Todos gritaban frases de descontento tras la noticia que había proporcionado Calum.

— Lamento que muchos de ustedes reaccionen de esta forma, pero mi decisión está tomada. Alina se convertirá en mi esposa muy pronto y deberán aceptarlo. — Afirmó Calum.

Justo después de eso, Calum recibió un fuerte golpe en el pecho proporcionado por una roca arrojada por uno de los presentes. Los guardias de confianza de Calum intervinieron, capturando al sujeto y llevándolo directamente al calabozo. Pero esto sería muy difícil de controlar, pues generó un efecto de eco en sus semejantes, quienes reaccionaron de forma agresiva.

— ¡Esto es una tradición a nuestro pueblo! ¡Traidor! — Gritó una mujer mientras recogía un trozo de madera del suelo para utilizarlo como arma.

Calum y Alina se vieron fijamente a los ojos mientras su preocupación comenzaba a invadirlos. Sabían que la situación estaba a punto de salirse de control, por lo que, debían abandonar el lugar y regresar al castillo antes de que todo fuese mucho peor. Los ojos de Alina buscaban incansablemente la mirada de su padre, ya que, quería asegurarse de que estuviese bien después de aquel episodio. Calum y la chica regresaron nuevamente al castillo, intentando asumir que nada había pasado.

— Es normal que reaccionen así... Me he dedicado abnegadamente a ellos y finalmente han visto que me preocupo por mí mismo. — Dijo Calum.

— ¿Crees que esto empeore en los próximos días? — Preguntó Alina con algo de temor.

— Tú solo tienes que preocuparte por una cosa... Elige el día de la boda que desees y lo arreglaré. — Dijo Calum mientras acercaba a la joven para besarla dulcemente.

Mientras los besos se hacían cada vez más intensos y Calum se ocupaba de quitar las vestiduras a la princesa para hacerle el amor en la cama de su habitación. El pueblo comenzaba a arder lentamente, pero al vikingo no parecía importarle. La intención de Calum es mantener a la chica aislada de cualquier miedo y amenaza que pudiese estar generándose en el reino, aunque no era lo más inteligente.

Le hacía el amor a la chica de una forma apasionada y bestial, mientras el pueblo comenzaba a armarse con palos y armas rudimentarias para defender su honor. El miedo hacía que Calum penetrara a la joven princesa con una pasión llena de furia y entrega, por lo que, Alina comprende los cambios que está sufriendo el vikingo.

Había una gran tensión en el lugar, la cual se esparció rápidamente entre los hombres de Calum Haakon, quienes sentían que los pobladores los superaban en número y podían acabar con ellos fácilmente. Gislin había tenido éxito en su intención de desestabilizar el mandato de Calum, y su búsqueda para encontrar el lugar perfecto, lo había llevado a encontrar pruebas muy claras de que tenía absoluta razón.

Mientras se desplazaba por el bosque, se encontró con una estructura bastante

peculiar, la cual no parecía ser del todo natural. Al acercarse a esta, pudo remover una gran cantidad de follaje que cubría paredes de roca sólida que no tenían ninguna razón para estar allí. Gislin había descubierto la fortaleza oculta que había construido Emund para sus hijas y su esposa.

Dentro de aquel lugar, aún se encontraba la mujer acompañada de la hechicera y curandera, quienes ya estaban al tanto de que llegaría un hombre malvado y las encontraría. El don de la clarividencia de Serena, había acertado precisamente aquel día la llegada de Gislin a las puertas de la fortaleza, que, aunque no conocía cómo entrar, podría llegar a ese lugar con un ejército de hombres y descubrir que ocultaban aquellas paredes.

El temor y la incertidumbre se adueñan de Olga, pero es una mujer que oculta más habilidades de las que saltan a la vista. En compañía de Serena, no son las mujeres dóciles y frágiles que parecen ser. Aunque Emund ha hecho lo posible para protegerlas a ellas, al parecer, sus verdaderas intenciones han sido proteger al mundo de los poderes que pueden desarrollarse cuando ambas mujeres se encuentran juntas.

Serena es una hechicera que maneja el ocultismo y la magia negra, aunque generalmente actúa como la sanadora del pueblo. Emund no comulgaba con la idea de estas prácticas, por lo que, había ordenado la prohibición de las mismas. Olga, llena de curiosidad, insistía constantemente en aprender todo cuanto fuese posible acerca de estas prácticas oscuras, por lo que, Serena se prestó como su mentora.

Habían desarrollado poderes inimaginables, de los cuales sería testigo el traidor que había intentado llevar a la desgracia a Calum Haakon. Gislin insistía en entrar a la fortaleza, pero su búsqueda lo llevará a algo mucho más desagradable de lo que piensa.

ACTO 6

Sangre en Einar

Las manos de Gislin palpaban en las paredes del lugar intentando determinar si había algún pasadizo o compuerta secreta que le permitiera ingresar al lugar. Podía observar como la estructura se elevaba perfectamente formando una especie de pirámide que se ocultaba entre el follaje y los árboles. Era increíble como no habían notado ese lugar en el pasado, por lo que, se esfuerza para encontrar la entrada.

La codicia del vikingo comienza a incrementarse progresivamente al asumir que posiblemente sea la tumba secreta de alguna gran cantidad de tesoros pertenecientes al rey Emund.

De alguna forma, sí eran tesoros los que se encontraban allí dentro, pues el lugar estaba pensado exclusivamente para proteger a su hija y a su esposa. Esto era lo más valioso que tenía el rey en su existencia, por lo que, no había escatimado en gastos para construir aquel lugar de forma secreta y clandestina para que nadie perturbara a estas mujeres durante un tiempo prolongado.

A pesar de que la ayuda nunca había llegado por parte de los reinos vecinos, quienes habían guardado silencio tras la coronación del propio Calum Haakon, Olga y Serena se las habían arreglado para mantenerse a salvo en aquel lugar. La clarividencia de Serena había revelado la presencia de aquel hombre en los alrededores de la fortaleza, por lo que, se preparan para darle una sorpresa al caballero en caso de que encontrara la entrada.

Gislin siente algo de miedo de internarse en aquel sitio sin apoyo de algunos hombres, pero el apetito de encontrar algo que sea exclusivamente para él y le de poder sobre Calum, lo impulsa a actuar de manera irracional. Se desplaza lentamente por las paredes del lugar, hasta que, finalmente, logra dar con una pequeña palanca secreta que abrirá la puerta principal de la fortaleza. Solo se separa de pared de roca unos 40 cm, distancia suficiente para que el caballero pueda ingresar a la fortaleza.

El lugar está acondicionado de manera cómoda, con alfombras de piel y una iluminación generada por velas. El caballero avanza empuñando su espada, preparándose para cualquier ataque de algún guardia que proteja el lugar.

Avanza a paso lento pero firme, intentando descubrir qué hay detrás de todo eso que se halla allí dentro. Al llegar al final del corredor, se encuentra con una habitación cerrada, la cual se encuentra bloqueada con una gran puerta de madera que, con solo empujar, pudo abrir.

Gislin ingresó al lugar, encontrando una escena completamente inesperada para él donde dos mujeres hermosas completamente desnudas se encontraban acostadas sobre una cama de sábanas de color vinotinto. Tanto Serena como Olga se habían despojado de sus vestiduras y habían entrado a la cama para esperar la llegada del ansioso Gislin, quien no dudaría un segundo en ser parte de un encuentro lleno de lujuria y pasión con dos mujeres espectaculares.

— Finalmente has llegado. Te estábamos esperando... — Dijo Serena.

— Ven con nosotras, queremos cosas que jamás pensaste que conocerías. — Complementó Olga.

El caballero dejó caer su espada al suelo y comenzó a quitarse la ropa. Era una especie de ilusión lo que estaba viviendo, ya que, no era posible que dos mujeres tan perfectas se encontraran ofreciéndose de una manera tan simple.

Si algo caracterizaba a Gislin era la ausencia de sentido común en sus actos. Por lo general, actúa por impulso y sin sentido común, por lo que, fue fácil para la hechicera y la reina poder manipular a este hombre para que entrara de manera vulnerable a la cama.

Estas dos mujeres eran practicantes de rituales muy oscuros, que involucraban sangre humana y el alma de guerreros, por lo que, Gislin era el ingrediente perfecto para poder llevar a cabo sus conjuros y hechizos. Inocente de lo que estaba a punto de pasar, el hombre ingresó a la cama mientras sus manos se pasaban por las piernas de ambas mujeres.

Acariciaba la suavidad de la piel de los músculos de las dos exuberantes féminas, quienes paseaban sus manos por el pecho del guerrero. Gislin tenía una contextura grande y fuerte, con una barba larga que solía amarrar con pequeños trozos de fibra. Las delicadas manos de Serena, acarician en el rostro del caballero, proporcionándole una sensación muy agradable, algo que extrañaba enormemente el caballero.

No recordaba cuando era la última vez que había sido tratado con total suavidad, ya que estaba acostumbrado a estar con mujeres de una forma muy

diferente.

— Relájate... Estás muy tenso. — Dijo Olga mientras acariciaba la espalda del hombre.

Gislin se sentía como el hombre más afortunado del mundo, por lo que, comienza a besar el cuello de ambas mujeres, mientras siente una gran desesperación por no saber cómo complacer a ambas féminas. La mano de Olga sujetaba el enorme miembro del Guerrero, comenzando a acariciarlo mientras este se endurecía cada vez más. Aunque ambas conocían perfectamente cuales eran los objetivos a cumplir, no se privan de disfrutar del hombre. Era un hombre atractivo y fuerte, ideal para lo que estaban a punto de hacer.

Gislin se entrega a ambas mujeres, quienes se comparten su cuerpo de manera equitativa. Mientras una besa sus labios, la otra se encarga de estimular sexualmente al caballero. Serena introduce el enorme pene del vikingo en su boca, proporcionándole una felación de una calidad exquisita.

Lame el tronco de su miembro y se pasea hacia sus testículos, dejando que su lengua opere de forma voluntaria para darle mayor placer posible a Gislin. Olga juega con su lengua sobre los labios del guerrero, quien deja que sus manos se deslicen por la espalda de la mujer hasta posarse sobre sus glúteos.

Aprieta fuertemente el trozo de carne de la mujer, dando una fuerte nalgada que la hace estremecer. Gislin gime descontroladamente mientras Serena hace su mejor trabajo en la práctica del sexo oral, introduciendo su pene hasta el fondo de su garganta. Nunca había sentido un placer similar a ese, por lo que, en su rostro se dibuja una enorme sonrisa disfrutando de ambas mujeres.

Pero todo ese placer, se transformaría en terror al ver dos figuras paradas justo frente a él mientras se encontraba en la cama. Las dos mujeres desnudas parecían no tener alma en sus ojos, únicamente destinadas a complacerlo sexualmente sin ninguna condición. Las sombras de dos siluetas ocultaban visualizando el acto, ante lo que, Gislin se quedó petrificado.

— Hey, ¿quiénes son ustedes? ¿Qué hacen allí ocultos? — Dijo el caballero mientras se quitaba de encima a las dos mujeres desnudas.

De pronto, las dos siluetas se mostraron ante las luces tenues de las velas, mostrando a dos féminas cubiertas con túnicas que apenas dejaban ver sus rostros. Gislin experimentó un miedo indescriptible al reconocer los rostros

de aquellas dos mujeres, ya que eran idénticas a las dos féminas que devoraban su cuerpo.

Cuando volteó rápidamente para comparar estas dos mujeres con las dos exuberantes y ardientes damas, estas habían desaparecido. Serena y Olga llevaban a cabo una ilusión que había dejado a Gislin vulnerable ante el próximo ataque de las mujeres.

Llevaban en sus manos dagas afiladas que estaban dispuestas a utilizar para arrebatarse la vida al vikingo. Era un hombre muy grande y fuerte, por lo que, no sintió miedo ante una amenaza tan absurda de dos mujeres.

Su miedo se desarrollaba entorno a la idea de que había sido parte de un ritual oscuro, algo desconocido para él y que, únicamente podía ser producto de la intervención de los demonios.

— No sé quiénes son ustedes, pero les advierto que no tendré compasión con alguna si se acercan. — Dijo Gislin mientras buscaba con su mirada su espada.

Ya no se encontraba en el lugar donde la había dejado caer, por lo que, debía usar sus manos si quería sobrevivir ante el ataque que estaban dispuestas a llevar a cabo Serena y Olga. Gislin salió de la cama de forma torpe, intentando buscar algún objeto que les permitiera defenderse en contra de las mujeres.

Por alguna razón, se sentía intimidado y atemorizado por la forma en que ellas actuaban, aunque sabía que los podría derribar con una sola mano. Ninguna de las dos mujeres había hecho un solo sonido o mencionado una sola palabra, solo mantenía su mirada fija en el caballero mientras sujetaba la daga en sus manos.

Las dos mujeres desnudas habían desaparecido completamente de la habitación, mientras Gislin era presa del miedo y la confusión. Se dirigió hacia sus vestiduras para colocárselas y salir de allí tan pronto como fuese posible, pero cuando intentó cruzar el umbral de la puerta, esta se cerró abruptamente.

Serena y Olga hacían uso de la magia negra para controlar todo, llevando a Gislin hacia un estado de temor que estaba a punto de generarle un colapso. Corría de un lado al otro como una especie de ratón atemorizado, sin saber qué hacer.

— Abran la maldita puerta y déjenme ir... Están locas. — Dijo Gislin antes de dar algunos pasos hacia las mujeres.

Ya había perdido la paciencia, por lo que era momento de actuar con la brutalidad para poder conseguir resultados. Pretendía llevar a las mujeres directamente a la puerta para que estas se ocuparan de abrirla, por lo que, intentó tomar por el brazo a Serena. Al bajar la guardia, el caballero recibió una puñalada inesperada en el estómago. Acto seguido, Olga intervino y levantó su puñal para cortar la garganta del vikingo.

El caballero cayó sobre sus rodillas, mientras sus manos intentaban detener el flujo de sangre, pero no había forma de que sobreviviera. Serena tomó una copa de oro y la colocó bajo la garganta del caballero, llenándola con el fluido de Gislin, quien se desplomó unos pocos segundos después. Al tener la sangre de este guerrero poderoso en su poder, las mujeres podrían llevar a cabo su conjuro para regresarle el poder del trono a Emund.

Serena había logrado ver que el rey se encontraba con vida, por lo que, estaban completamente decididas a ayudar a Alina en su proceso de recuperar las tierras de su padre. Las mujeres no tenían planeado abandonar aún el lugar, ya que, harían uso de toda su poder y magia para poder propiciar las mejores condiciones para la renovación de Einar.

El caos no solo se había apoderado de aquella fortaleza, ya que, en todo el reino se habían desatado incendios y disturbios despertados por los propios pobladores. No querían una reina que no fuese vikinga pura, por lo que, la vida de Alina de Einar corría peligro.

— No puedes poner en peligro tu reputación por mi culpa. Creo que lo mejor será que me vaya. — Dijo Alina durante aquella noche llena de llamas y caos en todo el reino de Einar.

— No irás a ningún lado, si pretendes alejarte de mí, te seguiré a donde vayas. — Dijo Calum.

— ¿Estás dispuesto a arriesgar a tu pueblo por mi culpa? — Dijo Alina.

— He dado todo por mi pueblo. Ahora que solicito su apoyo, me han dado la espalda. No creo que sea justo. — Dijo Calum.

Consternación se veía claramente en la mirada del vikingo, quien había visto como Las personas se habían dejado contaminar por los rumores que habían corrido por todo el reino. No sentía que fuese justo el comportamiento de los

pobladores, pero no estaba dispuesto a comprometer su felicidad para complacer los caprichos de su comunidad.

— Es hora de que conozcas mi lado oscuro. Tendrás que acatar mis órdenes, o de lo contrario deberán marcharse. — Dijo Calum mientras tomaba su espada para enfrentar la situación.

Aunque había muchos que no estaban de acuerdo con aquella decisión, Calum aún contaba con una gran cantidad de guardias y seguidores leales, los cuales poseían increíbles habilidades en el combate, por lo que, era su obligación contrarrestar todo el desorden que se había generado en el reino de Einar.

Alina se había convertido en la manzana de la discordia que había puesto al propio Calum Haakon en contra de su pueblo, obligándolo a enfrentar a aquellos por los que tanto había luchado para defender el amor que sentía por ella.

Esto le demostró a Alina que aquel sujeto era mucho más valioso de lo que ella pensaba, por lo que, no podía quedarse con los brazos cruzados mientras aquel caballero defendía el amor que sentía por ella, traicionando todo lo que lo definía como vikingo.

La sangre corría por las calles del reino, pero esta vez, era la propia sangre vikinga la que se derramaba para poder restaurar el orden. Los pobladores no podían creer que su propio rey los enfrentaba para defender lo que sentía por una mujer que no pertenecía a los suyos. Muchos huyeron robando los barcos pertenecientes a las tropas de Calum. No querían morir de una forma tan atroz.

Mientras la confusión y la batalla se desarrollan en Einar, Alina aprovechó para escapar del castillo e ir en busca de su padre. Recorrió las calles pobladas de personas enardecidas y otras temerosas. No abandonó el castillo desarmada, por lo que decidió llevar su arco en su espalda. Era diestra con esta arma más que con cualquier artefacto, por lo que, en caso de necesitarlo, no dudaría en usarlo.

Corría rápidamente desplazándose hacia la zona de los calabozos, mientras derriban a alguno que otro eufórico atacante que intentaba acercarse a ella. Nunca había sido una asesina, pero la situación había sacado lo peor de cada uno de los miembros el pueblo.

Era como si los rituales llevados a cabo por Serena y Olga estuvieran surtiendo efecto, haciendo correr la sangre vikinga en el propio suelo que habían mancillado meses atrás. Alina logró llegar a los calabozos, los cuales estaban repletos de criminales y otros inocentes que solo tenían culpa de no doblegarse ante los mandatos del nuevo rey.

Logró identificar a muchos de estos antiguos seguidores de su padre, por lo que, los liberó sin dudarlos.

— Salven sus vidas... Corran tan lejos como puedan. — Dijo Alina.

Fue entonces cuando finalmente llegó a una celda ubicada en el fondo más recóndito de los calabozos. Allí se encontraba su padre, debilitado y sin demasiadas esperanzas de vivir. Calum lo había mantenido con vida, pero no podía mostrar condescendencia con el antiguo rey, ya que lo catalogarían como débil.

El propio Gislin había intentado persuadir al vikingo para que se deshiciera de Emund, pero Calum siempre tuvo el presentimiento de que era innecesario. La intención del rey era establecer canales de negociación con algunos reinos vecinos, y tener a Emund como prisionero sería una gran ventaja para poder acceder a tratos diplomáticos con otros reyes.

Alina se detuvo frente a la celda, pero cuando intentó abrirla, los dispositivos de seguridad eran impenetrables. No podría abrirla ella por sus propios medios, por lo que, la única forma de liberar a Emund, es revelando su verdadera identidad, poniendo a prueba los verdaderos sentimientos de Calum, quien en ese momento se encuentra en batalla.

ACTO 7

La verdad en el horizonte

Tras abandonar los calabozos, Alina debía reunirse nuevamente con Calum, quien se encontraba en ese momento en plena lucha. Combatía hombro a hombro con aquellos hombres que aún confiaba en él, pero los aldeanos parecían superarlos en número de una manera inexplicable. Todos habían confiado en las palabras venenosas de Gislin, quien hasta ese momento no había aparecido para poder brindarles el apoyo que tanto les había prometido.

Aquel hombre malévolo había muerto a manos de la antigua reina y la hechicera de Einar, por lo que, una vez que se ganara la batalla en caso de ser así, habría un vacío completamente irremplazable que ninguno de los miembros de la aldea podría sustituir.

Calum era un hombre que no podía ser comparado con nadie en su entorno, tenía poder, decisión y un gran espíritu guerrero inquebrantable. Había colocado su amor por Alina como prioridad ante los deseos del pueblo de que se mantuviera la pureza en la sangre, algo que para él era absurdo.

Mientras Alina corría hacia el campo de batalla, había tomado su arco y su flecha y había hecho uso de él para derribar a una gran cantidad de guerreros. Tenía una puntería inmejorable, por lo que, sus flechas iban a dar directamente al pecho de sus adversarios, atravesando sus corazones para matarlos de manera instantánea. Era imposible que su padre saliera con vida de aquella celda impenetrable, ya que, habían sido instalados una gran cantidad de dispositivos de seguridad que solamente podría desactivar Calum.

Era momento de revelar la verdad, no importaba como fuese la reacción del vikingo, ya que, no estaba dispuesta a permitir que su padre muriera encerrado en aquella celda. Si tenía que actuar de manera impulsiva, lo haría para poder rescatar al hombre que le había dado la vida.

Calum desconoce absolutamente qué es lo que está pasando, por lo que, enfoca su atención en mantenerse con vida. Derriba a una gran cantidad de guerreros que lo atacan de manera feroz con espadas, palos y piedras, manteniéndose sólido en todo momento.

Sus ojos parecían los de un águila, visualizando todo su alrededor

identificando a cada uno de los hombres que peleaba a su favor y en su contra. Fue entonces cuando los ojos de Calum se encontraron con una escena totalmente sorprendente para él. Visualiza a Alina acercándose hacia él a un ritmo intimidante. Se abría paso entre una gran cantidad de hombres haciendo uso de su barco y su flecha, unas destrezas que eran totalmente desconocidas para él.

La impresión que generó esta escena en Calum, lo hizo bajar la guardia por unos segundos, algo que generaría consecuencias nefastas en el rey vikingo. Sus ojos veían completamente incrédulos como Alina tenía una puntería inmejorable, mientras muchos hombres caían con flechas atravesando sus corazones y sus cabezas. Esto lo dejó perplejo, lo que les dio la oportunidad a muchos de sus atacantes de acceder a él.

Fue entonces cuando la hoja de una cuchilla atravesó su costado, abriéndolo instantáneamente, mientras este soltaba un alarido de dolor que demostraba que el rey estaba a punto de caer.

Calum se desplomó sobre sus rodillas mientras su mano intentaba cubrir la herida, quedando completamente vulnerable ante un segundo ataque que generaría un segundo hombre. El hombre tenía en sus manos una daga con la que atravesaría el corazón de Calum, pero justo antes de llevar a cabo su objetivo, una flecha se incrustó en su garganta.

Alina había conseguido rescatar a Calum en el último momento, corriendo hacia él para intentar salvarlo. Al ver la herida tan profunda que se ha generado en su costado, su sangre se congeló, ya que, imaginaba la nefasta realidad que tendría que afrontar en unos pocos minutos cuando Calum perdiera la vida. El guerrero vikingo se desplomó en el suelo, cayendo en brazo de la chica, quien lloraba continuamente al ver esta escena.

— ¿Qué está pasando, Alina? — Preguntó el hombre con una voz muy débil.

Era la primera vez que Calum había mostrado tanta debilidad, por lo que, Alina experimentó un terror enorme al saber que, posiblemente sería la última vez que vería al rey respirando. No sabía si era el momento de decirle la verdad o rogarle que le revelara la ubicación de las llaves, estaba confundida.

— Te han herido. Tienes que resistir. No podré seguir adelante sin ti. — Dijo Alina mientras acariciaba el rostro del vikingo.

— Te amaré para siempre. — Dijo Calum mientras cerraba sus ojos y se

desvanecía.

Alina sabía perfectamente que le quedaba muy poco tiempo, por lo que, ordenó a dos de los guardias que peleaban ferozmente intentando defender a la pareja, que Calum fuese trasladado a su corcel.

— Llévelo a su caballo ahora mismo. — Ordenó Alina mientras ella tomaba un hermoso equino para cabalgar mientras llevaba a Calum hacia el bosque.

Todos vieron como la joven huyó del lugar mientras llevaba al rey Calum sobre el caballo negro, proyectando una huida que era sinónimo de cobardía. Muchos en aquel lugar celebraron la actitud que había tomado la joven, ya que, al existir la ausencia del rey en el lugar, todo podría asumirse como una victoria infalible.

Los hombres que peleaban a favor de Calum, dejaron caer sus espadas y se rindieron, ya que, no podían mantenerse defendiendo a un cobarde que había huido dejándolos completamente solos. No había posibilidad de que Calum sobreviviera ante un ataque como ese, por lo que, todos dieron por muerto al rey vikingo.

Alina cabalgaba a toda la velocidad que podía en su caballo, mientras guiaba el de Calum, quien llevaba el cuerpo del rey sin conciencia alguna. Se había trasladado hacia la fortaleza en donde se encontraban su madre y la hechicera, ya que, Serena sería la única persona en el mundo que podría regresar a la vida a Calum.

Conocía cuales eran las habilidades de la hechicera, y había visto como había regresado de la muerte a una gran cantidad de guerreros en el pasado. Tras ingresar a lugar montando su caballo, fue recibida por Olga, quien abrazó a su hija tras no haberlo visto en mucho tiempo.

— Hay que salvarlo. Por favor hagan algo por él. — Imploró Alina mientras corría directamente al caballo para intentar bajar a Calum de él.

Tres mujeres hicieron un esfuerzo sobrehumano para trasladar al hombre hacia una zona despejada donde podrían dejarlo en el suelo para que Serena se encargará de él. El pulso de Calum era débil y casi imperceptible, mientras que, su respiración había casi desaparecido casi en su totalidad. Estaba muy cerca de cruzar el umbral de la muerte, por lo que, Serena debía actuar rápido.

— Déjenme sola con él. Haré lo posible para salvarlo. — Ordenó Serena

mientras les pedía a Alina y a su madre que abandonaron el lugar.

La hechicera servía de materia a espíritus ancestrales para que intervinieran y pudieran salvar la vida del guerrero, pero no era posible que alguien estuviese presente en aquel ritual, ya que, los espíritus podrían adueñarse de otro cuerpo. Alina y su madre abandonaron el lugar mientras la joven de 18 años intentaba revelarle a Olga que su padre se encontraba con vida.

— Está vivo, podemos volver a estar juntos todos nuevamente. — Dijo la chica con una gran alegría.

Olga fingió una gran sorpresa, aunque ya sabía acerca de esta noticia. Sabía que su esposo se encontraba con vida, aunque no conocía la ubicación. Alina tenía acceso a este lugar, pero el hombre dependía enteramente de que Calum sobreviviera. Calum había ordenado el encierro de este sujeto bajo condiciones de alta seguridad, por lo que, si Calum fallecía, automáticamente Emund quedaría encerrado allí para siempre.

— Calum debe sobrevivir, de lo contrario, esa celda se convertirá en la tumba de mi padre y se encuentra muy débil. — Dijo Alina mientras abrazaba a su madre.

— Debes mantenerte Serena y confiar en los designios del destino. Nada de esto ha pasado por casualidad. — Dijo Olga

— No entiendo cómo puedes estar tan tranquila en una situación como esta.
— Comentó Alina.

— He aprendido a confiar en ti, has demostrado tener un corazón puro y valiente, sé que nos guiarás por el buen camino. — Dijo Olga antes de abrazar a su hija.

Mientras esto ocurría, dentro de la sala donde se encontraba el cuerpo ya casi sin vida de Calum Haakon y Serena, comenzaba a realizarse un ritual que tenía como principal objetivo regresarle la vitalidad al rey vikingo. Serena se había despojado de sus ropas y había quedado en completa desnudez, mientras realizaba una pequeña danza invocando los dioses ancestros del vikingo. Tenía que servir de materia para poder comunicarse con ellos y a través de sus manos, realizar la curación del malherido hombre.

Cada minuto era determinante, ya que, en cualquier momento Calum dejaría de respirar y sería mucho más difícil regresarlo a la vida. Serena hace un esfuerzo por comunicarse con los antiguos espíritus y conectarse con ellos,

realizando una serie de cánticos y danzas que finalmente dieron resultados. Los espíritus adueñaron del cuerpo de la mujer, acercándose directamente hacia el cuerpo del caballero, y colocando sus manos sobre la herida.

De manera casi instantánea, Calum comenzó a retorcerse de manera al feroz, mientras la herida comenzaba a sanar. Poco a poco la carne fue sanando y la sangre comenzó a desaparecer, cerrándose la herida en su totalidad después de algunos minutos. Alina había tomado la decisión correcta a llevar a Calum a este a este lugar, y aunque Serena y Olga pudieron haberse negado, sabían que el destino de la chica estaba ligado estrechamente a este hombre, por lo que, debían salvarlo.

La mujer había utilizado todas sus energías para crear la conexión entre ella y los antiguos espíritus, por lo que, después de este tipo de actos, quedaba sin una sola gota de energía.

Se desvanecía en su totalidad, desmayándose en el suelo para perder el conocimiento durante un tiempo indefinido. La respiración de Calum había vuelto a un ritmo normal, lo que le había acreditado el éxito a la mujer. Aún no había recobrado la conciencia, pero al menos, estaría fuera de peligro definitivamente.

A las afueras de aquella sala, Alina y Olga se encuentran llenas de expectativas y ansiedad, ya que no saben si el hombre ha sobrevivido o no. No sería sino hasta algunos minutos más tarde, cuando la mujer finalmente saldría de aquella sala, completamente vestida y con una sonrisa en el rostro que indicaba la confianza de haber tenido éxito una vez más.

— ¿Que ha pasado? ¿Está vivo? — Preguntó Alina mientras se acercaba a Serena.

— Está muy débil, pero sobrevivirá. — Dijo Serena mientras colocaba su mano en el hombro de la joven princesa.

Esta no pudo evitar saltar sobre la hechicera, dándole un fuerte abrazo señal de agradecimiento por haber salvado al hombre que amaba. Ya solo era cuestión de tiempo para que las cosas volvieran a la normalidad. Emund se encontraba vivo, Calum estaba a punto de recuperarse nuevamente y Alina, Serena y su madre estaban juntas nuevamente.

Muchos de los hombres que habían luchado para Calum Haakon, se encontraban como prisioneros en aquel lugar, ya que, los pobladores habían

hecho uso de toda su fuerza para poder someterlos. Ante la ausencia tan prolongada de Gislin, los pobladores comenzaron a desesperarse, ya que, era el único líder que tenían como posibilidad ante la ausencia de Calum.

El vacío de poder generaría estragos en aquel lugar, convirtiéndolo en un completa anarquía a nivel económico y social. No había ley, por lo que, los pobladores podían robarse unos a otros sin ningún castigo, perdiéndose el respeto y los valores que siempre habían existido como comunidad.

La ausencia de Calum comenzó a generar lamento en muchos de ellos, quienes preferían lanzarse al mar y huir de aquel lugar antes de vivir en una situación así. Todo por lo que había luchado el rey vikingo se había desmoronado debido a las mentiras y manipulación que había llevado a cabo Gislin. Tristemente, no sería sencillo recuperar todo el poder y control de aquella comunidad, no sin antes pagar las consecuencias.

Calum era un hombre que había confiado plenamente en el amor de Alina, y, aunque esta lo había traicionado, con la única intención de llevar a cabo una venganza brutal en la cúspide de sus objetivos, había cambiado el curso de sus intenciones tras descubrir que el corazón de Calum no era tan duro como ella pensaba.

Después de largos días de inconsciencia, Calum había despertado nuevamente, pero esta vez no reconocía el lugar en el que se encontraba, pues era la primera vez que estaba allí. Abrió sus ojos, y al ver que no era un lugar familiar para él, se desesperó enormemente.

No tenía su espada ni ningún arma cercana, por lo que, se encontraba vulnerable ante cualquier ataque. Lo último que recordaba era la escena en la que era herido un hombre, por lo que, revisó su costado para visualizar la herida. Pensó que todo había sido parte de un sueño, pues su piel se encontraba absolutamente lisa y no había ninguna cicatriz que dejara como prueba que esto había ocurrido. Calum estaba confundido, decidió ponerse de pie y caminar por el lugar para identificarlo.

Fue entonces, cuando se abrió la puerta, generando que Alina, quien se encontraba en compañía de las dos mujeres en una habitación cercana, corriera a encontrarse con el rey.

— Gracias al cielo que despertaste. — Dijo Alina mientras abraza al hombre.

Calum no entendía qué ocurría, por lo que, sintió que necesitaba una gran

cantidad de explicaciones antes de alegrarse por volver a ver a Alina.

La separó de su cuerpo de una forma fría y desinteresada, ya que, gran parte de sus problemas se debía al hecho de que Alina lo había engañado inicialmente

— Creo que me merezco muchas explicaciones. ¿Qué es este lugar y quién eres realmente? Te vi luchar con el arco, quiero la verdad... — Dijo Calum.

Alina se abrazó al torso del vikingo, ya que sabía que había una posibilidad de que después de revelar toda la verdad a Calum, todo lo que existía entre ellos se viniese abajo. Calum era un hombre que no soportaba las mentiras. Había luchado en contra de su mismo pueblo por amor a Alina, por lo que, enfrentar la cruda realidad de que todo era parte de una venganza, no sería fácil para el guerrero.

Estaba siendo el protagonista de su propia pesadilla, y ahora estaba a punto de enfrentar una realidad que era aún más atroz que cualquier cosa que jamás hubiese vivido en el pasado. El largo camino que, para Calum había estado basado en el amor, estaba plagado de mentiras y manipulación.

Estar tan cerca de la muerte le había proporcionado una visión más clara de su situación, por lo que, esto daría inicio a una serie de acontecimientos que lo guiarían a tomar la decisión más difícil de su vida: perdonar o no.

ACTO 8

El renacer de Einar

El reino de Einar se había convertido en una completa oda a la destrucción, después de la batalla campal que se había llevado a cabo, se habían destruido las tierras y cultivos que tanto trabajo había tomado cosechar.

Ante la desidia y la escasez, los habitantes de aquellos territorios habían comenzado a emigrar hacia otras tierras, ya que, con un vacío de poder tan evidente, parecía no tener forma de evolucionar sin tener la guía de un líder.

Parecía que el momento del regreso de Calum Haakon a su trono había llegado, pero este hubiese sido posible si Calum hubiese querido hacerlo. El hombre, después de descubrir la verdadera situación en la que se encuentra con Alina de Einar, ha declinado absolutamente de la idea de volver a gobernar. Ha sido muy duro para él tener que enfrentar la idea de que todo había surgido en torno a una mentira.

La única razón por la que no había actuado como un salvaje y había asesinado a Alina y a su familia, era por que esta le había salvado la vida en el último momento. El amor que sentía por la joven princesa había desaparecido momentáneamente después de que Alina reuniera el valor para confesarle toda la verdad. Calum, quien nunca había sentido una sensación tan desagradable en el pecho, no podía resistir la cruda realidad.

Alina se había infiltrado en su reino y en su corazón, enamorándolo e ilusionándolo con la idea de que habría un futuro entre ellos. Aunque para Calum esta posibilidad había desaparecido para siempre. Alina seguía existiendo un enorme sentimiento hacia el caballero, ya que se ha enamorado profundamente de Calum y no pretende renunciar a su nueva relación.

La lucha interna que ha tenido que llevar a cabo Alina de Einar para poder conseguir el valor suficiente para arriesgarse a perder al amor de su vida, es mucho más extrema que la batalla que hace ha llevado a cabo en las calles de Einar, ya que, su futuro depende totalmente de la reacción de Calum.

Fueron largos días de profundo silencio por parte del vikingo, quien aún no reunía las fuerzas suficientes para poder regresar al castillo del que se había adueñado de manera arbitraria. De alguna forma, su reinado era una completa farsa, ya que, el rey aún continuaba vivo, su hija aspiraba al trono y tanto la

reina como la hechicera eran una gran amenaza para el vikingo.

Fuerte y aguerrido, era la primera vez que se sentía atrapado como una liebre frente a las fauces de los lobos. Calum no tenía adonde ir o huir, convirtiéndose en la presa que alguna vez había actuado como cazador.

Sus continuas meditaciones y análisis de la situación se llevan a cabo con la intención de comprender como pudo ser tan descuidado y permitir que Alina se introdujera en su corazón de manera tan fácil. Era la primera vez que se abría de manera tan absoluta con una mujer y esta lo había engañado.

Lo cierto era que Calum, con el pasar de los minutos, magnificaba Cada vez más la importancia de aquella situación, ya que, había sido la propia Alina quien le había confesado su absoluto interés en desarrollar una relación junto a él y continuar el reinado de Einar juntos.

Aunque muchas cosas habían cambiado en el reino tras la llegada del vikingo, era evidente que se preocupaba por su pueblo y podía desempeñar una buena labor como rey, y esto era lo único importante para los pobladores.

Desde el punto de vista de Alina, era un excelente compañero y un guerrero que sería el esposo perfecto que siempre había esperado. El tiempo se acababa y Calum no tomaba una decisión de si liberaría o no al padre de Alina, ya que, solo perdonaría la vida de estos, pero no podría acceder a todas sus demandas. La joven princesa comenzaba a desesperarse, sabía que su padre se encontraba en un estado de salud bastante deteriorado y en cualquier momento podría colapsar.

Fue entonces cuando Alina tomó la determinación de volver al castillo y enfrentar su responsabilidad por haber generado todo el caos. Entregaría su cuerpo en sacrificio para que todo volviera a la normalidad, ya que, mientras existiera la imagen de una posible reina impura ante la mirada de los pobladores vikingos, estos nunca estarían satisfechos de ser gobernados bajo estas condiciones.

El único que podía imponerse y demostrar que era la mejor decisión, era Calum, pero la duda comienza a consumirlo cada vez más asumiéndolo en un abismo del que será mucho más difícil salir mientras transcurra el tiempo. Sin que lo notaron, Alina se marchó de la fortaleza una mañana cabalgando en su caballo, dispuesta a sacrificar su propia vida por regresarle la paz al reino de Einar.

Sentía un gran temor en su corazón, pero era una de las decisiones más seguras que había tomado jamás en su vida. Había crecido en aquellas tierras y no podía soportar la idea de que estas habían sido reducidas a cenizas y destrucción por el hecho de no haber sabido manejar su vínculo con Calum Haakon. Mientras cabalga, puede recordar todos los momentos agradables que compartió con el vikingo, dejando salir lágrimas de dolor de sus ojos al saber que posiblemente no lo vuelva a ver.

El amor que ha surgido en el corazón de Alina hacia el rey Guerrero, ha superado sus expectativas, y está dispuesta a sacrificar su propia vida por él. Mientras la joven se desplaza hacia las tierras de su familia, Calum camina por toda la fortaleza buscando calmar su mente, dándose cuenta de la ausencia de Alina al no verla en su habitación.

Sabían que no podían abandonar el lugar, por lo que, recorrió cada rincón de la fortaleza para dar con la chica, descubriendo que se había marchado. Entró abruptamente a una habitación que compartían Serena y Olga, quienes se adelantaron a las palabras del vikingo, al conocer cual era el destino de Alina.

— Tranquilo, sabemos a qué has venido. Alina está siguiendo su destino... — Dijo Serena.

Calum observó el rostro de Olga, notando que esta había llorado continuamente durante algunas horas. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos, pero la resignación podía leerse en su rostro.

— ¿Qué está pasando? ¿A dónde ha ido Alina? — Preguntó el preocupado vikingo.

Sacrificará su vida por regresarle la paz al reino de Einar. Se ha marchado al amanecer en su caballo. — Dijo Serena.

— Eso no puede ser posible. Tengo que ir tras ella. — Dijo Calum mientras abandonaba la habitación rápidamente.

Tras tomar su espada y un escudo, el vikingo corrió a su corcel negro, cabalgando tan rápido como pudo hacia el castillo de Einar. Tenía que alcanzar a la chica lo antes posible antes de que cometiera una locura, ya que, no se perdonaría que Alina perdiera la vida en una situación tan dramática como esa.

El orgullo y los miedos habían llevado a Alina y a Calum a una separación que estaba destinada a ser para siempre. Alina entregaría su cuerpo a los

pobladores de Einar, quienes se encargarían de hacer justicia por sus propias manos y determinar cual sería el mejor destino para sus tierras. Creían firmemente que la desgracia había llegado a sus vidas de la mano de la chica, quien con su sangre impura había traído la mala fortuna al pueblo vikingo.

Calum tenía la responsabilidad de proteger la vida de Alina, ya que, había sido su culpa no saber manejar los sentimientos que sentía por la joven. Al saber que todo se había tejido sobre una mentira, experimentó un dolor tan profundo, que había quedado cegado ante la idea de que la amaba de forma infinita, lo que se ve de manifiesto en sus actos.

No tiene control de sí mismo, se está dejando llevar por su corazón una vez más, el cual lo lleva tan rápido como es posible detrás de la joven princesa. Algunos pobladores ubicados a las afueras del castillo de Einar, vieron como la chica cabalgaba rápidamente pasando justo frente a ellos, dirigiéndose hacia el interior.

Esto llamó rápidamente su atención, obligándolos a correr detrás de ella, aunque no había oportunidad de alcanzarla. Cada vez fueron más las personas que se fueron uniendo a la turba de pobladores enardecidos que iban tras la chica. La habían reconocido, y al ver que había regresado completamente sola, la culparon de manera instantánea de haber asesinado a Calum Haakon.

Armados con palos, hachas y espadas, los pobladores corrían directamente al castillo, gritando improperios y una cantidad de palabras ofensivas destinadas a la princesa. Alina no tenía más opción que ponerse en sacrificio, lo que tarde o temprano liberaría a su padre si lograba ablandar el corazón de Calum Haakon.

Tras entrar al castillo, Alina abandonó su caballo y corrió hacia la parte más alta del mismo, mostrándose ante el pueblo en una terraza que solía ser el lugar utilizado por su padre para dar los anuncios oficiales. Una vez allí, se dirigió a su pueblo, un pueblo que se había transformado en esclavos de invasores vikingos, quienes ahora podían ejercer la ley por su propio puño.

— Pobladores de Einar, los dioses han escuchado sus demandas y aquí estoy.
— Gritó Alina desde lo alto de la torre.

Todos veían asombrados la actitud de la valiente joven, pensaban que esta no era digna de ser tratada como una reina. Al demostrar tanta valentía, muchos

de los habitantes del reino pusieron en duda si realmente estaban actuando de forma correcta.

— He venido a complacer sus deseos. Hoy verán morir a quien trajo desgracia a sus tierras. Tierras que fueron las de mi padre y ustedes mancharon con sangre. — Dijo la joven, mientras sus palabras golpeaban el rostro de cada uno de los oyentes de forma masiva.

— Si quieren verme morir, tendrán que luchar para hacerlo. Mi padre me educó como una guerrera, y moriré peleando hasta el final. — Dijo Alina mientras sacaba su arco y su flecha.

La princesa estaba dispuesta a darles la posibilidad de quitarle la vida con sus propias manos, pero no les haría la tarea sencilla, ya que, sentía que debía morir con honor. Aunque muchos bajaron sus armas al valorar la valentía de la princesa, muchos ignoraron sus palabras y se dejaron llevar por la ira y el rencor, ingresando a brutalmente al castillo para llegar hasta la torre en donde se encontraba la princesa.

Eran cientos de hombres quienes habían decidido asesinarla, por lo que, los minutos de vida para Alina de Einar estaban contados. Aunque muchos habían dejado que sus sentimientos de odio los guiaran, otros simplemente se quedaron petrificados viendo como habían cometido un grave error al juzgar a la chica de una manera tan errada. Serían testigos de la muerte de una joven inocente que podría haber llevado su pueblo hacia la gloria, por lo que, la culpa hace que muchos de ellos se desplomen en sus rodillas.

Las lágrimas caían desde los ojos de mucho de los pobladores hacia el suelo, parecía que habían comenzado a limpiar la tierra. Toda la sangre que había sido derramada en el que el lugar había marcado la zona como maldita, pero esta maldición podría limpiarse fácilmente con las lágrimas de arrepentimiento de aquellos que habían generado tal cantidad de violencia.

Esto había sido determinado por el hechizo que había lanzado Serena sobre aquellas tierras tras la invasión vikinga, por lo que, el acto de sacrificio de Alina de Einar había dado resultados, aunque esta no conocía que debía ser así.

El destino había movido sus hilos de manera perfecta para que todo se llevara a cabo tal y como debía ser por lo que, los actos de Alina darán un nuevo inicio a aquel reino que había caído en desgracia, pero que necesitaba ser

limpiado de cualquier forma.

Solo una puerta de madera separa a Alina de la turba de hombres enardecidos, quienes están seguros que, con la muerte de Alina, volverán a florecer los cultivos y la paz volverá a el reino. La joven tiembla de terror, pero está segura de que está tomando la mejor decisión. No está dispuesta a implorar piedad o condescendencia, ya que, luchará contra aquellos que le desean la muerte hasta el último respiro, tal y como lo hizo Calum.

Todos golpeaban las puertas de manera brutal, intentando traspasar la barrera para acabar con la chica de una vez, quien apuntaba con su arco para traspasar con su flecha al primero de los hombres que osaran salir a atacarla. Su concentración es absoluta, pero la voz que retumbó en todo el reino, llamó su atención inmediatamente.

— ¡Alina! No lo hagas. — Gritó Calum mientras se detenía frente al castillo cabalgando su corcel negro.

— ¡Está vivo! ¡No es posible! Murmuraban muchos pobladores que veían con incredulidad la aparición de Calum Haakon.

Todos aseguraban que el rey vikingo estaba muerto, por lo que, su aparición repentina parecía un acto sobrenatural generado por los dioses.

— ¡Baja ese arco y esa flecha! Tú no eres una asesina. — Dijo Calum.

Alina estaba completamente sorprendida al ver la aparición del vikingo, pues pensaba que no tenía ninguna importancia para él. Alina, ante aquella cantidad de emoción, se dejó caer en sus rodillas y comenzó a llorar, mientras Calum ingresaba al castillo para intentar controlar a la turba de hombres.

Cuando ya creía que no tenía más oportunidad, los golpes en la puerta de madera cesaron. Esto le dio una clara señal a Alina de que los hombres habían cedido ante las demandas de Calum.

Pero este pensamiento desapareció para siempre cuando de pronto la puerta cayó al suelo de un solo golpe brutal, obligándola a cerrar los ojos ante el miedo, sabía que la muerte estaba por alcanzarla. Esperando la embestida de aquel grupo de hombres violentos, la chica se mantiene de rodillas intentando mantener la serenidad ante el ataque.

Pero en lugar de esto, unas manos se colocaron sobre su rostro de manera suave, siendo Calum quien entraría al lugar para reencontrarse con la

princesa. Alina, al sentir unas manos conocidas, abrió sus ojos y al encontrarse con el rostro del vikingo, no pudo evitar saltar en sus brazos y aferrarse fuertemente a su torso. El guerrero la rodea con sus brazos, protegiéndola totalmente mientras esta se ahogaba en lágrimas.

— Todo está perdonado... Lamento haberte juzgado — Susurró Calum antes de besar la cabeza de la chica.

— No debí mentirte. Te amo tanto... — Dijo Alina.

— Vamos, debemos liberar a tu padre. — Dijo Calum mientras tomaba a la chica de la mano.

Tras llegar a los calabozos, Alina sentía un profundo miedo al imaginar que su padre ya no había resistido más. Cuando liberaron las cadenas y seguros que mantenían al hombre cautivo, ingresaron a un celda maloliente y húmeda.

— Siento mucha vergüenza de haber mantenido tu padre todo ese tiempo en este lugar. — Dijo Calum.

La chica ha buscado incansablemente al viejo hombre, encontrándolo desvanecido en el fondo de la celda. Emund apenas tenía conciencia, pero ya se encontraba en un estado muy deteriorado.

El propio Calum cargaría en brazos a Emund, llevándolo hacia su caballo para trasladarlo a la fortaleza donde aún se encontraban Serena y Olga. Un nuevo ritual de sanación se llevaría a cabo, esta vez para salvar la vida de Emund, quien debía volver al trono lo antes posible.

Calum cedería de nuevo la corona al antiguo rey, ya que, el tesoro más importante para el vikingo era tener a su lado a Alina de Einar. La fusión de los dos pueblos generó controversia en los reinos vecinos, ya que, aunque no habían intervenido, no podían creer como un pueblo tan refinado como el de Einar había podido fusionarse con hordas vikingas.

Esto había generado como resultado, una raza mucho más poderosa que reinaría de manera incomparable durante los años siguientes, ya que, contaban con el conocimiento de la tecnología del reino de Einar combinado con la fuerza y la audacia de los vikingos.

Alina y Calum se unieron en matrimonio. Habitaron en el reino de Einar hasta el final de sus días, llevando gloria y riquezas a todos sus habitantes,

quienes vivieron en libertad y plenitud gracias a la lucha de estos dos guerreros por el bienestar propio y de sus pueblos.

Princesa Desvirgada

Sumisa y Matrimonio de Conveniencia con el Rey Millonario

1

Necesito tener el control, no es sano para mí, me consume, me carcome cuando una situación no está bajo mi poder. Debo de salir de esto, pero desconozco la causa de ello y me es imposible vencer algo que no conozco.

Es mucho más difícil de lo que parece, el peso que lleva convivir con ello. Sin embargo, me agrada, me gusta tener poder y que tiemblen al oír mi nombre.

Me ha traído beneficios de los que jamás podría quejarme—riqueza, amigos y fiestas incontables; tantos esclavos y servidumbre que no me es necesario mover un solo dedo en mi gigante y lujoso castillo; he tenido tantas mujeres en mi cama dispuestas a hacer cualquier cosa que les pidiese, todo reino que he pisado lo he conquistado... El sueño de cualquier hombre sin duda alguna.

Pero sin todas esas cosas, ¿quién soy? ¿Qué me queda?

Quiero más, necesito más, algo me falta. Y ese algo impide que me sienta completo.

Pero sigo sin descubrir qué es ese algo.

* * * *

Mi nombre es Alena, y se acerca mi cumpleaños número veintiuno. Vivo en el Reino de Aragón, aquí nací, crecí y hasta ahora vivo, es todo lo que conozco, ni más ni menos. Sueño con salir de aquí y conocer el mundo, más allá de lo que narran los libros, quiero verlo con mis ojos y respirar un aire diferente.

Mi padre es el Rey Ignacio, y mi madre la Reina Felicia, lo que me convierte a mí en una princesa. *La princesa del Reino de Aragón*. Un título del que no me gusta alardear.

Fui criada por dos personas maravillosas, en un hogar en el que nunca me faltó amor. Un lugar hermoso con paredes interminables, cuyos techos son tan altos que dan la impresión de ser el cielo mismo; personas amables en cada esquina del lugar, entre guardias y personal, a quienes siento como mi familia; tantas habitaciones que, si te descuidas, te pierdes; con jardines tan verdes y floreados que parecen una misma obra de arte—se le debe al Sr. Piterson, quien es el autor de ello.

Un señor mayor de unos cincuenta y cinco o sesenta años, con cabellos grises y una gran calva, que hace juego con una gran barriga que lleva. Él es el encargado de las áreas verdes del castillo, y el responsable de que las mismas se armonicen en perfecta sincronía.

Ha sido muy bueno conmigo, desde que era una niña, y corría por aquellos largos caminos verdes. Muchas veces descalza, aunque a veces se molestara conmigo por arrancar una que otra de sus preciadas flores. Ya no lo hago, claro está, pero debo admitir que varias veces llegué a salirme con la mía.

También está la Sra. Bernie, como diminutivo de Bernadette, apodo que fue otorgado por el personal de la cocina, y me han permitido conocer; a diferencia de mis padres, quienes no creo que tengan idea alguna de ello, pues suelen llamarla por su nombre completo, y en complicidad con Bernie no hago uso de él en presencia de ellos.

Bernie es la ayudante principal de la cocina. La distinguen su contextura rellena, con una piel pálida y una mirada que solo transmite dulzura. Cada vez que la abrazo puedo darme cuenta de todo el amor que tiene para dar aquella mujer.

Suele ayudarme a preparar comida para donar a las personas del pueblo y a la iglesia. Cuando era pequeña me concedía todos los dulces que pedía, aun a altas horas de la noche, incluso cuando ya la cocina estaba cerrada, solo por ver una sonrisa en mi rostro. No me había dado cuenta hasta ahora el riesgo que corría solo por complacerme. *Oh Dios, ahora aprecio aquello aún más.*

Supongo que ella podía ver en mí, a su hija, contemporánea con mi edad, quien la esperaba en casa. Años después, Bernie comenzó a llevar a su hija Lucia al palacio para que jugáramos juntas. Ella pudo ver la falta que nos hacíamos la una a la otra... Sabía lo que hacía, puedo decir.

Y así fue como Lucia, a pesar de que en un comienzo peleábamos, y de ser ella en principio la causante de mis disgustos y lágrimas por peleas tontas de niñas, por muñecas o carreras, se ha convertido hasta hoy en mi mejor amiga, mi cómplice y quien siento como una hermana. Al crecer Lucia empezó a trabajar en el castillo, y por las noches solía contarle sobre todo lo que había leído y aprendido en el día mientras ella disfrutaba de escucharme.

Lucia tiene largos cabellos oscuros que combinan a la perfección con su tez cálida y unos grandes ojos marrones, capaces de descifrar qué pasa por mi mente en segundos; al crecer la naturaleza la dotó con un cuerpo curvilíneo, que ni siquiera el uniforme es capaz de ocultar.

* * * *

No tardé mucho en darme cuenta que ese mundo que tanto deseaba conocer estaba allí mismo cerca de mí, o por lo menos una buena manera de empezar. Tenía la respuesta en mis narices, y la había conseguido. ¡Visitar el pueblo! Pueblo que se supone algún día reinaría; conocerlo, sentirlo como parte de mí, y con ello a todos los que de alguna manera forman parte de él.

Pero eso sí, sin la presencia de mis padres; a diferencia de veces anteriores, es algo que quería hacer sola. Sin embargo, Lucia se ofreció a acompañarme al menos las primeras veces, por miedo a que me perdiese o algo malo pasara, y accedí.

Con el pasar del tiempo se convirtió en una acompañante fiel a mis visitas, que cada vez se hacían más habituales, y de alguna forma no solo apreciaba su compañía, sino que la valoraba.

Necesitaba eso—conocer más, más personas, más cultura; quería hacerlo, saber más, aprender más y de todo lo que fuese posible. Lo deseaba tanto. Hay tanta sabiduría oculta en quien menos pensamos, por ello no debemos cerrarnos a las posibilidades ni mucho menos al conocimiento.

Al poco tiempo ya conocía todas sus calles y negocios; personas como el Sr. Rebigio, un señor de mediana edad, de tez pálida y cabellos rubios, quien tenía un puesto de frutas en el pueblo, junto con sus dos niñas, quienes siempre me preguntaban cosas sobre el castillo y se fascinaban aún más con las respuestas.

Supongo que de alguna forma podían visualizarlo mejor. Y la Srta. Maggie, de unos treinta y tantos, bastante guapa, con unos expresivos ojos verdes, quien tenía una mesa en la plaza y se ganaba la vida usando una tela en el cabello, leyendo las cartas del futuro a las personas; siempre me reía con ella pues en mis cartas veía que me casaría con un hombre muy rico. Aun no tenía planes de casarme en mi futuro y ante la idea no podía más que soltar una que otra carcajada.

Procuraba en mis visitas nunca ir con las manos vacías, siempre llevarles algo, y a cambio ellos me regalaban las sonrisas más sinceras que jamás había visto, y nada puede compararse con aquello. Yo los necesitaba y ellos a mí.

No me veían como una princesa, y no quería eso, no quería que estuviesen preocupados por tener las normas de cortesía correctas o se mostrarán nerviosos con mi presencia—lo que más deseaba es que fueran ellos mismos. Y así fue, ellos veían en mí a Alena, quien soy en realidad. Más que el lugar en el que me crié o quienes eran mis padres, y eso me hacía sentir alegre por todo lo que compartía con ellos en cada encuentro.

Entre más crecía, mis padres me exigían mucho más de mí misma. Mi madre me preparaba para convertirme en la princesa que todos esperan, y algún día una Reina digna, cortés, educada, elegante, respetuosa y justa—como si no hubiese estado toda mi vida preparándome para ello. *Una Reina como mi madre.*

Al tiempo llegó al castillo una institutriz, alguien quien en efecto estaba allí no solo para darme consejos de cómo comportarme o normas de cortesía, eran clases de preparación para mi futuro.

Se percibía una mujer rígida, llamada Ronda—Srta. Ronda—de piel tan pálida como el papel, un rostro fino y pómulos bien resaltantes, enmarcado por una cabellera dorada, y bien vestida todo el tiempo. Se esbozaba apenas una pequeña sonrisa al hablar en su rostro, casi imperceptible, pero yo podía notarla.

Se presentó conmigo y procedió a explicarme lo que haríamos los siguientes *meses*. Dejando esa palabra colgando. Lo cual hizo eco en mi cerebro—*meses*. No era una visita de una vez, ella estaba allí para quedarse, ¿quién sabe por cuánto tiempo?

Al día siguiente empezaron de lleno las clases—o debería decir correcciones, pues esa mujer no hacía más que señalarme lo mal que hacía las cosas, lo cual me irritaba y noté que a ella aún más. Nunca pensé ser una mala estudiante, pero complacerla era exhaustivo. Sentía que nada la hacía feliz, y su frustración caer sobre mí.

Me preguntaba, si con todas las alumnas que había tenido habían resultado las cosas así, ¿qué estaba mal conmigo en ese caso? O si, por el contrario, si era primera vez que hacía esto, ¿no debía tener más paciencia? No lo sé, estaba confundida.

Una tarde estaba aprendiendo la técnica de los mil cuchillos y tenedores que colocan en la mesa a la hora de la cena, lo cual para ella parecía muy importante y yo lo veía como lo más tonto—había otras prioridades. Pensé en Harry, mi amigo huérfano que se sienta en las escaleras de la iglesia. Él debió estar esperándome todos estos días en que no había ido a verlo.

Estaba inmersa en mis pensamientos cuando la Sra. Bernie se aproximó a mí para retirar un plato, levanté mi brazo, y sin darme cuenta terminó en el suelo hecho pedazos.

El ruido de la porcelana golpeando contra el suelo hizo eco en la habitación, pero estoy segura de que solo allí se escuchó, debido a lo grande de la misma. La Srta. Ronda—o debería decir Srta. Irritable—se alteró en contra de la Sra. Bernie, vociferando palabras hirientes y groseras. Cuando iba a defenderla, Bernie no dejó espacio alguno para ello, respondiéndole de manera calmada y muy educada, debo agregar.

— Señorita Ronda, recuerde que usted como yo somos trabajadoras, y estamos para servir de maneras diferentes a la señorita Alena. Recuerde que no soy yo su alumna, por lo que no puede darme indicaciones o reprenderme mis acciones, ni mucho menos un accidente.

Al término de recoger los trozos más grandes de porcelana puso en marcha su camino de

vuelta a la cocina. Dejando a la Srta. Ronda helada por las palabras que acababa de escuchar. Puedo jurar que tenía mucho tiempo sin que alguien respondiera así a uno de sus regaños.

* * * *

Fue cuestión de tiempo para adaptarnos la una a la otra. Luego de aquel accidente con Bernie, algo en la Srta. Ronda cambió—su carácter mejoró y puse también de mi parte para escucharla con más atención y hacer las cosas como ella quería, o al menos parecido.

Las clases no eran malas, en realidad aprendía. Entre menos resistencia tuviera a ello, más sencillo y fácil resultaría para ambas, pero llevaban mucho tiempo; gran parte del día se escapaba cada vez más en ellas, disminuyendo por mucho mi tiempo libre y con ello mis visitas al pueblo.

Hasta que acabaron por completo. Teniendo en mis manos la capacidad de ayudar no solo a mis padres sino al pueblo, ¿cómo podía quedarme de brazos cruzados? Lo encontraba inconcebible y cargaba con la culpa de no tener espacio para ello en mis días. Ellos se lo merecen, son personas alegres, bondadosas, y honestas, que abrieron sus corazones conmigo y me dieron un espacio en sus vidas, como yo a ellos en la mía.

Tenía la firme obligación de encontrar la manera de ayudar, y estaba convencida de ello—y *no precisamente porque los libros lo dijeran*. Ojalá mis padres entendiesen que no todo está en los libros, pero se negaban a reducir las clases de la institutriz, alegando que, con el paso del tiempo, sería lo mejor para mí. No estaba de acuerdo, no era justo. Ni para mí, ni para el pueblo.

Me dediqué de lleno a mis clases y lecturas, en las cuales encontraba consuelo de alguna manera. Bernie y Lucia escuchaban mis lamentos y compartíamos anécdotas de personas del pueblo, lo que en realidad me llenaba de nostalgia.

* * * *

Pasaron los días cuán rápido como cambian las hojas de otoño, y entre más se acercaba la fecha de mi cumpleaños, rumores corrían de un lado a otro, dando entrada a los preparativos; y se observaba la algarabía del reino, quienes se entusiasmaban ante los acontecimientos del castillo, mientras a mí me inquietaban todos los pasos que faltaban por completar.

Una lista que parecía interminable y me impacientaba excluir cosas cada día pero, al contrario, se agregaban cada día más y más, lo que solo colaboraba con mi estrés y me impedía visitar aquellos viejos amigos que tanto extrañaba.

Entre elegir el menú de aquella noche; la música que se escucharía, la cual debía agradar a los invitados; las flores que servirían a la decoración, de modo que debían hacer juego con las cortinas que cubrirían los largos vidrios de las ventanas; discutir el número de mesas y sillas y su distribución en el salón, en conjunto con el número de invitados; y no solo las telas que tendrían que tener los manteles y respaldares de las sillas, también las servilletas y vajillas de las cuales se haría uso; y un sinnúmero de toma de decisiones que me resultaba bastante abrumador, entre tantas opciones que me eran presentadas.

Me encontraba exhausta, debía estar presente en todas aquellas *grandes e importantes* decisiones, según mi madre.

Es, sin duda, el cumpleaños cuya organización había sobrepasado mis límites, o quizás era el evento en el que más se había solicitado mi presencia al ser mayor conforme los años trascurrían. Prefería cuando era mi madre quien se encargaba de todos estos largos e interminables procesos. Llegué a pensar en terminar con esto, pero aquello no era presentado entre mis tantas opciones.

Por las noches, si no era vencida por el cansancio y el agotamiento producto de mis largos días, recordaba las risas, aventuras, conversaciones e historias y momentos que compartía con las personas del pueblo en aquellas oportunidades. El mayor regalo de cumpleaños sería verlos nuevamente. Es así como visualizando sus rostros y sonrisas permanecía tendida en mi cama, hasta que lograba conciliar el sueño.

Sin duda alguna, todos ellos deben asistir a tal celebración—*no podían faltar si todos mis días pensaba en ellos*. Aunque sería difícil convencer a mis padres, estoy segura en lograrlo, tienen que concederme este regalo. Es mi cumpleaños, ¿cómo podrían negarse a tal petición?

* * * *

Llegó el día que por tanto tiempo esperé—tomar las medidas de mi vestido.

No solo era una de las cosas que más me emocionaba por ser la prenda que llevaría aquel día—se traducía en visitar el pueblo, una solicitud que hice a mis padres de manera que lo confeccionara una modista del pueblo. Si bien mis padres en principio tuvieron resistencia ante la idea, fueron convencidos por la Sra. Bernie—o Bernadette como se dirigen a ella—accediendo solo si podían acompañarme. Me pareció justo y en parte nostálgico que quisieran estar conmigo en aquel momento.

Mis padres sentían mucho amor por mí al ser su única hija, y sé que en el fondo solo tenían buenas intenciones y deseaban lo mejor para mí. Pese a que en ocasiones no lo demostraban de la mejor manera, estoy agradecida por ellos. Confío en algún futuro poder retribuirselos.

Al llegar al pueblo fuimos recibidos con aquel amor que tan natural se me hacía y tanto extrañaba. Todo el pueblo nos saludaba y los padres cargaban a sus hijos en hombros para que alcanzasen a ver. Me encontraba tan ansiosa de abrazarlos a todos; contarles sobre todo lo que estaba ocurriendo en el castillo a las hijas del Sr. Rebigio, para que no tuvieran que conformarse con los rumores que se escuchaban por las calles.

No pude ocultar la emoción de mis padres. No estoy segura de sí fue a causa de ser muy transparente o de lo bien que me conocían. Mi padre me habló con una gran sonrisa mientras abrazaba a mi madre, de modo que tuve que apartar mi vista de las personas, para dedicarle a él mi atención.

— Te has encariñado con tu pueblo Alena, y estoy orgulloso de eso. Me recuerdas a tu madre cuando era más joven.

— Cuidado con lo que dices Ignacio, si me llamas vieja no dormirás en mi cama— respondió mi madre de manera juguetona.

Mi padre siguió hablando, haciendo caso omiso del comentario de mi madre, lo cual sabía era en broma.

— Puedo ver en tus ojos cuan comprometida estás a la causa—me dijo con calidez—. Vas a ser una gran Reina, no pierdas nunca tu autenticidad.

Aquellas palabras de mi padre me habían llenado de alegría y júbilo. Que me comparara con mi madre años atrás y pensara que seré una gran Reina me hizo ensanchar el corazón. Mi padre era un hombre de pocas palabras y demostraciones de afecto, por lo que llevaría conmigo siempre esa declaración.

Pero se encontraba equivocado. No era *una causa*, era más que eso. Eran personas como nosotros, que tenían una familia, un hogar y sueños. Mis amigos. Sus vidas valían quizás incluso más que las nuestras.

Le di las gracias, advirtiéndole que nadie nunca podría ser una mejor Reina que mi madre.

Y para cuando volví mi mirada, la Sra. Bernie me explicaba que ya habíamos llegado al taller de la modista, quien nos esperaba pacientemente.

Nos apresuramos en adentrar nuestro paso a aquel pequeño y lindo taller que parecía uno de aquellos descritos en los cuentos. Tenía la impresión de tener muchos años allí, con enredaderas que cubrían sus cortas paredes grises, y un techo lleno de tejas rojas. Traté de detenerme a apreciarlo unos cuantos segundos, pero Bernie me hizo hincapié en entrar rápido, debido a que ya estaban esperando por nosotros.

Al entrar fui recibida por un gato tan gordo que parecía costarle caminar. Pasó por entre las

piernas de mi padre, estirando su cola y maullando en cuanto fue regañado por quien suponía era la modista—una señora muy pequeña y bastante anciana con cabello corto y gris, bañado en su abundancia por canas. Lo comparé al instante con una bola de algodón y sonreí ante tal pensamiento.

— ¿¿Qué te he dicho de respetar a las visitas que llegarían hoy Fredu?! ¡Vamos! Discúlpelo, nunca aprende, es como si no me escuchara.

Mi padre tuvo que hacer un gran esfuerzo en contener su risa, y yo al verlo tuve que hacer lo mismo, mientras mi madre nos regañaba con la mirada.

Acto seguido la señora saludó a Bernie, quien la presentó con nosotros.

— Les presento a la Señora Clotid, ella es la mejor modista del pueblo.

— Por no decir la única—agregó Clotid inmediatamente, guiñándome un ojo.

Lo cual de ninguna manera tranquilizaba a mi madre. Aunque no la viera, sé que ante el comentario debió haber colapsado su sistema nervioso.

Hizo una reverencia ante mis padres y, sin darle tiempo, tendí mis brazos y la abracé, tomando su frágil y pequeño cuerpo entre mis brazos aspirando su olor a vainilla y jengibre—acto que hizo que Clotid se sorprendiera, llevando un ligero rubor a sus mejillas.

Clotid nos invitó a sentarnos en su pequeña sala de estar, explicándonos cuán emocionada estaba de habersele tomado en cuenta para realizar este atuendo tan especial, e insistió en que comiéramos las galletas que había preparado para nosotros aquella tarde—eso explica el olor a vainilla y jengibre, pensé. Estaban crujientes, por no decir demasiado secas, pero devoré todas las de aquel plato, para no herir los sentimientos de Clotid, y porque me estaba muriendo de hambre.

Luego de treinta minutos de charla y presentaciones, Clotid no perdió el tiempo en tomar mis manos para levantarme y tomar mis medidas, sin siquiera escuchar las ideas sobre el vestido, alegando que vendrían después.

Le pregunté si todo el plato de galletas no influiría en las medidas, y todos en aquella pequeña salita rieron como si lo hubiese dicho el bufón real. Era una pregunta seria, pero decidí no darle importancia.

Clotid estuvo feliz con mis medidas, a las que nunca di mucha importancia. Buscó papel y lápiz y dibujó una silueta en que la que decidiríamos como sería el vestido—o eso pensé. Clotid escuchó mis ideas, y las de mi madre, pero pocas fue las que tomó en cuenta. A mi madre la desesperaba, y yo trataba de tenerle paciencia. Al terminar el bosquejo debo admitir que quedé impresionada. Nunca antes había visto otro igual o siquiera parecido y mi madre hizo unos cuantos comentarios, pero añadió que también se había fascinado con su diseño.

No sé cómo aquella mujer aún tenía tanta fuerza en aquellas pequeñas manos, eso me demostraba lo fuerte que era. La admiraba y tenía aún más deseos de que fuera ella quien

llevara a cabo la confección de mi vestido.

Antes de despedirnos, hablamos sobre las telas, y Clotid nos habló de un pequeño lugar a las afueras donde siempre encontraba las telas más hermosas. Convinimos en enviarla en unos cuantos días, con personal del castillo que la acompañase, y Bernie ofreció a que fueran ella y Lucia quienes fuesen, con lo cual estuve de acuerdo. ¿Quién mejor que Lucia para asegurarse que combinase con mi estilo, sin importar si combinaba o no con las cortinas y flores?

Y así emprendimos nuestro camino de vuelta al castillo, donde seguramente me esperaban tareas que completar y la Srta. Ronda con otra clase de cómo cruzar los pies al sentarse.

2

Llegó el día de mi cumpleaños, y estaba sumamente aliviada de que toda la presión terminara después de este día. Mi madre había aceptado tener cinco invitados del pueblo, y todas las invitaciones habían sido enviadas. Me parecía un número razonable en vista del gran número de personas que asistirían; no obstante, me hubiese gustado invitar a más gente del pueblo y no a todas esas personas. Debía conformarme con aquello.

Mi última prueba del vestido había sido hace una semana y debería haber llegado ayer, pero la Sra. Clotid se retrasó por causa de que su gato había enfermado. Sin embargo, aseguró tenerlo listo. Y no puedo explicar cuán ansiosa estaba por verlo.

El castillo comenzó a llenarse de mucho personal y congestión, pero ya nada estaba en mis manos, pues había delegado muy bien las actividades. El día transcurrió rápido, con uno que otro inconveniente. Claro está, nada que no pudiese ser solucionado.

Por la tarde comenzó mi última inspección de campo, acompañada por mi madre, y al terminar correspondería subir a arreglarnos.

Esperé que mi vestido llegara, impaciente por verlo, y fui sorprendida por la llegada de Clotid—quien insistió en traerlo personalmente. La recibí alegre, y ella se encontraba animada y ansiosa por ver en mí su diseño.

Tomé una larga ducha y corrí a probármelo. Se ajustaba a la perfección en los lugares que correspondía hacerlo, realzando mis hombros y cintura, descendiendo sutilmente en una tela tan suave que al caminar parecía flotar. Era de un color vino que realzaba mi piel, haciéndola lucir tan blanca como la nieve.

Clotid se sentía muy orgullosa de su trabajo y me explicaba que era un sueño para ella que uno de sus diseños lo usara una princesa, lo que me confirmaba que tomé la decisión correcta con dejarle esta encomienda. Sin duda, nadie podría haberlo hecho mejor. La abracé y le di las gracias. Me sentía deslumbrante.

Decidí recoger mi cabello de un lado, dejando que mis rizos dorados descendieran en mi hombro derecho. Siempre ayudada por Bernie y Lucia, claro está, quienes estuvieron de acuerdo conmigo en usar un maquillaje sutil, enfocándolo en mi mirada, para que realzara mis ojos color miel. Decidí no llevar joyas pues no quería quitarle atención al vestido.

Lucia me abrazó mientras apartaba su mirada para detallarme, en lo que asentía su cabeza en señal de aprobación.

— Te ves hermosa Alena, el vino sin duda fue la mejor elección que pudimos hacer—expresó Lucia.

— Gracias a ti, y a Bernie, y sin duda a Clotid, puedo sentirme hermosa esta noche. Pero recuerden no es solo mi noche, es la noche de todas. Hoy ustedes son mis invitadas de honor, se los debo todo a ustedes, desde que era una niña—contesté.

Bernie se acercó a mí, y secó la lágrima que estaba por caer a mi mejilla.

— No llores dulzura, así solo arruinarás tu maquillaje.

Mi padre tocó la puerta y lo invité a pasar, en lo que Bernie y Lucia decidieron dejarnos a solas para terminar de prepararse en sus habitaciones.

— Con su permiso—expresaron al ver a mi padre. Y así se perdieron de mi vista luego de la puerta.

Al verlo, pude ver cuánto orgullo sostenía su sonrisa.

— Te ves radiante, hija mía, pero no llevas ninguna joya y no podemos permitir que una princesa no lleve joyas en su cumpleaños.

Acto seguido sacó una pequeña cajita de su bolsillo, donde se encontraba un hilo dorado tan elegante y sencillo, que era perfecto. No podía protestarle.

Me volteé, despejando mi cuello, y dando paso a que mi padre me lo colocara. Le agradecí a mi padre y caminé para verme en el espejo.

— Te queda hermoso, hija, aunque tú, cariño, podrías opacar a cualquier joya brillante esta noche. Te dejo, me uniré a tu madre allá abajo. Cuando estés lista, te estaremos esperando.

Me retoqué el maquillaje y bajé.

* * * *

Al entrar en el salón solo pude notar cuan abarrotado estaba de personas. Parecía que nadie había rechazado la invitación. Me sentí satisfecha al encontrar a mis padres entre tanto bullicio, tras primero recibir unos diez abrazos y veinte felicitaciones entre algunos invitados conocidos y otros no tanto.

— Estás incluso más hermosa que como te dejé hace quince minutos—añadió mi padre, recibéndome en un abrazo.

Abracé a mi madre, a quien no veía desde esta tarde

— ¡Alena, feliz cumpleaños! Espero estés feliz con como resultó todo ésta noche. Valió el esfuerzo después de todo. Estás preciosa. Pareces una de las princesas de las que hablan en los cuentos de hadas—añadió.

Mis padres me recibieron con amor, y me señalaron que debía subir a un pequeño escenario improvisado, en donde se encontraban los músicos, para darles la bienvenida a los invitados.

Pero no quería. No quise hacer una entrada ostentosa, cual si fuera un baile de princesas.

Iba a fijar oposición, pero rápidamente mi mente deshizo el pensamiento y pensé—*en cuanto antes acabes con esto, podrás deshacerte de algo más.*

Procedí a subir el escalón del escenario con ayuda de mi padre—por los altos zapatos que llevaba—, y allá arriba pidió a los músicos que pararan.

El sonido de la música pausó, y todas las vistas se posaban entonces sobre mí. En ese momento solo podía pensar, *¿qué es lo que había aceptado hacer?*

Respiré profundamente y recordé a mi padre. *Conserva tu autenticidad.*

Dejé fluir las palabras, confiando mi lengua en mi cerebro.

— Queridos invitados, quiero empezar por agradecerles a Dios, a mis padres, a las personas que hicieron posible esta celebración, y a quienes se encuentran trabajando para que tengamos una gran noche. A todos los presentes, por acompañarme en esta noche tan especial para mí. Su presencia es sin duda una alegría para mí.

>>Dándole la bienvenida a una nueva etapa de la vida, la cual me ha permitido crecer en todos los aspectos, porque ahora tengo más herramientas que me permitirán ayudar. Todo lo que damos, de alguna manera, vuelve a nosotros. En ello radica la esencia de la vida. Me siento muy agradecida de todo corazón por tener la oportunidad de compartir con ustedes esta maravillosa noche la cual espero disfruten, pues fue diseñada para ese fin. ¡Disfruten, y pásenla excelente!

Luego de una ronda de aplausos, cedí el protagonismo al maestro de la orquesta, y un caballero del público me ayudó en mi descenso del escenario.

Un discurso bastante largo para mi gusto, debo reconocer, pero quería que todo el trabajo puesto en esta noche fuera reconocido. Todos se merecían ese aplauso, incluso los invitados, al hacer un espacio en su día para asistir esta noche. No solo yo por ser mi cumpleaños.

Seguí mi camino a lo largo de la noche por el salón, recibiendo abrazos y elogios; saludando; entablando conversaciones con viejos amigos de mis padres. Uno que otro momento mi mente se dispersaba para admirar lo bien que se veía todo.

* * * *

A mitad de la noche fui interceptada por un hombre.

Por su aspecto, podía decir que me llevaba quizás unos diez años. Tenía unos ojos cafés, ojos que transmitían algo oscuro. Una cabellera tan negra que solo podía hacer que su piel luciera más blanca de lo que era. Su rostro terminaba con una barba bien poblada, y era tan alto que incluso con tacones me sentía pequeña ante él.

Decidió presentarse.

— Mucho gusto. Mi nombre es Alexander. No he podido apartar mi vista de ti en toda la noche... Tu discurso estuvo estupendo—añadió.

¿Qué estaba tratando de expresar? No lo sabía, y sin duda no quería averiguarlo.

— Es un placer Alexander. Gracias por el cumplido sobre mi discurso—decidí ignorarlo de manera cortés.

— ¿Y qué hay del otro cumplido?—espetó—. ¿O es que acaso no sabes lo bien que acentúa tus curvas ese vestido? Dicen por ahí, que el rojo es el color del pecado.

¿Quién se creía para hablarme de esa forma? ¿Y si alguien estaba escuchando aquello que me estaba diciendo?

— Encuentro incorrecta su manera de dirigirse hacia mí, o lo que llevo puesto. Por fortuna para mí, el vestido es vino, no rojo. Y si me disculpa, me tengo que ir—repliqué.

Tenía una mirada desafiante y juguetona a la vez. En parte me daba miedo y en otra curiosidad. ¿Quién era este hombre?

Dándole la espalda al hombre misterioso, dispuesta a proseguir mi camino, me topé con mis padres.

— ¡Alena! ¡¿Ya has conocido al Rey Alexander?! Hemos estado buscándote toda la noche para que se conozcan. Es una casualidad tan linda que terminaran estando tan cerca—expresó mi madre.

Me voltéé para encontrarme con este hombre, con una postura erguida y natural, como si no acabásemos de tener una conversación inoportuna.

— Claro que sí Felicia, Alena me decía que por desgracia tenía que irse pues solicitaban de su presencia en otro lugar. No me dio ni tiempo de felicitarla—añadía mientras se encogía de hombros.

¿De veras?

— ¡Tonterías!—mi madre me tomó por el brazo, acercándose a donde se encontraba Alexander y ahora mi padre—. Alena, ven y relájate, toma una copa de vino.

— ¿Se han presentado adecuadamente?—preguntó mi padre.

— Me temo que no, Ignacio. Alena parece ser de pocas palabras—respondió Alexander.

¡Tonterías! Todo esto estaba pasando frente a mis ojos y yo no podía hablar, estaba helada. Aunque, pensándolo bien... ¿Qué se supone que iba a decir?

— Alena, ven aquí, te quiero presentar a Alexander, es el Rey de Girenta y un gran amigo mío. Alexander, te quiero presentar a mi hija, Alena. No suele ser de pocas palabras, no sé qué le pasa esta noche. Pero su discurso estuvo increíble, ¿no lo crees?—añadía mi padre, mientras nos dábamos la mano.

Aquel hombre apretó tan fuerte mi mano que sentí que podía romper mis huesos de solo aplicar un poco más de fuerza. Pero no iba a demostrarle que le temía. Sostuve la mirada con él todo el tiempo.

Claro, no esperaba que ese apretón de manos se convirtiera en un abrazo de felicitaciones. Me tomó desprevenida y me ruboricé ante el gran jalón que hizo de mi cuerpo, posicionando su mano en mi cintura más bajo de lo usual. Me pregunto si mi padre se habrá dado cuenta de aquello...

— ¡Feliz cumpleaños, Alena!—soltó, muy cerca de mi oreja.

— Gracias, Rey Alexander—repliqué a regañadientes, mientras trataba de apartarme de sus brazos, pero mi esfuerzo era inútil.

— El vino es solo un matiz oscuro del color rojo... Sigue representando pecado, deseo, malicia. Ten cuidado con lo que usas—susurró en mi oído, dejando esta última frase colgando y liberándome de un abrazo de cumpleaños excesivamente largo.

Este hombre, sin duda, estaba acabando con mi paciencia, ¿Es que acaso nadie más escuchaba sus palabras? Mis padres estaban a tan solo metros de mí.

Alexander reanudó la conversación que estaba teniendo con mi padre, como quien no tenía idea de cuan molesta estaba—tenía una gran habilidad para ello. Y mi madre se encontraba parlotando con una amiga de su adolescencia a unos dos metros.

Podía entender de dónde había nacido tal amistad. Girenta era el reino vecino a Aragón. Un bastión, creado en años recientes, cosechado a base de batallas, y hoy en día rebosante en recursos, en infraestructura de protección y, por encima de todas las cosas, en milicia. Se debía que no había reino en todo el continente que no respetara a Girenta.

Claro, yo lo que quería era irme de allí, pero mis piernas no me lo permitían. Solo temblaban. Definitivamente, si emprendía mi paso así, Alexander se daría cuenta y quizás qué habría pensado. Se hubiese regodeado pensando en su victoria. No iba a permitirselo.

Así que permanecí allí, en lo que mi furia se dispersaba y rogaba al cielo porque alguien me salvara de aquella escena.

Como caída del mismísimo cielo, apareció Lucia.

— Alena, ¡venga! ¿Qué haces aquí? Voy a creer que tienes un fetiche con los amigos de tu padre—susurró cerca de mí, ocultando su risa.

La abracé para disimular mi súplica.

— Sácame de aquí, por favor...

Lucia me miró extrañada y volvió a visualizar la situación, buscando lo que suponía estaba mal. Por su mirada pude notar que no lo descubrió, pero aun así decidió ayudarme.

— ¡Alena! ¿Has saludado a la señorita Maggie? Me ha preguntado por ti hace rato, pero ha sido difícil seguirte el rastro esta noche—preguntó extrañada. Lucia actuó muy bien, casi

pareció una obra de teatro.

Volteé mi vista hacia mi padre y Alexander, quienes habían pausado su conversación, y su atención ahora estaba sobre las palabras de Lucia.

Le di una mirada de ruego a mi padre.

—No te preocupes Alena—respondió—, ve a atender a tus invitados y sigue tu consejo. Disfruta esta noche.

Tomó mi mano y la apretó.

— Con su permiso—pude decir—. Que sigan teniendo una plática amena.

Alexander tenía de nuevo esa mirada que no inspiraba nada bueno.

— Adelante, ya tendremos tiempo de conocernos en otra oportunidad—agregó.

De inmediato seguí a Lucia, aunque no sabía a dónde me estaba llevando. Me alegraba alejarme de aquel hombre y tener nuevamente el control sobre mis piernas.

Encontramos la mesa donde estaban Clotid, Bernie, y personas del pueblo y todos se levantaron para abrazarme. No dejaban de elogiarme por mi vestido o por mi discurso o por aquel gran salón.

Quería escuchar sobre ellos. Me disculpé por los días que transcurrieron sin ir, y me alegró escuchar de la Srta. Maggie.

— Oh, cariño, claro que te hemos extrañado, pero nos has dejado algo de ti desde la primera vez que fuiste. No es necesario vernos todos los días para que el cariño crezca o disminuya.

La abracé e insistí en escuchar sobre sus historias. Conversé con ellos, y me comentaron todos los nuevos acontecimientos del pueblo. La campana de la iglesia había sido cambiada; Maggie ya no se dedicaba a leer cartas del futuro; y en la panadería habían empezado a hacer un nuevo pan de mantequilla y nueces que me moría por probar.

Me sentaba demasiado bien verlos a todos de nuevo. La cena fue servida y pedí a Lucia que me acompañase al baño. Sabía que tenía preguntas revoloteando en su cabeza porque su cara no podía ocultarlo. Ni tiempo de entrar al baño había dado cuando dejó escapar su preocupación.

— ¿Qué pasaba allí, Alena?

Antes de responder, me aseguré de que estuviéramos solas en el baño, y de cerrar la puerta con seguro.

— Lucia... Aquel hombre...—me proponía a hablar.

Lucia me interrumpió.

— ¿Qué pasaba con él? ¿Por él no te podías ir?—podía sentir la desesperación en su voz.

— Lucia, tranquilízate. Déjame terminar—inhalé profundamente antes de explicarle—. Aquel hombre se me presentó y resultó ser amigo de mi padre. Su aspecto no me daba confianza, pero fui obligada por mis padres a conversar con él. Si me iba de allí mis padres iban a acusarme de maleducada, así que necesitaba una buena excusa. Gracias por salvarme, apareciste como aquello que necesitaba.

No podía hablarle sobre todo a Lucia. Sé que aún no me creía completamente, pero tendría que conformarse con aquello.

— Alena, pero es bastante guapo, ¿por qué querrías irte de allí?—replicó.

Está bien... Lucia se había tomado su tiempo para pensar y, por si fuera poco, encuentra atractivo a aquel extraño hombre.

— Ah, Lucia, ya me conoces, quería encontrar a mis amigos. Tú más que nadie sabes cuantas ganas tenía de verlos, y ellos solo estaban recortando mi corto tiempo.

Lucia soltó una carcajada asintiendo, y me ayudó en reponer a su sitio algunos cabellos rebeldes. La había convencido... al menos por ahora.

* * * *

Para cuando volvimos, la pista de baile se encontraba despejada y la música que sonaba era mucho más movida. Un caballero tendió su mano ante mí para sacarme a bailar y miré a Lucia, quien insistió en que aceptara.

Baile una canción y, cuando me despedía de mi pareja, mi padre apareció apartando a aquel sujeto. ¿Quién le iba a decir que no? Y bailé con mi padre la pieza que seguía. Claro, a mitad de canción fuimos interrumpidos.

Por nada más y nada menos que Alexander.

La canción no había terminado. ¿Qué clase de falta de respeto era esa? Lo fulminé con la mirada y miré impresionada a mi padre, pero él se apartó y cedió mi mano a Alexander.

Allí estaba de nuevo, su mano en mi cintura. Esta vez sentí electricidad ante el contacto, pero no iba a permitir demostrárselo. Estaba molesta. Había interrumpido el baile con mi padre.

— ¿No te gusta hablar mientras bailas?—me preguntó con una sonrisa en el rostro—. ¿O hablar en general?

No quería hablar con él, no quería bailar con él, no quería mirarlo. ¿Le era tan difícil entenderlo?

Solté una pequeña sonrisa falsa, probando si eso bastaría para callarlo. Pero lo que hizo fue

bajar aún más su mano.

Lo miré horrorizada, e impulsivamente respondí.

— ¿Qué pasa contigo?!—fue todo lo que pude expresar.

Alexander rio, y devolvió su mano adonde se supone debe ir.

— Pues si no te gusta, habla conmigo—respondió. Podía escucharse una mezcla entre súplica y orden a la vez.

— No quiero hablar, mucho menos contigo. Estoy molesta.

— ¿Conmigo?—respondió como si aquello lo hubiese herido.

— Sí, tú eres el culpable. Interrumpiste mi baile con mi padre.

— Lo lamento... Quería bailar contigo, ¿qué más podía hacer? ¿Preferías que interrumpiera tu baile con el primer hombre?

— Se me ocurre algo, ¿esperar tu turno!

— No... No suele ser mucho mi estilo. ¿Qué si alguien más me ganaba? Pasaría toda la noche esperando bailar.

— Bueno, si lo que querías era bailar, el salón está lleno de mujeres.

Me miró con diversión... Y acercó su boca a mi cuello.

— Sí, hay muchas hermosas, incluso más que tú. Pero ninguna está vestida de rojo pecado.

Aquello causó escalofríos en todo mi cuerpo. No podía comprender por qué mi cuerpo reaccionaba así ante él.

Permanecí callada. Ya me sentía cansada con aquello del color de mi vestido. Y terminó la canción dando paso a una nueva, con ambos en silencio. Cuando intentaba liberarme de su agarre, su cuerpo se puso rígido.

— ¿Te animas a bailar conmigo otra canción? No soy el mejor bailarín, pero si te dejo ir te perderás toda la noche.

Con los ojos expectantes, abiertos como puertas—incluso en aquel momento ya no parecían oscuros—, casi melancólicos.

No quería responderle. Aún me sentía descompuesta para formular palabras. Me acerqué a él y tomé posición para bailar.

— Gracias—expresó.

— Solo será esta última canción. Ya me duelen los pies.

— Te doy mi palabra.

Al terminar la canción cumplió su palabra, y me dio de nuevo las gracias—luego de darnos un aplauso a nosotros mismos, siguiendo las pautas del maestro de obras. Insistió en

acompañarme a mi mesa, supongo que confiando en que estaría sentada con mis padres, pero mi lugar estaba con mis amigos. Al llegar nos despedimos, y manifestó su deseo de cuánto anhelaba que siguiera disfrutando mi noche; aunque parecía simple cortesía más que sinceridad.

— Estoy exhausta—exclamé, tan pronto me senté.

— ¿Te hizo dar muchas vueltas ese caballero?—preguntó Clotid, guiñándome un ojo.

— En realidad no—respondí en cuanto agarraba uno de los dulces de la mesa y lo metía a mi boca.

— ¡Ese es el hombre que veía en tus cartas!—se dirigió la Srta. Maggie hacia mí.

No hizo falta contestar pues Bernie lo hizo por mí.

— ¿No que ya no era lo tuyo leer las cartas del futuro, Maggie?—levantando una ceja, a modo de pregunta retórica, causando que todos en la mesa riéramos.

— Sí, pero recuerdo muy bien lo que veía en ellas aún—respondió Maggie

— ¿Y por qué lo dejaste?—preguntó una de las hijas del Sr. Rebigio, guiando así la conversación a otro lugar.

Transcurrió tranquila el resto de la noche. No bailé con nadie más, solo quería seguir disfrutando de la compañía de mis amigos.

Llegó el momento de cortar el pastel de cumpleaños, glaseado en colores blanco y dorado, con relleno de chocolate y avellanas, fue sin duda mi momento favorito de la noche.

Tras ello, no tardó en acabar la noche. Y poco a poco el salón se fue quedando vacío. Algunos invitados se despedían de nosotros y otros no, siendo parte de este último grupo Alexander. No pensé que se fuese a retirar sin despedirse de mis padres—de mi padre, en realidad, pues parecían buenos amigos. Aparté rápidamente el pensamiento para enfocarme de nuevo en el presente.

* * * *

Me encontraba en mi habitación, comiendo un gran pedazo de pastel en cucharadas pequeñas—para poder disfrutarlo como se debe. Ese pastel merecía ser valorado y respetado.

Alguien tocó a la puerta y, en lo que escondía el plato, exclamé.

— ¡Pase!

Oh no, era mi madre. Pensé que ya estaría dormida ¿Qué hace aquí con esa mirada

acusatoria?

— ¡Alena! Tienes la cara llena de chocolate. ¡Y mira tus manos! Eres un desastre—agregó mientras cubría su boca con sus manos, como si se tratase de una tragedia.

Típico de mi madre, cuan exagerada como solo ella misma podía serlo. Había algo en mi plan que no había funcionado a la perfección, pero, ¿cómo iba a saber que era mi madre quien tocaba?

— En mi defensa, esto está delicioso. Deberías ir y desatar tu ira en contra de quien lo hizo y no sobre mí—disponiéndome a sacar el trozo de aquel escondite y seguir comiéndolo. Ya que estaba aquí, ¿qué podría resultar peor?

Miró el plato, y sé que tuvo que hacer un gran esfuerzo en no hacer ningún comentario.

— No estoy aquí con una ira que necesite liberar. Por lo pronto...—sonrió, y se acercó a mi cara para limpiar mis mejillas llenas de migajas de pastel—. Quería hablar contigo. Saber cómo te sientes, y qué opinas de esta noche—concluyó.

— Fue grandiosa mamá. No cambiaría nada.

— Te vi bailando con Alexander. Se veían armónicos.

— Me lleva unos diez años, y solo baile con él por educación. ¡Voy a lavar esto!—respondí en lo que me levantaba de mi cama, huyendo a toda velocidad de esta charla incómoda.

Al llegar a la cocina, no pude resistirme y tomé otro trozo de pastel. Dando tiempo a que mi madre se acostara, pero esta vez sin llevarlo a mi habitación. Sin paso a errores...

3

Dos meses después, la presencia del Rey Alexander se hacía cada vez más regular en el castillo, pero no cruzábamos más palabras que saludos y despedidas por cortesía.

Se mostraba distante y serio en sus visitas, las cuales tenían lugar en el estudio de mi padre —y una que otra ocasión en el jardín. Daba la impresión de ser un hombre completamente distinto al de aquella noche en el baile.

Una tarde, coincidimos al momento de llegar al castillo. Él se disponía a abrochar su abrigo, mientras yo llegaba de una de mis visitas al pueblo con aquel pan de mantequilla y nueces al que me había convertido en una seguidora fiel—sin duda alguna se había robado mi corazón, no habían pecado de exageración al hablarme de él.

Se sorprendió al verme, y yo sonreí ante su confusa expresión.

— Princesa Alena. Es un placer verla.

— Parece más una sorpresa para sus ojos, Rey Alexander—respondí.

— No se encuentra dentro del castillo... ¿Quizás usted estaba esperándome?

— Así es. Lo primero. No estoy dentro del castillo. Y no, no estaba esperándolo. Vengo del pueblo de realizar unas compras.

— ¿Usted sola? ¿Sin guardias?—preguntó con tanta extrañeza que noté que no podía creerlo.

— Sí. Y usted también sale sin guardias, no los veo por aquí—repliqué, buscando con mi mirada aquellos guardias inexistentes.

— Es diferente. Usted es una dama, no puede ir por ahí sola. ¿Qué si la trataran de robar?

— Pobre de mí, una damisela en apuros—respondí sarcásticamente—. Supongo que en ese caso algún príncipe aparecería y me salvaría de aquellos agresores, a lo que pagaría con un beso —le añadí un dejo de acidez a mi voz—. Tal cual como en los cuentos.

— Creo que un beso de usted vale mucho más. Si acaso debería salvarla unas tres veces—respondió en el mismo tono sarcástico que yo había utilizado.

— No se preocupe por mí, sé cuidarme sola y la gente del pueblo jamás me haría algo malo.

La señora Bernie salió, mirándome entretenida mientras aparentaba distraerse con las plantas. Me apresuré a entrar. No quería más miradas que dieran paso a pensar algo que no era. Ni sería.

—Ven Bernie, traje pan de mantequilla y nueces.

— ¿Y será del gusto del señor Alexander?

— En realidad nunca lo he probado—escuché su voz a lo lejos.

— Venga, pase, acompáñenos—lo instó a pasar Bernie.

Gracias Bernie. Ahora tendré que compartir mi tesoro con él.

* * * *

Una noche, en la cena con mis padres, mi padre dijo que tenía una revelación que cambiaría mi vida. Lo cual solo me causó ansiedad. No podía comer bien, había desaparecido todo mi apetito. Pero insistió en que esperaría a la hora del postre, y ante ello no había discusión.

Llegó la hora del postre, apenas disfrutando de cualquier manjar por el gran nudo en mi estómago. Pero no hubo que terminar para que mi padre empezara a hablar

— Bueno, lo prometido es deuda, Alena. Hace dos meses fue tu cumpleaños, y ya eres toda una señorita. Tu madre y yo nos encontramos muy orgullosos de la mujer en la que te has convertido. No dudamos ni un segundo de ti. Tu don no tardó en ser reconocido y admirado por todos. Tienes un gran corazón y muy buenas intenciones y por ello estoy agradecido—dejó escapar una amplia sonrisa. Que no duró mucho, antes de enseriarse—. Pero no basta con tener buenas intenciones. Debemos velar por el bienestar de nuestro pueblo, pues confían en nosotros.

Hizo una larga pausa y miró el techo, como quien busca las palabras adecuadas. O pide a Dios por ellas.

— Los años pasan y como sabrás, la capacidad para encontrar y preservar nuestros recursos se ha dificultado. Por siglos, los reinos se han unido para poder salir adelante, encontrando el vigor y la firmeza en la cohesión. Para obtenerlo, el matrimonio es lo único que lo ha conseguido y mantenido sin discusión en ningún caso.

>>Y en razón de ello Alena, te casarás... Todo está arreglado para que te unas en santo matrimonio con un Rey capaz de ayudar a este reino, y darte una vida donde no pases ninguna precariedad.

Mi cabeza daba vueltas. Mis pensamientos iban a toda velocidad. Sentía mis orejas calentarse de la furia.

— ¡Ni lo sueñen!—fue mi bramido—. No es justo. Toda mi vida he crecido con la idea de enamorarme perdidamente de alguien, a quien estaré unida toda la vida.

Mis lágrimas amenazaban con caer en cualquier momento.

— Alena, tranquilízate, no es el fin del mundo—intervino mi madre—. Tu padre y yo

somos producto de un matrimonio arreglado, no nos conocimos hasta el día de la boda, y mira que resultó bien. ¡Más qué bien!—agregó, mirando a mi padre con amor.

— Por fortuna para ustedes resultó bien, pero ¿qué si para mí no?—me opuse— ¿Tendré que vivir en la desdicha toda mi vida?

— Eso no pasará. Todo estará bien—respondió mi madre—. Ya has conocido al hombre, y por lo visto te llevas bien con él.

— ¡Qué suerte la mía! Me casaré con alguno de los amigos de mi padre que me llevan veintitantos años. Criaré a mis hijos con un anciano—repliqué mientras lágrimas caían de mis mejillas.

Aquello acabó con la paciencia de mi padre, dando un golpe a la mesa.

— ¡Ya bastó, Alena! No quiero escuchar una palabra más.

Gracias a Dios estábamos solos. Que buen espectáculo estaríamos dando de no ser así. Un minuto de silencio siguió, solo escuchándose el resoplido de mi nariz.

Mi padre fue quien lo rompió.

— Lo que requiero de ti no está abierto a discusión. Confío en que entenderás que todo se hace por el bienestar del pueblo. Te pido, Alena, de todo corazón, que creas en mí. He estudiado y alargado la situación por mucho tiempo, evitando esto. Si no fuese necesario, jamás lo haría.

Se acercó a mí, plantando un beso en mi frente. Aparté la mirada como respuesta. En ese momento lo odiaba. Debía de haber otra solución. ¿Por qué ésta? ¿Por qué a mí?

Y con ello, mis padres salieron del salón. Dejándome solo en compañía de mis pensamientos. No estoy lista para casarme, y mucho menos con un hombre que no amaba. Soy autosuficiente para cuidarme a mí misma, y a mi pueblo. Mi padre no estaba viendo todo el panorama, debía haber otra salida...

Lucia entró a retirar los platos de la mesa y no pude contener mi llanto. No sé si sabía lo que había pasado, solo me consoló y me alegró que no hiciera preguntas que no quería ni estaba en capacidad de responder.

* * * *

No podía apartarlo de mi mente. Aquello era un sobreaviso de un hecho que se aproximaba. La realidad tocaba mi puerta y yo solo quería esconderme.

Me desesperaba no poder hacer nada más que esperar. Mi padre era un muro impenetrable. No quería escuchar nada que viniera de mí sobre el tema.

Una tarde mi madre se acercó a mí mientras caminaba por los jardines.

— Alena... ¿Cómo has estado? Sé que es una noticia difícil de digerir, pero no es tan malo, debemos hacer sacrificios por nuestro pueblo. A ello estamos destinados. Y tú ya conoces al Rey Alexander—añadió.

— ¿El Rey Alexander? ¿Qué tiene que ver él en todo esto?—pregunté extrañada.

Madre permaneció en silencio, solo mirándome. Como si yo ya tuviera la respuesta.

— ¿Ajá?—insistí.

Siguió su respuesta silenciosa. Como si yo ya tuviera...

Espera. *No. No puede ser.* Y antes de oponerme, decidió terminar de explicarme.

— Él será quien te despose, Alena.

Empezaba a sentir náuseas. Quería salir corriendo de allí, pero mi cerebro no enviaba las señales correctas a mis piernas. O se encontraban indispuestas. De repente sentía mucho calor, como si me faltara el aire para respirar. *Alexander... Mi... ¿esposo? No podía pasar. No.*

* * * *

— ¡ESTÁ DESPERTANDO!

— Alena... Querida.

— ¡Alena, despierta!

Vaya que me dolía muchísimo la cabeza. Supongo que así debe doler desplomarse al suelo. No, estoy segura de ello.

Me encontraba tendida en la grama, con muchas personas a mi alrededor, tapando la visibilidad del cielo. Sus ojos transmitían una mezcla de susto y horror.

— Alena... ¿Te puedes levantar? ¿Estás bien?—preguntó mi madre.

— ¿Qué ha pasado?—apenas podía hablar.

— Te has desmayado Alena—contestó.

— Hmm. Eso explica el dolor de cabeza—dije dentro de su obviedad—. Estoy bien madre, no te preocupes. Si podrían ayudarme a levantar se los agradecería.

Ya de pie, mi padre me cargó en brazos y me llevó a mi habitación, solicitando compresas frías para mi cabeza.

— Alena, si piensas que es necesaria la presencia de un curador solo tienes que decirlo.

Perdóname por todos los infortunios que te he hecho pasar estos días. Es mi culpa—concluyó arrepentido.

— No padre, no es tu culpa—respondí, tratando de tranquilizarlo.

— En realidad es mía—expresó mi madre—. He estado hablando con ella en el jardín y le he dado la noticia de que es el Rey Alexander quien ayudará al pueblo—una buena manera de cambiar el impacto de la noticia. Felicitaciones madre, lo hubieses pensado hace unas horas—. Y supongo que la noticia la ha impactado tantísimo que se ha desmayado. A quien debes disculpar es a mí, Alena.

— Venga, ya. Aquí no hay culpables de nada. Quizás la noticia me ha pasmado un poco, pero estoy bien. ¿Por qué no me han dicho antes que corresponde al Rey Alexander tal labor?—pregunté, saltando al tema de inmediato.

— Él lo pidió así hija. Es lo único que ha pedido—respondió mi padre.

— ¿Y decidieron que su deseo era más valioso que el mío?—pregunté herida.

— Alena, necesitas estar calmada, él solo... Ha querido conocerte sin escrúpulos, recelos o alguna idea que pudiera cambiar de alguna forma tu esencia, tu forma de ser—respondió mi madre, analizando cómo reaccionaba ante cada palabra.

— Vale. ¿Y no se le ha ocurrido una cita? Digo, así suelen darse las relaciones convencionales. Las personas se conocen y de allí concluyen si funcionará o no. Y nos ahorrábamos un matrimonio.

— Bien sabes que así no funcionan las cosas, Alena—refunfuñó mi padre—. Alexander en primer lugar no es un hombre convencional, y en segundo lugar no es una elección. El pueblo necesita de esta unión para sobrevivir. Alexander vendrá a verte en unas horas. Si quieres conocerlo más antes de casarte, te complaceré en eso. Pero recuerda Alena, no es tu elección.

Y se dispuso a salir de mi habitación. Mi madre me dio un beso en la cabecilla.

— Discúlpame hija mía, por esto, y por todo. Llegará un punto en el que entenderás, y podrás disculparme de verdad.

No respondí nada. En el fondo de mi corazón confiaba en que fuera así.

No quería odiar a mis padres.

* * * *

No salí de mi habitación por el resto del día. Me sentía muy cansada y no tenía apetito. No me importaba que Alexander llegara, no pensaba recibirlo—al menos, no hoy. Me dispuse a ponerme mi túnica de dormir, como quien va a dormir a las tres de la tarde.

Mi madre tocó y me informó de la llegada de Alexander. Sorpresa. A lo que no respondí para que creyese que dormía.

Al cabo aproximadamente de una hora, tocaron de nuevo a mi puerta. Esta vez, sin palabras, la miré expectante, pero nadie entró. Deslizaron un pequeño papel por el borde de ella y corrí a tomarlo.

Mala idea. Abrieron la puerta, golpeando mi cabeza, y caí de golpe al suelo.

— ¡Ay! ¡Mi cabeza otra vez!—grité.

— Disculpe, princesa—respondió Alexander entre risas.

— ¿Le causa gracia mi dolor?—pregunté molesta.

— No... Éste en específico. Toqué a su puerta y usted estaba despierta pero no quiso abrirme. La curiosidad le ganó y corrió en busca de mis palabras escritas. Por ello se golpeó.

— Pues no creo que sea buena idea andar por allí golpeando en la cabeza a personas que se han desmayado, y claro que no iba a abrir la puerta. ¿Qué si era un ladrón?

— ¿De verdad?—me interrogó entretenido— ¿Un ladrón que entra al castillo y toca a la puerta de la princesa? Además, yo no la golpee a propósito, fue un accidente.

— Una frase bastante usada por los que resultan siendo culpables. Debería ordenar que le arrestaran.

— Hazlo—me retó—. Pero hazlo tú—concluyó, acercándose tanto a mí que podía sentir su respiración.

— Claro que ordenaré que lo arresten. No debería haber entrado a mi habitación sin mi permiso, para empezar—dije mientras me alejaba con la excusa de buscar algo en mi mesa de noche.

— Quería asegurarme de que estuvieras bien—respondió, encogiéndose de hombros.

— ¡Haberlo dicho antes! Ya me ves, ya estoy bien. Tarea cumplida, puedes retirarte.

— Alena. Sabes bien por qué estoy aquí. Debemos hablar. Te dejaré para que te cambies, te estaré esperando abajo—y así cerró la puerta.

¿Por qué debía bajar? Cierto... Todo esto del matrimonio arreglado—matrimonio a conveniencia, mejor dicho. Aún no sé a conveniencia de quién o qué, porque a la mía no era. Cierto... A conveniencia del pueblo.

Batallaba en recordarlo cada cinco minutos.

Nunca me había arreglado tan molesta. Ni siquiera el baño había podido tranquilizarme.

Varias veces me derrumbaba a llorar unos cuantos segundos. Necesitaba drenar todas las emociones que me invadían—rabia, decepción, tristeza, exasperación.

Demoré en estar lista mucho tiempo, y luego tuve que esperar a que disminuyera un poco la hinchazón de mi cara producto del llanto.

Bernie tocó a mi puerta ofreciéndome galletas y té, pero le pedí que lo lleváramos juntas al jardín para allí charlar con el Rey Alexander. Encontrando en la sonrisa de Bernie la fuerza que necesitaba para enfrentar esto.

Sentada en el jardín, mientras esperaba que Alexander llegase, solo podía comer galletas. Lograba calmar mi ansiedad, al menos, y mis nervios en el estómago. Acabé con el plato de galletas en muy poco tiempo, y cuando me di cuenta era muy tarde—solo quedaba una y miré sorprendida el plato casi vacío.

Alexander apareció por detrás, y se sentó frente a mí.

— Puedes comerla, se nota que te han gustado—añadió divertido.

Estaba apenada, y tuve que controlar mi instinto de tomar la última galleta.

— No se preocupe, estoy bien—respondí

— ¿Segura? Digo, podemos incluso pedir que traigan otro plato completo si es lo que deseas. Es tu castillo.

Me quedé allí, sin emitir palabra alguna. Sabía que debía hablar con él. Debía poner de mi parte, pero me resultaba muy difícil.

— Entonces, Alena. Te has dispuesto a bajar de tu encierro. Pensé que no lo harías. Tienes un carácter fuerte, pero creo que lo he vencido. Necesito conocerte, tal parece no te ha gustado la idea de casarte conmigo. ¿Te resulto poco atractivo? No, no creo que sea así.

— No es cuestión de físico. No nos conocemos, no nos amamos. Y esas son las bases de un buen matrimonio.

— Mi proposición comenzó con un *necesito conocerte*—inició su relato—. Siempre ha sido una de mis prioridades. Aunque no parece una de las tuyas. Me juzgas sin antes tomarte el tiempo de conocernos. El cariño nace conforme dos personas conocen más el uno del otro. Y te equivocas. Todo es cuestión de físico, sin deseo no hay amor. El deseo no es solamente sexo, sino *antojo* total. Sin duda alguna, Alena, yo te deseo. Cásate conmigo, y no te hará falta nada ni a ti, a tus padres o a tu reino.

Permanecí en silencio con un gran nudo en la garganta y ojos llenos de lágrimas. No había nada más que hacer.

— Está bien—apenas mascullé.

Y Alexander plantó un beso en mis labios.

Tomando mi rostro entre sus manos. Llevando a colapsar mis lágrimas.

No dejaba de besarme, su lengua invadía mi boca y yo correspondí su beso en busca de más. Cuando, de repente...

Me mordió.

Mi respuesta instintiva fue empujarlo.

Rocé mi labio con la mano. Ardía como si estuviese en llamas. Revisé mis dedos en busca de sangre y, gracias a Dios, no había.

— ¿No te gustó?

— ¡En absoluto! Me dolió Alexander.

— Quizás si no me hubieses empujado lo habrías disfrutado más.

— Lo dudo—le respondí, dispuesta a levantarme.

— Lo estabas disfrutando—masculló—. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero sé que es así.

— Adiós, Alexander. Ya deberías irte.

— No tienes que despedirme aún. Estaré en el estudio con tu padre, si me necesitas. Nos vemos en la cena... para tu fortuna—soltó las últimas palabras con una sonrisa traviesa.

No nos habíamos casado y ya no lo soportaba.

Esto sería más difícil de lo que parece.

* * * *

Transcurrían los días y la presencia de Alexander en el castillo se hacía más y más frecuente. Cenaba todas las noches con nosotros; otras veces también almorzaba. Incluso llegué a preguntarme si no tenía sus propios asuntos de los que ocuparse.

Verlo tan seguido me molestaba. Adonde fuese, allí estaba él. Aunque no interrumpiera ninguna de mis actividades, era sofocante encontrarlo tan seguido en mis días.

Una mañana, por primera vez pude notar intranquila a la Srta. Ronda. Traté de mantener un buen ánimo, pues temía preguntarle qué le pasaba y confiando en que, quizás, era la última persona con quien ella se desahogaría.

— Alena, antes de empezar el día de hoy, necesito preguntarle algo, arriesgándome a que podría resultarle inapropiado—sus manos temblaban, mientras sus ojos se aseguraban de que nadie estuviese cerca.

— Claro que sí señorita Ronda, lo que usted desee. Estoy abierta a todas sus preguntas hoy

y siempre, y tenga calma, permanecerá entre nosotras esta conversación. Soy buena guardando secretos—respondí, todo con el propósito de ayudarla.

Pude notar un cambio. Sus ojos se suavizaron y se sentó frente a mí.

— Señorita Alena, ¿qué tan bien conoce usted al Rey Alexander? He escuchado rumores de que se trata de alguien con un pasado algo turbio y pesado. Le gustaban las mujercuelas y estaba dedicado a ese tipo de vida. Muy distinto a usted. En usted solo abunda la bondad y dulzura.

Aquello me descompuso, pero debía mantener mi calma, no podía demostrarle a la Srta. Ronda el mar de pensamientos, y preguntas sin respuestas que ahora albergaban mi mente.

— No se preocupe por ello. Conozco a Alexander muy bien a pesar del poco tiempo. Sé muy bien la clase de hombre que fue en su pasado, pero su mala fama no me preocupa. Ahora es un hombre completamente distinto y me lo ha demostrado. No haga caso a rumores, y no se angustie por mi seguridad.

Mentí. No tenía idea alguna de ello.

La Srta. Ronda asintió en señal de aprobación. Me alegraba haberla ayudado. Continuamos con el resto de la clase, claro está, sin poder apartar de mi mente aquel pensamiento. ¿Qué tan bien conocía a Alexander? ¿Y sería verdad que ese pasado le precedía?

¿Acaso conocía al hombre con el que estaba por casarme?

Al salir me topé con Bernie y le encargué que me comunicase en cuanto llegase el Sr. Alexander. Si con alguien debía hablarlo, era con él mismo. A él correspondía corroborar o desmentir.

Pasé la mañana decidiendo qué palabras debía usar al verlo, ensayando mis gestos. No sé por qué me causaba tanto miedo. Cambié mi vestido, mi peinado. Nada me terminaba de convencer.

Bernie tocó mi puerta, y entró como si fuese una misión secreta.

— Señorita Alena, ha llegado el Señor Alexander, pero he escuchado que venía a verla aquí. Preguntó a su madre dónde se encontraba y corrí tan rápido como pude para informarle.

— ¿Qué?—grité, asustando a Bernie—. Lo siento Bernie, no era mi intención asustarte, tú has hecho bien.

— No se preocupe. Creo que debería irme cuanto antes.

Interrumpiendo enseguida el toque de Alexander a mi puerta. Abrí mis ojos como platos y le indiqué a Bernie que saliera luego de que yo saliese.

— Alexander, ¿cómo has estado? Cuanto tiempo desde la última vez que nos vimos, ¿doce horas quizás?

— Buenos días Alena. Disculpa si consideras que es mucho tiempo desde que nos hemos

visto, en poco tiempo será solucionado ese inconveniente. No quiero que me extrañes—respondió entretenido.

— Claro, yo extrañarte, por supuesto. Quien ha venido a mi habitación eres tú.

— ¿Me dejarás pasar? Necesito hablar contigo.

— Claro, pero busquemos un mejor lugar para conversar, vayamos al jardín—solo pensaba en Bernie.

— Me parece buena idea. Después de ti.

Bajamos las escaleras y seguimos nuestro camino hasta el jardín sin emitir palabra alguna. Hasta que nos encontramos sentados uno frente al otro. Una vez más, y ya iban tantas. Él no emitía palabra alguna, solo me observaba, y yo estaba tan nerviosa que no podía confrontar su mirada.

— Adelante Alena, tú primero. Por lo visto tú también tienes algo que decir.

— No sé cómo empezar—admití.

— El principio siempre es un buen comienzo.

— Claro, ¿cómo no se me ha ocurrido antes?—respondí con sarcasmo. Tras tomar una larga respiración, a ver si quizás me daba la valentía—. Hoy he escuchado algo sobre ti. No sé si sea cierto o falso, y he decidido que antes de preguntar a alguien más, eres tú el dueño de tu verdad.

— ¿Qué has escuchado? ¿Qué te han dicho?—preguntó autoritariamente.

— Eso no importa, háblame de tu pasado. Y ya veré yo si era cierto o falso.

Permaneció en silencio, mirando con la cabeza gacha. Levantó su mirada para topar sus ojos oscuros con los míos.

— Alena, soy un hombre oscuro. He matado y acribillado hombres. Soy un hombre de guerra. Me gusta tener poder, el control. Fui un mujeriego, también. Solo usaba a las mujeres para satisfacer mis necesidades.

Era peor de lo que había escuchado, entonces. No podía creerlo. Gracias a Dios mis piernas estaban decididas a abandonar aquel lugar. Debía informarle a mi padre la clase de hombre con quien por casi contraía matrimonio.

— Me gustaba el estilo de vida que llevaba, pero ya no—continuó exasperante, deteniéndome—. Jamás he sido mentiroso o desleal, y soy leal a tu padre. Él ve en mí muchas cosas buenas Alena, después de todo, incluido un esposo para su única hija. Jamás te mentí. Te deseo, desde el primer día que mis ojos te vieron. No sé qué tan malo habrá sido lo que te dijeron, pero te aseguro que ya no soy esa persona.

— ¿Y quién me asegura eso? ¿Cómo sé que no me serás infiel con la primera prostituta que se te atravesara? ¿Cómo sé que no matarás ni a un solo hombre más?—lo miraba con desprecio. Lo odiaba. Estaba tan molesta que quería estrangularlo a él y a mi padre, quien

sí sabía de esto.

— Yo te lo aseguro, no me importa otra mujer. No me pidas que no mate a más hombres porque en algunos casos es necesario Alena. Cuando se requiera.

— Si fuiste capaz de ello en tu pasado, en tu futuro podrá volver— repliqué, antes de agregar más serenamente—. A ningún otro hombre inocente, ninguna otra mujer en tu vida.

Vaciló un segundo, llevando sus manos a su rostro. Ahogando un grito entre ellas. ¿Tan complicado era lo que le estaba pidiendo?

— Hecho—finalmente manifestó—. Tu pueblo me necesita. Tú me necesitas. Y yo a ti. Es un buen trato.

Me senté en cuanto trataba de recuperar mi cordura. No respondí a sus últimas palabras. No quería admitir que tenía razón.

Empezó a reírse. ¿Qué le pasaba?

— Además, si quisieras hubieses podido creer lo que sea que escuchaste sin hablarlo conmigo, pero me diste el beneficio de defenderme. Creo que te estás enamorando de mí. Y eso que no he usado todos mis encantos.

Maldito presumido. Lo iba a matar.

— Espera, espera, soy inocente— se apresuró a decir—. Incluso hoy he estado desesperado por verte, para proponerte que empezaran ya con los preparativos de nuestra boda—sus manos se acercaron a mi cadera para recortar la distancia entre nosotros.

— Suéltame—protesté.

— Está bien, quizás no sea el mejor momento para ser romántico. Empezaremos con los planes de boda entonces.

— Supongo que la vas a organizar tú, porque no pienso someterme de nuevo a ese estrés.

— No te preocupes por eso, tu madre se ha ofrecido. Le informaré que estuviste de acuerdo y luego fijaremos la fecha—mientras abrochaba su chaqueta y comenzaba su camino de vuelta hacia el castillo—. Fue una buena plática. Nos vemos.

4

Los planes de boda eran seguidos por mi madre. Aun tras la insistencia de Alexander con que fuese algo pequeño y sencillo, sabía que era una batalla perdida. Mi madre amaba organizar grandes eventos y se le daba de maravilla —todo siempre le salía perfecto, sin margen de error.

Habíamos fijado la boda para el día ocho del cuarto mes, y estábamos de acuerdo en que fuese realizada por la tarde. En el castillo, por petición de mi madre—si bien Alexander prefería que fuese en su castillo, creo que empezaba a dar por perdidas las batallas contra mi madre.

Me acostumbré a la presencia de Alexander, y mis padres convinieron en rebajar mis horas de clases con la institutriz; lo cual me alegraba mucho, aunque sé que en ello tuvo que ver Alexander, pues le había comentado que eran exhaustivas.

La noche antes de la boda no pude dormir y, como bien era mi tradición, tenía hambre. Toqué a la puerta de Bernie para no bajar sola, pero no contestó. Así que tomé todo mi valor y bajé las escaleras...

Cuando tropecé con Alexander. Me asustó muchísimo. Y yo a él.

— ¡Me asustaste!—le reclamé encolerizada.

— Y tú a mí—respondió entre risas—. ¿A dónde vas? Es muy tarde.

— No es tu problema—me quejé—. Pero tengo miedo, así que acompáñame. Voy a la cocina en busca de algo.

— ¿Tienes hambre? ¿A esta hora?

— ¿Me vas a acompañar sí o no?

— Está bien, no tienes que suplicarme.

Llegamos a la cocina y armé dos panes con pollo para ambos. En lo que terminaba de servirlos en los platos, sentí las manos de Alexander pasearse por mis caderas. Y su nariz pasar por mi espalda.

Me volteé para encontrarme con su rostro y sus ojos llenos de puro deseo. Me levantó a horcajadas en la encimera de la cocina, posicionando su cuerpo entre mis piernas, y me besó apasionadamente.

Ello me sorprendió. Pero no tanto el hecho de que lo hiciera, sino de que yo lo continuara. Y lo continuara. Y lo continuara.

Una de sus manos sostenía mi cara y otra mi cintura, para evitar que me alejase. Pero no podía hacerlo. Me excitaba sentir su erección contra mi estómago, y lo acerqué más a mí. A

lo que él sonrió en medio del beso, y comenzó a besar mi cuello al unísono que acariciaba mis piernas.

Qué sensación tan... ¿deliciosa? ¿Placentera? No la había experimentado nunca, pero no podía negar que estaba totalmente envuelta. Totalmente hipnotizada. Y quería más.

Alexander me gustaba, no sé si lo amaba, pero no podía negar cómo mi cuerpo y mi instinto respondían a él. Como si se tratase de algo común y cotidiano en mi vida.

Escuchamos un ruido que parecía ser una puerta abierta, y aquello fue nuestra campana para parar. Se alejó de mí, plantando un último beso en mis labios, y ambos compartimos la respiración entrecortada luego de aquel beso.

— Mañana serás mi esposa. Estoy ansioso por hacerte mi mujer—me dijo jadeante, mientras una de sus manos tomaba la mía, y otra uno de los platos en los que se encontraban los panes—. Será mejor que nos vayamos—concluyó, poniendo en marcha nuestro camino de vuelta a nuestras habitaciones.

Yo no podía emitir palabra alguna o pensar algo con sentido. Todo mi esfuerzo estaba puesto en caminar, mientras su cuerpo me jalaba, y en tratar de procesar lo que había pasado.

* * * *

Amaneció, era el día en que me casaría. *El gran día*—como habría dicho mi madre. Los nervios del día anterior habían desaparecido, y ahora me encontraba tranquila y serena.

Desayunamos y Alexander no dejaba de mirarme con complicidad y anhelo, a lo que temía que alguien se diera cuenta.

Al terminar el desayuno nos separamos, y sabía que no volvería a verlo por el resto del día, hasta la hora de la ceremonia—la cual tendría lugar en el jardín a las cuatro de la tarde. Me sentía un poco decepcionada, pero debía ser así.

Pasé toda la mañana eligiendo peinados y zapatos con Lucia. Mi almuerzo fue llevado hasta mi habitación, por orden de mi madre, pues no quería correr el riesgo de que Alexander y yo nos viéramos. Y me hacía sentir encarcelada.

Terminé de arreglarme y no podía dejar de ver en el espejo mi reflejo. No conseguía creer que estaba a punto de casarme. Jamás imagine que me estaría casando a los veintiún años, y que me sentara tan bien el aspecto de novia.

Tenía un vestido de satén blanco, que se ajustaba a cada pequeña curva de mi cuerpo, con pequeños tirantes y un escote sutil. Mi velo era de encaje—el que había usado mi madre veinticinco años atrás, cuando se casó con mi padre. Y llevaba mi cabello recogido, dejando salir pequeños rizos que enmarcaban mi rostro, usaba un labial rojo—*rojo deseo*—y unos largos aretes.

Estuve lista mucho antes de lo planeado, y solo lograba impacientarme más la espera. Hasta que mi madre tocó a mi puerta, indicándome que ya era hora de bajar. No quería que ella ni nadie me viesen hasta el momento de la caminata hacia el altar. Excepto mi padre, que debía verme, pues él sería quien me escoltaría.

Caminé por el pequeño altar que había sido improvisado en nuestro jardín, hacia una capilla decorada por flores y luces, donde se encontraba Alexander.

Alexander. De pie y con un traje gris. Se veía muy elegante y atractivo, y me miraba entretenido.

Todo estaba hermoso, y se encontraban las personas más cercanas, tal como siempre había querido. Era de ensueño.

Llegué al altar dando paso a que iniciase la ceremonia y para cuando me di cuenta ya me encontraba repitiendo los votos sagrados y pronunciando la palabra *acepto* y, con un tierno beso, sellamos el pacto, siguiendo las instrucciones del clérigo.

Ya estábamos casados, era un hecho; unidos el uno al otro, de por vida. Me preguntaba si era la única que entendía la magnitud de aquel hecho.

Todos se encontraban alegres y festivos, mientras que Alexander no soltaba mi mano desde que empezó la ceremonia, y ya empezaba a sudar. No creo que estuviese nervioso; era más una necesidad de tenerme cerca de él—así podía sentirlo. No me molestaba en lo absoluto, pero algo en él no estaba bien. Podía percibirlo, se mostraba distante y cortante conmigo.

Hicimos el gran brindis; bailamos y comimos; todos nos felicitaban y nos deseaban las cosas más hermosas para una pareja de recién casados.

— Tengan paciencia.

— La comunicación es lo más importante.

— Nunca se vayan a ir a dormir enojados.

— Ponerse en los zapatos del otro, siempre ayuda.

Agradecía mucho sus consejos y esperaba que Alexander, al igual que yo, estuviera tomando notas mentales de ellos. Sin embargo, lo observaba y su mirada estaba perdida. Él sin duda no estaba allí.

Al llegar la noche, no tardó en disolverse la celebración, ya con mi padre un poco entrado en embriaguez, mi madre exhausta a más no poder, ¿y yo? Nerviosa.

Me encontraba demasiado nerviosa de dormir con Alexander, así que alargué lo más que pude ir a la habitación, y al llegar me tomé un largo tiempo en el baño. Me puse mi túnica de dormir de seda, y luego dispuse a sentarme en mi peinadora y desenredar mi cabello mientras él se duchaba.

Mi tarea no fue difícil, fija ante el espejo, que me permitió ver venir el reflejo de Alexander al salir de la ducha. Su cintura solo estaba cubierta por una toalla, y me permitía visualizar

sus grandes, musculosos brazos, ceñidos y con sus vasos sanguíneos al alcance. Igual de descubiertos se encontraban su pecho y su abdomen. Para mi deleite, vamos.

Y ese reflejo se acercó sigilosamente hacia mí, hasta alcanzarme. Y contactar nuestros físicos. Empezó por besar mis hombros, y luego mi cuello, provocando que mi cuerpo se arqueara dejando paso libre a su boca y sus manos.

Jaló mi cabello y tocó mis senos, como nadie nunca antes había hecho, permitiéndome sentir esa misma electricidad y, al mismo tiempo, un calor. Una pasión. Algo creciendo en mí.

Mientras deslizaba suavemente los finos tirantes sobre mis hombros, me volteó hacia él y soltó su toalla, dejando al descubierto su gran erección, la misma que anoche había sentido. Colocó mis manos sobre su cuerpo, mientras cerraba sus ojos. Me levantó y me tiró sobre mi cama, que ahora en efecto era *nuestra*.

Estaba sobre mí, y me besaba desesperado, como un animal. Su lengua invadía mi boca con violencia, y mi cuerpo exigía contacto de sus manos nuevamente.

— Alena, quiero hacerte mía—susurró contra mis labios.

Tragué fuerte. Estaba a punto de suceder, y yo no sabía si estaba preparada.

— Alena, dime que no serás de ningún hombre nunca más, quiero ser el único hombre en tu vida—su voz se había vuelto más demandante, y sus manos presionaban su agarre a mis caderas.

— Alexander, no he sido de ningún hombre nunca, y seré tuya por el resto de mis días. Así lo dije en mis votos—respondí.

Me devoró la boca y descendió por mi cuello hasta llegar a mis senos; los cuales besó y tocó a su antojo. Sentía que mi cuerpo le pertenecía más a él que a mí; por como lo tocaba y cómo me hacía sentir.

Levantó mis piernas y se posiciono encima de mí, introduciéndose en mí bruscamente. Una y otra y otra vez.

Una embestida, seguida de otra, sin dejar espacio para recuperar el aliento. Gemía mucho más de dolor que de placer, pero aquello solo parecía impulsarlo o motivarlo de alguna manera más.

Podía verlo en sus ojos—él lo estaba disfrutando.

— No más vírgenes—susurró, mientras llegaba al éxtasis dentro de mí.

5

Transcurrieron los días, acostumbrándonos el uno al otro, a nuestras personalidades y caracteres. No es algo por lo que hubiera podido apostar, pero se estaba haciendo... ¿fácil? Alexander se la mantenía de aquí para allá, asistiendo a mi padre en los asuntos de Aragón desde nuestro castillo, y reuniéndose constantemente con los consejeros de Girenta, reino al cual mandaba desde la distancia.

Al parecer el bienestar que había creado era lo suficientemente firme como para mantenerse en pie sin estar allá. La mayoría de encomiendas las manejaba su hermano menor, Tristán, un poco más joven y casi tan guapo y con las mismas facciones oscuras que Alexander. Claro, la cicatriz que cruzaba su rostro los distanciaba un poco más.

¿Y yo? Mis días se iban con un poco de lo mismo de antes. Aprendiendo un poco más sobre cómo llevar un reino, observando atentamente a mi padre y a mi madre. Clases con la Srta. Ronda, ahora más enfocadas en cómo debe comportarse una esposa. Y el poco tiempo que me sobraba para hablar con Lucia, a quien se me dificultaba más y más ver.

¿Y las noches? Pues seguimos. Nuestra primera vez había dado paso a muchas más veces, una especie de rutina entre Alexander y yo. Aunque se sentía de todo menos rutinario. Ya el dolor había desaparecido, y lo que quedaba era placer. Era fuerte, y muy viril, mi esposo, y me costaba llevarle su velocidad, pero creo que nos estábamos compenetrando más, y mejor. Literal, y metafóricamente.

* * * *

Un día, mientras me encontraba arreglándome para una de mis visitas al pueblo—mi primera visita como mujer casada, pues de veras que lo tenía muy abandonado, y ansiaba regresar—, la curiosidad despertó en Alexander.

— ¿Adónde vas?—preguntó.

— Al pueblo. Voy a hacer unas compras y visitaré a una vieja amiga—respondí vacilante mientras terminaba de vestirme.

— No puedes.

— ¿Por qué no? Si gustas puedes acompañarme.

— No, en realidad no gusto. Temo por tu seguridad Alena, eso es todo.

Callé, pensando argumentos convincentes que destruyeran su dureza.

— No hay manera de que te deje ir—agregó golpeando mis pensamientos, cual si los hubiera leído.

No entendía su molestia. En nada le influía en su día lo que yo hiciese o dejara de hacer. Alexander debía vivir con la idea de tener una esposa, y tenía que acostumbrarse rápido a ella.

Respiré profundamente y reuní todo el coraje que se encontraba en mi pequeño cuerpo.

— Alexander, como yo lo veo tienes dos opciones. Acompañarme, o quedarte aquí *temiendo por mi seguridad*.

* * * *

Al llegar al pueblo, la mayoría de las personas me saludaron con tanta alegría como de costumbre; pero, al presentarles a mi nuevo marido, me lanzaban miradas despectivas y algo acusatorias.

Alexander no se mostraba muy afectivo a primera vista, pero sin duda no esperaba aquello de las personas del pueblo. *Mis amigos*.

Visitamos la panadería, el puesto de frutas y el taller de Clotid. Aun cuando en el castillo no me hacía falta nada, ir de compras al pueblo siempre me había parecido algo magnífico. Me llenaba de mucha alegría ver a mis viejos amigos y ayudarlos de alguna manera.

Iba caminando por la calle, pasando frente a la iglesia, cuando vi a Harry. No podía creer el largo tiempo que había pasado desde la última vez que mis ojos vieron a aquel pequeño.

Mi corazón se aceleraba mientras caminaba hacia él. Necesitaba decirle cuanto lo había extrañado todo este tiempo. Lo tomé en mis brazos y me disculpé por los días sin verlo. Su sonrisa ignoraba cualquier ausencia, era un perdón implícito.

Le presenté a Alexander, explicándole que me había casado y que ahora era mi esposo. Harry lo recibió de brazos abiertos con tanta calidez que me conmovió el corazón.

Pero Alexander se apartó bruscamente.

— Alena, ¿te has vuelto loca? ¿Has visto cómo está?—respondió exasperado.

Vale. Harry no era el niño más aseado del mundo, pero era un huérfano que vivía en la calle. A pesar de que muchas personas lo ayudasen, nadie estaba pendiente de él con tanta atención como lo hubiesen podido estar sus padres.

Las personas pasaban y miraban la situación que se estaba presentando. Pero poco me importaban sus miradas juzgonas, lo único que importaba en aquel instante era el corazón de Harry hecho pedazos—por mi culpa. Yo llevé a Alexander hasta allá.

— No está sucio, a Harry le gusta jugar a los ladrones y se pinta la cara con el polvo del carbón. Es un niño muy travieso—respondí mirando a Harry, regalándome mi sonrisa más grande y juguetona. De rodillas, quedaba a su altura.

— Vámonos, Alena, debemos regresar al castillo, y aún tenemos muchas cosas por hacer—dijo Alexander bruscamente.

Me levanté del suelo y planté un beso en la mejilla de Harry. Fue una despedida a regañadientes. No quería alejarme, no quería dejarlo allí sintiéndose triste; deseaba tanto poder llevarlo conmigo. Pero Alexander insistía en irnos, y no tuve más opción que desistir.

— No sé qué ves de maravilloso en este lugar—expresó, en lo que me tomaba del brazo—. Nunca me ha gustado cómo te entregas a las personas del reino y compartes con ellos. Deberíamos vivir en mi castillo, pero tus padres insistieron en quedarnos unos días después de la boda—concluyó.

Y así emprendimos de vuelta nuestro camino al castillo, en un silencio tan templado que solo podíamos escuchar nuestras respiraciones.

* * * *

Hasta ahora, Alexander era caracterizado por su carácter severo, pero esto iba más allá. En ocasiones se mostraba como un hombre enamorado; y otras tan distante y cruel, que lo desconocía por completo. Y en lo más profundo de mí, me estaba enamorando de aquel hombre.

¿Cómo se supone que conseguiría respuestas? ¿De él? Me resultaba bastante improbable que pasase, pero algo debía hacer.

Me debatía en mi habitación mientras los minutos pasaban lentamente, preguntándome si algo estaba mal conmigo.

Lucia y Bernie no eran una opción, y Alexander estaba en extremo descartado. Lo que solo dejaba en mi pequeña lista a mi madre, por poco que me gustase la idea de conversar con ella.

Mi padre se encontraba platicando con Alexander y aproveché el momento para buscar a mi madre.

En la cocina no estaba. En su habitación, tampoco. Pregunté por ella a varias personas, pero nadie la había visto. Ir caminando de un lado a otro solo me provocaba mareos, y decidí ir por última opción a la biblioteca.

Y allí estaba, sentada en un gran sofá, mientras ocupaba su vista y toda su atención en un

libro de astrología, pues ni cuenta se dio que había entrado. Era una hermosa imagen. Mi madre era bellísima, aún con los años podía verse lo atractiva que era aquella gran mujer.

No quería interrumpirla. Permanecí inmóvil y en silencio, observándola, admirándola; hasta que al poco tiempo sintió mi mirada y apartó su vista del libro. Algo asustada, me invitó a su lado y caminé hacia ella.

— ¿Pasa algo?—preguntó en voz baja y, sobre todo, preocupada.

— ¿Qué haces aquí?— fue lo que alcancé a preguntar.

— Estoy aquí, buscando un poco de aislamiento para disfrutar de mi lectura. Tu padre es el único que sabe dónde estoy siempre.

— Ah, está bien.

— ¿Entonces?—insistió.

— No... no pasa nada. Nada malo—afirmé.

— Pero sí pasa algo, y eso he preguntado, mi preciosa.

Toda mi reticencia acabó en un segundo, las palabras brotando espontáneamente de mí.

— Pasa todo, madre. Me preocupa mucho mi futuro—apenas podía responder, con apenas un hilo de voz, sin irme en lágrimas.

— Todo va a estar bien—contestó con serenidad—. Siempre encontramos la solución a nuestros problemas, aunque en ocasiones necesitemos ayuda de alguien más. Y a eso has venido aquí. ¿O me equivoco?

— No te equivocas. Necesito tu consejo, o quizás solo que me escuches. Si no tienes la respuesta no pasará nada.

— Haré un esfuerzo, adelante—sonrió—. Cuéntame, te escucho.

— Hablo de mi futuro, de ahora en más con Alexander. Mi futuro como esposa. Como reina. Todo.

— ¿Por qué dudas ahora de eso?—me interrogó con sincera curiosidad—. Tú siempre has estado convencida, más que cualquiera, de que su futuro sería brillante. ¿Y cuántos planes no te sobran para cuándo reines?

— Ya no estoy segura de si podrá funcionar, de si seré compatible con Alexander. Pensé que podría llegar a soportarlo como compañero, pero hoy hemos ido al pueblo y Alexander se ha mostrado incómodo, Y del mismo modo las personas del reino con él.

— Bueno—una ligera pesadumbre cruzó su rostro—. No creo que haga falta que te diga que Alexander es un hombre con una reputación que se ha encargado de crear él mismo. Y no digamos que la mejor. Es normal que las personas, a primera impresión, se muestren algo distantes—afirmó mientras acariciaba mis manos.

— Pero, ¿qué hay de él? Él necesita hacer un esfuerzo por ganarse a las personas del

pueblo.

— No funciona así cariño. Nadie tiene que ganarse a nadie. Las personas toman sus decisiones y sus acciones hablan por ellas.

— Pero Alexander tiene un carácter variable—sabía que este punto era delicado—. No sé cómo explicarte. No estoy tan segura de que pueda llegar a comprender, o ver como una virtud, mi amistad con las personas del pueblo. Esas personas son mis amigos—agregué, tratando de que mi madre entendiese con palabras escasas.

Madre se tomó varios segundos, con su vista como difusa, clavada entre el pasado y el futuro.

— Quizás no lo creas, pero tu padre y yo también tuvimos nuestras diferencias. Y aún las tenemos, pero no dejamos que ellas nos separen. Somos seres diferentes, pero que nos amamos, y nos complementamos entre sí. Y estoy segura de que Alexander y tú también lo hacen y lo harán. Tenle paciencia, y él te tendrá a ti.

Abracé a mi madre, dejando escapar unas cuantas lágrimas que había contenido por un largo rato.

— Todo va a estar bien, mi linda y preciosa muñequita—repitió, su mano corriendo por mi espalda.

— ¿Me lo prometes?

— Te lo puedo jurar delante de los dioses—afirmó besando mi coronilla.

* * * *

Subía a mi habitación sosegadamente por las escaleras, cuando no me quedó sino gritar del susto al tropezarme con un hombre—que no era más que Alexander, quien recortó la distancia entre nosotros y me tomó en sus brazos. Susto mitigado.

Sin dar tiempo a nada más, me bajo rápidamente y me empujó contra la pared, dando un gran beso contra mis labios para lograr que hiciera silencio. Y vaya que lo logró.

— Shh... No grites, no queremos despertar a todos aquí Alena—susurró con su mirada fija en mis ojos.

Me tomó en brazos, con bastante agilidad, y subió conmigo a cuestras como un saco de papas. Tras encontrar la puerta y entrar, me tiró a la cama bruscamente.

— Quiero follarte esta noche, Alena. Salvajemente—expresó mientras desabrochaba su pantalón.

— Pensé que estabas molesto conmigo—respondí mientras me levantaba de la cama.

— Lo estoy. Muéstrame tu cuerpo. Me desquitaré con él—demandó.

Me desvestí, mostrándole mis senos, mi abdomen y mi vientre, seguidos de mis piernas. Obedeciendo sus órdenes al pie de la letra. Me excitaba su deseo y desesperación por mí. También lo sentía hacia él.

Alexander se acercó a mí y me levantó de la cama, colocándose de espaldas a él y doblándose sobre el colchón, dejando a su vista mi trasero desnudo.

Lo acarició suavemente, para luego darme una nalgada y gruñir.

— Estás deliciosa, Alena...—expresó.

Me apretó los senos y besó mi espalda y mis glúteos, para luego entrar dentro de mí. Provocando, claro, un gran gemido, y que me alejara como reacción, pero él no dejó que fuese a ningún lado. Me presionaba las caderas contra él, piel contra piel.

Su embestida venía cada vez más cargada, con más fuerza, más salvaje.

Gemíamos al unísono en que entraba en mí. Me mordía y me halaba el cabello. Sus movimientos eran cada vez más feroces. Era un encuentro bestial—mis uñas, su agarre, sus asaltos cada vez más potentes, hasta que llegaron al punto en que lejos del placer me causaban dolor.

Y en un punto se volvió insoportable. Le supliqué que parase, que se detuviese, pero parecía no escucharme, o no prestarme atención. No podía mover mi cuerpo, cualquier esfuerzo se hacía inútil. Me encontraba inmóvil debajo de sus piernas, debido a su gran agarre.

Hasta que colapsé. Solo salían lágrimas de mi rostro. No podía hacer nada más, y entonces sentí un calor dentro de mí, que salía corriendo por mis piernas. Alexander también había colapsado... pero dentro de mí.

Me volteé para encontrarme con su dura expresión, y lo seguí con la mirada hasta que se perdió de mi vista al entrar al baño. Así, sin más. Como si nada acabase de pasar. Me dolió muchísimo su indiferencia pero, sin duda, había un sentimiento primordial. *Miedo*. Me asustaba. Le había pedido que parase—suplicado, mejor dicho—, me había visto llorar, y nada logró que parase hasta que cumpliera su prometido.

Al salir, lo seguí con la mirada mientras se recostaba en el lado izquierdo de la cama. Dispuesto a dormir. Me parecía enfermizo. ¿Cómo alguien podía llegar a comportarse tan distante de la realidad? O del pasado; porque aquello ya formaba parte del pasado, al menos para Alexander.

Mientras yo no podía dejar de pensar en aquel temor que ahora me infringía Alexander. ¿Era este el verdadero Alexander y no aquel que había conocido días atrás? No podía ser así. Estaba segura de que Alexander había sido auténtico conmigo. Debía hacer algo para que volviese.

Esto, aunado a su cruel comentario sobre el pueblo, me confundían, me señalaban que Alexander era una persona totalmente diferente. Frío, desalmado, duro, rígido; como aquella mala fama de la que me habían hablado y él me prometió haber cambiado. Y confié en él.

Ahora lo tenía claro. El pueblo había escuchado aquellos sanguinarios comentarios sobre Alexander y por supuesto que los habían creído. Yo también lo hubiese hecho de no haberlo conocido tan vivazmente y, sobre todo, de no tener ante mí nada más que una vida a su lado. Por ello me negaba a darme por vencida con mí ahora esposo Alexander.

6

El ruido ensordecedor de las trompetas a mitad de la noche consiguió despertarme, hallándome sola en mi cama. Alexander no estaba a mi lado, y podía alcanzar a ver desde mi ventana bastantes guardias movilizándose de un lado a otro. El castillo era un desastre. Me hallaba asustada y confundida. No podía entender que sucedía, pero sin duda no podía ser nada bueno.

Me dispuse a salir de mi habitación, pues tenía que saber qué estaba pasando. Solo se lograba escuchar el ruido de las botas de los guardias, impactando contra el suelo mientras corrían. Llegué a la habitación de mis padres para encontrar a mi madre, acompañada de mi padre.

O debiera decir, del cuerpo de mi padre.

Mi madre yacía acostada encima de su cuerpo, sollozando. Me acerqué a ella para comprobar que su cara era un mar de lágrimas. Mi madre, aquella mujer que siempre había estado tan llena de paz y serenidad, ahora era un manojo de nervios. Aquello me estremecía el alma.

— Está muerto. —pronuncié en susurro tras un largo silencio. Jamás me imagine diciendo aquellas palabras. Mucho menos al hablar de mi padre.

— Sí, tu padre ha muerto, Alena—las palabras escaparon de ella con tal seriedad y vacío que no parecían venir de mi madre—. ¿Te lo ha dicho Alexander?

— No, madre... me lo has dicho tú con tus ojos.

Ojos que se llenaron aún más de lágrimas. Un océano corriendo.

— No puedo creerlo. Aun teniendo aquí su cuerpo helado; aun después de no escuchar su respiración y no sentir los latidos de su corazón. Sigue sin parecer del todo real.

— ¿Cómo ha pasado?—no podía permitirme llorar. Debía ser fuerte para mi madre. Y para todo lo que se venía.

— Mientras dormíamos sentí que se ahogaba y para cuando desperté y encendí las velas... Su mirada se encontraba perdida, no había nada que hacer. ¿Puedes creerlo? Quizás... Quizás si hubiese estado despierta, quizás si me hubiese dado cuenta antes.

— No creo que hayas podido hacer nada, madre—alcancé a atajarla.

— Antes de dormir me dijo que me amaba. Y me habló de ti. Me comentó que estaba muy feliz de que el matrimonio entre Alexander y tú se estaba consolidando—continuó.

Vaya.

— Madre—no sabía de dónde sacaba palabras, o pensamientos, o cómo no me había desmayado nuevamente, pero ella me necesitaba—, ha tenido una muerte tranquila. No ha

enfermado, no ha quedado postrado en cama. Sabes cuánto odiaba eso. Y te ha dicho que te amaba antes de caer en su sueño profundo—debía estar dormido. Mi padre no podía estar muerto. Quería ser una niña y engañarme con esas palabras—. Una despedida perfecta—expresé.

— Supongo que tienes razón, Alena—dijo con templanza—. Palabras muy sabias para alguien con tan pocos años—entre lágrimas, que nunca dejarían de caer, esbozó una sonrisa—. Dicen que la sabiduría es dada a las personas que con su inteligencia resuelven situaciones que la vida nos depara, sin distingo de su edad, y ahora lo creo.

Sus palabras me reconfortaban, en medio de todo. Eran de las mejores palabras que mi madre me había dedicado.

En aquel momento, que mis padres se sintiesen orgullosos de mí, sin duda significaba demasiado para mí. Pero aquello no era lo único con verdadera importancia. No podía apartar de mí el mal presentimiento de que algo estaba pasando.

— Madre... ¿pasa algo más en el castillo?—pregunté con miedo.

Madre dudó en responder, dándole otra mirada más al cuerpo de mi padre Ignacio antes de voltear hacia mí.

— El reino... Los aldeanos se han enterado mucho antes de lo planeado acerca de lo sucedido, y han expresado su disconformidad con que el trono recaiga en tus manos. En el poder de Alexander, mejor dicho, pues corresponde a ustedes ahora reinar.

— ¡No! Es imposible, no estoy preparada para ello, Alexander tampoco, y además tú estás viva, tú puedes hacerlo.

— Claro que puedo hacerlo, momentáneamente hasta que haya lugar a la coronación de los nuevos sucesores. Los años me pesan cada vez más, y sabes que a las mujeres no se nos da muy bien el poder, siempre ha sido lugar de hombres, valientes, poderosos, hombres de batalla... Como Alexander.

— Todo lo que padre hace tiene un propósito. En vida, y creo que aun en...—la palabra me costaba tanto—*muerte*. No debemos perder las esperanzas. Quizás él quiere que las cosas cambien y sea tu destino gobernar, madre.

— No es así, Alena. Si bien las cosas tienen su razón de ser, también hay ciertas reglas prescritas, que no corresponde a nosotras romper o modificar de alguna manera.

Mi madre siempre se había caracterizado por ser la voz de la razón, y aun en estas circunstancias no dejaba de serlo. Fue criada para seguir reglas, mandatos, complacer a un hombre y siempre velar por el bienestar de su pueblo; aunque algunas veces eso significase dejar de lado lo que verdaderamente ella quería hacer. Y de ese modo fui criada yo; aunque estuviese aterrada y solo quisiese escapar, no podía hacerlo. No podía dejar a mi madre, ni mucho menos a mi pueblo, que tanto me necesitaría ahora.

No me sentía preparada para recibir una carga así, a mi corta edad. Tampoco me esperaba

estar casada con un hombre que apenas conozco, o tener que despedirme de mi padre. El destino sin duda era injusto, pero no podía permanecer mucho tiempo pensando en ello. Nos esperaban muchas decisiones y acciones que ejecutar.

Mi madre se negaba a separarse del cuerpo de mi padre, y aunque doliese como si me arrancaran el alma misma dejarla sola, mi deber era salir a inspeccionar las condiciones del castillo. Algo seguía trasmitiéndome intranquilidad.

Al salir de la habitación de mi padre, los alrededores se encontraban en extremo silencio. Las botas, las voces, el bullicio y la agitación, desaparecidos. Habían sido reemplazados por una calma tan gélida que sentía que mi respiración la estaba destrozando.

Caminaba por el largo pasillo hacia las escaleras en búsqueda de algún sonido, voz o eco que me resultase familiar, pero no encontraba nada.

Y en un segundo mi vista fue nublada por unas manos. En cuanto me disponía a gritar— más en instinto que en búsqueda de ayuda, pues no creía que nadie pudiese escucharme—, mi boca fue sellada.

Un golpe en la parte posterior de mi cabeza me hizo desvanecerme.

Una vez más.

* * * *

En cuanto volví a abrir mis ojos, me encontraba amordazada a mi espalda, con una soga que me lastimaba cada segundo que pasaba.

Levanté la vista para mirar a mis raptores y, al darme cuenta de quienes se trataba, no podía creerlo.

Atónita. Sorprendida. En mi cabeza no encajaban las piezas del rompecabezas.

Se trataba de mis amigos, las personas del pueblo. Hombres jóvenes y no tan jóvenes que había visto y saludado en cada visita, y ellos se habían mostrado tan amistosos conmigo.

— ¿Por qué hacen esto?—pregunté, tratando de ocultar mis nervios y parecer calmada.

— No tenemos nada en contra de usted princesa, esto no es un ataque a la corona — respondió un hombre de mediana edad, con cabello oscuro y ojos llenos de cansancio.

— Cualquiera que viese esta escena pensaría lo contrario, ¿no creen ustedes?—reclamé, mirando mi entorno y mis manos.

— Amamos a la familia real—contestó aquel hombre—. Hemos vivido bajo el gobierno de su padre y observado el amor que usted, y sus padres, le tienen al pueblo. Pero nos

negamos a vivir bajo las órdenes de su ahora esposo, el Rey Alexander.

¿Hacía cuánto habría fallecido mi padre, como para que se formara una revuelta de esta magnitud? Toda mi vida había sido princesa, pero ahora, minutos después de enterarme de la partida del Rey, ya estaba obligada a empezar a ejercer como lo que no se me suponía hasta dentro de muchos años.

Debía razonar con el hombre.

— Nosotros no estamos ansiosos por el poder, se lo puedo asegurar—repliqué con una calma que no creía posible en mí en este momento—. Sin embargo, no es una decisión que a ustedes les concierne. La muerte de mi padre ha dado paso a que se abra una nueva orden de sucesión, por lo que el trono recae en mis manos. Y sí, también en las manos de Alexander—expresé duramente.

— El Rey Alexander, su esposo, es un hombre con una reputación que da de que hablar—instó con furia—. Duro, cruel, malvado. Si bien usted no lo encuentra de esa manera, seguramente está cegada por el amor—en su tono parecía haber... ¿Burla?— Pero no se engañe, princesa Alena, usted se ha casado con un hombre virulento. Le recomiendo que abra los ojos para que pueda ver con claridad quién realmente es su marido—concluyó un joven de tez cálida, ojos cafés y cabellos largos.

— Ha cambiado—mentí, sin estar del todo segura. Pero todas mis esperanzas estaban en ello—. Y aquí juzgamos a las personas por quienes son ahora, y no por su pasado, ¿o no es así, señor Rebigio?—pregunté, fijando mi mirada en él luego de encontrarlo entre la aglomeración de hombres que me rodeaban.

— Señorita Alena... No estamos juzgándola a usted, ni a su decisión o su matrimonio. Estuve aquí cuando se casó, acompañándola, aplaudiendo su felicidad, como muestra de mi afecto a usted. Pero su esposo no ha hecho nada para destruir su reputación o demostrarnos que ahora es un hombre diferente—dijo apenado.

— No juzgamos con base a su pasado, juzgamos en base a sus acciones—prosiguió otro joven de tez tan cálida como el verano—O, en este caso, a la omisión de ellas. Piénselo bien, ¿por qué su esposo no ha dado aviso al pueblo sobre lo ocurrido y en su lugar ha puesto en movimiento a la guardia real?

No sé por qué comenzaba a dudar de las intenciones de Alexander, si es que ellos decían la verdad. Ahora surgían varias preguntas naturalmente—por qué no estaba a mi lado al despertarme; por qué si sabía lo de mi padre no me había dicho a mí y en su lugar había preparado a los guardias del castillo. Todo resultaba muy extraño si unías las piezas, pero algo seguía sin estar resuelto.

— ¿Cómo han entrado al castillo?—pregunté con un cierto tono acusador que no pude ocultar.

— Quizás hemos tenido ayuda de Bernie—me explicó el señor Rebigio, encogiéndose de hombros—. Le aseguramos que usted estaría a salvo, antes que todo. Nuestra intención

jamás ha sido herirla, la queremos. En cuanto los guardias y el Rey Alexander han salido al bosque, ha sido nuestra señal para irrumpir.

— ¿Están locos?! Eso significa que Alexander y los guardias podrían llegar en cualquier momento—expresé tan exasperada como nerviosa.

— Hemos tomado el riesgo porque necesitamos saber si contamos con su apoyo y el de la Reina—respondió tranquilamente aquel señor de mediana edad que había dado inicio a la conversación.

— ¿Apoyo a qué? ¿De qué hablan?—pregunté, más desesperada por cada segundo que pasaba—. Siempre apoyaré y apostaré todo lo que soy, todo lo que tengo, por el bienestar del pueblo—respondí con convicción.

— Nos complace escuchar sus palabras, princesa Alena. Usted es sin duda una gran mujer. Aunque no se comprometa con nosotros directamente, lo hace con su pueblo y eso nos tranquiliza. Confiamos en su palabra plenamente—tras ello, liberó el agarre de mis manos y los nudos que cubrían mis tobillos.

— Es grato escuchar que estarán tranquilos, pero yo no—repliqué—. Sus palabras por el contrario no han podido sino alterarme y descomponerme. ¿A qué clase de apoyo se refieren? ¿A qué creen que nos estamos enfrentando?—respondí, poniéndome de pie, mientras me acariciaba las manos que ardían por causa de la soga.

— Recuerda, Alena, jugamos para el mismo bando—dijo el joven de tez cálida—. Somos del mismo equipo. Nos tenemos que ir, pues como usted bien sabe y nos ha recordado, en cualquier momento podría llegar su marido—siguiendo a sus palabras una clase de reverencia a modo de burla.

Y así salieron rápidamente uno tras otro, asegurándose de que la zona estuviese despejada.

* * * *

Me quedé allí, sumergida entre mis pensamientos y un gran dolor de cabeza. Debía poner mis ideas en orden y tratar de suavizar mi temperamento antes de que alguien sospechase.

En cuanto emprendía de nuevo mi camino por los pasillos del castillo, me tropecé con Alexander. Se notaba tan molesto como desairado.

— Alena. ¿Qué haces despierta?—además de sus palabras, buscaba en mis ojos respuestas.

— Yo... he... me he despertado y no te he encontrado a mi lado. Me he asustado y he decidido darles una pasada a mis padres—respondí, titubeando.

— La habitación de tus padres está bastante alejada de este lugar.

— Vengo de allí, y me ha parecido buena idea caminar para despejar mis pensamientos. Sin darme cuenta me he alejado tantísimo que ni se ya por donde ando—pero nada de eso era lo importante—. ¿Por qué no me has dicho cuando te has enterado?

Alexander dudó, cabizbajo, y por primera vez le costó sostener conmigo la mirada.

— No me pareció lo mejor despertarte a mitad de la noche para darte la noticia...—lo único que parecía exudar era sinceridad—. Siento mucho lo de tu padre, Alena. Era un buen hombre. Era mi amigo.

— Debiste decirme, Alexander. Tampoco estabas con mi madre, así que, ¿dónde estabas? —le interrogué.

— Alena, no es de tu incumbencia dónde o qué estuviese haciendo. ¿Quién te crees para preguntarme acusadoramente eso? ¿Qué estás pensando? ¿Qué te han metido en la cabeza? —parecía confundido.

Tendría que haber sido capaz de responder inmediatamente pero, por el contrario, no respondí nada. Solo me dediqué a sostener con él la mirada. No demostraría que le temía, aunque muy en el fondo lo hiciese.

— Me merezco una respuesta. Soy tu esposo, por sagrado matrimonio, y hemos de dictaminar el destino de este reino. Necesito que estés conmigo, y que me seas sincera.

Sus palabras tanteaban cada vez más en cuanto salían de su boca. Solo lograba demostrarme lo nervioso y furioso que estaba, pero, ¿por qué? Entonces, ¿era cierto lo que había escuchado de bocas ajenas? No parecía nada seguro confiar en tus raptos, pero al tener pruebas tan dudosas era casi imposible no hacerlo.

—Te hablo para que seas sincero conmigo. ¿Qué pasa contigo? ¿Hasta cuándo vas a estar distante?—pregunté.

Así fue como rompí el silencio helado que se había hecho entre nosotros. Cansada de tenerle paciencia. Sedienta de respuestas.

Y por la severidad de su mirada pude darme cuenta de que ello no le agradaba.

— Limítate a ser una buena esposa, apoya a tu marido, y no hagas demasiadas preguntas. Mantente alejada, Alena. No quiero tener que hacerte callar—expresó duramente contra mi cara, mientras me apretaba los brazos con demasiada fuerza.

Alexander quería dejar claro quién tenía el control.

Me asustaba su voz, sus ojos, su manera de hablarme. Lo desconocía. Me había casado con un hombre tan malo como me lo habían pintado, y por tontísima preferí creer en él en lugar de las referencias populares.

Le di la oportunidad merecida que todos tenemos, pero me confié, y ahora me encontraba enamorada de él. Y estaba en este callejón sin salida entre el hombre cruel que tenía mi corazón a sus pies, y mi pueblo.

7

Una gran luna brillaba en la habitación de mis padres donde había decidido pasar la noche en compañía de mi madre.

Para cuando por fin logré conciliar el sueño, mi mente era dinamita pura. Un pensamiento iba y venía y golpeaba contra la dura realidad.

No había tenido tiempo ni de llorar o de digerir la noticia sobre la muerte de mi padre. Encontrarlo allí, en el lecho donde solía descansar, tomando un descanso eterno. Y ahora estaba aquí, con una avalancha de problemas a punto de caer sobre mí. Hiciera lo que hiciera, nada podía evitarlo. Debía tomar decisiones que no solo cambiarían mi vida, sino la de todos aquellos que me rodeaban.

* * * *

Conté con dos horas para hacer todo lo concerniente para que mi padre tuviese un funeral digno, quitándole ese peso de los hombros de mi madre. Sus grandes amigos fueron informados, ya que solo estaría un par de horas en el gran salón, para quienes desearan despedirse de él—antes de que fuese incinerado su cuerpo y su alma pudiese elevarse en búsqueda de sus ancestros.

Saludos y miradas tristes acompañados de palabras de condolencias adornaban la sala, yendo de un lugar a otro. Intenté mostrarme serena y tranquila con cada uno de los presentes que se acercaban a nosotras con sus palabras de condolencias.

Al terminar, quise dedicar unas palabras al hombre que me había dado la vida, y que se desvivía por darme todo lo que fue, y todo lo que tuviese. No tenía nada preparado o premeditado, pero si en mi cumpleaños había salido medianamente bien, esta vez debía de salir perfecta. Rogaba al gran Dios que pusiese en mis labios y mi lengua las palabras justas y necesarias, para honrar al gran hombre que había hecho de mi padre.

Me aclaré la garganta y solo dejé que las palabras fluyesen, tomando al pie de la letra el consejo de mi padre. *Relájate*. Pude escucharlo pronunciarlo en mi mente.

— Es raro que ya no estés. Hay grandes o pequeñas cosas que me recuerdan que estuviste en mis días, que te escuché reír un montón de veces, que tarareamos la misma canción. Hoy no estás para cantarte o para decirte si tengo frío, pero te recuerdo en cada frase que inventamos y cada chiste tonto que reímos.

>>El sonido de tu voz hace eco en mi memoria y cada segundo existes en ese lugarcito cálido de mi corazón. Viviré pensando en lo que fuimos, y estas ganas que tengo de

llamarte y pedirte que por favor pases la noche conmigo.

Las lágrimas nublaban mi vista, mientras otras cuantas corrían por mis mejillas, tras cada recuerdo de mi padre que venía a mi mente.

Alexander me ayudó a bajar de la base de madera en el que me había situado para decir las palabras. Seguidamente me abrazó y me miró a los ojos antes de hablar.

— Un gran discurso, para un gran hombre.

Después de soltar esas palabras, sonrió ligeramente y se giró hacia los presentes. Me quedé mirando hacia abajo unos segundos, intentando respirar más despacio y recomponerme.

Cuando de repente, sin más, fuimos interrumpidos por una emboscada.

Hombres bastante ágiles, que cubrían sus rostros con harapos, pero yo sabía bien de quienes se trataba.

Personas del pueblo. Mis raptores, mejor dicho. Pero esta vez se encontraban armados con espadas, mazos, lanzas y sus cuerpos estaban cubiertos por armaduras improvisadas.

Escrutaban la sala en tensión, en lugar de amenazarnos o atacarnos. Por el contrario, nos invitaban a mantener la calma, como si temieran que en cualquier momento un guardia pudiera reconocerlos y atacar. Pero los guardias no parecían prestar atención. De hecho, era la primera vez que los veía tan poco concentrados, paseando la mirada por encima de la sala, varios de ellos con aspecto inquieto.

Era una falta de respeto a mi padre. Si lo apreciaban, no debieron interrumpir de aquella manera su funeral. Sabía lo que pensaban, lo que estaban buscando, pero al menos esperar un día hubiese sido una sabia decisión.

Los presentes corrían de un lado a otro, horrorizados, y mis ojos corrían por toda la habitación en búsqueda de mi madre. Para cuando la encontré, estaba unida desesperadamente a la pared, y su cara tan asustada como debía estarlo, pues allí mismo todos corríamos un peligro indeseable. La situación era cada vez más tensa, acuciante; cuando uno de ellos se encontraba por detrás de la señora Bernie.

Y le acuchillaba el cuello por la espalda.

Dando paso a que se desatara un enfrentamiento entre guardias y el pueblo. Se desató un caos en todo el salón. Un gran grito venía desde Lucia al ver la sangre de su madre derramarse por todo el suelo, y su cuerpo desplomarse. Los cuerpos golpeando contra las paredes, y la estampida de gente tratando en lo posible de huir lo más rápido.

Los hombres sellaron las salidas, haciendo todo aquello aún más aterrador, y tomando rehenes. ¿Y yo? Observaba inmóvil, viendo más desesperación de la que creía posible. Aquello era un caos infernal.

Busqué entre la multitud a Alexander, pero no lo encontré. *Lo habían capturado*, pensé. Me habían mentado. Acababan de asesinar a Bernie y solo deseaba acercarme para consolar

o echarme a llorar junto a Lucia, quien se tapaba los oídos y lloraba desesperadamente.

Los gritos; el sonido de las sillas y cuerpos cayendo al suelo; hombres gritando órdenes ferozmente. Me encontraba aturdida en medio del gran desastre que estaba sucediendo; sin embargo, sabía que tenía que correr, igual que mi madre y Lucia, si es que querían salvarse.

Me volteé para encontrarme cara a cara con uno de los enmascarados, quien me tomó del brazo con una fuerza inusitada.

— ¡No!—grité—. Por favor, se lo ruego.

Pero hacía caso omiso a mis quejidos exasperados y me sacaba a rastras del salón, hasta llegar a la puerta. Allí me empujó, causando mi caída a espaldas en el suelo.

— Cállate, carajo. Baja la cabeza y guarda silencio—exclamó desesperado mientras sacaba un cuchillo de su espalda.

Asentí con la cabeza en señal de aprobación a su voz de mando. Temía por sus intenciones. Si deseaba acabar con mi vida, era el momento preciso. Ya no sabía los designios que me tenía preparado el destino. Dudaba cada segundo de si podría permanecer con vida.

Se acercó a mí para tomarme nuevamente del brazo y subir conmigo las escaleras. Antes tomó tiempo para asegurarse de que no hubiese nadie, pero vimos a un hombre correr en la dirección opuesta. Al desaparecer, su agarre volvió a mi brazo y me jaló para seguir el camino hacia arriba. Al llegar a la esquina dimos con un guardia tendido en el suelo, y luego de asegurarse de que no estaba vivo, cogió su arma y me la dio.

— ¿Qué se supone que voy a hacer con esto?—susurré aterrada.

— Usarla. Pero asegúrate antes si se trata de un amigo, o un enemigo—respondió vacilante.

— ¿Y cómo diablos se supone que sabré eso?—pregunté crispada

— Créeme, lo sabrás...

Seguimos moviéndonos rápida pero cuidadosamente y en silencio. El hombre inspeccionaba cada pasillo antes de cruzar o caminar por él. A medida que nos alejábamos, el ruido se amortiguaba con la distancia, pero cada vez que escuchábamos un grito cercano a nosotros, nos deteníamos un segundo hasta que la tranquilidad volvía.

Hasta llegar a una de las habitaciones. Se detuvo, inspeccionó el alrededor y sacó una llave de su bolsillo para abrir la puerta. Estaba sorprendida, y tenía muchas preguntas revoloteando en mi cabeza.

¿Cómo es que él tenía una llave? ¿Adónde me estaba llevando y por qué? ¿Quería secuestrarme? ¿Torturarme? ¿Dónde estaba mi madre? No estaba segura de nada y solo lograba ponerme más nerviosa con cada pensamiento.

— Adelante—expresó, invitándome a pasar.

— No creo que quiera o deba hacer eso

— Entra—demandó.

Apenas un segundo más tarde, el hombre me empujó hacia el interior de la habitación. Y allí me dejó, sola, a oscuras.

* * * *

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que me había dejado allí el hombre misterioso. Traté de oír algo del otro lado de la puerta, escuchando atentamente, aunque no tardé en darme cuenta que no serviría de nada—una vez adentro, no se escuchaba ni un ruido del mundo exterior.

Cada minuto transcurría tan lento como el anterior. Era como para volverse loca. Podrían haber pasados horas o días. Se había sentido interminable. Solo tenía claro lo mal que lo había pasado allí.

Luego de una eterna espera, escuché la cerradura. La luz se encendió, y mis ojos alcanzaron a visualizar la silueta de varios hombres entrando a la pequeña habitación.

— Alena... ¿Es ella?—susurraron mi nombre.

No podía abrir mis ojos muy bien, pues la luz me tenía encandilada luego del largo tiempo a oscuras. Su resplandor me cegaba.

A duras penas masculé un quejido.

— Se ve tan diferente, tan pequeña e insignificante. Es otra plebeya más del pueblo, tal y como te dije—pronunció una voz diferente, pero familiar. Mi cerebro trabajaba en encontrar de donde reconocía la voz.

— Levántate Alena, vamos—me ordenaban, mientras me jaloneaban por el brazo para colocarme bruscamente de pie.

Trate de ponerme de pie pero fue un fracaso, mis piernas se encontraban adormecidas, mientras por el contrario mi vista comenzaba a despejarse, para encontrarme entonces con dos hombres que desconocía.

Y con Alexander.

— Oh, cierto, aun desconoces qué sucedió.

Me frotaba la cara, limpiando mis ojos, y acariciaba mi sien debido al dolor de cabeza que se desprendía debido a la confusión. Tenía que entrecerrar mis ojos para lograr ver.

— Te creía muerto Alexander—expresé melancólicamente—. No entiendo qué ha pasado, o cómo me has encontrado.

— Pues ya me ves, aquí estoy, para el gusto de tus ojos. Y tus piernas, si aún lo deseas...— pronunció, realizando una reverencia.

— Gracias, pero no estoy interesada en tu oferta—chasqueé.

— Verás, Alena... los hombres que viste en el gran salón no eran más que plebeyos, pretendiendo iniciar una anarquía para destituirme del trono. Bueno, en realidad, evitar que llegase a él. ¿Puedes creerlo? ¡Claro que puedes! Tú lo sabías y, por el contrario, ¡jamás me dijiste nada!—continuó exasperado.

— Tú sabías de la muerte de mi padre mucho antes que yo. Según como yo lo veo, estamos a mano.

— No me gusta jugar para *estar a mano*. Estoy acostumbrado a ganar, y eso hice. En ese *grupo de combate* improvisado se encontraban infiltrados algunos de mis hombres, lo que dio paso al caos que se formó. Ocurrió uno que otro desbarajuste, no puedo negarlo. No debían matar a Bernie... me caía bien.

>>Pero bueno, ¿qué se le va a hacer? No, no, no, espera... ¡Bernie actuó en complicidad con ellos! Me traicionó, traicionó a la corona, poniendo en peligro el trono, y tu vida. Se lo merecía en realidad—concluyó, encogiéndose de hombros, como quien no le da verdadera importancia a los hechos.

Mis ojos se llenaron de lágrimas ante el recurso del cuerpo de Bernie en el suelo, cubierto de sangre.

— No llores, mi amor—pronunció, acariciando mi cabello—. Lamento mucho lo de tu familia, tu madre no se merecía lo que le ha pasado. De ella sí estoy seguro. Siempre me ha apreciado.

— ¿Mi madre? ¿Qué le has hecho? ¿Ha muerto?—pregunté, en sollozo, conteniendo un nudo en mi garganta.

— No lo sé, la última vez que la vi se encontraba herida y algo débil, recostada contra uno de los pilares.

Mi corazón albergaba un cúmulo de esperanza. Mi madre tenía que estar bien, no podría haber muerto. Era una mujer fuerte y decidida. Si se había hecho a la idea de sobrevivir, lo haría. Me llevé los dedos a los ojos, rogándole a Dios que no la dejara morir.

Ni a mí, en realidad. Yo debía estar a su lado, ahora incluso más, debíamos estar unidas la una a la otra—éramos todo lo que nos quedaba. Nunca me había sentido tan impotente, y la preocupación me estaba matando.

— Ponte de pie Alena—ordenó Alexander.

Me puse de pie, tanteando el suelo y las pequeñas paredes, mientras uno de los hombres posaba sus ojos sobre mi cuerpo de manera descarada y vulgar. ¿Quién sabe qué pensamientos estaban surcando su mente?

Alexander se dio cuenta de mi incomodidad, y le ordeno que nos dejaran a solas. No sé a qué le temía más, si a aquellos desconocidos o a la furia que desprendía Alexander.

— ¿Temes por tu madre Alena?—preguntó vacilante.

— Si algo le pasase... nadie podría reparar aquel dolor, Alexander. Prométeme que está bien, te lo ruego—respondí débilmente.

— Alena... tu madre está bien. ¿Crees que dejaría que algo le pasara, cuando ha sido como una madre para mí? No conoces toda nuestra historia—su tono había cambiado. Hablaba con dulzura y afecto sobre mi madre. Estaba sorprendida.

— Oh por favor, llévame con ella, quiero verla, por favor... te lo suplico Alexander. Déjame ver el cuerpo de Bernie y abrazar a mi madre, ahora que sé que está bien. Es lo único que te pido.

— ¿Crees que te lo mereces, Alena? ¿Crees que te has comportado como una buena esposa? No lo has hecho, me has desafiado y te has puesto en mi contra.

Un gran silencio nos acompañó. No sabía qué responder. En realidad no tenía nada más que decir.

— Sin embargo, eres mi esposa—continuó—. Y te perdono, aun aquello por lo que no te has disculpado, y debo consentirte. Eres mi reina, mía... puedo concederte ello. Busquemos a tu madre. Pero no te acostumbres a conseguir todo lo que quieres de mí. Esto es una excepción—concluyó, obligándome a salir de aquel diminuto cuarto.

Al comenzar nuestro camino, lo primero que mi vista se encontró fue el cuerpo de un hombre. Cuerpo cubierto de sangre, atravesado por una lanza, generando la impresión de ser un espantapájaros.

Era horrible, inhumano, atroz. Me descompuse al ver aquella imagen, pero seguí mi camino.

A pocos metros se encontraba hombre, tras otro, tras otro. Algunos con heridas superficiales, otros cuantos en estado de descomposición. Se desprendía un olor nauseabundo.

Esto no era un error—estaban puestos allí a propósito. Miré a Alexander, expectante por una respuesta, una explicación, pero sus ojos se encontraban clavados en el frente, y no quise dirigirle ni una sola palabra.

Lágrimas empezaban a brotar de mis ojos cada vez que se posaban en aquellos hombres. Mi mente pudo reconocer a unos cuantos de aquel secuestro noches atrás, y me enfurecía verlos ahora allí.

Para cuando nos aproximábamos a llegar al cuarto de mi madre, allí, junto a la puerta, se encontraba un cuerpo.

Su cuerpo.

Sus cachetes ya no tenían ese vivo colorete que le acompañaba, sus ojos no brillaban demostrando su dulzura. Allí atravesada por una lanza se encontraba mi Bernie.

Podía sentir mi corazón romperse, mi mundo caerse a pedazos y mi cabeza a punto de explotar. La rabia me consumía. No se parecía en nada a la sensación de ver a mi padre cuando falleció—él había sido llevado al descanso eterno de forma pacífica, y pura. Pero aún podía sentir allí el alma de Bernie, junto a su cuerpo.

Lo odiaba. Lo aborrecía. Lo detestaba.

— Eres un ser despreciable—vociferé a aquel hombre que había llegado a llamar esposo—. ¿Por qué has hecho esto?

— ¿De qué hablas, Alena? Tú me pediste venir con tu madre y eso he hecho. Te he traído hasta aquí con ella—respondió inocentemente, como si no supiese de lo que le estaba hablando. Como si no hubiese visto lo mismo que yo.

Coloqué una mano en la manilla, temiendo girarla, temiendo lo que podría encontrar detrás de ella.

— Ábrela ya, Alena. Me tienes exasperado.

— Prométeme que está viva, Alexander, o yo... O yo...

— ¿O tú qué?—preguntó burlonamente en mi cara—. Venga ya... te lo prometo. Tu madre está viva.

Tomé una larga respiración, rezando a los dioses porque las palabras de Alexander fuesen ciertas, y finalmente giré la manilla.

Y, tras asomarme muy poco a poco...

Encontré el débil cuerpo de mi madre en cama. Me acerqué con cautela a ella.

— Alena... pensé que estabas... temía por ti—pronunció en cuanto alcanzaba a verme.

Mi cautela se esfumó, y corrí hacia ella para abrazarla. Su cuerpo se sentía liviano, y yo no podía contener las lágrimas—era demasiado para mí. Lo único que importaba era que estaba viva, que estaba bien.

— Ya lo sabes, solo he permanecido viva por ti, mi muñequita. Jamás te dejaría sola —pronunció suavemente contra mi cabello.

— Gracias mamá. Ni yo a ti—respondí, apartándome un poco para apreciar su rostro.

— Basta de sentimentalismos—ordenó con brío Alexander—, Alena y yo tenemos que terminar de dar un recorrido Felicia. Déjame llevarla conmigo y la tendrás aquí nuevamente en menos de lo que crees.

— Claro—declaró mi madre cariñosamente. Ella aun confiaba en Alexander. No podía creerlo.

— Pero antes déjame ir al baño, Alexander—le supliqué—. Por favor. No tardaré—y sin

darle oportunidad de detenerme entré al mismo.
Debía hacer algo.

* * * *

No podía permitir que mi pueblo fuese sumergido en las ruinas y decadencias por un tirano. Ya había permitido que personas inocentes muriesen, y no cometería el mismo error dos veces.

Ahora podía ver claramente quién era Alexander.

Me apresuré en revisar todos los pequeños recipientes de mi madre en su baño, en busca de algo que pudiese servir, que me diera una respuesta. Joyas, ornamentos. Marfil, ébano. Todos los materiales habidos y por haber. Si algo preponderaba en mamá por encima de todas las cosas era la afición por las cosas hermosas de la naturaleza.

Y, casi sin querer, con mi mano revisando al fondo de un pequeño gabinete, casi escondido, encontré esa respuesta.

Envuelta en un fino pañuelo. Tan brillante, tan delgada. Temía mirarla directamente.

Era hermosa—se notaba que nunca antes había sido usada. Quizás había sido un regalo que le habían dado a mi madre o quizás ni ella misma sabía de su existencia. Lo escondí en la manga de mi vestido, sosteniéndolo con una liga de manera que no se moviese. Alexander no podía encontrarla. Si la conservaba por el tiempo suficiente, tendría la oportunidad. Debía confiar en ello. Así pasaran horas, días, o años.

Años. Debía vivir por años con este tirano. Con este violador. Con este agresor. Salvaje.

¿Cuánto daño podría hacerle a nuestro reino en años?

¿En meses? Hasta en días. Podría desangrarnos por completo. Al reino entero, al castillo.

Al pueblo.

Al pueblo de quien buscaría venganza.

Salí del baño.

* * * *

Abracé a mi madre, con miedo a que fuese la última vez que pudiera hacerlo.

— Te amo, madre. Pronto estaré contigo de nuevo—le dije, plantando un beso en su frente.

Caminé hacia Alexander, posicionándome a su lado para tomarlo del brazo y caminar junto a él.

Pero, eso sí, ya fuera de la vista de mi madre y fuera de la habitación, me apartó bruscamente para caminar delante de mí.

Tal empujón me hizo casi caer sobre un cuerpo, llenándome un poco de sangre.

Así estuve en contacto con la sangre de Bernie. Sangre que compartía con Lucia quien, no sé cómo, había llegado hasta aquí, y estaba arrodillada llorando sobre el cuerpo de su madre.

Quien fuera como otra madre para mí, y quien fuera como una hermana para mí. Una sin vida, la otra habiendo perdido su alma.

No, nuestro reino no aguantaría años, ni meses, ni un solo día bajo el reinado de este ser.

Así que lo hice.

Corté su cuello, provocando un río de sangre caer por todo su cuerpo hasta nuestros pies. Pude ver sus ojos, tan llenos de maldad como miedo, mientras acababa su vida. Tan perverso como malvado. El verdadero Alexander.

—No más tiranos...

EPÍLOGO

Tardé en dejar de estar sorprendida por aquello que hice, pero no podía evitar sentirme tranquila, despejada. De ahora en más el camino sería más sencillo, y mi pueblo estaría a salvo. Y eso era lo que verdaderamente importaba. Lo que nos correspondía como gobernantes, tomando la palabra de mi padre. Es mi deber velar por todas esas personas que depositaron en nosotros su confianza, su vida, ellos lo valen todo.

Fue difícil darle la noticia a mi madre, explicarle todo. Fue la única en el castillo que lloró la muerte de Alexander. Creo que no podía evitar tenerle cariño. Quizás podía ver en él un hijo.

Mi primera orden fue sin duda bajar todos esos cuerpos y darles un funeral digno, merecido. Sin duda, Bernie debía tener una tumba donde pudiésemos colocarle flores, donde Lucia pudiese visitarla.

Y luego tocaba acabar con el pensamiento errado de que las mujeres no están hechas para gobernar. No había un manual—*ojalá lo hubiese*—pero era sencillo. Siempre que escuchases a tu pueblo y estuvieses abierta a sus sugerencias. Quien mejor que ellos para saber lo que necesitan.

Aunque en ocasiones se volviese complejo o difícil, siempre pensaba en mi padre y deseaba que estuviese orgulloso de mí, desde el cielo. Y con ello—y una que otra ayuda de mi madre, debo admitir—, conseguía el balance en el reino.

Un balance más que necesario con la inminente procesión del ejército de Tristán, hermano menor de Alexander, junto con todo Girenta, hacia nuestro reino.

Había acabado con un tirano.

Ahora venía una guerra.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para

que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire

libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado de la colección. MUCHÍSIMAS GRACIAS por leerla, de verdad. Significa mucho para nosotros como editorial. Con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado de la lectura y llegado hasta aquí, le dediques 15 segundos a dejar una **review en Amazon**.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado el libro, ayudarás a que otros también lo lean y disfruten. Los comentarios en Amazon son la mejor y casi única publicidad que tenemos, y ayuda a que sigamos publicando libros. Por supuesto, una review honesta: El tiempo decidirá si esta colección merece la pena o no. Nosotros simplemente seguiremos haciendo todo lo posible por hacer disfrutar a nuestras lectoras y seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o **[haciendo click en este enlace](#)**, podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíanos un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

[Esclava Marcada – Alba Duro](#)

[Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

